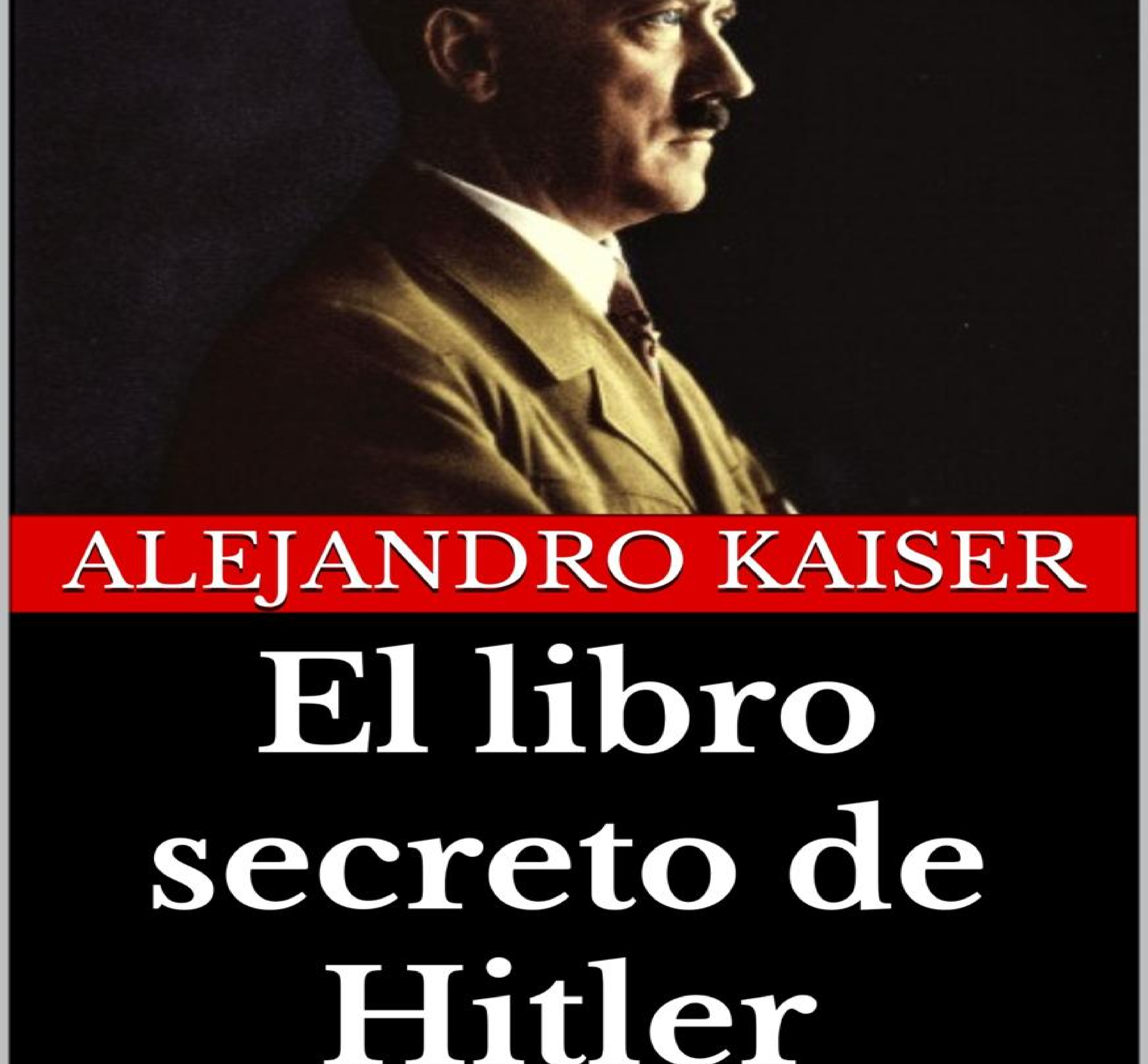
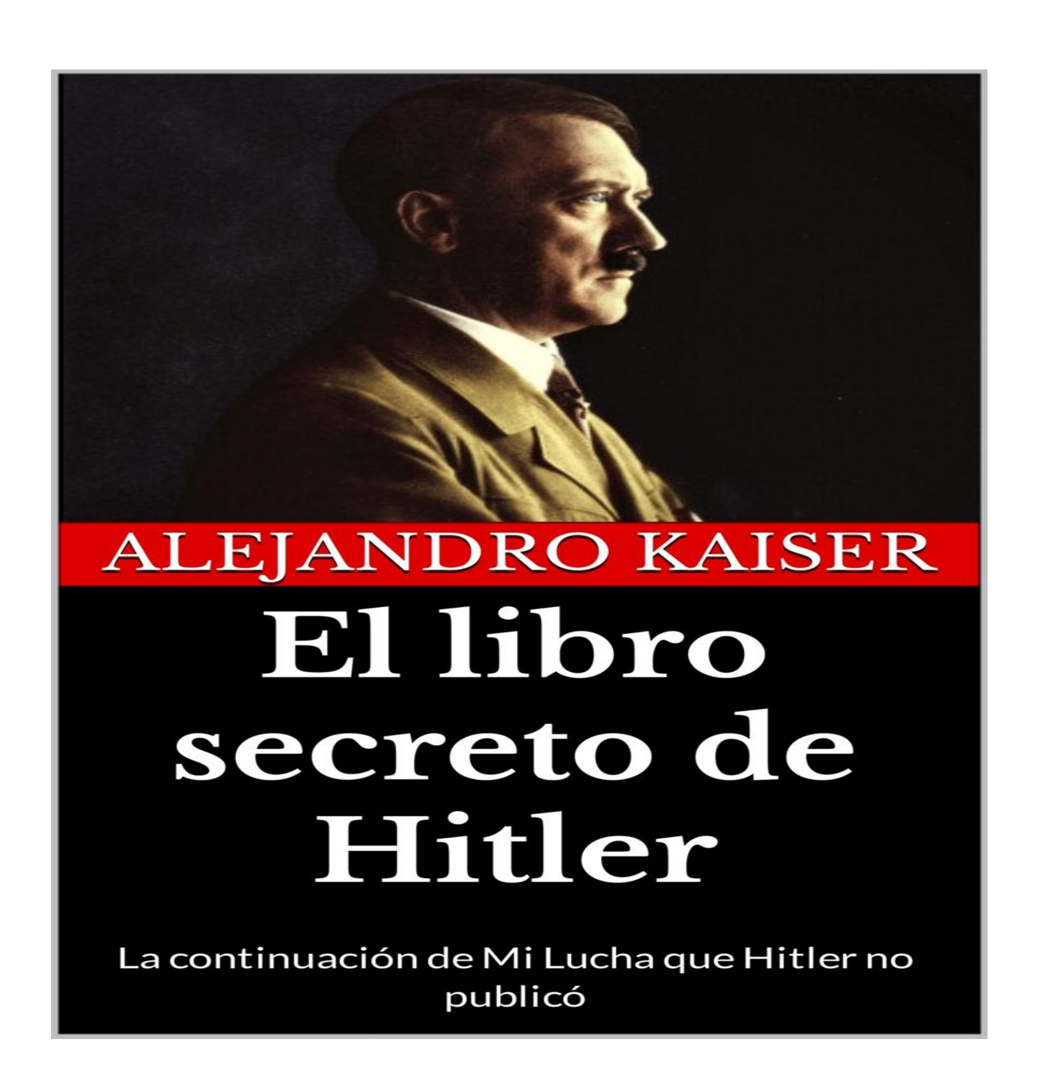


ALEJANDRO KAISER

El libro secreto de Hitler

La continuación de Mi Lucha que Hitler no publicó


ALEJANDRO KAISER
El libro secreto de Hitler
La continuación de Mi Lucha que Hitler no publicó

EL LIBRO SECRETO DE HITLER

La continuación de Mi lucha que Hitler no publicó

Alejandro Kaiser

CONTENIDO

PRÓLOGO

El hecho de que Adolf Hitler escribiera un "Segundo libro", que trata esencialmente de cuestiones de política exterior alemana como complemento de *Mi lucha*, no resulta del todo sorprendente para quienes se dedican a la investigación de fuentes sobre la historia del socialismo nacional. El Instituto de Historia Contemporánea de Alemania recibió por primera vez información sobre el libro en mayo de 1951 a través del escritor Erich Lauer. Durante su estancia en Estados Unidos, en junio de 1951, Hermann Mau realizó una serie de investigaciones que, sin embargo, resultaron infructuosas. Siguieron otros esfuerzos, pero tampoco tuvieron resultados positivos. El Dr. Mau lo menciona en el informe sobre las existencias de los archivos y bibliotecas alemanas transferidas a los Estados Unidos, presentado a la División histórica del Departamento de Estado de los Estados Unidos el 12 de junio de 1951, como un "manuscrito presuntamente existente de 1935", y el historiador inglés Trevor-Roper, en una conferencia pronunciada en Múnich en noviembre de 1959 todavía hace referencia a él como un libro ya inexistente, que él data de 1924.

Sin embargo, entretanto el Instituto había recibido información más detallada de Josef Berg, que ocupaba un puesto importante en la editorial Eher. En una carta fechada el 12 de septiembre de 1958, dio una serie de detalles, algunos de los cuales han resultado ser errores de memoria, pero otros han sido confirmados, como la incautación del documento impreso, el hecho de que Hitler lo mantuviera en secreto y la afirmación, que en cualquier caso es muy probable que sea correcta, de que Hitler dictó el manuscrito directamente a la máquina de escribir del director de la editorial, Max Amann.

Cuando estuve en Washington para realizar estudios de archivo en el otoño de 1958, seguí estas pistas. Por ello, me dirigí al Dr. Gerhard L. Weinberg, profesor asociado de historia en la Universidad de Michigan, que había sido mi alumno en Chicago. Publicó una obra muy valiosa, *Alemania y la Unión Soviética 1939-1941* (Leyden 1954), y una serie de estudios —

especialmente sobre la política exterior socialista nacional — y elaboró una *Guía de documentos alemanes capturados* en el marco del Proyecto de Documentación de Guerra dirigido por Fritz T. Epstein, *War Documentation Project, Study No. 1*, de 1952, complementado por el *Supplement to the Guide to Captured German Documents* (Washington 1959).

En sus estudios y, sobre todo, como director de la filmación de los archivos alemanes en el Centro de Registros de Alexandria (Virginia), realizada por encargo de la Asociación Histórica Estadounidense, pudo hacerse con un conocimiento inusualmente detallado de los archivos alemanes llevados a Estados Unidos y de otras fuentes sobre la historia de la época socialista nacional.

Es de agredecer el valioso apoyo que se ha prestado a la investigación internacional no solo a través de este amplio proyecto de filmación [Nota: Hasta el momento, existen 16 catálogos de la documentación grabada en microfilm y disponible en este formato en los Archivos Nacionales de Washington], sino también a través del trabajo precedente de clasificación, e incluso mediante la obtención de materiales que habrían estado expuestos a considerables peligros en Alemania en los primeros años de la posguerra. Por más que la confiscación de las fuentes sobre nuestra historia más reciente no se haya emprendido con la intención de un "rescate", ciertamente ha tenido tal efecto.

Fue una gran suerte que el Dr. Weinberg ya estuviera en busca del manuscrito desconocido, que se creía perdido. Consiguió encontrarlo y acceder a él. La identidad del manuscrito se estableció inicialmente a partir del protocolo de incautación. Además de esta prueba externa sobre su origen, el Dr. Weinberg investigó con el mayor cuidado todos los indicios de carácter directo o indirecto que eran esenciales para el examen de la autenticidad, la historia de su origen y la datación. En todos estos aspectos llegó a resultados completamente concluyentes y filológicamente sólidos. Por lo tanto, en lo que respecta a la demostración de la autoría, el Instituto de Historia Contemporánea de Alemania no tuvo reservas para incluirlo en su serie de "Fuentes y presentaciones sobre la historia contemporánea".

I. EL DOCUMENTO

Entre los documentos alemanes puestos a disposición del público en la sección "Segunda Guerra Mundial" de los Archivos Nacionales de Estados Unidos (National Archives, World War II Records Division) se encuentra un manuscrito mecanografiado de 324 páginas sobre la política exterior alemana con la signatura EAP 105/40. Este documento es un libro inédito de Adolf Hitler, que se puede demostrar que se escribió en el verano de 1928. Todo indica que se trata de un primer borrador dictado a máquina. El hecho de que haya frecuentes faltas de ortografía (errores de escucha), que no se observaron al tratarse de un borrador, indica que se trata de un dictado mecanografiado. Con una sola excepción, todas las correcciones fueron mecanografiadas, aparentemente en el momento del dictado. También los cambios de redacción realizados por el propio Hitler durante el dictado se registraron inmediatamente de esta manera. Los errores o la primera formulación se tacharon entonces simplemente con un guión con la máquina de escribir.

Según el relato de Josef Berg, Hitler dictó el manuscrito a Max Amann en la máquina [Nota: Esto es especialmente evidente en muchos sitios en los que se ha dejado un espacio antes de un punto o una coma. El mecanógrafo ya se había preparado para la siguiente palabra y solo entonces se dio cuenta de que era necesario un punto o una coma. A través del informe de Albert Zoller, *Hitler privat: Erlebnisbericht seiner Geheimsekretärin* (*Hitler en privado: un relato de las experiencias de su secretaria*), que muy probablemente se remonta a la secretaria de Hitler, la señorita Schröder (Düsseldorf: editorial Droste, 1949, P. 14), se sabe que Hitler solía dictar directamente a la máquina. Esto mismo lo relata Karl Wilhelm Krause en *Zehn Jahre Kammerdiener bei Hitler* (*Diez años como valet de Hitler*) (Hamburgo: editorial Hermann Laatzen, 1949), P. 42.], Josef Berg ya era empleado de Amann en la editorial central del NSDAP, sucesora de Franz Eher, desde principios de los años veinte. En enero de 1935, Berg se hizo cargo del departamento de edición de libros de la

editorial Eher y, con él, del manuscrito, que posteriormente se guardó en el refugio antiaéreo. Sin embargo, además del ejemplar de la editorial, también existía una copia del texto que supuestamente estaba en Obersalzberg. No se sabe nada sobre el paradero de este ejemplar, pero el hecho de que el ejemplar de la editorial en el que se basa la presente publicación solo incluya las primeras ediciones mecanografiadas de las páginas 1 a 239, mientras que las páginas 240 a 324 son copias al carbón, demuestra que existieron anteriormente [Nota: Las páginas del documento dan inicialmente la impresión de estar hectografiadas mecánicamente; sin embargo, este no es el caso, como se pone de manifiesto rápidamente al deslizar el dedo por el reverso del papel. A partir de la página 240 se utilizó un papel más fino; como los puntos y las comas son, sin embargo, más claros que en las páginas anteriores a la 240, cabe suponer que se trata de copias al carbón]. Parece que se cometió un error en la compilación de los ejemplares, pero tiene la ventaja de demostrar la existencia anterior de dos o más ejemplares. El ejemplar de la editorial Eher permaneció inédito hasta el final de la guerra. En mayo de 1945 fue confiscado por un oficial estadounidense. Este último tomó el documento de Berg, quien le indicó que era una obra escrita "hace más de 15 años" por Hitler. Poco después, se produjo un microfilm para una autoridad inglesa. El original fue llevado a los Estados Unidos con otros archivo, pero no fue hasta el verano de 1958 cuando se le identificó, a partir de la información recogida en años anteriores por el editor sobre un supuesto manuscrito inédito de Hitler. Ahora que ya se ha liberado para la investigación científica privada a través de los canales prescritos, se puede presentar al público.

II. LA FECHA DEL DOCUMENTO

La cuestión de la datación del manuscrito aquí publicado puede responderse perfectamente según el contenido en general y según algunos detalles precisos del texto. La observación sobre la ocupación de la orilla izquierda del Rin por Francia (p. 148) y la ausencia de referencia al Plan Young (p. 174) apuntan a los años 1927 a 1929. No obstante, el documento también contiene detalles que nos permiten fijar con mayor precisión la fecha de origen. En el prefacio, Hitler habla de que han transcurrido dos años desde la publicación en 1926 de su folleto sobre la cuestión del Tirol del Sur como edición especial del segundo volumen de *Mi lucha*. En la página 201 Hitler hace referencia a la destrucción de la Torre Bismarck en Bromberg a principios de mayo de 1928 como un acontecimiento que tuvo lugar "en estos meses". Estos y otros pasajes se citan aquí para demostrar que es posible una datación exacta del dictado. También se puede demostrar que las circunstancias en las que se escribió el libro en el verano de 1928 son, en general, coherentes con su contenido.

III. ¿POR QUÉ NO SE PUBLICÓ EL MANUSCRITO?

La existencia del documento plantea naturalmente la cuestión de por qué no fue publicado por la editorial Eher. Del propio texto se desprende que lo que se pretendía era un libro, no un escrito privado. También está claro que no se llevó a cabo ninguna revisión o corrección después del dictado, como había sucedido con los dos volúmenes de *Mi lucha*. Así pues, el manuscrito se dejó de lado en la primera versión y no se preparó para su impresión ni inmediata ni posteriormente. No hay pruebas seguras de por qué el libro nunca se publicó. Sin embargo, se pueden citar algunas posibles razones.

Es muy posible que Amann, en la situación del verano de 1928, desaconsejara su publicación, al menos por el momento, ya que un nuevo libro de Hitler habría competido inmediatamente con *Mi lucha*.

Otra razón para la no publicación puede haber sido que habría sido inevitable realizar revisiones importantes al manuscrito al cabo de poco tiempo. A partir del verano de 1929, el NSDAP se lanzó a la lucha contra el Plan Young. Stresemann, quien figura en el manuscrito como oponente político, murió en octubre de 1929. Después, los acontecimientos se precipitaron en la última crisis política y económica de la República de Weimar. En estas circunstancias, Hitler difícilmente habría encontrado tiempo para la necesaria revisión del manuscrito.

IV. ASPECTOS TÉCNICOS DEL DOCUMENTO

El texto se publica en su totalidad y en el orden de las secciones del original. Se han corregido los desajustes de las letras y otros errores tipográficos evidentes, incluyendo los ortográficos y de puntuación. Se ha reproducido fielmente la longitud o la brevedad, a veces arbitraria, de los párrafos. Las abreviaturas que pueden haberse derivado de la velocidad de dictado, como "burg." para "burgués", se han cambiado por la palabra completa. Las palabras faltantes o los errores que distorsionan el significado se han añadido o corregido donde era necesario.

La división en secciones está extraída del original. Las primeras páginas también están marcadas como "Prefacio" en el documento. Después, las secciones solo se dividen por guiones continuos. La numeración de las secciones la ha puesto el editor. No se ha realizado ningún otro cambio de estilo o formato. El documento publicado como apéndice al final estaba incluido con el manuscrito original.

Solo se añadieron notas para explicar el trasfondo histórico de algunas observaciones y para una mejor comprensión de algunos razonamientos.

PREFACIO

En agosto de 1925, al escribir el segundo volumen de *Mi lucha*, expuse las ideas básicas de una política exterior alemana socialista nacional en el breve tiempo concendido por las circunstancias. En el marco de aquella obra, me ocupé especialmente de la cuestión del Tirol del Sur, lo que dio origen a ataques tan furibundos como infundados contra el movimiento. En 1926 me vi obligado a publicar esa parte del segundo volumen en una edición especial.

No es que yo creyera que, al hacer esto, iba a convertir a los adversarios, que veían en el clamor y en el griterío sobre el Tirol del Sur, primariamente, un pretexto bien acogido para la lucha contra el odiado movimiento socialista nacional.

A esta gente no se le puede enseñar nada, porque la cuestión de la verdad o del error, de lo justo o lo injusto, no tiene para ellos ninguna importancia en absoluto. Tan pronto como un tema parece adecuado para su explotación, en parte por propósitos políticos de partido, en parte también por sus intereses marcadamente personales, la verdad o la justicia del asunto que se discute pierde todo interés.

Esto se pone mucho más de manifiesto si pueden infligir así algún daño a la causa del despertar general de nuestro pueblo. Pues los hombres responsables de la destrucción de Alemania desde la época del derrumbamiento son sus actuales gobernantes, y su actitud de aquel tiempo no ha cambiado en ningún aspecto desde entonces hasta la fecha. De la misma manera que en aquella época sacrificaron a sangre fría a Alemania en aras de doctrinarias opiniones de partido o por egoístas ventajas personales, hoy vomitan su odio contra cualquiera que contradice sus intereses, aunque este oponente tenga mil razones para desear un resurgimiento alemán. Es más: En cuanto creen que un nombre determinado representa el renacimiento de nuestro pueblo, se posicionan en contra de todo lo que pueda emanar de dicho nombre. Las propuestas más útiles,

incluso las sugerencias más evidentemente correctas, son entonces boicoteadas, simplemente porque su portavoz, como tal nombre, parece estar vinculado a ideas generales que ellos opinan que deben combatir por exigencias de sus partidos políticos y de sus puntos de vista personales. Pero intentar convertir a gente así es inútil.

De aquí que, en 1926, cuando se imprimió mi folleto sobre el Tirol del Sur, naturalmente, no abrigué nunca la idea de que pudiera causar ninguna impresión sobre aquellos que, a consecuencia de su actitud general filosófica y política, me consideraban ya como su adversario más vehemente.

En aquella época, mantenía yo la esperanza de que, por lo menos alguno de ellos, que en principio no eran oponentes malévolos de nuestra política exterior socialista nacional, examinarían primero nuestra opinión en este asunto y la juzgarían después. Sin duda, esto es lo que llegó a suceder en muchos casos. Hoy día, puedo declarar con satisfacción que un gran número de personas, incluso entre aquellas que intervienen en la vida pública política, han revisado su antigua actitud con respecto a la política exterior alemana. Aunque creyeran que no podían estar conformes con nuestro punto de vista en lo relativo a detalles, han reconocido las intenciones honorables que nos guiaban.

Por supuesto, en el transcurso de los dos últimos años se me ha hecho cada vez más evidente [Nota: prueba de que 1928 es el año de origen del documento] que mi escrito de aquel tiempo estaba en verdad estructurado teniendo, como premisas, concepciones generales socialistas nacionales. También se me hizo evidente que muchos no nos siguen, menos por mala voluntad que por causa de una cierta incapacidad. En aquella época, dentro de los estrechos límites fijados, no era posible dar una prueba verdaderamente fundamental de la solidez de nuestra concepción socialista nacional de la política exterior, cosa que hoy me siento obligado a subsanar. Pues no solo los ataques del enemigo se han intensificado en los últimos años, sino que, mediante estos ataques, el gran campo de los indiferentes ha sido también movilizado hasta cierto punto. La agitación que se ha llevado a cabo de una manera sistemática contra Italia en los últimos cinco años amenaza lentamente dar como frutos la muerte posible y la destrucción de las postreras esperanzas de una resurrección alemana.

Por consiguiente, como a menudo ha sucedido en otros asuntos, el movimiento socialista nacional, por lo que se refiere a su posición en política exterior, está completamente solo y aislado dentro de la comunidad del pueblo alemán y de su vida política. Los ataques de los enemigos mundiales de nuestro pueblo y nuestra patria se ven incrementados dentro del país por la proverbial estupidez y la ineptitud de los partidos nacionales burgueses, por la indolencia de las grandes masas y por la cobardía, como aliado especialmente poderoso: la cobardía que podemos observar hoy entre aquellos que por su misma naturaleza son incapaces de oponer ninguna resistencia a la plaga marxista, y que, por esta razón, se consideran particularmente afortunados cuando pueden exponer sus voces a la atención de la opinión pública en un tema que es menos peligroso que la lucha contra el marxismo y que, sin embargo, parece y suena como algo similar a eso.

Porque, cuando elevan sus clamores hoy sobre el Tirol del Sur, semejan estar sirviendo los intereses de la lucha nacional. Justamente como, a la inversa, hacen todo lo que pueden para abstenerse de tomar parte en una verdadera lucha contra los peores enemigos internos de la nación alemana. Estos campeones patrióticos, nacionales y también en parte étnicos, encuentran, sin embargo, considerablemente más fácil lanzar su grito de guerra contra Italia en Viena o Múnich, bajo el apoyo benévolo y en unión de los marxistas, que traicionaron a su pueblo y a su país, que tener que reñir una guerra seria contra estos mismos elementos.

De la misma forma que hoy en día muchas cosas se han convertido en apariencia, toda esta pretendida actitud nacional de semejantes personas ha sido por mucho tiempo solamente un despliegue externo que podemos estar seguros de que a ellos les complace, y a través del cual una gran parte de nuestro pueblo no consigue ver nada.

Contra esta poderosa coalición, que, desde los más variados puntos de vista, está tratando de convertir la cuestión del Tirol del Sur en el eje de una política exterior alemana, el movimiento socialista nacional lucha propugnando inflexiblemente una alianza con Italia en contra de la vigente tendencia francófila. De aquí que el movimiento, en contraste con la totalidad de la opinión pública en Alemania, recalque decididamente que el Tirol del Sur ni puede ni debe ser un obstáculo para esta política por la que aboga.

Esta opinión es la causa de nuestro actual aislamiento en la esfera de la política exterior y la de los ataques que se dirigen contra nosotros. Más adelante, de ello podemos estar seguros, terminará por ser la causa definitiva de la resurrección de la nación alemana.

Escribo este libro con objeto de exponer con detalle y de hacer comprensible esta concepción firmemente abrazada. Cuanto menos importancia concedo al hecho de ser comprendido por los enemigos del pueblo alemán, tanto más siento el deber de esforzarme por presentar y hacer comprensibles las ideas fundamentales socialistas nacionales sobre una auténtica política exterior alemana, a los elementos de nuestro pueblo que abrigan ideas nacionales y que solamente están mal informados o mal guiados. Yo sé que, después de un sincero examen del concepto que se expone aquí, muchos de ellos abandonarán sus posiciones previas y encontrarán su camino en las filas del movimiento socialista nacional, liberador de la nación alemana.

Ellos vigorizarán así esa fuerza que un día hará el definitivo ajuste de cuentas con aquellos a los que no se puede enseñar porque sus pensamientos y sus acciones están regidos no por la felicidad de su pueblo, sino por los intereses de sus partidos o de sus propias personas.

CAPÍTULO I

La política es la historia en construcción. La historia misma es la presentación del curso de la lucha de un pueblo por la vida. Deliberadamente, uso aquí la frase "lucha por la vida", porque, en verdad, esa lucha por el pan de cada día, tanto en la paz como en la guerra, es una eterna batalla contra miles y miles de adversidades, justamente como la vida misma es una eterna lucha contra la muerte. Porque el ser humano sabe tan poco como cualquier otra criatura del mundo sobre el porqué vive. Se sabe tan solo que la vida está llena del anhelo de conservarla.

La criatura más primitiva solo conoce el instinto de conservación de su propio yo; en criaturas situadas en un nivel más alto de la escala, ese instinto se amplía hasta la esposa y los hijos, y, en los que están todavía a más altura, se extiende a la especie entera. Si bien, aparentemente, el hombre renuncia a menudo a su propio instinto de autoconservación por amor a la especie, es lo cierto que le sirve hasta el más alto grado. Pues no es raro que la conservación de la vida de todo un pueblo, y con ella la del individuo, estribe solo en esa renuncia hecha por el individuo. De aquí el repentino valor de una madre en defensa de sus niños y el heroísmo de un hombre en defensa de su pueblo.

La grandeza del instinto de conservación corresponde a los dos instintos vitales más poderosos: el hambre y el amor. Así como la satisfacción del hambre eterna asegura la autoconservación, la satisfacción del amor garantiza la continuidad. En verdad, estos dos instintos son los rectores de la vida. Y aunque los exangües estetas puedan promover mil protestas contra semejante afirmación, el hecho de que ellos existan es ya una refutación de esa protesta. Nada que esté hecho de carne y de sangre puede sustraerse a las leyes que determinaron su llegada a la existencia.

En cuanto la mente humana se cree superior a esas leyes, destroza la verdadera sustancia que es la portadora de la mente.

Pero lo que se aplica al ser humano individual también se aplica a los pueblos. Un pueblo no es más que una multitud de seres individuales más o menos iguales. Su fuerza reside en el valor de los seres individuales que lo forman y en el carácter y la amplitud de la semejanza de estos valores. Las mismas leyes que rigen la vida de los individuos y a las que están sujetos, son, por tanto, válidas también para el pueblo. Los instintos de autoconservación y de continuidad son los grandes aguijones de toda acción, mientras dicho cuerpo siga gozando de salud. Por consiguiente, las consecuencias de estas leyes generales de la vida también serán similares entre los pueblos como lo son entre los individuos.

Si para toda criatura de esta Tierra el instinto de conservación a través de sus dos objetivos de autoconservación y continuidad representa la fuerza más elemental, pero la posibilidad de satisfacerlas es limitada, entonces la consecuencia lógica es la lucha en todas sus formas por la posibilidad de mantener esta vida, es decir, por satisfacer el instinto de conservación.

Incontables son las especies de todos los organismos de la Tierra: ilimitado es, en todo momento, en los individuos su instinto de autoconservación, así como su anhelo de perpetuación, pero el espacio en que el proceso total de la vida se desarrolla está limitado. La lucha por la vida y la continuidad de la vida, lucha empeñada por miles y miles y miles de millones de organismos, tiene lugar en la superficie de una esfera exactamente medida. La compulsión a tomar parte en la lucha por la vida radica en la limitación del espacio vital; pero en la lucha a muerte por este espacio vital radica también la base de la evolución.

En los tiempos anteriores al ser humano, la historia del mundo fue primariamente un despliegue de acontecimientos geológicos; la lucha de unas fuerzas naturales con otras, la creación de una superficie habitable en este planeta, la separación entre el agua y la tierra, la formación de las montañas, las llanuras y los mares. Esa es la historia mundial de aquella época. Más tarde, el interés del hombre se centra, con la aparición de la vida orgánica, en el devenir y la desaparición de sus miles de manifestaciones. Y mucho después, el hombre mismo finalmente hace su aparición, y así comienza a entender bajo el término historia del mundo principalmente solo la historia de su propio devenir, es decir, la representación de su propia evolución. Esta evolución se caracteriza por una eterna lucha de los

humanos contra las bestias y contra otros humanos. De la impenetrable confusión de los organismos individuales emergieron finalmente formaciones, clanes, tribus, pueblos, estados. La descripción de sus orígenes y de su consunción constituye la representación de una eterna lucha por la vida.

Pero, si la política es la historia en construcción, y la historia misma es la representación de la lucha de los individuos y de los pueblos por la autoconservación y la continuidad, entonces la política es verdaderamente la ejecución de la lucha de un pueblo por su vida. Pero la política no es solo la lucha de un pueblo por su existencia; para nosotros, los seres humanos, es más bien el arte de llevar a cabo esa lucha.

Puesto que la historia, como representación de la lucha por la vida de los pueblos que ha habido hasta ahora, es, al mismo tiempo, la representación petrificada de las políticas que han prevalecido en un momento dado, la historia es también la maestra más adecuada para nuestra propia actividad política.

Si la más alta tarea de la política es la conservación y la continuidad de la vida de un pueblo, entonces esta vida es la eterna sustancia con la que se lucha y por la que y sobre la que se toman las decisiones. Su tarea es, pues, la de conservar una sustancia de carne y hueso. Su éxito es la posibilidad de esta conservación. Su fracaso es la aniquilación, es decir, la pérdida de esta sustancia. Consiguientemente, la política es siempre la rectora de la lucha por la vida, la que la dirige, la que la organiza, y su eficacia decidirá, no importa cómo la llame formalmente el hombre, la vida o la muerte de un pueblo.

Es necesario no perder esto de vista, porque con esto los dos conceptos de política de paz o política de guerra se hunden inmediatamente en la inanidad. Como quiera que la política pone siempre en juego la vida misma, el resultado del fracaso o del éxito afectará invariablemente a la vida, sin tener en cuenta para nada los medios con que la política trata de desarrollar la lucha por la conservación de la vida de un pueblo. Una política de paz que fracasa, conduce tan derechamente a la destrucción de un pueblo, esto es, a la extinción de su sustancia de carne y de sangre, como una política de guerra que se extravía. Tanto en un caso como en otro, el despojo de los

requisitos previos de la vida es la causa de la extinción de un pueblo. Pues los pueblos no se han extinguido en los campos de batalla; antes bien, las batallas perdidas las han privado de los medios necesarios para la conservación de la vida, o, mejor expresado, han dado origen a tal privación o no han podido impedirla.

En realidad, las pérdidas que surgen directamente de una guerra no están en modo alguno en proporción con las pérdidas que se derivan de la vida mala y poco saludable de un pueblo. El hambre silenciosa y los malos vicios matan en diez años mucha más gente que la que la guerra podría matar en mil. Pero la guerra más cruel es precisamente aquella que parece ser la más pacífica a los ojos de la humanidad actual, esto es, la pacífica guerra económica. En sus últimas consecuencias, esta misma guerra conduce a tal cantidad de víctimas que, en comparación con ellas, incluso las de la Guerra Mundial se reducen a nada.

Porque esta guerra económica afecta no solamente a los vivos, sino que alcanza con su zarpazo a todos aquellos que están a punto de nacer. Mientras que la guerra mata una fracción del presente en el peor de los casos, la guerra económica asesina al futuro. Un solo año de control de nacimientos en Europa mata a más personas que todas las que cayeron en los campos de batalla desde los tiempos de la Revolución Francesa hasta nuestros días, en todas las guerras de Europa, incluyendo la Gran Guerra. Pero esta es la consecuencia de una política económica pacífica que ha superpoblado Europa sin permitir a una serie de naciones la posibilidad de que sigan desarrollándose de manera saludable.

En general, debe declararse también lo siguiente:

Tan pronto como un pueblo olvida que la tarea de la política es conservar la vida de ese pueblo por todos los medios y de acuerdo con todas las posibilidades, y, en lugar de eso, pretende someter la política a un modo definido de acción, destruye el significado esencial del arte de conducir a un pueblo en su fatídica lucha por la libertad y el pan.

Una política fundamentalmente bélica podrá mantener a un pueblo alejado de numerosos vicios y enfermedades, pero por sí sola, en el transcurso de muchos siglos, no podrá evitar un cambio en su valor interno. La guerra, si se convierte en un fenómeno permanente, tiene un peligro

interno, que se hace tanto más evidente cuanto más desiguales son los valores raciales básicos de los que se compone un cuerpo nacional. Esto ya ocurría en la antigüedad en todos los estados de los que tenemos constancia y se aplica hoy especialmente a todos los estados europeos.

La naturaleza de la guerra tiene la consecuencia forzosa de que, a través de múltiples procesos individuales, conduce a una selección racial dentro de un pueblo, es decir, a una destrucción preferente de sus mejores elementos. La apelación al valor y a la bravura encuentra su respuesta en incontables reacciones individuales, en las que los mejores y más valiosos elementos raciales se adelantan voluntariamente una y otra vez para tareas especiales o son cultivados de una manera sistemática mediante los métodos organizadores de formaciones especiales.

El caudillaje militar de todos los tiempos ha estado siempre dominado por la idea de formar legiones especiales, tropas escogidas de hombres seleccionados para regimientos de la guardia y batallones de asalto. Los guardias palaciegos de Persia, las tropas selectas de Alejandro, las legiones romanas de los pretorianos, los grupos sueltos de los lansquenetes, los regimientos de la Guardia de Napoleón y de Federico el Grande, los batallones de asalto, las tripulaciones de submarinos y el cuerpo de aviadores de la Guerra Mundial, debieron su origen a la misma idea y necesidad de entresacar de una gran multitud de hombres a aquellos que poseían las máximas aptitudes para el cumplimiento de tareas de especial responsabilidad, hombres que debían agruparse en formaciones especiales.

Pues la guardia no era en sus orígenes una formación de entrenamiento, sino una unidad de combate. La gloria adscrita al hecho de ser miembro de una comunidad semejante conducía a la creación de un especial *esprit de corps* que posteriormente, sin embargo, podía anquilosarse y acabar en definitiva en menos formalismos. De aquí que no sea raro que tales formaciones tengan que soportar los mayores sacrificios de sangre. En resumen, que los más aptos son elegidos de una gran multitud de hombres y llevados a la guerra en masas concentradas.

De esta forma, el porcentaje de los mejores que mueren en un pueblo se ve incrementado desproporcionalmente, mientras que, a la inversa, el porcentaje de los peores elementos puede preservarse hasta el más alto

grado. Por encima de los hombres extremadamente idealistas que están dispuestos a sacrificar sus propias vidas por la comunidad del pueblo, se halla el número de los rematados y viles egoístas que consideran la conservación de su propia vida como la tarea más alta de este vivir humano. El héroe muere, el criminal sigue viviendo. Esto se pone de manifiesto en una época heroica y especialmente ante una juventud idealista. Y esto conviene, porque es la prueba del valor existente en un pueblo.

El verdadero estadista debe considerar tal hecho con preocupación y tenerlo en cuenta. Pues lo que fácilmente puede tolerarse en una guerra, en cien guerras lleva al lento desangrarse de los elementos mejores y más valiosos de un pueblo. Es posible que se hayan ganado victorias de esta manera, pero al final no quedará un pueblo digno de estas victorias, y la desdicha de la posteridad, algo que parece incomprensible para algunos, es no pocas veces el resultado de los éxitos del pasado.

Por lo tanto, los prudentes conductores políticos de un pueblo, nunca verán en la guerra el objetivo de la vida de un pueblo, sino únicamente un medio para la conservación de esa vida. Ese conductor debe educar al material humano que le ha sido confiado, elevándolo hasta la más alta virilidad, pero debe gobernarlo de la manera más concienzuda. Los gobernantes no deben temer arriesgar las más altas cantidades de sangre, si es necesario, por la existencia de un pueblo, pero deben tener siempre presente que la paz tendrá que reponer algún día esa sangre. Las guerras que se libran por propósitos que, por el conjunto de su naturaleza, no garantizan una compensación de la sangre que ha sido derramada, son sacrilegios cometidos contra el cuerpo del pueblo, pecados contra el futuro de un pueblo.

Pero las guerras eternas pueden convertirse en un terrible peligro en un pueblo que posea elementos tan desiguales en su composición racial, que solo una parte de ellos pueda considerarse como conservador del estado y, por tanto, especialmente creador en el aspecto cultural. La cultura de los pueblos europeos descansa sobre los cimientos que la infusión de sangre nórdica ha creado en el curso de los siglos. Una vez que los últimos restos de esta sangre nórdica estén eliminados, la faz de la cultura europea cambiará, pero menguando el valor de los estados de acuerdo con el valor decreciente de los pueblos.

Por otra parte, una política que sea fundamentalmente pacífica hará posible al principio la conservación de sus mejores portadores de sangre, pero, en conjunto, acostumbrará al pueblo a una debilidad que, un día, tiene que conducir al fracaso, una vez que la base de existencia de semejante pueblo se vea amenazada. Entonces, en lugar de pelear por el pan de cada día, la nación preferirá racionar este pan y, lo que es todavía más probable, preferirá limitar el número de gente, ya mediante la emigración pacífica, ya por el control de nacimientos, con objeto de liberarse de una espantosa miseria. Así, la política fundamentalmente pacífica se convierte en un azote para un pueblo. Porque lo que por una parte realizaba la guerra permanente, hacía por otro la emigración. Con ellas, un pueblo va siendo despojado de lo mejor de su sangre en centenares de miles de pérdidas de vidas.

Es triste saber que toda nuestra sabiduría político-nacional, si bien no reconoce ninguna ventaja en absoluto en la emigración, deplora, a lo sumo, la disminución del número de habitantes o, en el mejor de los casos, habla del abono cultural que de esta manera se proporciona a otros estados. Pero lo que no se percibe es lo peor. Como la emigración no se produce por regiones, ni se lleva a cabo según grupos de edad, sino que está sometida a la libre regla del hado, se lleva siempre de un pueblo a la gente más animosa e intrépida, a los más resueltos y mejor preparados para la resistencia. El joven campesino que emigró de su pueblo a los Estados Unidos hace ciento cincuenta años era tan resuelto y aventurero como el trabajador que se marcha hoy a la Argentina. El cobarde y el débil prefieren morir en casa a realizar el esfuerzo de ánimo necesario para ganarse el pan en un país extranjero y desconocido.

Independientemente de que sea la desgracia, la miseria, la presión política o la intolerancia religiosa lo que pese sobre el pueblo, siempre serán los más sanos y los más capaces de resistencia los que podrán presentar mayor oposición. El más débil siempre será el primero en someterse. Su conservación es, por lo general, tan poco ventajosa para el vencedor como lo es para la madre patria.

Por eso no es raro que la ley de la acción pase de la madre patria a las colonias; en estas se ha producido una concentración de personas del más alto valor de una manera completamente natural. Pero lo que es una

ganancia positiva para el país nuevo es, en consecuencia, una pérdida para el país de origen.

Cuando un pueblo pierde sus mejores fuerzas, las más vigorosas y naturales, a causa de la emigración en el curso de los siglos, difícilmente podrá volver a reunir la energía interna necesaria para oponer la debida resistencia al hado en momentos críticos. Pronto tendrá que echar mano del control de nacimientos. Ni siquiera aquí llega a ser decisiva la pérdida en cantidad, pero el hecho terrible es que, con el control de nacimientos, los más altos valores potenciales de un pueblo quedan destruidos en su origen mismo. Pues la grandeza y el futuro de un pueblo están determinados por la suma de sus aptitudes para los más altos logros en todos los campos. Pero estos son valores de personalidad que no aparecen vinculados a la primogenitura.

Si borrásemos de nuestra vida cultural alemana, de nuestra ciencia, y, en realidad, de toda nuestra existencia como tal, cuanto fue creado por hombres que no fueron primogénitos, Alemania apenas sería un estado balcánico. El pueblo alemán no tendría ya derecho a pretender que se lo considerase como un pueblo cultural.

Además, debe tenerse en cuenta que, incluso en el caso de que los hombres que fueron primogénitos hubieran realizado grandes cosas por su pueblo, habría que comprobar si, por lo menos uno de sus antepasados, no había sido un segundogénito. Porque, cuando en toda la serie ancestral aparece rota la cadena de los primogénitos, aunque solo sea una vez, el hombre que rompe la cadena pertenece a los que no habrían existido si nuestros antepasados hubiesen rendido pleitesía a este principio del control de nacimientos. Pero en la vida de las naciones no hay vicios del pasado que sean virtudes en el presente.

La política fundamentalmente pacífica, con el subsiguiente desangramiento mortal de una nación por la corriente emigratoria y el control de nacimientos, es todavía mucho más catastrófica cuando afecta a un pueblo que está formado por elementos raciales desiguales. Pues, en este caso, así como los mejores elementos raciales son sustraídos del pueblo por la emigración, en el país nativo, mediante el control de nacimientos, los que, como consecuencia de su valor racial, se han elevado hasta los niveles

más altos de la sociedad y de la vida, son los primeros afectados. Entonces, gradualmente, el relleno de sus filas lo harán las amplias masas, mezcladas e inferiores, y, al final, siglos después, se llegará a un descenso del valor total del pueblo en su conjunto. Una nación así habrá cesado, hace ya mucho tiempo, de poseer un verdadero vigor vital.

De esta forma, una política que sea fundamentalmente pacífica, será tan perjudicial y devastadora en sus efectos como una política que tenga la guerra como única arma.

La política debe luchar por y para la vida de un pueblo; es más, debe elegir siempre las armas de su lucha de modo que esa vida sea servida en el sentido más elevado de la palabra. Pues no se hace política con objeto de capacitar a los hombres para morir, aunque a veces se les convoque para ello, con objeto de que un pueblo pueda vivir. El objetivo es la conservación de la vida y no una muerte heroica, ni tampoco una cobarde resignación.

CAPÍTULO II

La lucha de un pueblo por la vida está ante todo y esencialmente determinada por el siguiente hecho:

Sin tener en cuenta el alto nivel que pueda alcanzar la importancia cultural de un pueblo, la lucha por el pan de cada día está situada en la vanguardia de todas las necesidades vitales. Claro que un liderazgo popular ingenioso puede desplegar altos objetivos ante los ojos de un pueblo, para que este deje de preocuparse de las cosas materiales y se ocupe en servir ideales espirituales más altos. En general, el interés meramente material se elevará proporcionalmente con la desaparición de las preocupaciones espirituales. Cuanto más primitiva sea la vida espiritual del hombre, más irracional, más semejante a una bestia se hace este, y al fin llega a considerar la aprehensión de alimentos como el único objetivo de la vida. De aquí que un pueblo pueda soportar perfectamente cierta limitación de metas materiales mientras se le dé compensación en forma de ideales activos.

Pero si se quiere que estos ideales no terminen por ser la ruina de un pueblo, no deben existir nunca unilateralmente a expensas de la nutrición material, en forma que la salud de la nación parezca quedar amenazada por ellos. Pues un pueblo hambriento se derrumbará a consecuencia de su desnutrición física o forzosamente llevará a cabo un cambio en su situación. Pero, más tarde o más temprano, el colapso físico trae como consecuencia el colapso espiritual. Entonces todos los ideales llegan también a perecer.

Por consiguiente, los ideales son buenos y saludables mientras contribuyen a reforzar las fuerzas internas y generales de un pueblo, de modo que, en último análisis, puedan ser de nuevo provechosas al empeñarse en la lucha por la vida. Los ideales que no sirven a este propósito son malos, aunque puedan parecer mil veces más bellos exteriormente; son malos porque apartan a un pueblo más y más de la realidad de la vida.

Pero el pan que un pueblo necesita para vivir está condicionado por el espacio vital que tiene a su disposición. Un pueblo sano tratará, por lo menos, de buscar la satisfacción de sus necesidades en su propio suelo. Cualquier otra situación es patológica y peligrosa, aunque haga posible la alimentación de un pueblo durante siglos. El comercio mundial, la economía mundial, el movimiento turístico, etc., etc., son medios transitorios para asegurar la alimentación de un pueblo. Dependen de factores que, en parte, están más allá de todo cálculo y que, por otro lado, se encuentran más allá de los poderes de un pueblo. En todos los tiempos, el cimiento más seguro para la existencia de un pueblo ha sido su propio suelo.

Pero ahora debemos considerar lo siguiente:

La población de un país es un factor variable. En los pueblos sanos, siempre estará en aumento. En realidad, solo un aumento así hace posible garantizar el futuro de un pueblo de acuerdo con los cálculos humanos. Pero el resultado es que la demanda de artículos crece también constantemente. En la mayoría de los casos, el llamado aumento doméstico en la producción solo puede satisfacer las crecientes demandas del sustrato humano, pero de ninguna manera las de la población incrementada. Esto se aplica especialmente a las naciones europeas.

En pocos siglos, y sobre todo en tiempos muy recientes, los pueblos europeos han incrementado sus necesidades en una extensión tal, que el aumento en la productividad del suelo europeo, aumento que es posible de año en año en condiciones favorables, apenas si puede mantener el ritmo con el crecimiento de las necesidades generales de la vida. El aumento de la población solo puede equilibrarse por un aumento, esto es, por una ampliación, del espacio vital. Ahora bien, el número de habitantes de un pueblo es variable, pero el suelo no se modifica. Esto significa que el crecimiento de un pueblo es un proceso, tan evidente por sí mismo por ser tan natural, que no se considera extraordinario.

Por otra parte, un aumento en territorio está condicionado por la distribución general de las posesiones en el mundo; un acto de revolución especial, un proceso extraordinario, de forma que la facilidad con que una

población aumenta está en duro contraste con la extraordinaria dificultad de los cambios territoriales.

Pero el hecho de que la relación entre el número de habitantes y el territorio esté bien o mal regulada es de una importancia enorme para la existencia de un pueblo. En realidad, podemos decir con justicia que toda la lucha de un pueblo por la vida consiste en defender el territorio que necesita como requisito previo y general para la alimentación de la población creciente.

Puesto que la población crece incesantemente y el suelo permanece estacionario, gradualmente han de surgir, de manera forzosa, tensiones que al principio encuentran su expresión en la escasez y que, durante cierto tiempo, pueden equilibrarse mediante una industria mayor, métodos de producción más ingeniosos o una austeridad especial. Pero llega un día en que estas tensiones no pueden seguir siendo eliminadas con tales medios. Entonces la tarea de los dirigentes de la lucha por la vida de un pueblo consiste en eliminar las condiciones intolerables de una manera fundamental, esto es, restaurando una relación tolerable entre la población y el territorio.

En la vida de las naciones hay varios modos de corregir la desproporción entre población y territorio. El procedimiento más natural es hacer que el suelo se adapte, de cuando en cuando, a la población incrementada. Esto requiere la determinación de combatir y el derramamiento de sangre. Pero este derramamiento de sangre es el único que puede estar justificado para un pueblo. Puesto que ese derramamiento permite ganar el espacio necesario para el posterior crecimiento de un pueblo, automáticamente ofrece múltiples compensaciones a los recursos humanos empleados en el campo de batalla. De esta forma, el pan de la libertad germina de las durezas de la guerra. La espada fue la que desbrozó el camino para el arado.

Y si queremos hablar de derechos humanos en general, es este el único caso en que la guerra sirve al derecho más alto de todos: le da a un pueblo la tierra que necesitaba para cultivarla, industriosa y honestamente, para sí mismo, de forma que sus hijos puedan algún día estar provistos del pan cotidiano.

Porque esta tierra no se le asignó a nadie, ni se le regaló a nadie. Está concedida por la providencia al pueblo que posee en su corazón el valor suficiente para conquistarla, la fuerza para conservarla y la laboriosidad para labrarla.

De aquí que ningún pueblo sano y fuerte vea nada de pecaminoso en la adquisición territorial, sino algo completamente de acuerdo con la naturaleza. Al moderno pacifista que niega este derecho sagrado, habría que reprocharle en primer lugar el hecho de que, por lo menos él mismo, se está nutriendo a base de las injusticias de tiempos anteriores. Por otra parte, no hay ningún lugar en esta tierra que haya sido fijado como residencia de un pueblo para siempre, ya que las reglas de la naturaleza han forzado al género humano, durante decenas de miles de años, a emigrar constantemente.

Finalmente, la actual distribución de las posesiones en la tierra no es obra de un poder más alto, sino del hombre mismo. Pero yo nunca puedo considerar una solución llevada a cabo por el hombre como un valor eterno que la providencia haya tomado ahora bajo su protección y lo haya santificado y convertido en una ley para el futuro. Por consiguiente, lo mismo que la superficie de la Tierra parece estar sujeta a perpetuas transformaciones geológicas, haciendo que la vida orgánica perezca en un ininterrumpido cambio de formas con objeto de descubrir otras nuevas, los límites de los lugares de residencia humana están expuestos a una serie de cambios interminables.

Pero muchos pueblos, en determinadas épocas, pueden tener interés en presentar la distribución existente de los territorios del mundo como obligatoria para siempre, por la sencilla razón de que se ajusta a sus intereses. Del mismo modo otros pueblos pueden ver en ello solamente algo que está hecho en general por el hombre; una situación que, por el momento, les resulta desfavorable y que, en consecuencia, deben cambiar con todos los medios que suministra el poder humano.

Todo aquel que pretendiera desterrar para siempre esta lucha de la Tierra, conseguiría tal vez abolir la lucha entre los hombres, pero eliminaría al mismo tiempo la más elevada fuerza impulsora que existe para su desarrollo; exactamente como si en la vida ciudadana quisiera perpetuar la

riqueza de ciertas personas, la grandeza de ciertas empresas comerciales, y con este propósito eliminara el juego de las libres fuerzas, la competencia. El resultado sería catastrófico para un pueblo.

La distribución actual del espacio terrestre, hecha unilateralmente, resulta tan favorable para determinados pueblos, que es forzoso y comprensible que estos tengan interés en no permitir ningún cambio en ella. Pero la superabundancia de territorio de que disfrutan estos pueblos contrasta con la pobreza de los demás, que a pesar de sus máximos esfuerzos no hallan la posibilidad de obtener su pan cotidiano y mantenerse vivos. ¿Qué derechos superiores podrían oponerse contra ellos si reclaman una extensión de tierra que salvaguarde su sostenimiento?

No. El derecho primario de este mundo es el derecho a la vida, en tanto que uno posea la fuerza necesaria para ello. Por consiguiente, sobre la base de este derecho, un pueblo vigoroso siempre encontrará formas de adaptar su territorio al número de sus pobladores.

Una vez que un pueblo, como resultado, bien de su debilidad, bien de un mando defectuoso, no consigue eliminar la desproporción entre el número creciente de sus habitantes y la cantidad fija de territorio, mediante la incrementación de la productividad de su suelo, tendrá que buscar necesariamente otras soluciones: adaptará el número de sus pobladores al terreno.

La naturaleza se ocupa en realizar la primera adaptación del número de habitantes al suelo insuficientemente nutritivo. La escasez y la miseria son sus instrumentos. Un pueblo puede verse así tan diezmado, que, prácticamente, quede paralizado cualquier aumento de población. Las consecuencias de esta adaptación natural de la población al suelo no son siempre las mismas. Aparece en primer lugar una lucha de gran violencia por la existencia, lucha a la que tan solo los individuos más fuertes y con mayor capacidad para la resistencia pueden sobrevivir. Un alto porcentaje de mortalidad infantil, por un lado, y una alta proporción de gente vieja por otro, son los signos principales de una época que muestra poco interés por la vida individual.

Puesto que en tales condiciones todos los débiles son barridos por la miseria y la enfermedad y solo quedan vivos los más sanos, se produce una

especie de selección natural. De esta forma, el número de habitantes puede quedar sujeto fácilmente a limitación, pero el valor interno puede permanecer y, en realidad, incluso experimentar una elevación importante.

Pero un proceso así no es posible que dure demasiado tiempo, ya que entonces la miseria puede originar una situación completamente contraria. En las naciones compuestas de elementos raciales que no son todos del mismo valor, la desnutrición permanente puede llevar en definitiva a una triste rendición a la miseria, que gradualmente reduce la energía. Y en lugar de una lucha que proporciona una selección natural, se produce una gradual degeneración.

Así ocurre sin duda cuando el hombre, con objeto de controlar la miseria crónica, no concede ya ningún valor al aumento de su número y acude al control de nacimientos. Porque, a partir de entonces, se adentra por un camino opuesto al que señala la naturaleza.

Así como la naturaleza, de la multitud de seres que nacen, salva a unos pocos, a los que están mejores dotados en salud y resistencia para librar la lucha por la vida, el hombre limita el número de nacimientos y luego trata de mantener vivos a aquellos que han nacido, sin tener en cuenta para nada su verdadero valor o su mérito intrínseco. De aquí que su humanitarismo sea solo la sirvienta de su debilidad, al mismo tiempo que el destructor más cruel de su propia existencia.

Si el hombre quiere limitar el número de personas nacidas de él, sin producir las terribles consecuencias que nacen del control de nacimientos, debe dar rienda suelta al número de nacimientos y luego reducir el número de los que permanezcan vivos. Hubo una época en que los espartanos eran capaces de una medida tan acertada, pero no ocurre así en nuestra época actual, mendazmente sentimental, llena de tonterías de tipo burgués-patriótico. El gobierno de seis mil espartanos sobre trescientos cincuenta mil ilotas solo era concebible como consecuencia del alto valor racial de los espartanos. Pero esto era el resultado de una conservación sistemática de la raza; y por eso Esparta debe ser considerada como el primer estado popular. La denuncia pública de niños enfermos, débiles o deformes y, en definitiva, su destrucción, era más decente y, en verdad, mil veces más humana que la perversa locura de nuestros días que defiende a toda costa al individuo más

patológico, y, en cambio, arrebata la vida a centenares de niños sanos, practicando el control de nacimientos o los abortos, de modo que mantiene una raza de degenerados llenos de taras y enfermedades.

De aquí que pueda decirse en general que la limitación del número de habitantes por la miseria y los expedientes humanos, puede muy bien dar como resultado una adaptación aproximada al insuficiente espacio vital. Pero el valor del material humano que sobreviene va bajando de una manera constante y llega al límite de la decadencia.

El segundo intento de adaptar el terreno al número de habitantes consiste en la emigración, que, cuando no se realiza tribalmente, conduce, de la misma manera, a una devaluación del material humano restante.

El control humano de nacimientos aniquila al portador de los valores máximos, la emigración destruye el valor del término medio.

Hay todavía otros dos procedimientos para que un pueblo trate de compensar el desequilibrio entre población y territorio. El primero es lo que se denomina incremento de la productividad doméstica de la tierra, cosa que no tiene nada que ver con la llamada colonización interna; el segundo consiste en el aumento de la producción de mercanías y la conversión de la economía doméstica en una economía de exportación.

La idea de aumentar el rendimiento del suelo dentro de unas fronteras fijadas es una idea antigua. La historia del cultivo humano de la tierra es una historia de progreso permanente, de permanente mejora y, por tanto, de rendimientos incrementados. Mientras que la primera parte de ese proceso radica en el aspecto de los métodos de cultivo, así como en la construcción de asentamientos, la segunda parte estriba en el aumento artificial del valor del terreno mediante la introducción de materias nutritivas de las que el suelo carece o casi carece. Esta línea de conducta lleva desde la azada de los tiempos antiguos al moderno arado mecánico, del estiércol de los establos a los fertilizantes artificiales de nuestros días.

Sin duda, la productividad del suelo se ha incrementado así enormemente. Pero también es cierto que en todo hay un límite, especialmente si consideramos que el nivel de vida de un hombre culto es un nivel general, que no está determinado por la cantidad de artículas de una nación susceptibles de ser entregados al individuo; más bien está sujeto

al juicio de los países circundantes y, a la inversa, establecido por las condiciones que reinan en ellos. Los actuales sueños europeos sobre el nivel de vida los extrae el hombre tanto de las potencialidades de Europa como de las condiciones que actualmente prevalecen en los Estados Unidos. Las relaciones internacionales entre los pueblos son hoy tan fáciles y tan estrechas, gracias a la moderna tecnología y a las comunicaciones, que el europeo, generalmente sin darse cuenta de ello, aplica las condiciones estadounidenses como un modelo para su propia vida.

Pero, al proceder así, se olvida de que la relación entre el número de habitantes y la superficie del terreno en el continente americano es infinitamente más favorable que las condiciones análogas de los pueblos europeos respecto a sus espacios vitales. Aun prescindiendo en absoluto de cómo Italia, o Alemania, llevan a cabo la colonización interna de su suelo, aun prescindiendo de cómo aumentan la productividad de su suelo mediante actividades científicas y metódicas, queda en pie el hecho de la desproporción entre el número de sus habitantes y la superficie, si se compara con la relación existente entre los habitantes de la Unión Americana y el suelo de la Unión. Y si para Italia o Alemania fuera posible un incremento superior de la población, esto mismo ocurriría en la Unión Americana multiplicado. Y cuando, a la postre, no fuese ya factible ningún aumento en estos dos países europeos, la Unión Americana podría continuar creciendo durante siglos hasta llegar a la proporción que nosotros sufrimos hoy.

La esperanza en los efectos que podrían lograrse, especialmente mediante la colonización interna, descansa en una falacia. La opinión de que podemos llevar a cabo un considerable incremento en la productividad del suelo es falsa. Sin ocuparnos, por ejemplo, en cómo está distribuida la tierra en Alemania (en propiedades campesinas grandes o pequeñas, en parcelas para agricultores humildes), el hecho es que, por término medio, existen ciento treinta y seis personas por kilómetro cuadrado. Esta proporción va en contra de la salud pública. Es imposible alimentar a nuestro pueblo sobre esta base y con esta premisa.

Realmente, solo serviría para crear confusión airear ante las masas la consigna de la colonización interna, ya que daría lugar a que se concentrasen en ello las esperanzas del pueblo, que creería haber

encontrado un medio de combatir su miseria actual. Y eso no sería verdad en absoluto. Pues la miseria no es el resultado de una forma defectuosa de la distribución de la tierra, sino la consecuencia de la insuficiente cantidad de espacio total que hay hoy a disposición de nuestro pueblo.

Aumentando la productividad del suelo, puede lograrse cierto alivio para la vida de un pueblo; pero, a la larga, esto no lo libraría del deber de adaptar el espacio vital del pueblo, espacio que se ha hecho insuficiente, a la población incrementada. Mediante la colonización interna, en las circunstancias más favorables, solo puede conseguirse un mejoramiento en el sentido de reforma social y justicia. Esto carece en absoluto de importancia respecto al mantenimiento total de un pueblo. A menudo, será incluso nocivo para la posición de un país en política exterior, porque despierta esperanzas que pueden apartar al pueblo del pensamiento realista. El ciudadano ordinario y respetable cree entonces que puede encontrar su pan cotidiano en el país mediante la diligencia y un duro trabajo, y no se da cuenta de que la fuerza de un pueblo debe concentrarse con objeto de ganar nuevo espacio vital.

La economía, que especialmente hoy está considerada por muchos como la salvadora de la escasez y de la inquietud, del hambre y de la miseria, puede, con ciertas condiciones previas, dar a un pueblo posibilidades de existencia que están más allá de la relación de ese pueblo con su propio suelo. Pero esto está ligado a un número de requisitos previos de los cuales debo hacer breve mención.

El sentido de tal sistema económico descansa en el hecho de que un pueblo produce, de ciertas mercancías vitales, más de lo que necesita para su propio uso. Vende esta superproducción fuera de su propia comunidad nacional y, con las ganancias así obtenidas, adquiere los alimentos y las materias primas de que carece. Así este tipo de economía implica no solo una cuestión de producción, sino, por lo menos en un grado de igual importancia, una cuestión de venta.

Se habla mucho, especialmente en la época actual, de incrementar la producción, pero se olvida completamente que tal incremento solo tiene valor cuando hay un comprador a mano. Dentro del círculo de la vida económica de un pueblo, todo incremento en la producción será provechoso

en el grado en que incrementa el número de mercancías que de esta forma se hacen accesibles al individuo. Teóricamente, todo incremento en la producción industrial de un pueblo debe ocasionar una rebaja en el precio de las mercancías, a la vez que producir un aumento en el consumo de las mismas y, consiguientemente, colocar al ciudadano individual en una posición que le permita poseer más artículos vitales. Pero en la práctica esto no cambia en modo alguno el hecho del sostenimiento anormal de un pueblo como resultado del suelo insuficiente.

Porque, desde luego, nosotros podemos aumentar muchas veces la producción de ciertos artículos industriales, pero no la producción de artículos alimenticios. Cuando una nación sufre de esa necesidad, el arreglo solo puede encontrarse si una parte de su sobreproducción industrial puede exportarse con objeto de compensar, trayéndolos del exterior, la falta de artículos alimenticios. Pero un aumento en la producción que tenga este objetivo, solo logra el éxito apetecido cuando encuentra un comprador, y precisamente un comprador que esté fuera del país.

De esta forma, se nos plantea la cuestión de la potencialidad de ventas, esto es, del mercado, punto de altísima importancia. El mercado actual del mundo no es ilimitado. El número de naciones industrialmente activas ha crecido constantemente. Casi todos los pueblos europeos sufren de una relación inadecuada e insatisfactoria entre el suelo y la población. De aquí que dependan de la exportación mundial. En años recientes, la Unión Americana se ha dedicado a exportar, y también lo ha hecho el Japón en Oriente.

De esta manera, empieza automáticamente una lucha por los mercados limitados, lucha que se hace tanto más áspera cuanto más numerosas van siendo las naciones industriales y, a la inversa, más se restringen los mercados. Porque mientras aumenta el número de pueblos que luchan por conseguir mercados mundiales, el mercado en sí disminuye lentamente, en parte como consecuencia de un proceso de autoindustrialización por sus propios medios, en parte por un sistema de empresas filiales que se crean en número creciente en tales países a impulsos de exclusivos intereses capitalistas.

Pues no debemos perder de vista lo siguiente: el pueblo alemán, por ejemplo, tiene un interés vital en construir barcos para China en astilleros alemanes, porque, de este modo, cierto número de hombres de nuestra nacionalidad tienen la posibilidad de alimentarse, posibilidad que no habrían tenido a base de nuestro propio suelo, que ya no es suficiente. Pero el pueblo alemán no tiene el menor interés, digámoslo así, en que un grupo financiero alemán o incluso una fábrica alemana abra un astillero, de las llamadas filiales, en Shanghái que construya barcos para China con trabajadores chinos y acero extranjero, aunque la corporación obtenga un beneficio neto en forma de interés o dividendo. Por el contrario, el resultado de ello será solamente que un grupo financiero alemán gana tantos y cuantos millones, pero a consecuencia de los pedidos que pierde nuestro país un múltiplo de esa cantidad es retirado de la economía alemana.

Cuanto más determine la presente economía meros intereses capitalistas, tanto más las opiniones generales del mundo financiero y de la Bolsa lograrán ejercer aquí una influencia decisiva, tanto más se irá extendiendo este sistema de establecimientos filiales, y así, artificialmente, se llevará a cabo la industrialización de antiguos mercados y, especialmente, se acortarán las posibilidades de exportación de los pueblos matrices europeos. Hoy todavía hay muchos que pueden permitirse el lujo de sonreírse ante este desarrollo futuro, pero si continúa generalizándose, dentro de treinta años los europeos gemirán bajo sus consecuencias.

Cuanto más aumenten las dificultades en encontrar mercados, más duramente se empeñará la lucha para conseguir los pocos que queden. Aunque las armas principales de esta lucha consistan en los precios y en la calidad de los artículos con que los pueblos, en su competencia, tratan de desalojarse de los mercados unos a otros, al final, el arma decisiva es también aquí la espada.

La llamada conquista económica pacífica del mundo solo podría realizarse si la Tierra se compusiera de pueblos puramente agrarios y no hubiese más que una nación industrial y comercial. Pero como hoy todas las grandes naciones son industriales, la llamada conquista económica pacífica del mundo no es sino la lucha con medios que seguirán siendo pacíficos mientras las naciones fuertes crean que pueden triunfar con ellos, o, para decirlo más claramente, mientras les sea posible matar a las otras con

medios económicos pacíficos. Pues este es el resultado verdadero de la victoria de una nación sobre otra por medios económicos pacíficos. Con ello, una nación adquiere posibilidades de supervivencia, de las que se ve despojada otra nación. Incluso aquí, lo que está en juego es siempre la sustancia de carne y sangre que nosotros llamamos pueblo.

Si un pueblo realmente vigoroso cree que no puede conquistar a otro por medios económicos pacíficos, o si un pueblo económicamente débil no quiere dejarse matar por un pueblo económicamente fuerte que poco a poco le va arrebatando las posibilidades de mantenimiento, uno y otro echarán mano de la espada. Los vapores de la fraseología económica serán rasgados y la guerra, que es la continuación de la política por otros medios, ocupará su puesto.

El peligro para un pueblo de actividad económica, en un sentido exclusivo, estriba en el hecho de que sucumbe demasiado fácilmente a la creencia de que, en definitiva, puede moldear su destino mediante la economía. Así, esta última, de un lugar puramente secundario, se traslada a un primer puesto, y, al final, es incluso considerada como formadora del estado y despoja al pueblo de aquellas mismas virtudes y características que, en último análisis, hacen posible para los pueblos y los estados la conservación de la vida sobre esta Tierra.

Un peligro especialmente grave de la llamada política económica pacífica es el de que hace posible un aumento en la población que termina por no estar en relación con la capacidad productiva de su propio suelo para mantener la vida.

Esta abundancia de población en un espacio vital insuficiente conduce también, no pocas veces, a la concentración de gente en centros de trabajo que no tienen el menor parecido con centros culturales, sino que más bien semejan abscesos en el cuerpo del pueblo, abscesos en los que parecen unirse todas las maldades, todas las enfermedades y todos los vicios. Sobre todo, son criaderos de mezcla de sangre, de bastardización, de rebajamiento racial, lo que culmina en esos purulentos centros de infección en que medra la cresa de los pueblos, el judío internacional, que finalmente se ocupa de aumentar la descomposición.

Precisamente así es como queda abierto el camino para la decadencia en que la fuerza intrínseca de un pueblo desaparece rápidamente; todos los valores racionales, morales y éticos son presa de la destrucción, los ideales quedan carcomidos y, al final, el requisito previo que un pueblo necesita urgentemente, con objeto de afrontar las últimas consecuencias de la lucha por los mercados del mundo, es eliminado.

Debilitados por un pacifismo vicioso, los pueblos ya no están dispuestos a pelear, con derramamiento de sangre, por mercados para sus mercancías. De aquí que, tan pronto como una nación fuerte enarbola la potencia verdadera del poder político en vez de los medios económicos pacíficos, las otras naciones se derrumban. Y entonces es cuando les toca pagar las propias faltas.

Tales naciones están superpobladas y ahora, como consecuencia de la pérdida de todos los requerimientos verdaderamente básicos, no tienen ya la menor posibilidad de conseguir alimentar adecuadamente a su excesiva masa de población. No tienen fuerza para romper los grilletes del enemigo y carecen del valor interno necesario para soportar su destino con dignidad. Creyeron que podrían vivir gracias a su pacífica actividad económica, y renunciaron al uso de la violencia.

El destino les enseñará que, al fin y a la postre, un pueblo está preservado únicamente cuando la población y el espacio vital se mantienen en una proporción natural, bien definida y saludable. Es más, esta relación debe revisarse de cuando en cuando y restablecerse a favor de la población en el mismo grado en que varíe desfavorablemente respecto al suelo.

Pero para proceder así todo pueblo necesita armas. La adquisición de suelo está ligada siempre con el empleo de la fuerza.

Si la tarea de la política es la ejecución de la lucha de un pueblo por la vida, y si la lucha por la vida de un pueblo consiste, en última instancia, en salvaguardar la cantidad necesaria de espacio para nutrir a una población específica, y si todo este proceso es una cuestión de empleo de fuerza por un pueblo, resultan de aquí las siguientes conclusiones definitivas:

La política es el arte de llevar a cabo la lucha de un pueblo por su existencia terrenal.

La política exterior es el arte de defender para el propio pueblo el necesario espacio vital en un momento dado, en cantidad y calidad.

La política doméstica es el arte de preservar el necesario empleo de fuerza para este fin en forma de valor racial y número de población.

CAPÍTULO III

Al llegar a este punto, quiero hablar de ese concepto burgués que considera la potencia principalmente como el surtido de armas de una nación y, en menor grado quizá, el ejército como organización armada. Si el concepto de los que así opinan fuera correcto, esto es, si el poder de una nación consistiera realmente en su posesión de armas y en su ejército, entonces una nación que hubiera perdido, por las razones que fuesen, su ejército y sus armas, debería estar aniquilada para siempre. Pero ni siquiera esos mismos políticos burgueses llegan a creer tal cosa. Por su misma duda sobre este punto, admiten que las armas y la organización del ejército son cosas que pueden reemplazarse y que, por consiguiente, no tienen un carácter primordial; que hay algo que está por encima de ellas y que, al menos, es también la fuente de donde ellos extraen su poder. Y así es.

Las armas y las formas del ejército son perecederas y reemplazables. Por grande que pueda ser su importancia por el momento, es limitada cuando se piensa en largos períodos de tiempo. Lo supremamente decisivo en la vida de un pueblo es la voluntad de autoconservación y las fuerzas vivientes que están a disposición de ese pueblo para este propósito. Las armas pueden oxidarse, las formaciones pueden quedar anticuadas; en cambio, la voluntad puede siempre renovar una cosa y otra y agrupar a un pueblo en la formación requerida por la necesidad del momento.

El hecho de que nosotros, los alemanes, hayamos tenido que entregar nuestras armas es de muy poca importancia, si miro solo el lado material del asunto. Y, sin embargo, esa es la única cosa que ven nuestros políticos burgueses. Lo más deprimente en la entrega de nuestras armas radica en las circunstancias concomitantes en que ello se produjo, en la actitud que lo hizo posible, así como en la forma miserable en que sabemos que se llevó a cabo. Todo ello queda rebasado por la destrucción de la organización de nuestro ejército. Pero incluso en esto la desgracia mayor no consiste en la eliminación de la organización portadora de las armas que poseemos, sino más bien en la abolición de una institución para inculcar la virilidad en

nuestro pueblo, una institución como no poseía ningún otro estado en el mundo y que, en realidad, ningún otro pueblo necesitaba más que nosotros, los alemanes.

La contribución de nuestro viejo ejército al disciplinamiento general de nuestro pueblo para los más altos logros en todos los campos es inconmensurable. Nuestro pueblo, que por su fragmentación racial carece de la cualidad que caracteriza, por ejemplo, a los ingleses, de agruparse resueltamente en época de peligro, ha recibido al menos una parte de esto, que en otras naciones es un dote natural e instintivo, por medio de su instrucción en el ejército.

La gente que charla felizmente sobre el socialismo no se da cuenta en absoluto de que la mejor organización socialista de todas ha sido el ejército alemán. Esta es también la razón de ese odio feroz de los judíos, inclinados típicamente hacia el capitalismo, contra una organización en la que el dinero no es idéntico a la posición, a la dignidad, por no mencionar al honor, sino más bien al logro; una organización en la que el honor de pertenecer a gente de cierta perfección se aprecia mucho más que la posesión de propiedades y riquezas.

Es esta una concepción que a los judíos les parece tan extraña como peligrosa y que, si se llegase a convertir en patrimonio general de un pueblo, significaría una defensa inmunizadora contra cualquier peligro judío. Si, por ejemplo, un grado de oficial en el ejército pudiera comprarse, esto sería comprensible para los judíos. No pueden entender una organización —en realidad, les parece misteriosa— que rodea de honor a un hombre que o no posee propiedad en absoluto o cuya renta es solo un fragmento de la de otro hombre que, precisamente en esta organización, no es ni honrado ni estimado.

Pero en eso estriba la fuerza de esta incomparable y vieja institución que, sin embargo, en los últimos treinta años de paz, mostraba ya también, por desgracia, signos de lenta corrupción. Tan pronto como se puso de moda para oficiales aislados, especialmente de noble linaje, casarse nada menos que con judías de grandes almacenes, apareció un peligro para el viejo ejército que, si hubiera continuado por este camino, podría haber constituido algún día un gran mal. De todas formas, en los tiempos del

emperador Guillermo I no se mostraba comprensión alguna hacia tales acontecimientos.

Pero, con todas las salvedades, el ejército alemán, a principios de siglo era la más magnífica organización del mundo y su efecto sobre nuestro pueblo fue más que beneficioso. Fue el semillero de la disciplina alemana, de la eficacia alemana, del sentimiento de la rectitud, del valor franco, de la agresividad intrépida, de la persistencia tenaz y de la honorabilidad granítica. La concepción del honor de toda una profesión se convirtió, lenta pero imperceptiblemente, en el patrimonio general de todo un pueblo.

Que esta organización fuera destruida por el tratado de paz de Versalles fue lo peor que pudo pasarle a nuestro pueblo, ya que así nuestros enemigos internos hallaron por fin el paso libre para llevar a cabo sus más pérfidas intenciones. Pero nuestra incompetente burguesía, por falta de todo ingenio y capacidad de improvisación, no pudo ni siquiera encontrar el más primitivo sustituto.

Por eso es cierto que nuestro pueblo alemán ha perdido la posesión de las armas y sus portadores. Pero incontables veces ha sido este el caso en la historia de los pueblos, sin que estos últimos hayan perecido por eso. Por el contrario: nada es más fácil de reemplazar que una pérdida de armas, y toda formación orgánica puede ser creada de nuevo o renovada. Lo que es irremplazable es la sangre corrompida de un pueblo, el destruido valor interior.

Porque, en oposición con la actual concepción burguesa de que el Tratado de Versalles ha despojado de armas a nuestro pueblo, puedo replicar solamente que la verdadera carencia de armas estriba en nuestro envenenamiento pacifista-democrático, así como en el internacionalismo que destruye y envenena las más altas fuentes de potencia de nuestro pueblo. Pues la fuente de toda la potencia de un pueblo no radica en su posesión de armas ni en la organización de su ejército, sino en el valor interno representado por su significado racial, esto es, el valor racial de un pueblo con la existencia de los más altos valores de la personalidad individual, así como con su actitud sana hacia la idea de autoconservación.

Al presentarnos ante el público como socialistas nacionales con este concepto de lo que es la fuerza auténtica de un pueblo, sabemos que hoy la

opinión pública está contra nosotros. Pero este es realmente el significado más profundo de nuestra nueva doctrina, lo que, en cuanto a concepción del mundo, nos separa de los demás.

Partiendo de la base de que un pueblo no es igual a otro, el valor de un pueblo tampoco es igual al valor de otro pueblo. Pero, si el valor de un pueblo no es igual al de otro, entonces cada pueblo, aparte del valor numérico que se deriva de su población, tiene además un valor específico que le es peculiar y que no puede ser totalmente como el de otro pueblo. Las expresiones de este valor específico y especial de un pueblo pueden ser de la índole más variada y encontrarse en los campos más diversos; pero, reunidas todas ellas, dan como resultado una norma para la valoración general de un pueblo. La expresión última de esta valoración general es la imagen histórica y cultural de un pueblo, que refleja la suma de todas las irradiaciones del valor de su sangre o de los valores raciales que se congregan en ese pueblo.

Pero este valor de un pueblo no es en modo alguno un valor meramente estético-cultural, sino un valor general de vida. Pues forma la vida de un pueblo en conjunto, la moldea y la perfila, y, por tanto, proporciona también todas aquellas fuerzas de que debe disponer un pueblo con objeto de superar las resistencias de la vida. Pues toda hazaña cultural, concebida en términos humanos, es en verdad una derrota para el barbarismo hasta entonces existente; toda creación cultural es una ayuda para la ascensión del hombre hasta situarse por encima de sus antiguas limitaciones opresivas y es, por tanto, un reforzamiento de la posición de ese pueblo. Así, en los llamados valores culturales de un pueblo radica también una potencia para la afirmación de la vida. Y, consiguientemente, cuanto mayores son los poderes internos de un pueblo en esta dirección, mayores son también las incontables posibilidades para la afirmación de la vida en todos los campos de la lucha por la existencia. Así, pues, cuanto más alto es el valor racial de un pueblo, tanto mayor es su valor general de vida, valor con el que puede combatir a favor de su vida, en la lucha y en la disputa con otros pueblos.

Pero la importancia del valor de la sangre de un pueblo solo llega a hacerse totalmente eficaz cuando este valor es reconocido por un pueblo y es debidamente evaluado y apreciado. Los pueblos que no comprenden este valor o que no tienen ya un sentimiento de comprensión hacia el mismo por

carencia de un instinto natural, empiezan, por eso mismo, a perderlo inmediatamente. La mezcla de sangre y el declive racial son entonces las consecuencias que, ni que decir tiene, no es raro que se inicien con una llamada predilección hacia las cosas extranjeras, lo que en realidad es una subestimación de los propios valores culturales comparados con los de pueblos ajenos.

Una vez que un pueblo deja de apreciar la expresión cultural de su propia vida espiritual condicionada por su sangre, o incluso empieza a sentirse avergonzado de ella y dirige su atención a expresiones extrañas de vida, renuncia a la fuerza que yace en la armonía de su sangre y de la vida cultural de que ha brotado. Se convierte en un desarraigado, inseguro en sus juicios sobre la concepción del mundo y sobre sus expresiones, pierde la percepción y el sentimiento de sus propios propósitos, y se hunde en una confusión de ideas y concepciones internacionales y en el batiburrillo cultural que nace de este estado. Entonces, el judío puede realizar su entrada en cualquier forma, y este maestro del envenenamiento internacional y de la corrupción de la raza no descansará hasta que haya desarraigado concienzudamente y corrompido, por tanto, a semejante pueblo. El final es entonces la pérdida de un determinado y unitario valor de raza, y el resultado definitivo, la decadencia.

De aquí que todo valor racial existente en un pueblo sea también ineficaz, si no está ya verdaderamente en peligro, a menos que tal pueblo se acuerde conscientemente de su propio valor racial y le dedique grandes cuidados, construyendo y basando primariamente en ello todas sus esperanzas.

Por esta razón, la despreocupación internacional ha de considerarse como un mortal enemigo de estos valores. En lugar de eso, la profesión de fe en el valor del propio pueblo debe penetrar y determinar toda la vida y la acción de un pueblo.

Por más que se busque el factor verdaderamente eterno de la grandeza e importancia de un pueblo en su valor interno, no conseguirá este valor una total efectividad si las energías y capacidades de un pueblo, dormidas al principio, no encuentran al hombre que las hace despertar.

Porque lo mismo que el género humano, que está formado de diferentes valores raciales, no posee un valor medio uniforme, tampoco el valor de la personalidad dentro de un pueblo es el mismo entre todos sus miembros. Toda acción de un pueblo, sea en el campo que fuere, es el resultado de la actividad creadora de una personalidad. Ningún desastre puede remediarse solamente por los deseos de los afectados por él, mientras ese deseo general no encuentre su solución en un hombre elegido de entre el pueblo para esta tarea.

Las mayorías nunca han llevado a cabo logros creadores. Nunca le han dado inventos a la humanidad. La persona individual ha sido siempre el artífice del progreso humano. En realidad, un pueblo de determinado valor racial interno, en la medida en que este valor se haga generalmente visible en sus logros culturales o de otra clase, hubo de poseer al principio los valores de la personalidad, pues sin el nacimiento y la acción creadora de estos, la imagen cultural de ese pueblo nunca habría llegado a existir y, por tanto, la posibilidad de toda conclusión en cuanto al valor interno de semejante pueblo faltaría.

Cuando menciono el valor racial interno de un pueblo, lo calculo por la suma de logros que están ante mis ojos y, por tanto, al mismo tiempo confirmo la existencia de los valores específicos de personalidad que actuaron como representantes del valor racial de un pueblo y crearon su imagen cultural. Por mucho que parezcan estar ligados entre sí el valor racial y el valor de la personalidad, toda vez que un pueblo sin valor racial no puede producir con ese material personalidades creadoras importantes (lo mismo que, a la inversa, parece imposible inferir la existencia de valores raciales de la falta de personalides creadoras y de sus logros), un pueblo puede, por la naturaleza de la construcción formal de su organismo, de la comunidad popular o del estado, promover la expresión de sus valores de personalidad, o al menos facilitarla, aunque también impedirla.

Una vez que un pueblo adopta a la mayoría como gobernantes de su vida, esto es, una vez que introduce la democracia actual en la concepción de Occidente, no solo daña la importancia del concepto de la personalidad, sino que bloquea la eficacia del valor de la personalidad. Mediante una construcción formal de su vida, ese pueblo impide el nacimiento y el trabajo de personas creadoras.

Pues esta es la doble maldición del sistema democrático-parlamentario que prevalece hoy: no solo él mismo es incapaz de llevar a cabo logros realmente creadores, sino que, además, impide el nacimiento y, por tanto, el trabajo de aquellos hombres que, de modo un tanto amenazador, se yerguen sobre el nivel del término medio. En todos los tiempos, el hombre cuya grandeza está por encima del nivel medio de la estupidez general, de la ineptitud, de la cobardía, y también de la arrogancia, ha parecido siempre amenazador en extremo a los ojos de la mayoría.

Añádase a esto que, en virtud de la democracia, las personas inferiores tienen, casi como si fuera una ley, que convertirse en dirigentes, de forma que este sistema, aplicado de modo lógico a cualquier institución, devalúa la masa total de dirigentes, si es que puede llamárselos así. Esto tiene su explicación en la irresponsabilidad inherente a la democracia. Las mayorías son fenómenos demasiado intangibles como para cargar con la responsabilidad en manera alguna. Los dirigentes por ellas encumbrados son en verdad meros ejecutores de la voluntad de las mayorías. De aquí que su tarea sea menos la de producir planes o ideas creadoras a fin de llevarlas a cabo con el apoyo de un aparato administrativo utilizable, que la de reunir las mayorías requeridas por el momento para la ejecución de proyectos determinados. De esta forma, no son tanto las mayorías las que se guían por los propósitos como los propósitos los que se guían por las mayorías. Sin embargo, sea cual sea el resultado de dicha acción, no hay nadie a quien se pueda llamar concretamente responsable. Esto es tanto más cierto, cuanto que cada decisión que se llega a adoptar efectivamente es el resultado de numerosos compromisos, cada uno de los cuales se exhibe en el carácter y en el contenido de la decisión. ¿A quién, por tanto, se le va a hacer responsable de ella?

Una vez eliminada la responsabilidad personal, falta el motivo de mayor empuje para el nacimiento de un liderazgo vigoroso. Si comparamos la organización del ejército, que está muy vinculada a la autoridad y la responsabilidad del individuo, con nuestras democráticas instituciones civiles, especialmente en relación con los resultados del entrenamiento para el liderazgo en un sitio y en otro, y se quedarán ustedes horrorizados. En un caso, se tiene una organización de hombres tan animosos y alegres al afrontar la responsabilidad como competentes en sus tareas, y en el otro,

una partida de ineptos demasiado cobardes para asumir cualquier clase de responsabilidad.

Durante cuatro años y medio, la organización del ejército alemán mantuvo a raya a la mayor coalición de enemigos de todos los tiempos. El mando civil, democráticamente descompuesto, se derrumbó literalmente en el interior al primer embate de unos centenares de harapientos y desertores.

La lamentable carencia de mentes rectoras auténticamente grandes en el pueblo alemán encuentra su explicación más simple en la tremenda descomposición que vemos ante nosotros en el sistema democrático parlamentario que lentamente va corroyendo toda nuestra vida pública.

Los pueblos han de decidir entre tener mayorías o tener cerebros. Las dos cosas nunca son compatibles. Hasta ahora son los cerebros las que han creado siempre la grandeza en esta Tierra, y lo creado por ellos ha sido destruido una y otra vez en su mayor parte por las mayorías.

Por consiguiente, sobre la base de su valor de raza en general, un pueblo puede, desde luego, mantener una esperanza justificada de poder traer al mundo mentes auténticas. Pero, para eso, tiene que buscar, para la construcción de su cuerpo nacional, formas que no restrinjan artificialmente, sistemáticamente, la actividad de tales cerebros, que no erijan una muralla de estupidez contra ellos; en una palabra, que no les impidan ser eficaces.

De lo contrario, una de las fuentes más poderosas de la fuerza de un pueblo queda segada.

El tercer factor de la fuerza de un pueblo es su natural y sano instinto de autoconservación. De él resultan numerosas virtudes heroicas que por sí mismas capacitan a un pueblo para la lucha por la existencia. Ningún liderazgo estatal podrá tener grandes éxitos si el pueblo cuyos intereses debe representar es demasiado cobarde y miserable para luchar por esos intereses.

Ni que decir tiene que ningún liderazgo estatal debe esperar que sea heroico un pueblo que no se educa para el heroísmo. Lo mismo que el internacionalismo daña y, por tanto, debilita el valor existente de la raza, y

así como la democracia destruye el valor de la personalidad, el pacifismo paraliza la fuerza natural de la autoconservación de los pueblos.

Estos tres factores —el valor del pueblo, los valores existentes de la personalidad, y el sano instinto de autoconservación— son las fuentes de esa fuerza de la que una política interior prudente e intrépida puede extraer una vez y otra las armas que son necesarias para la autoafirmación de un pueblo. Entonces las formaciones del ejército y las cuestiones técnicas relativas a las armas encuentran siempre las soluciones adecuadas para mantener a un pueblo en la dura lucha por la libertad y el pan de cada día.

Si la dirección política interna de un pueblo pierde de vista este punto de partida o cree que debe armarse para la lucha en términos exclusivamente de técnica de armamento, puede que consiga tantos éxitos momentáneos como se le antoje, pero el futuro no es propiedad de semejante pueblo. De aquí que la preparación limitada para una guerra no sea nunca tarea de legisladores y estadistas eminentes, sino labor de la ilimitada y concienzuda instrucción interna de un pueblo, de forma que su futuro pueda asegurarse casi como por una ley, de acuerdo con toda la razón humana. Porque incluso las guerras van perdiendo el carácter aislado de sorpresas más o menos grandes y se van integrando, en lugar de eso, en un evidente sistema natural, del desarrollo permanente y fundamental y bien cimentado de un pueblo.

Que los actuales dirigentes de estado presten poca atención a este punto de vista se debe, en parte, a la naturaleza de la democracia a la que deben su misma existencia, y en parte al hecho de que el estado se ha convertido en un mecanismo puramente formal que se les aparece como un objetivo en sí mismo, el cual no debe coincidir lo más mínimo con los intereses de un pueblo específico. Pueblo y estado se han convertido en dos conceptos diferentes. Será tarea del movimiento socialista nacional realizar un cambio fundamental para Alemania en este sentido.

CAPÍTULO IV

Si la tarea de la política interior —aparte claro de resolver las llamadas cuestiones del día— debe ser el acercamiento y el fortalecimiento de un pueblo cuidando y promoviendo sistemáticamente sus valores internos, entonces la misión de la política exterior es actuar en colaboración con esta política, con objeto de crear y asegurar en el extranjero los requisitos previos vitales. Por lo tanto, una política exterior saludable debe proponerse siempre, y tenerla a la vista como última meta: la consecución de la base inamovible del mantenimiento de un pueblo.

La política doméstica tiene que asegurar la fuerza interior de un pueblo de modo que este pueda imponerse en la esfera de la política exterior. La política exterior debe asegurar la vida de un pueblo para su desarrollo político interno. De aquí que la política doméstica y la política exterior no solo estén estrechamente ligadas, sino que hayan de complementarse.

El hecho de que en las grandes coyunturas de la historia humana, tanto la política interior como la exterior hayan rendido homenaje a otros principios no es en modo alguno una prueba de solidez, sino que más bien demuestra el error de semejante acción. Innumerables pueblos y estados han perecido, como un ejemplo admonitorio para nosotros, porque no siguieron los principios elementales anteriormente mencionados.

Es un hecho sobradamente conocido lo poco que el hombre piensa durante toda su vida en la posibilidad de la muerte. Y lo poco que atempera los detalles de su vida a las experiencias que innumerables hombres han tenido antes que él y que, desde luego, le son conocidas por medio de la historia.

Hay siempre seres excepcionales que tienen esto presente en todos los momentos y que, en virtud de su personalidad, tratan de imponer a sus conciudadanos las leyes vitales que se hallan en la base de las experiencias de épocas pasadas. De aquí que sea digno de mención cómo innumerables medidas higiénicas que forzosamente redundan en ventaja del pueblo, pero

que no son gratas para el individuo, tienen que imponerse formalmente a la masa principal del país mediante la actuación autocrática e individual de ciertas personas, medidas que desaparecen al instante cuando la autoridad de las grandes personalidades se ve reemplazada por el engaño masivo de la democracia.

El hombre corriente tiene gran temor a la muerte y piensa en ella muy poco. El hombre importante se preocupa de la muerte con gravedad, pero no la teme lo más mínimo. El primero vive ciegamente al día, peca con la mayor despreocupación y se derrumba de pronto ante aquella que a todos vence. El segundo observa la proximidad de la muerte con toda atención y la mira a los ojos con calma y compostura.

Tal es exactamente el caso en la vida de las naciones. Es frecuente y doloroso ver lo poco que los hombres aprenden de la historia, la indiferencia imbécil con que miran sus enseñanzas, lo despreocupadamente que pecan, sin considerar que fueron precisamente sus pecados la causa de que tantos países hayan perecido, quedando borrados de la faz de la Tierra.

Y lo mismo puede decirse de lo poco que se preocupan por el hecho de que, incluso en el corto período de los tiempos históricos, surgieran naciones que llegaron a ser gigantescas y que, dos mil años más tarde, desaparecieron sin dejar rastro; de que aquellas potencias mundiales que en otros tiempos rigieron esferas culturales de las que solo las sagas nos dan alguna información, aquellas poblaciones gigantes, están en ruinas y sus montones de escombros apenas hayan sobrevivido para, por lo menos, mostrar a la humanidad el actual sitio donde estuvieron enclavadas.

Las preocupaciones, dificultades y sufrimientos de los millones y millones de hombres que, como sustancia viva, fueron en una época los protagonistas y víctimas de aquellos sucesos, casi están fuera del alcance de toda imaginación. ¡Hombres desconocidos, desconocidos soldados de la historia! ¡Qué indiferencia muestra el presente! ¡Qué infundado es su eterno optimismo y qué ruinosa su voluntaria ignorancia, su incapacidad para ver y su falta de voluntad para aprender! Si de las masas dependiera, la travesura del niño que juega con el fuego con que no está familiarizado se repetiría ininterrumpidamente y en una escala muchísimo mayor.

De aquí que la tarea de los hombres que se sienten llamados a ser educadores de un pueblo consista en aprender por su cuenta la historia y aplicar su conocimiento de forma práctica, sin tener en cuenta las opiniones, la comprensión, la ignorancia ni, incluso, la repulsa de las masas. La grandeza y el valor de un hombre son mayores cuando, en oposición a opiniones que prevalecen en general pero que son ruinosas, conducen a los suyos a una victoria general gracias a su superior inteligencia. Su victoria será tanto mayor cuanto más firme haya sido la resistencia que ha tenido que vencer y más desesperanzadora haya sido la lucha en sus comienzos.

El movimiento socialista nacional no tendría ningún derecho a considerarse como un fenómeno verdaderamente grande en la vida del pueblo alemán si no pudiese reunir el coraje necesario para aprender las experiencias del pasado e imponer sus leyes de vida al pueblo alemán, por encima de toda resistencia.

Por enorme que pueda ser su reforma interna en este aspecto, nunca debe olvidar que a la larga no habrá resurrección alguna para nuestro pueblo si su actividad en el campo de la política exterior no consigue asegurar las condiciones generales previas para la alimentación de nuestro pueblo. De aquí que el socialismo nacional se haya convertido en el luchador por la libertad y el pan en el más alto sentido de la palabra.

Libertad y pan es la más simple y, sin embargo, la más importante consigna de política exterior que pueda existir para un pueblo: la libertad de poder ordenar y regular la vida de un pueblo según sus propios intereses, y el pan que ese pueblo necesita para su existencia.

Si hoy, por tanto, me presento como un crítico de la rectoría de nuestro pueblo en el campo de la política exterior tanto en el pasado como en el presente, sé que los errores que veo han sido vistos también por otros. Lo que me distingue de estos últimos es quizás únicamente el hecho de que, en la mayoría de los casos, su actuación solo ha implicado percepciones críticas que no tenían ninguna consecuencia práctica, mientras que, sobre la base de mi análisis de los errores y faltas de la política alemana, tanto la antigua como la actual y la interior como la exterior, me esfuerzo en deducir propuestas para un cambio y una mejora, y para forjar la herramienta con que tal cambio y tal mejora puedan realizarse algún día.

Por ejemplo, la política exterior del período guillermino fue considerada en muchos casos por no poca gente como catastrófica y fue calificada en consecuencia. Llegaron numerosos avisos, especialmente de los círculos de la Liga Pangermana de aquel tiempo, avisos que estaban justificados en el más alto sentido de la palabra. Me doy perfecta cuenta de la situación trágica en que se encontraban todos aquellos hombres que elevaban sus voces de advertencia y que veían cómo y por qué perece un pueblo, y, sin embargo, no podían remediar nada.

En los últimos decenios de la infortunada política exterior del período de la preguerra en Alemania, el Parlamento, esto es, la democracia, no era lo bastante poderosa para elegir los jefes que se encargasen de la dirección política del imperio. Esta facultad era todavía un derecho imperial cuya existencia formal nadie se atrevía a atacar aún. Pero la influencia de la democracia había adquirido tal fuerza, que ya parecía estar prescrita cierta dirección para las decisiones imperiales.

Esto tuvo desastrosas consecuencias, pues un hombre de ideas nacionales que alzara su voz advirtiendo y aconsejando, no podía, por una parte, contar con que lo invistieran de un puesto de responsabilidad contra la acentuada tendencia de la democracia, mientras que, a la inversa, sobre la base de ideas patrióticas generales, no podía luchar contra Su Majestad el Emperador con el arma final de la oposición. La idea de una marcha sobre Roma en la Alemania de la preguerra habría sido absurda.

De este modo, la oposición nacional se encontraba en la peor de las situaciones. La democracia no había triunfado todavía, pero sostenía ya una lucha furiosa contra las concepciones monárquicas de gobierno. El estado monárquico, por su parte, respondía a la lucha de la democracia, no con el propósito de destruir a esta última, sino más bien con inacabables concesiones.

Cualquiera que en aquel tiempo adoptase una posición contra una de las dos instituciones, corría el peligro de ser atacado por ambas. Todo el que se opusiera a una decisión imperial por motivos nacionales se veía proscrito por los círculos patrióticos, al par que maltratado por los partidarios de la democracia. El que adoptaba una posición contra la democracia, era combatido por esta y dejado en la estacada por los patriotas.

En realidad, corría el riesgo de ser traicionado ignominiosamente por los círculos oficiales alemanes con la malvada esperanza de que, mediante este sacrificio, podría ganarse la aprobación de Jehová y detener temporalmente los gañidos de los perros de caza de la prensa judía.

En las condiciones de aquel tiempo, no había la menor perspectiva de poderse abrir camino hacia una posición responsable en la jefatura del gobierno alemán contra la voluntad de los demócratas o contra la voluntad de Su Majestad el Emperador; y, por lo tanto, ninguna perspectiva de poder cambiar el curso de la política exterior. Por otra parte, esto conducía al hecho de que la política exterior alemana solo podía combatirse exclusivamente sobre el papel, lo que, en consecuencia, producía un tipo de crítica que inevitablemente iba adoptando los rasgos característicos del periodismo a medida que pasaba el tiempo.

El resultado de esto era que, poco a poco, cada vez se ponía menos valor en las propuestas positivas, en vista de la carencia de toda posibilidad de realización de esas propuestas, mientras que, por otra parte, las consideraciones puramente críticas sobre política exterior ocasionaban objeciones innumerables con las que se esperaba que así se podría derribar el mal régimen responsable de la situación. Claro que esto no se logró con las críticas de aquel tiempo. No fue el régimen de aquella época lo que se derrocó, sino el Imperio alemán y, en consecuencia, el pueblo alemán.

Lo que se estuvo prediciendo durante decenios sucedió entonces. No podemos pensar en aquellos hombres sin sentir una profunda compasión, aquellos hombres condenados por el destino a prever durante veinte años un derrumbamiento y que ahora, al no haber sido escuchados y no estar, por tanto, en situación de poder prestar ninguna ayuda, tenían que vivir para ver la catástrofe más tremenda de su pueblo.

Cargados de años, corroídos por las preocupaciones y la amargura, pero dominados todavía por la idea de que, después del hundimiento del gobierno imperial, tenían que prestar ayuda, trataron de nuevo de hacer sentir su influencia en pro de la resurrección de nuestro pueblo. Empeño fútil por muchas razones.

Cuando la revolución hizo añicos al cetro imperial y elevó al trono a la democracia, los críticos de aquel tiempo estaban tan lejos de poseer un arma

con que derrocar al régimen democrático como antiguamente lo habían estado de poder influir en el gobierno imperial. En sus decenios de actividad, se habían limitado a un tratamiento tan puramente literario de estos problemas, que no solo les faltaban los verdaderos medios de poder expresar sus opiniones a un estado que solo responde al grito de la calle, sino que habían perdido también la capacidad para tratar de organizar una manifestación de fuerza que habría de ser algo más que una oleada de protestas escritas si se quería que tuviese una efectividad verdadera.

Todos ellos habían visto el germen y la causa de la decadencia del Imperio alemán en los viejos partidos. Con un sentimiento de pureza interior, tuvieron que desdeñar la sugerencia de que también ellos necesitaban intervenir en el juego de los partidos políticos. Sin embargo, solo podrían haber llevado a la práctica sus ideas si gran número de personas les hubiese elegido como representantes. Aunque lo que ellos anhelaban era aplastar a los partidos políticos, primero tenían que formar un verdadero partido que estimase que su misión era aplastar a los demás partidos.

Aquello no llegó a suceder por las siguientes razones: cuanto más forzada se veía la oposición política de aquellos hombres a expresarse de una manera puramente periodística, más adoptaba un criticismo que, aunque exponía todas las debilidades del sistema de aquel tiempo y arrojaba luz sobre los defectos de las medidas individuales en política exterior, fallaba en la exposición de propuestas positivas, porque aquellos hombres carecían de toda posibilidad de ocupar puestos de responsabilidad personal, especialmente por la razón de que en la vida política, como es lógico, no hay ninguna acción que no tenga tanto sus lados oscuros como lados brillantes.

En la política exterior, no hay ninguna combinación que podamos considerar en todo momento como completamente satisfactoria. Pues, tal como las circunstancias se presentaban entonces al crítico, este, obligado a considerar que su tarea principal era la eliminación de un régimen reconocido como absolutamente incompetente, no tenía ninguna ocasión, fuera de las consideraciones críticas útiles de las acciones de este régimen, para presentar propuestas positivas que, como consecuencia de las objeciones inevitables, podrían haber quedado sujetas a una dilucidación

crítica. Al crítico nunca le gusta debilitar el impacto de su criticismo presentando proposiciones que, a su vez, puedan ser sometidas a crítica.

Pero, gradualmente, el pensamiento puramente crítico de aquellos que representaban entonces la oposición nacional se convirtió hasta tal punto para ellos en una segunda naturaleza, que incluso actualmente consideran la política, tanto la interior como la exterior, críticamente, y solo críticamente las tratan. La mayoría de ellos han seguido siendo críticos, y hoy no pueden abrirse camino hacia una decisión clara, inequívoca y positiva, ni en política interior ni en política exterior, en parte a causa de su inseguridad e irresolución, en parte por temor a suministrar al enemigo municiones para la crítica contra ellos mismos. Les gustaría llevar a cabo mejoras de la índole más diversa, pero no pueden decidirse a dar un solo paso porque ni siquiera ese único paso es completamente satisfactorio y, además, tiene puntos dudosos; en una palabra: ese paso presenta su lado oscuro, y ellos lo perciben y lo temen.

Ahora bien, conducir a una nación para que se recobre de una enfermedad grave y penosa no quiere decir encontrar una receta que esté completamente libre de veneno; no es raro que para combatir un veneno haya que emplear otro. Con objeto de eliminar condiciones reconocidas como letales, debemos tener el valor necesario para adoptar y llevar a cabo decisiones que contienen peligros en sí mismas.

Como crítico, tengo derecho a examinar todas las posibilidades de una política exterior e ir dándolas de lado una a una según los aspectos débiles que presentan. Pero como jefe político que quiere hacer historia, tengo que decidirme por seguir un camino, aunque una simple reflexión me diga con toda claridad que ello implica ciertos riesgos y que tampoco conducirá a un final absolutamente satisfactorio. No puedo renunciar a la posibilidad de éxito por el hecho de que este no sea seguro en un ciento por ciento. No debo abstenerme de iniciar un paso, aunque sepa que no lo voy a terminar de dar porque el lugar en el que me halle momentáneamente suponga mi muerte segura e inmediata. Tampoco, pues, puedo renunciar a una acción política por el hecho de que, además de beneficiar a mi pueblo, beneficie a otro país. En realidad, nunca podré renunciar a ello, ni aun cuando el beneficio pueda ser para el otro pueblo mayor que para el mío, si, en el caso

de no realizar acción alguna, la desgracia de mi pueblo va a continuar con absoluta certidumbre.

En verdad, ahora tropiezo con la más terca resistencia, por la manera puramente crítica de ver las cosas que tienen muchos. Reconocen esto, aquello y lo de más allá como bueno y correcto, pero no se pueden unir a nosotros porque aquí y allá ven cosas dudosas. Saben que Alemania y nuestro pueblo perecerán, pero no pueden colaborar en la acción de rescate porque también en esto observan tal o cual cosa que, por lo menos, es una imperfección. En resumen, ven la decadencia y no pueden reunir la necesaria fuerza de determinación para combatirla, porque, en la resistencia, en este acto en sí, empiezan a husmear también tal o cual objeción posible.

Esta deplorable mentalidad debe su existencia a un mal todavía más profundo. Hoy día hay no pocos hombres, especialmente entre los que se llaman educados, que, cuando por fin se deciden a formar parte de una determinada acción o incluso promoverla, primero sopesan cuidadosamente el porcentaje de probabilidades de éxito, con objeto de limitar la extensión de su prestación activa a la base de ese porcentaje. Esto significa, por ejemplo, que si cualquier decisión sobre política exterior o política interior no es completamente satisfactoria y, por tanto, no parece seguro su éxito, uno no debe abrazarla sin reservas y dedicarle todas las fuerzas de que dispone.

Estas almas infelices no comprenden en modo alguno el hecho de que, por el contrario, una decisión que yo estimo que es necesaria, pero cuyo éxito no parece estar completamente asegurado, o cuyo éxito solo ofrecerá una satisfacción parcial, debe defenderse con una energía tan incrementada, que la insuficiencia de probabilidades de éxito sea suplida por la energía que se pone en su ejecución. De aquí que solo haya que examinar el punto de si una situación dada exige una decisión concreta o no. Si se determina y reconoce como incuestionablemente necesaria tal decisión, su ejecución debe llevarse a cabo con la más brutal implacabilidad y el más elevado empleo de fuerza, aunque el resultado definitivo sea insatisfactorio en gran medida, o necesite mejoras, o tenga tan solo un pequeño porcentaje de probabilidades de éxito.

Si un hombre tiene un cáncer y está irrevocablemente condenado a morir, sería insensato negarse a que se le hiciera una operación, solo porque el porcentaje de posibilidades de éxito fuese reducido, o porque el paciente, aunque se salvara, no pudiese quedar con una salud perfecta. Y aún sería más insensato que el cirujano practicase la operación con energía limitada o parcial en vista de esas probabilidades limitadas. Pues bien, esta insensatez es la que tales hombres cometen ininterrumpidamente en asuntos de política interior y exterior. Por el hecho de que el éxito de una operación política no está del todo asegurado o de que su resultado no pueda ser completamente satisfactorio, no solo renuncian a su ejecución, sino que esperan que si, a pesar de todo, han de realizarla, por lo menos la ejecutarán únicamente con una fuerza restringida, sin una dedicación completa, y siempre con la silenciosa esperanza de que quizá podrán mantener abierta una puerta trasera por la cual efectuar la retirada. Es el caso del soldado que se ve atacado por un tanque en campo abierto y que, en vista de la inseguridad del éxito de su resistencia, solo la lleva a cabo con la mitad de sus fuerzas. Su puerta trasera es la fuga, y la muerte cierta su fin.

No; el pueblo alemán está atacado hoy por una jauría de enemigos de dentro y de fuera ávidos de botín. La continuación de este estado de cosas significa nuestra muerte. Debemos aprovechar cualquier posibilidad de poner fin a esta situación, aunque los resultados puedan tener probablemente mil puntos débiles o susceptibles de objeción. El que ha caído en manos del diablo tiene poco que elegir respecto a la índole de sus aliados. Y cada una de dichas posibilidades hay que aprovecharla luchando con la máxima energía.

El triunfo era incierto en la batalla de Leuthen, pero era necesario librarla. Federico el Grande no la ganó porque fuese hacia el enemigo solo con la mitad de sus energías, sino porque compensó la inseguridad de la victoria con la abundancia de su genio, la intrepidez y la resolución de sus órdenes y el heroísmo con el que lucharon sus regimientos.

En verdad, me temo que nunca seré comprendido por mis críticos burgueses, por lo menos mientras el éxito no les pruebe la solidez de nuestra acción. En este punto, el hombre del pueblo tiene un instinto más seguro. Sustituye con la seguridad de su sentimiento y la fe de su corazón la sofistería de nuestros intelectuales.

Voy a tratar de política exterior en esta obra, pero no lo haré como crítico, sino como un líder del movimiento socialista nacional y sabiendo que algún día este movimiento hará historia. Si, no obstante, me veo obligado a considerar el pasado y el presente de una manera crítica, lo hago solamente con el propósito de fijar el único camino positivo y facilitar su comprensión. El movimiento socialista nacional no solo critica la política interior, sino que posee su propio programa filosóficamente fundamentado; del mismo modo, en el campo de la política exterior, no tiene que limitarse a reconocer lo que otros han hecho equivocadamente, sino que ha de deducir su propia acción basándose en este conocimiento.

Yo sé muy bien que ni siquiera nuestro triunfo más rotundo creará una felicidad ciento por ciento, porque, dada la imperfección humana y las circunstancias generales condicionadas por ella, la perfección definitiva solo se halla en la teoría programática. Sé también que ningún triunfo puede lograrse sin sacrificios, lo mismo que ninguna batalla puede reñirse sin pérdidas propias. Pero la seguridad de la imperfección de una victoria no hará nunca que me abstenga de preferir tal triunfo incompleto al hundimiento total si no hago nada. Pondré, pues, todos mis nervios en tensión para tratar de compensar con una mayor resolución todo lo que haya de carencia en las probabilidades y en la magnitud del éxito, y comunicaré este espíritu al movimiento que dirijo.

Estamos luchando contra un frente enemigo que debemos romper y romperemos. Calculamos nuestros propios sacrificios, sopesamos la posible extensión del éxito y nos lanzaremos al ataque sin pensar en si tendrá que detenerse a diez o a mil kilómetros más allá de las líneas actuales. Porque, dondequiera que acabe nuestro triunfo, siempre será solo el punto de partida de una nueva lucha.

CAPÍTULO V

Soy un nacionalista alemán. Esto quiere decir que me declaro a favor de mi pueblo. Todos mis pensamientos y acciones le pertenecen. Soy un socialista. No veo ante mí ninguna clase ni ningún estamento social, sino solo esa comunidad de gentes que están ligadas por la sangre, unidas por una misma lengua y sujetas al mismo hado general. Amo a este pueblo y odio solo a su mayoría por el momento, porque estimo que esa mayoría es tan poco representativa de la grandeza de mi pueblo como lo es de su felicidad.

El movimiento socialista nacional que hoy dirijo considera como meta la liberación de nuestro pueblo en el interior y en el exterior. Aspira a darle a nuestro pueblo en el interior las formas de vida que parecen adecuadas a su naturaleza y que podrían beneficiar a la expresión de esa naturaleza. Aspira, por tanto, a preservar la esencia de este pueblo y a seguir cultivándolo mediante el fomento sistemático de sus mejores integrantes y de sus mejores virtudes. Aboga por la libertad exterior de este pueblo, porque solo con la libertad puede esta vida encontrar esa forma que es conveniente a su pueblo. Lucha por el pan diario de este pueblo, porque defiende el derecho de este pueblo a la vida. Lucha por el espacio necesario, porque representa el derecho de este pueblo a la vida.

El concepto de "política interior" es para el movimiento socialista nacional el fomento, el reforzamiento y la consolidación de la existencia de nuestro pueblo mediante la introducción de formas y leyes de vida que corresponden a su esencia y mediante las cuales sus poderes fundamentales pueden llegar a su completa efectividad.

Por política exterior entiende la salvaguardia de este desarrollo mediante la preservación de la libertad y la creación de los más necesarios requisitos previos para la vida.

Así, en cuestiones de política exterior, el movimiento socialista nacional se distingue de los anteriores partidos burgueses, por ejemplo, en lo

siguiente: la política exterior del mundo nacional burgués ha sido siempre en realidad solo una política de fronteras; en cambio, la política del movimiento socialista nacional será siempre una política territorial. En sus planes más audaces, por ejemplo, la burguesía alemana aspirará a la unificación de la nación alemana, pero en realidad acabará con una regulación chapucera de las fronteras.

El movimiento socialista nacional, por el contrario, hará siempre que su política exterior esté determinada por la necesidad de asegurar el espacio necesario para la vida de nuestro pueblo. No sabe nada de germanización, como es el caso de la burguesía nacional, sino que únicamente entiende de la extensión de su propio pueblo. No verá nunca en los subyugados, o germanizados, como suelen llamarles, sean checos o polacos, un refuerzo para la nación y muchísimo menos un refuerzo del pueblo, sino que verá siempre el debilitamiento racial de nuestro pueblo.

Pues su concepción nacional no está determinada por antiguas ideas patrióticas de gobierno, sino por las ideas de pueblo y raza. De esta forma, el punto de partida de su pensamiento es totalmente diferente del punto de partida del mundo burgués. De aquí que mucho de lo que a la burguesía nacional le parece triunfo político, en el pasado o en el presente, sea para nosotros o un fracaso o la causa de una desgracia posterior. Y que mucho de lo que nosotros consideramos evidente de por sí, parezca incomprensible o incluso monstruoso a la burguesía alemana.

Sin embargo, una parte de la juventud alemana, especialmente la que procede de círculos burgueses, será capaz de entenderme. Ni yo ni el movimiento socialista nacional nos hacemos ilusiones de encontrar ningún apoyo en los círculos de la burguesía política nacional que bullen actualmente, pero sabemos desde luego que, al menos una parte de la juventud, hallará su camino para llegar a nuestras filas.

CAPÍTULO VI

La cuestión de la política exterior de una nación viene determinada por factores que son en parte internos y en parte determinados por el entorno. Los factores internos son, por lo general, las razones que hacen necesaria una determinada política exterior, así como la cantidad de fuerza disponible para aplicarla. Los pueblos que se encuentran en un territorio donde es imposible vivir siempre se esforzarán por ampliar su territorio, es decir, su espacio vital, al menos mientras están bajo una jefatura sana.

Este proceso, originado en el fondo solo por la preocupación del propio mantenimiento, se mostró tan beneficioso en su solución satisfactoria, que gradualmente alcanzó la fama de ser el éxito en sí mismo. Esto significa que el ensanchamiento del espacio, fundado al principio en la pura practicidad, se convirtió en el curso del desarrollo de la humanidad en una hazaña heroica, que también se llevó a cabo aun cuando faltaran las condiciones originales previas o los motivos inductores.

Más adelante, el intento de adaptar el espacio vital a la población incrementada fue sustituido por inmotivadas guerras de conquista que, por su misma falta de justificación, contenían ya el germen de subsiguientes reacciones. El pacifismo es la respuesta a eso. El pacifismo ha existido en el mundo desde que hubo guerras cuyo sentido no radicaba en la conquista de un territorio para alimentar a un pueblo. Desde entonces el pacifismo ha sido el compañero eterno de las guerras. Volverá a desaparecer tan pronto como la guerra deje de ser un instrumento de individuos o pueblos ávidos de botín o poder, y vuelva a convertirse en el arma definitiva con que un pueblo lucha por su pan de cada día.

Incluso en el futuro, el ensanchamiento del espacio vital de un pueblo para la ganancia del pan requerirá aventurar toda la fuerza del pueblo. Si la tarea de la política interior es preparar esta concentración de la fuerza del pueblo, la tarea de la política exterior es utilizar esa fuerza de forma que el más alto éxito posible esté asegurado. Por supuesto, esto está condicionado

no solamente por la fuerza del pueblo, listo para entrar en acción en un momento dado, sino también por el poder de las adversidades. La desproporción de fuerzas entre pueblos que luchan unos con otros por obtener más tierra, conduce repetidamente al intento, bien de emerger como conquistadores ellos mismos, bien de oponer resistencia al conquistador prepotente, por el camino de las alianzas.

Este es el comienzo de la política de alianzas.

Después de la guerra victoriosa de 1870-71, el pueblo alemán logró una posición de alta estima en Europa. Gracias a los éxitos de la política de estado de Bismarck y de los logros militares prusianos-alemanes, gran número de estados alemanes que hasta entonces habían estado débilmente enlazados y que a veces se habían enfrentado en la historia como enemigos, fueron reunidos en un único imperio. Una provincia del viejo Imperio alemán, perdida ciento setenta años antes, permanentemente anexionada desde aquel tiempo por Francia después de una breve guerra depredatoria, volvió a la madre patria. Con ello, la mayor parte de la nación alemana en su aspecto numérico y, al menos en Europa, quedó amalgamada en una estructura estatal unitaria. El hecho de que, en definitiva, esta estructura estatal incluía … millones de polacos y … de alsacianos y loreneses que se habían hecho franceses, era causa de preocupación [Nota: Hitler no tenía en mente los números necesarios durante el dictado; ni en este ni en otros lugares similares del documento se insertaron dichos números en una fecha posterior. Más de tres millones de polacos vivían en Alemania antes de la Primera Guerra Mundial]. Esto no corresponde ni con la idea de un estado nacional, ni con la idea de un estado popular. El estado nacional de concepción burguesa debía por lo menos asegurar la unidad del lenguaje estatal, llegando hasta la última escuela y el último letrero de las calles. Y debía imbuir, además, la idea alemana en la educación y en la vida de aquellas gentes y hacerlas portadoras de esta idea.

Ha habido débiles intentos de esto; quizá nunca se deseó en serio. Lo cierto es que en la práctica se ha logrado lo contrario.

El estado popular no debe de ningún modo anexionarse a los polacos con la intención de hacer de ellos alemanes algún día. Por el contrario, debe tener la determinación necesaria para encapsular a esos elementos raciales

ajenos, a fin de que la sangre de su propio pueblo no vuelva a corromperse, o expulsarlos sin contemplaciones y entregar el territorio vacante a su propio pueblo.

Que el estado burgués-nacional no era capaz de semejante acción es obvio. Ni a nadie se le ha ocurrido nunca, ni nadie habría hecho jamás semejante cosa. Pero, aunque hubiese existido la voluntad de hacerlo, habría faltado la fuerza suficiente para llevarlo a cabo, menos por las repercusiones que ello habría tenido en el resto del mundo que por la completa falta de comprensión que un acto así habría hallado en las filas de la llamada burguesía nacional. El mundo burgués se jactó de que había podido derribar al mundo feudal, pero continuó sus errores por mediación de profesores, abogados y periodistas. Nunca poseyó una idea propia, pero sí mucho dinero y una inconmensurable presunción.

Pero solo con eso no se puede cambiar el mundo, ni construir uno nuevo. De aquí que el período de gobierno burgués en la historia del mundo será tan breve como repugnante y despreciable.

Así, justamente desde su fundación, el imperio asimiló también en la nueva estructura estatal toxinas cuyo efecto deletéreo fue más difícil de evitar porque, para empeorar las cosas, la igualdad burguesa dio al judío la oportunidad de utilizarlas como la más segura de las tropas de choque.

Además de esto, el imperio solo abarcaba una parte de la nación alemana, aunque fuera la más extensa. Habría parecido lo más natural que, aunque el nuevo estado no poseyera ninguna gran aspiración en política exterior de carácter racial, por lo menos ese llamado estado burgués-nacional hubiera tenido siempre presente la futura unificación y consolidación de la nación alemana como meta mínima en política exterior. Esto fue algo que el estado italiano burgués-nacional no olvidó nunca.

De esta forma, el pueblo alemán había conseguido un estado nacional que, en realidad, no abarcaba completamente a la nación.

Así, las nuevas fronteras del imperio, consideradas desde un punto de vista político-nacional, eran incompletas. Corrían derechamente por áreas de lenguaje alemán e incluso atravesaban partes que, a lo menos antiguamente, habían pertencido a la Unión Alemana, aunque no fuera de una manera formal.

Pero estas nuevas fronteras eran todavía más insatisfactorias desde un punto de vista militar. Carecían de protección en todas partes, y, especialmente en el oeste, había además zonas abiertas que eran de importancia decisiva para la economía alemana y que se extendían mucho más allá de las áreas fronterizas. Estas fronteras eran tanto más inadecuadas en un sentido político-militar, cuanto que, alrededor de Alemania, se agrupaban varios grandes estados cuyas aspiraciones en política exterior eran tan agresivas como poderosos sus medios militares.

Rusia en el este, Francia en el oeste. Dos estados militares, uno de los cuales lanzaba miradas codiciosas a Prusia Oriental y Prusia Occidental, mientras que el otro proseguía incansablemente el objetivo secular de su política exterior en pro del establecimiento de una frontera en el Rin.

A ellos se sumaba Inglaterra, la más poderosa potencia marítima del mundo. Cuanto más amplias e indefensas eran las fronteras terrestres alemanas en el este y en el oeste, más restringida era, por contraste, la posible base de operaciones en una guerra naval. Nada facilitó más la lucha contra la guerra submarina alemana como la restricción espacialmente condicionada de sus áreas portuarias. Era más fácil cerrar y patrullar una masa de agua en forma de tríangulo que una costa de seiscientos u ochocientos kilómetros de longitud.

Consideradas en conjunto, las nuevas fronteras del imperio eran en absoluto insatisfactorias desde un punto de vista militar. En ninguna parte había un solo obstáculo natural o una defensa natural. Y por si esto fuera poco, por todas partes había estados potentes y altamente desarrollados que acariciaban ocultamente ideas hostiles. La premonición de Bismarck de que el nuevo imperio fundado por él tendría que ser protegido nuevamente con la espada, estaba ampliamente justificada. Bismarck expresó lo que había de cumplirse cuarenta y cinco años más tarde.

Por poco satisfactorias que pudiesen ser las nuevas fronteras imperiales en un sentido nacional y político-militar, eran todavía mucho más insatisfactorias desde el punto de vista de la posibilidad del sostenimiento del pueblo alemán.

En verdad, Alemania siempre fue un área superpoblada. Esto se explica, por una parte, por la posición encorsetada de la nación alemana en la

Europa Central; por otra, por la importancia cultural y auténtica de este pueblo y por su fertilidad puramente humana. Desde su entrada en la historia del mundo, el pueblo alemán siempre se ha visto necesitado de espacio. En realidad, su primer nacimiento político se vio forzado ante todo por esa necesidad. Desde el comienzo de la migración de los pueblos, el nuestro nunca ha podido satisfacer esta necesidad de espacio sino mediante la conquista por la espada, o el recurso de reducir la población. Esta reducción la efectuaba a veces el hambre, a veces la emigración, y a veces interminables e infortunadas guerras. En tiempos recientes, se ha efectuado mediante el control voluntario de nacimientos.

Las guerras de los años 64, 66 y 70-71 tenían su sentido en la unificación político-nacional de una parte del pueblo alemán, lo que pondría fin definitivamente a la fragmentación político-estatal alemana. La bandera negra, blanca y roja del nuevo imperio no tenía el menor significado ideológico, sino más bien un significado germano-nacional, en el sentido de que superaba a la antigua fragmentación estatal-política. Así, la bandera negra, blanca y roja se convirtió en un símbolo del estado federal alemán que había superado la fragmentación. El hecho de que, a pesar de su juventud, gozara de una veneración prácticamente idólatra, se explicaba por la forma misma de su bautismo, pues, en verdad, el nacimiento del imperio superaba infinitamente a otros sucesos similares. Tres guerras victoriosas, la última de las cuales se convirtió en un verdadero milagro del arte de gobierno alemán, de caudillaje militar de Alemania y de heroísmo alemán, son las acciones que dieron la vida del nuevo imperio. Y cuando finalmente se anunció su existencia al mundo circundante en la proclama imperial, por medio de su heraldo mayor imperial, el trueno y el retumbar de las baterías que rodeaban París halló su eco en el sonido y en la fanfarria de las trompetas.

Nunca se había proclamado un impero de tal manera.

Pero la bandera negra, blanca y roja apareció ante el pueblo alemán como símbolo de este único acontecimiento exactamente como la bandera negra, roja y amarilla es y seguirá siendo un símbolo de la revolución de noviembre.

A pesar de que los estados individuales alemanes fueron fundiéndose unos con otros, en proporción creciente, bajo aquella bandera, y aunque el nuevo imperio aseguró el prestigio político-estatal de estos estados y su reconocimiento en el extranjero, la fundación del imperio no cambió lo más mínimo en lo concerniente a la principal necesidad: la falta de territorio para nuestro pueblo. Las grandes acciones político-militares de Alemania no habían podido dar al pueblo alemán una frontera dentro de la cual pudiese asegurar su mantenimiento. Por el contrario, proporcionalmente a la estimación que la nacionalidad alemana se atrajo mediante el nuevo imperio, crecieron para los alemanes las dificultades de volver la espalda a tal estado como emigrantes, mientras que, a la inversa, un orgullo nacional y una alegría de vivir hoy casi incomprensible enseñaban que las familias numerosas eran más bien una bendición que una carga.

Después de 1870-1871 hubo un rápido y visible incremento en la población alemana. En parte, su sostenimiento estaba cubierto por la mayor diligencia y la gran eficacia científica con que los alemanes cultivaban sus campos dentro de las firmes fronteras de su pueblo. Pero gran parte, si no la mayor, del aumento en la productivdad del suelo alemán era absorbida por un aumento, por lo menos de igual magnitud, en las necesidades generales de la vida que los ciudadanos del nuevo estado empezaron a reclamar. "La nación de comedores de coles y consumidores de papas", como los franceses la llamaban burlonamente, empezó ahora a ajustar, poco a poco, su nivel de vida al de otros pueblos del mundo. De esta forma, solo una parte del rendimiento de la incrementada agricultura alemana era utilizable para el aumento neto de población.

A decir verdad, el nuevo imperio nunca supo cómo resolver este problema. Incluso en este nuevo imperio se realizó al principio un intento para mantener la proporción entre habitantes y tierra dentro de unos límities tolerables, apelando a la emigración permanente. La prueba más abrumadora de la solidez de nuestra afirmación, sobre la importancia capital de la proporción entre habitantes y tierra, nos la ofrece el hecho de que, como consecuencia de esta desproporción, especialmente en Alemania durante los decenios del 70, 80 y 90, la miseria condujo a una epidemia de emigración que a principios del 90 todavía alcanzaba una cifra de cerca de un millón y cuarto de personas por año.

Por lo tanto, el problema del mantenimiento del pueblo alemán no quedó resuelto para la masa humana existente en él ni siquiera con la fundación del nuevo imperio. Sin embargo, si no se resolvía, no podría llevarse a cabo un posterior incremento de la nación alemana. Había, pues, que hallar la solución a toda costa, sin preocuparse de los resultados que pudiera dar. De aquí que lo más importante de la política exterior alemana desde 1870-1871 fuese la cuestión de cómo resolver el problema del mantenimiento.

CAPÍTULO VII

Entre las innumerables frases atribuidas a Bismarck no hay ninguna que el mundo político burgués haya citado con más complacencia que aquella de que la política es el arte de lo posible. Cuanto más estrechas eran las mentes políticas que tenían que administrar el legado del gran hombre, mayor era la fuerza de atracción que ejercía semejante frase. Porque con tal proposición podían, desde luego, decorar e incluso justificar los más desastrosos errores políticos; les bastaba apelar al gran hombre y tratar de demostrar que, por el momento, era imposible proceder de modo distinto, que la política era el arte de lo posible y que, consiguientemente, ellos estaban actuando con espíritu bismarckiano y en un sentido bismarckiano. Con ello, incluso un tal señor Stresseman pudo recibir una especie de guirnalda olímpica para ceñirse la cabeza, que, ya que no es bismarckiana, es por lo menos calva.

Bismarck tenía en mente un objetivo político claramente definido y delimitado. Es una imprudencia decir de él que realizó el trabajo de su vida solo por una acumulación de oportunidades políticas y no por una maestría en el aprovechamiento de específicas situaciones momentáneas, que dominaba con los ojos fijos en un objetivo político visualizado. Este objetivo político de Bismarck era resolver la cuestión alemana a sangre y fuego. Eliminación del dualismo Habsburgo-Hohenzollern; formación de un nuevo Imperio alemán bajo la dirección prusiana-honenzoliana; la mayor seguridad externa posible de este imperio; organización de su administración interna sobre el modelo prusiano.

En la persecución de este objetivo, Bismarck utilizó toda oportunidad y aprovechó el arte diplomático siempre que prometía éxito; arrojaba en la balanza la espada si solo mediante la fuerza podía conseguir una decisión. Fue un maestro de la política para el que la esfera operacional se extendía desde los suelos entarimados de los salones a la tierra empapada en sangre de los campos de batalla.

Así era aquel genio de la política de las posibilidades.

Sus sucesores no tuvieron ni objetivo político ni idea política alguna. En contraste con él, permanecían en un continuo embobamiento, y luego, con fanfarrona insolencia, citaban a ese hombre al que en parte ellos mismos, en parte sus predecesores espirituales, ocasionaron las más graves preocupaciones y presentaron las más dolorosas batallas; lo citaban para exhibir sus propias políticas, insensatas y desprovistas de objetivo, como un desastroso balbuceo del arte de lo posible.

Cuando, con sus tres guerras, Bismarck puso en pie al nuevo imperio —debido en todo, sin embargo, a su brillante actividad política—, aquello fue, sin duda, el máximo logro que se podía alcanzar en aquel tiempo. Pero aquel era solamente el requisito previo indispensable para cualquier futura representación política de los intereses vitales de nuestro pueblo. Pues sin la creación del nuevo imperio, el pueblo alemán no habría descubierto nunca la estructura de potencia sin la cual tampoco podría haberse llevado a cabo en el futuro la lucha fatídica.

Estaba igualmente claro que, al principio, el nuevo imperio tenía que unirse en el campo de batalla mientras que en el interior los estados componentes habrían de empezar por acostumbrarse los unos a los otros. Varios años de ajuste tendrían que pasar para que aquella consolidación de estados alemanes desembocara en una unión que pudiera resultar un auténtico estado federal. Entonces fue cuando el Canciller de Hierro se quitó las botas de coracero para, con infinita inteligencia, paciencia, comprensión y prudente y maravilloso tacto, reemplazar la presión de la hegemonía prusiana por el poder de la confianza. El logro de que una coalición de estados formados en el campo de batalla, se convirtiera en un imperio entrelazado en un amor conmovedor, pertenece a las grandes hazañas llevadas a cabo por el arte de la política.

Que Bismarck se limitase en un principio a eso fue tan acertado como afortunado para la nación alemana. Aquellos años de pacífica construcción interna del nuevo imperio eran necesarios si no se quería sucumbir a una manía de conquistas, cuyos resultados habrían sido tanto más inciertos cuanto que el poder ejecutivo dentro del imperio carecía aún de homogeneidad que debió considerarse como un requisito previo para la fusión de los territorios.

Bismarck alcanzó la meta de su vida: resolvió la cuestión alemana, eliminó el dualismo Habsburgo-Hohenzollern, elevó a Prusia hasta la hegemonía alemana, unió, por consiguiente, a la nación, consolidó el nuevo imperio dentro de los límites de lo posible en aquel tiempo, y organizó la defensa militar de forma tal, que todo el proceso de establecer de nuevo el Imperio alemán internamente, labor que exige un esfuerzo de decenios, no pudiera ser perturbado significativamente por nadie.

Pero si bien Bismarck podía, como envejecido canciller del Imperio alemán, volver la vista atrás para observar la obra acabada de toda una vida, ello no significaba que esta obra fuera el fin de la vida de la nación alemana. Mediante la fundación por Bismarck del nuevo imperio, la nación alemana, después de siglos de decadencia gubernamental, había encontrado de nuevo una forma orgánica que no solo unía al pueblo alemán, sino que, además, dotaba a este pueblo unido de una expresión de vigor tan real como ideal. Si la carne y la sangre de este pueblo eran la sustancia cuya conservación en este mundo había que procurar, el instrumento de poder con que la nación podría estar capacitada nuevamente en lo sucesivo para aspirar a su derecho a la vida en el marco del mundo, había llegado a existir con el nuevo imperio.

La tarea del período posbismarckiano fue decidir qué otros pasos había que dar para preservar la sustancia del pueblo alemán.

De aquí que el posterior y minucioso trabajo político dependiera de aquella decisión que, por su carácter fundamental, suponía el establecimiento de una nueva meta. Así, lo mismo que Bismarck, individualmente, había resuelto señalar una meta para su acción política, lo que le movía a actuar en las sucesivas situaciones según todas las posibilidades, con objeto de llegar a esa meta, el período postbismarckiano tenía que fijarse también una meta definida, tan necesaria como fuese posible, cuya consecución promoviera los intereses del pueblo alemán y para el logro de la cual se pudieran utilizar todas las posibilidades, empezando por el arte de la diplomacia y llegando hasta el arte de la guerra.

Pero el establecimiento de esa meta no se llevó a cabo.

No es necesario, y en realidad apenas es posible, especificar todas las causas de ese descuido. La razón principal estriba, ante todo, en la falta de

una personalidad política realmente brillante y destacada. Pero otras razones que en parte se hallan en la naturaleza misma de la fundación del nuevo imperio, gravitan casi en la misma proporción en la balanza.

Alemania se había convertido en un estado democrático, y aunque los dirigentes del imperio quedaban sujetos a las decisiones imperiales, estas mismas decisiones difícilmente podían eludir el impacto de aquella opinión general que encontraba su particular expresión en la institución parlamentaria, pero cuyos forjadores eran los partidos políticos así como la prensa, que, a su vez, recibían sus últimas instrucciones de unos cuantos intrigantes poco reconocibles. Con ello, los intereses de la nación retrocedían más y más a un segundo término en relación con los intereses de grupos especiales específicos. Esto se debía, sobre todo, a que los intereses reales de la nación estaban muy poco claros entre el público más amplio, mientras que, por el contrario, los intereses de ciertos partidos políticos o del mundo periodístico eran mucho más concretos, ya que Alemania era ahora realmente un estado nacional.

Pero el concepto de una actitud nacional era en definitva solo una actitud puramente gubernamental-patriótico-dinástica. No tenía casi ninguna relación con intenciones populares. De aquí que prevaleciera una vaguedad general en cuanto al porvenir y al rumbo de una futura política exterior. Considerada desde un punto de vista nacional, la inmediata tarea del estado, después de la terminación de su estructura estatal interna, debió ser la reanudación y el logro definitivo de la unidad nacional. Ningún objetivo de política exterior podía ser más obvio para el estado nacional estrictamente formal de entonces que el de la anexión de aquellas áreas alemanas de Europa que, en parte por su antigua historia, eran una parte evidente no solo de la nación alemana, sino de un Imperio alemán. Sin embargo, una meta tan evidente no había sido establecida porque, aparte de otras resistencias, el llamado concepto nacional era demasiado vago, había sido muy poco pensado y elaborado para poder dar origen a un paso efectivo. No haber perdido nunca de vista como meta próxima la incorporación del elemento alemán de la vieja frontera oriental del imperio y haberla realizado por todos los medios habría sido ir contra ideas patriótico-legitimistas, así como contra sentimientos de simpatía pobremente definidos.

Ni que decir tiene que la “venerable” Casa de Habsburgo habría perdido de esa manera su trono. Todo el patriotismo de veladores de cervería se habría sentido gravemente mortificado; sin embargo, ese era el único propósito razonable que el nuevo imperio podía haberse fijado para sí mismo, es decir, desde el punto de vista del llamado estado nacional. No solo porque los alemanes, viviendo en el área del imperio, habrían aumentado considerablemente en número, lo que naturalmente habría tenido su traducción militar, sino porque en aquel tiempo podríamos haber rescatado aquello cuya pérdida deploramos hoy. Si Alemania se hubiese decidido entonces a la partición del imposible estado habsburgués, si se hubiese propuesto aquella partición como su propio objetivo político por razones político-nacionales, todo el desarrollo de Europa podría haber seguido otro camino. Alemania no se habría granjeado la enemiga de gran número de estados que no tenían nada contra ella, y en el sur, las fronteras del imperio no pasarían por el Brennero. Por lo menos, la parte predominantemente alemana del sur del Tirol estaría hoy en Alemania.

Que esto no se hiciera se explica no solo por la falta de un concepto nacional de que se adolecía en aquellos tiempos, sino por los intereses de ciertos grupos. Los círculos centristas deseaban a toda costa una política encaminada a conservar el llamado estado “católico” de los Habsburgo, al que se referían mendazmente con la denominación de “hermanos de clan”, aun sabiendo muy bien que en la monarquía de los Habsburgo tales hermanos de clan eran lenta pero inexorablemente arrinconados y despojados de su pertenencia al clan.

Pero, para el partido del centro, los puntos de vista alemanes no eran ninguna norma de conducta, ni siquiera en la misma Alemania. Aquellos señores eran más partidarios de cualquier polaco, de cualquier traidor alsaciano y de cualquier francófilo que de los alemanes que no querían incorporarse a una organización criminal semejante. Con el pretexto de representar los intereses católicos, este partido, incluso en tiempos de paz, contribuyó para perjudicar y arruinar de todas las maneras posibles al mayor baluarte de una concepción verdaderamente cristiana del mundo: Alemania. Y este partido, extremadamente mendaz, ni siquiera se abstenía de ir del brazo, en la más estrecha amistad, con los negadores declarados de

Dios, ateístas y blasfemos de todas las religiones, mientras creyesen que podían dañar así al estado nacional alemán y, por tanto, al pueblo alemán.

De este modo, en el establecimiento de la insensata política exterior alemana, el centro, el piadoso centro cristiano-católico, tenía a su lado, como aliados favoritos, a los marxistas judíos enemigos de Dios.

Y, justamente igual que el centro hizo todo lo posible para protegerse contra cualquier política antihabsburguesa, los social-demócratas, que entonces representaban la concepción marxista del mundo, hacían exactamente lo mismo, aunque por otras razones. Huelga decir que, en último término, la intención de ambos partidos era la misma: dañar a Alemania todo lo posible. Cuanto más débil es el estado, con más amplitud ejercen la dominación estos partidos y, por tanto, mayor es la ventaja para sus dirigentes.

Si el viejo imperio quería llevar a cabo la unificación del elemento alemán en Europa basándose en consideraciones político-nacionales, la disolución del conglomerado de estados de los Habsburgo necesariamente ligada a dicha unificación, implicaba una nueva agrupación de las potencias europeas. Evidentemente, tal disolución del estado habsburgués era inconcebible sin establecer relación con otros estados que pudieran perseguir intereses similares. Por eso una coalición europea para el logro de semejante objetivo, empleando todas las posibilidades existentes para alcanzarlo, habría nacido automáticamente y determinado el destino de Europa al menos durante los siguientes decenios.

Ni que decir tiene que lo primero que había que hacer de una manera efectiva era liquidar la Triple Alianza. Digo de una manera efectiva, porque en la práctica la liquidación se había realizado ya mucho tiempo antes.

La alianza con Austria tuvo un verdadero sentido para Alemania mientras podía esperar de ella un poder adicional en la hora del peligro; pero se convirtió en algo sin sentido desde el momento en que ese poder adicional era inferior a la carga militar que imponía a Alemania esa alianza. Bien mirado, esta circunstancia existió desde el primer día de la Triple Alianza, pues, por ejemplo, Rusia podía convertirse en enemiga de Alemania a consecuencia de esta alianza o basándose en esta alianza. Bismarck había hecho esta observación detenidamente, por lo que se vio

inducido a concluir el tratado llamado de reaseguro con Rusia. En resumen, el sentido del Tratado de reaseguro era que si Alemania se veía arrastrada a un conflicto con Rusia a causa de la alianza, abandonaría a Austria. Así, Bismarck ya había percibido la importancia problemática de la Triple Alianza en la época de su gobierno, y, de acuerdo con su arte de lo posible, había tomado las precauciones necesarias para hacer frente a todas las eventualidades.

En su época este Tratado de reaseguro contribuyó al destierro del mayor estadista alemán de nuestra era.

A decir verdad, la situación temida por Bismarck había surgido ya en los comienzos de los años 1890, después de la ocupación de Bosnia por Austria-Hungría y a consecuencia del impetuoso movimiento paneslavo que surgió con tal motivo. La alianza con Austria había originado la enemistad con Rusia.

Pero esta enemistad con Rusia fue la causa de que los marxistas, aunque no estuviesen de acuerdo con la política exterior alemana, recurrieran a todos los medios para hacer imposible cualquier otra política.

De esta forma, las relaciones de Austria con Italia siguieron siendo las mismas. Antiguamente, Italia había entrado en la Triple Alianza como precaución contra Francia, pero no por amor a Austria. También en este caso observó Bismarck correctamente la "cordialidad interna" de las relaciones italo-austríacas cuando afirmó que solo había dos posibilidades entre Austria e Italia: o una alianza o la guerra. En Italia —aparte de unos cuantos francófilos fanáticos— solo existía una verdadera simpatía hacia Alemania. Y esto era también comprensible.

Lo que demuestra la insondable y completa falta de entrenamiento político y la ignorancia política del pueblo alemán, especialmente de su llamada intelectualidad burguesa-nacional, es el hecho de que creyesen que podían llevar la Triple Alianza, basada en leyes políticas, a la esfera del afecto amistoso. No era este el caso ni siquiera entre Alemania y Austria, pues incluso aquí la Triple Alianza, o más correctamente, la alianza con Alemania, estaba anclada humanamente solo en los corazones de una parte relativamente pequeña de los alemanes residentes en Austria. Los Habsburgo nunca habrían dado el menor paso hacia la Triple Alianza si

hubiese existido cualquier otra posibilidad de conservar su estado cadavérico.

Cuando, en los días de julio de 1870, el pueblo alemán se inflamó de indignación por las provocaciones sin precedentes de Francia y se apresuró a acudir a los viejos campos de batalla en defensa del Rin alemán, en Viena se creyó que había llegado la hora de vengar el descalabro de Sadowa. Hubo conferencias y más conferencias en rápida sucesión, un consejo de la Corona alternaba con otro, los correos volaban aquí y allá, y se había lanzado la primera llamada a los reservistas, cuando, de pronto, empezaron a llegar los primeros comunicados de los teatros bélicos. Y cuando a Weissenburgo siguió Woerth, y a Woerth Gravelotte, Metz, Mars la Tour, y, finalmente, Sedán, los Habsburgo, bajo la presión del clamor recién desatado de la nueva opinión alemana, empezaron a descubrir su propio corazón alemán.

Si en aquel tiempo Alemania hubiese perdido solamente las primeras batallas, los Habsburgo, y con ellos Austria, habrían hecho lo mismo que más adelante provocó sus vivos reproches a Italia; aquello que, además, no solo tenían la intención de hacer por segunda vez en la Guerra Mundial, sino que llevaron a cabo como la más baja traición al estado que había desenvainado por ellos su espada. Por culpa y por cuenta de este estado, Alemania había asumido sobre sí las peores y más sangrientas dificultades, y fue traicionada por él, no solo en un millar de casos individuales, sino, finalmente, por los representantes del estado mismo, cosas y verdades sobre las que nuestros patriotias burgueses nacionales prefieren guardar silencio, con objeto de poder vociferar contra Italia.

Cuando, más tarde, la Casa de Habsburgo entró arrastrándose en la Triple Alianza, lo hizo solo porque, de lo contrario, habría sido barrida mucho tiempo antes al lugar donde se encuentra hoy. Cada vez que examino los pecados de esta Casa en la historia del pueblo alemán, más lamentable me parece que en tal ocasión los molinos de Dios fueran impulsados por fuerzas que estaban fuera del pueblo alemán.

Pero los Habsburgo tenían toda clase de razones para desear la alianza, especialmente con Alemania, porque esta alianza, en realidad, equivalía a dar por vencido el alemanismo en Austria. La política desnacionalizadora

de los Habsburgo en Austria, su proceso de eslavización y chequización de los elementos alemanes no habría sido nunca posible si el mismo Imperio alemán no hubiese extendido sobre ella su escudo moral. Porque ¿qué derecho tenía el alemán austriaco a protestar por motivos nacionales contra una política estatal que estaba amparada por el epítome del pensamiento nacional alemán encarnado para el alemán austriaco en el Imperio alemán?

Y, a la inversa, ¿cómo iba a poder ahora Alemania ejercer la más mínima presión para impedir la lenta desalemanización de Austria si, después de todo, los mismos Habsburgo eran los aliados del Imperio alemán? Hay que conocer la debilidad de los dirigentes políticos del Imperio alemán para convencerse de que cualquier otra cosa habría sido posible antes que intentar ejercer sobre su alianza una influencia tan enérgica que pudiera afectar a sus asuntos internos. Los astutos Habsburgo sabían esto muy bien, del mismo modo que, en general, la diplomacia austríaca era muy superior a la alemana en habilidad y artificio. Y, a la inversa, estos mismos alemanes, como si estuviesen afectados de ceguera, no parecían tener la más remota idea de los acontecimientos y condiciones reinantes dentro de las fronteras de su aliada. Solo la guerra abrió los ojos a mucha gente.

Así, esta misma amistad, basada en una alianza de los Habsburgo con Alemania, era especialmente fatídica porque con ella quedaba garantizado el definitivo socavamiento del requisito previo para esta alianza. Pues ahora que los Habsburgo estaban en una situación para borrar el germanismo en Austria, a su capricho y sin tener que preocuparse de ninguna interferencia alemana, el valor de esta alianza para Alemania misma se iba haciendo cada vez más problemática. ¿Qué significado podía tener para Alemania una alianza que la Casa gobernante no tomaba en serio, ya que los Habsburgo nunca habían pensado en considerar los intereses alemanes como un punto que hubiera que respetar en la alianza? Así, los pocos amigos verdaderos de esta alianza iban cayendo forzosamente poco a poco, víctimas de la desgermanización. Pues en el resto de Austria la alianza se consideraba en el mejor de los casos con indiferencia, ya que la mayoría la odiaba profundamente.

En el período de los veinte años que precedieron a la guerra, la prensa metropolitana de Viena se orientaba ya mucho más por líneas profrancesas que por líneas progermanas; pero la prensa de las provincias eslávicas se

mostraba deliberadamente hostil a Alemania. En la misma proporción en que el eslavismo era fomentado culturalmente hasta el máximo por los Habsburgo y llegaba a adquirir puntos focales de su propia cultura nacional en sus capitales respectivas, surgían centros de una voluntad política peculiar de ellos.

Es un castigo histórico para la Casa de los Habsburgo no haber visto que un día este odio nacional que primeramente fue movilizado contra los alemanes, terminaría por devorar al estado austríaco mismo.

Pero la insensatez de la alianza con Austria se evidenció especialmente para Alemania en el momento en que, gracias a la influencia de los marxistas germano-austríacos, traidores del pueblo, el llamado sufragio universal terminó por romper la hegemonía del germanismo en el estado austríaco. Pues, efectivamente, era cierto que los alemanes solo formaban la tercera parte de la población de Cisleitania, esto es, de la mitad austríaca del estado austrohúngaro. Una vez que el sufragio universal se convirtió en el cimiento de la representación parlamentaria austríaca, la situación de los alemanes alcanzó el grado de la desesperación, y más aún si se tiene en cuenta que los partidos clericales eran tan poco partidarios de una representación deliberada de los puntos de vista nacionales como los marxistas, quienes, deliberadamente, traicionaban estos puntos de vista. Los mismos socialdemócratas que hoy hablan hipócritamente de germanismo en el Tirol del Sur, traicionaron y vendieron al germanismo en la vieja Austria, con la mayor desvergüenza, en todas las oportunidades que se les ofrecieron. Siempre estuvieron al lado de los enemigos de nuestro pueblo. La más impertinente arrogancia checa ha encontrado siempre sus representantes en la llamada democracia social austríaca. Todo acto opresivo dirigido contra Alemania hallaba la aprobación de estos demócratas. Y todo ejemplo de deteriorización germana encontraba como colaboradores a los socialdemócratas alemanes. En tales circunstancias, ¿qué podía esperar Alemania de un estado cuya rectoría política, en tanto que se expresaba específicamente en el Parlamento, era en sus 4/5 partes consciente y deliberadamente antialemana?

Las ventajas de la alianza con Austria eran exclusivamente para la parte austríaca, mientras que Alemania tenía que soportar todas las desventajas, que no eran pocas.

La naturaleza del estado austríaco implicaba que toda una serie de estados circundantes tuviese a la vista la disolución de Austria como la meta de sus respectivas políticas nacionales. Pues lo que la Alemania posbismarckiana no fue nunca capaz de llevar a cabo, lo realizaron incluso los más pequeños estados balcánicos; esto es, establecer una meta bien definida en política exterior y tratar de alcanzarla aprovechando todas las posibilidades que se les presentasen. Estos estados nacionales, en cierto modo recién nacidos, colocados en las fronteras de Austria, veían su mayor tarea política futura en la "liberación" de los camaradas raciales que étnicamente les pertenecían, pero que vivían bajo el cetro de Austria y de los Habsburgo. Era evidente que esta liberación solo podría realizarse por medio de la acción militar. De la misma manera, era evidente que aquello tenía que conducir a la disolución de Austria.

La capacidad de resistencia de los austríacos constituía un obstáculo de escasa importancia, ya que los austríacos dependían ante todo de aquellos que iban a ser liberados. Si se desencadenaba una guerra entre la coalición de Rusia, Rumania y Serbia, contra Austria, los elementos eslavos del sur y del norte hundirían desde el principio el marco de la resistencia austríaca, de modo que, en el mejor de los casos, alemanes y magiares serían los que habían de soportar la lucha principalmente. Ahora bien, la experiencia muestra que la eliminación de fuerzas combatientes por motivos raciales conduce a la desintegración y, por lo tanto, se produciría una parálisis completa del frente austríaco. Por sí sola, Austria solo habría podido ofrecer una débil resistencia a semejante guerra ofensiva general. Esto se sabía en Rusia lo mismo que en Serbia, y era archisabido en Rumania. Así, lo que realmente sustentaba a Austria era tan solo su potente aliado, sobre el que podía apoyarse. Pero ¿qué más natural que en aquella época se formase en los cerebros de los estadistas dirigentes antiaustríacos, así como en la opinión pública, la idea de que el camino para llegar a Viena tenía que pasar por Berlín?

Cuantos más estados anhelaban heredar a Austria y no podían lograrlo como consecuencia de su asociación militar, tantos más eran los estados que Alemania se granjeaba forzosamente como enemigos.

A principios de siglo, el peso de los enemigos de Alemania por causa de Austria era ya varias veces mayor que la ayuda armada que Austria hubiera

podido prestar a Alemania.

Con ello, el significado esencial de la política de alianza se había convertido exactamente en todo lo contrario.

El asunto se complicaba todavía más a causa del tercer miembro de la alianza: Italia. Como ya hemos dicho, las relaciones de Italia con Austria no obedecieron nunca a la cordialidad ni a la razón, sino tan solo al resultado y la consecuencia de una necesidad abrumadora. El pueblo italiano y la intelectualidad italiana siempre expresaron sus simpatías por Alemania. A principios de siglo existían numerosos motivos para una alianza de Italia con Alemania. La opinión de que Italia sería un aliado infiel es tan estúpida y absurda, que los políticos de poltrona solo pueden servírsela a nuestra impolítica burguesía llamada nacional. La contraprueba más convincente la proporciona la historia de nuestro propio pueblo, ya que hubo una época en que Italia estuvo aliada con Alemania contra Austria de un modo natural. Claro que la Alemania de aquel tiempo era la Prusia conducida por el genio de Bismarck y no por la incapacidad política de los posteriores chapuceros del maltratado imperio.

Cierto que la Italia de aquella época sufrió derrotas en batallas por tierra y por mar, pero cumplió honorablemente las obligaciones de su alianza, como no lo hizo Austria en la Guerra Mundial, a la que empujó a Alemania. Pues en aquel tiempo, cuando a Italia se le ofreció una paz separada que le habría dado todo lo que solo más adelante pudo conseguir, la rechazó, orgullosa e indignada, a pesar de las derrotas militares que había sufrido, mientras que los dirigentes del gobierno austríaco no solamente anhelaban tal paz separada, sino que estaban dispuestos a abandonar totalmente a Alemania. Si esto no llegó a suceder, la causa no estriba en la fuerza de carácter del estado austríaco, sino más bien en la naturaleza de las demandas que le hizo el enemigo y que, en la práctica, significaban su desintegración.

El hecho de que Italia sufriera derrotas militares en 1866 no puede considerarse realmente como un signo de infidelidad a la alianza, pues es evidente que habría preferido cosechar victorias y no derrotas. Pero la Italia de aquel tiempo no podía compararse con la Alemania de entonces, y ni siquiera con la de más adelante, porque era una Italia que carecía de aquel

poder superior de cristalización militar que Alemania tenía en Prusia. Una Unión Alemana sin la base del poder militar prusiano habría sucumbido idénticamente ante el ataque de un poder militar tan añejo, y no desmembrado aún nacionalmente, como el que poseía Austria. Y ese fue el caso con Italia.

Pero lo más importante es que la Italia de aquel tiempo hizo posible la decisión en Bohemia a favor del que luego sería el Imperio alemán, al retener a una parte considerable e importante del ejército austríaco. Pues quienquiera que tenga presente la situación crítica el día de la batalla de Königgrätz, no puede afirmar que habría sido indiferente para el destino de Alemania que Austria hubiese estado en el campo de batalla con un ejército adicional de 140 000 hombres, cosa que habría ocurrido si Italia no hubiera inmovilizado estos efectivos.

Claro es que la Italia de aquella época no firmó esta alianza para hacer posible la unidad nacional del pueblo alemán, sino más bien para lograr la de los italianos. Realmente, se necesita toda la ingenuidad política proverbial de los miembros de la liga patriótica para ver en esto una causa de reproche o de difamación. La idea de pactar una alianza que desde el principio posee solo perspectivas de éxito o ganancias es una estupidez infantil. Pues los italianos tendrían exactamente el mismo derecho a hacerle igual reproche a la Prusia de aquel tiempo y a Bismarck, acusándoles de haber concertado la alianza no por amor a Italia, sino al servicio de sus propios intereses. Desgraciadamente, me siento tentado a decir que es humillante que esta estupidez se cometa solo al norte de los Alpes y no también al sur de ellos.

Tal necedad resulta comprensible solo si pensamos en la Triple Alianza o, mejor todavía, en la alianza entre Alemania y Austria, que realmente es un caso raro en el que un estado, Austria, lo obtiene todo de una alianza, y el otro, Alemania, nada en absoluto. Una alianza en la que una de las partes arriesga sus intereses, y la otra su “brillante armadura”. Una abriga un frío propósito, la otra una lealtad de nibelungo. En verdad, esto ha sucedido solamente una vez en la historia en tal extensión y de esta manera, y Alemania ha recibido el más terrible pago por esta especie de gestión política estatal y por esta política de alianzas.

Así, pues, si la alianza con Italia era, en lo que se refiere a las relaciones de Austria con Italia, del más dudoso valor desde el principio, esto no sucedía tanto porque Italia, digámoslo así, fuera un compañero fundamentalmente erróneo, sino porque, para Italia, esta misma alianza con Austria no prometía un solo valor recíproco.

Italia era un estado nacional. Su futuro tenía necesariamente que descansar en las playas del Mediterráneo. Así, todo estado vecino era, en mayor o menor medida, un obstáculo para el desarrollo de este estado nacional. Si además tenemos en cuenta que Austria misma tenía dentro de sus fronteras más de 800 000 italianos y que, por otra parte, aquellos mismos Habsburgo que por un lado entregaban a los alemanes a la eslavización y por el otro azuzaban a los eslavos y a los alemanes contra los ialianos, tenían el mayor interés en ir desnacionalizando lentamente a los 800 000 italianos residentes en Austria, entonces apenas cabía duda de la tarea futura de la política exterior italiana. Tenía que ser una política antiaustríaca tanto como podía ser proalemana. Y esta política hallaba, además, el apoyo más vivo, un cálido entusiasmo, entre el pueblo italiano. Porque las injusticias que los Habsburgo —y Austria era era el arma política de que se habían servido para ello— habían cometido contra Italia en el curso de los siglos, miradas desde un punto de vista italiano, clamaban al cielo. Durante siglos, Austria había sido el obstáculo para la unificación de Italia; una y otra vez los Habsburgo habían apoyado a las corruptas dinastías italianas; incluso ocurrió que a principios de siglo casi ningún congreso del movimiento social clerical y cristiano concluía si no era con la exigencia de que Roma fuese devuelta al Padre Santo. Ningún espíritu se soliviantó por el hecho de que esto se considerase como una tarea de la política austríaca, pero, por otra parte, tenían la impertinencia de esperar que en Italia se mostrase un entusiasmo delirante por la alianza con Austria. Así, la política austriaca hacia Italia en el curso de los siglos no ha usado siempre, ni mucho menos, guantes de cabritilla.

Lo que Francia ha sido durante siglos para Alemania, Austria lo ha sido para Italia. Las tierras bajas del norte de Italia fueron siempre el campo de operaciones donde el estado austríaco mostraba su política de amistad hacia Italia. Regimientos croatas y panduros eran los portadores de cultura y los representantes de la civilización austríaca, y es una lástima que parte de

todo esto haya afectado al nombre alemán. Si hoy oímos con frecuencia palabras despectivas e insultantes para la cultura alemana en labios italianos, el pueblo alemán tiene que agradecérselo a aquel estado que se disfrazaba de alemán, pero que exponía el carácter de su ser más íntimo a los italianos por medio de una ruda soldadesca que, en su propio estado austríaco, era considerado por los que se beneficiaban de sus servicios como un verdadero azote de Dios. La fama batalladora del ejército austríaco estaba en parte construida sobre victorias que necesariamente despertaban un odio mortal y perpetuo de los italianos.

Fue una desgracia para Alemania no haber visto nunca esto con claridad y haberlo disimulado si no de manera directa, al menos indirecta. Pues así perdió Alemania al estado que, tal como estaban las cosas, podría haberse convertido en nuestro más leal aliado, del mismo modo que tiempo atrás había sido un aliado sumamente provechoso para Prusia.

De esta forma, la opinión pública más extendida en Austria con ocasión de la guerra de Trípoli fue especialmente decisiva para las estrechas relaciones entre Italia y Austria. Que Viena mirase con gesto ceñudo el intento italiano de poner pie en Albania era todavía comprensible en vista de las circunstancias. Austria pensaba que sus propios intereses estaban allí amenazados. Pero la incitación general y decididamente artificiosa contra Italia cuando esta última decidió conquistar Trípoli fue incomprensible. El paso italiano era, sin embargo, absolutamente lógico. Nadie podía censurar al gobierno italiano que intentase llevar la bandera italiana a territorios que, por su situación, debían considerarse como zonas coloniales de Italia. No solo porque los jóvenes colonos italianos seguían las huellas de los antiguos romanos, sino por otra razón la acción italiana debió haber sido bien acogida en Alemania y en Austria.

Cuanto más se comprometiese Italia en el norte de África, más se desarrollaría forzosamente algún día la oposición natural entre Italia y Francia. Una dirección estatal alemana de clase superior habría tratado al menos por todos los medios de crear dificultades a la amenazadora expansión de la hegemonía francesa en el norte de África y, en general, a la explotación francesa del continente negro, aunque solo fuese considerando el posible reforzamiento militar de Francia en los campos de batalla europeos. Pues el gobierno francés, y especialmente sus jefes militares, no

dejaban que cupiese ninguna duda de que para ellos las colonias africanas tenían importancia no solo como simples enclaves de civilización francesa. Llevaban ya mucho tiempo viendo en ellas un depósito de soldados para el próximo choque armado europeo. Era asimismo evidente que ese choque solo podía producirse con Alemania. ¿Qué más natural, entonces, desde el punto de vista alemán, que favorecer toda interferencia de cualquier otro país, especialmente si este otro país era su propio aliado?

Por otra parte, la nación francesa era estéril y no tenía necesidad alguna de ampliar su espacio vital mientras que el pueblo italiano, exactamente igual que el alemán, tenía que hallar una solución a su falta de espacio. Que no se diga que esto habría implicado un robo cometido contra Turquía. Porque entonces todas las colonias serían territorios robados. Pero sin ellas el europeo no puede vivir. A nosotros no nos interesaba lo más mínimo producir una tirantez con Italia a causa de un sentimiento de simpatía hacia Turquía que era completamente irreal.

Si alguna vez hubo una acción política exterior en la que Austria y Alemania pudiesen haber respaldado totalmente a Italia, aquella lo fue. Resultó sencillamente escandaloso cómo la prensa austríaca de aquel tiempo y toda la opinión pública se comportaron ante una acción italiana cuya última meta no era más que la anexión de Bosnia-Herzegovina por la misma Austria. Súbitamente flameó por aquel tiempo un odio que mostraba la verdadera disposición íntima de las relaciones austríaco-italianas con toda claridad, ya que no había en absoluto motivos para tal actitud. Yo estaba en Viena en aquel entonces y me disgustaba profundamente la estupidez y desvergüenza con que se apuñalaba por la espalda al aliado. En tales circunstancias, exigir de esta misma aliada una lealtad que, en realidad, habría sido el suicidio de Italia, es por lo menos tan incomprensible como ingenuo.

Además, hay lo siguiente: la situación natural geográfico-militar de Italia forzará siempre a este estado a realizar una política que no lo ponga en conflicto con una potencia naval superior, potencia a la que la flota italiana, y las flotas aliadas con ella, no podrían resistir si nos atenemos a las previsiones humanas. Mientras Inglaterra posea la indiscutida supremacía de los mares y mientras que esta hegemonía pueda ser reforzada por una flota mediterránea francesa, sin que Italia y sus aliadas puedan

presentar una resistencia prometedora, Italia no puede nunca asumir una actitud antiinglesa.

No debemos exigir de los dirigentes de un estado que, por una simpatía estúpida hacia otro estado cuyo amor recíproco se había mostrado con toda claridad con ocasión de la guerra de Trípoli, terminen por entregar a su propio pueblo a una destrucción cierta. Cualquiera que someta las condiciones costeras del estado italiano al más superficial examen, tiene que llegar inmediatamente al convencimiento de que la lucha con Inglaterra por parte de Italia en las actuales circunstancias, no solo sería desesperada, sino absurda.

Así, Italia se hallaba exactamente en la misma situación en que se había encontrado Alemania cuando a Bismarck el riesgo de una guerra con Rusia —riesgo provocado por Austria— le pareció tan alarmante que se comprometió, mediante el famoso Tratado de reaseguro, a no tener en cuenta la alianza existente. Para Italia la alianza con Austria no era menos insostenible desde el momento en que, como resultado de esa alianza, tenía que ser enemiga de Inglaterra.

El que se empeñe en no ver o comprender esto, es incapaz de pensar políticamente y, por tanto, en el mejor de los casos, solo será capaz de hacer política en Alemania. Pero el pueblo alemán ve el resultado de la política de esta clase de gente y es el que tiene que sufrir las consecuencias.

Todos estos aspectos tenían que rebajar hasta el mínimo el valor de la alianza con Austria. Pues era seguro que Alemania, a causa de su alianza con Austria, había de granjearse la enemistad no solo de Rusia, sino también de Rumania, Serbia e Italia. Porque, como ya se ha dicho, no hay ninguna alianza que pueda construirse sobre la base de simpatías ideales, o lealtad ideal, o gratitud ideal. Las alianzas serán tanto más fuertes cuanto más ventajas privadas esperan extraer de ellas las partes contratantes. Es ilusorio desear formar una alianza sobre cualquier otra base.

Yo nunca esperaría que Italia concertase una alianza con Alemania por simpatía a Alemania, por amor a Alemania, con la intención de procurar una ventaja a Alemania. Lo mismo que no se me ocurriría jamás establecer un compromiso con otro estado, por simpatía a él o por el deseo de servirlo. Si hoy abogo por una alianza entre Italia y Alemania, lo hago solamente

porque creo que ambos estados pueden obtener ventajas de ello. Ambos estados prosperarían en consecuencia.

Las ventajas de la Triple Alianza existían exclusivamente para Austria. Ciertamente, a consecuencia de los factores determinantes en la política de los estados interesados, solo Austria podía beneficiarse de esta alianza. Por su índole, la Triple Alianza no tenía ninguna tendencia agresiva. Era una alianza defensiva cuyo máximo objeto, según sus previsiones, se suponía que estribaba solamente en defender la conservación del statu quo. Alemania e Italia, ante la imposibilidad de alimentar a sus poblaciones, estaban obligadas a proseguir una política agresiva. Solamente Austria tenía que considerarse feliz conservando al menos el cadáver de un estado cuya existencia era ya imposible. Puesto que el poder defensivo de Austria nunca habría bastado para esto, mediante la Triple Alianza, las fuerzas ofensivas de Alemania e Italia quedaban comprometidas a mantener al estado austríaco. Alemania cumplió este compromiso y pereció; Italia se desprendió de él y se salvó. Únicamente un hombre para el que la política no sea el deber de conservar la vida de un pueblo por todos los medios y de acuerdo con todas las posibilidades, se atreverá a censurar el acto de Italia.

Incluso si la vieja Alemania, como estado nacional formal, se hubiese propuesto como meta solo la posterior unificación de la nación alemana, la Triple Alianza debería haberse abandonado instantáneamente y las relaciones con Austria modificado en consecuencia. Así, Alemania no se habría atraído cierto número de enemistades que de ninguna manera podían quedar compensadas por el empleo de la fuerza austríaca.

Así, ni siquiera la Alemania de la preguerra debió haber permitido que su política exterior fuese determinada por puntos de vista nacionales tan solo de una manera puramente formal, si tales puntos de vista no conducían a las necesarias metas en pro del pueblo.

Ya en el período de la preguerra, el problema futuro del pueblo alemán era la cuestión de su sostenimiento. El pueblo alemán ya no podía obtener su pan cotidiano de la superficie que poseía.

Toda asuidad y eficiencia, así como todos los métodos científicos de cultivo del suelo, podían, a lo sumo, aliviar algo la miseria, pero no impedirla. Ni siquiera en los años de cosechas excepcionalmente buenas se

lograba cubrir enteramente la demanda de alimentos. Si las cosechas eran medianas o malas, había que recurrir a la importación en grado considerable. Incluso el suministro de materias primas para muchas industrias tropezaba con serias dificultades y había que conseguirlo exclusivamente en el extranjero.

Esta escasez se podía superar de varias maneras. La emigración y el control de nacimientos fueron categóricamente rechazados incluso por la opinión del estado nacional de aquel tiempo. El conocimiento de las consecuencias biológicas no influyó tanto en ello como el temor a la disminución numérica. Así, para la Alemania de aquel tiempo, solo existían dos posibilidades de asegurar la conservación del país en el futuro sin tener que limitar la población: se hacía un esfuerzo para resolver la necesidad de espacio, esto es, para adquirir más suelo, o el imperio se convertía en una gran empresa de exportación. Esto significaba que la producción de ciertas mercancías debía incrementarse hasta más allá de las necesidades domésticas, con objeto de poder cambiar esas mercancías por artículos alimenticios y materias primas mediante la exportación.

El conocimiento de la necesidad de una ampliación de la superficie vital alemana existía ya en aquel tiempo, aunque solo fuera parcialmente. Se creía que la mejor manera de actuar en este sentido era llevar a Alemania a las filas de los grandes pueblos colonialistas. Pero, en realidad, había ya un defecto de lógica interna en la forma de ejecutar esta idea. Pues el sentido de una política territorial sólida consiste en el hecho de que el espacio vital de un pueblo se agranda cuando se asignan nuevas áreas de asentamiento al exceso de población, la cual, si no quiere adoptar el carácter de una emigración, debe continuar en estrecha relación política y gubernamental con la madre patria, cosa que ya no podía aplicarse a las colonias que quedaban todavía disponibles a finales del siglo XIX. Tanto su distancia como —y esto sobre todo— las condiciones climatológicas de tales regiones impedían el asentamiento tal como los ingleses habían podido llevarlo a cabo en sus colonias americanas o de Australia, y los holandeses en Sudáfrica. Por otra parte, había que contar con el carácter de la estructura interna de la política colonial alemana. Por todo esto, el problema del asentamiento retrocedía a un segundo plano, cediendo su lugar a intereses comerciales que solo eran idénticos a los intereses generales del pueblo

alemán en la menor medida. De aquí que, desde el principio, el valor de las colonias alemanas radicara principalmente en la posibilidad de obtener ciertos mercados que, como suministradores de productos coloniales y, en parte, también de materias primas, independizarían a la economía alemana de los países extranjeros.

Esto seguramente habría tenido éxito, hasta cierto punto, en el futuro, pero no habría resuelto en lo más mínimo el problema de la superpoblación de Alemania, a menos que se hubiera decidido garantizar fundamentalmente, a través de un incremento de la economía de exportación, el sostenimiento del pueblo alemán. Naturalmente, en este caso las colonias alemanas, mediante una entrega más favorable de materias primas, habrían podido dar algún día a las industrias una mayor capacidad para competir en los mercados internacionales. Así, la política colonial alemana no era realmente, en su sentido más profundo, una política territorial, sino que se había convertido en un instrumento de la política económica alemana. Efectivamente, incluso el alivio numérico de la superpoblación alemana mediante el asentamiento en las colonias fue francamente insignificante.

Si, además, se quería llegar a una política auténticamente territorial, es evidente que la política colonial que se practicó antes de la guerra fue tanto más insensata cuanto que no podía producir un alivio de la superpoblación alemana. Pero, a la inversa, algún día, como indicaban las previsiones humanas de toda índole, la ejecución de aquella política colonial económica necesitaría el mismo sacrificio de sangre que, en el peor de los casos, habría exigido una política territorial realmente útil. Porque, mientras esta clase de política colonial alemana solo podía producir, en la situación más favorable, una vigorización de la economía alemana, algún día daría lugar a un conflicto con Inglaterra.

Pues ninguna política económica mundial alemana podría evitar una lucha decisiva con Inglaterra. La industria de exportación, el comercio mundial, las colonias y la marina mercante tendrían que ser protegidas con la espada contra aquella potencia que, con el mismo propósito de autoconservación que Alemania, se había visto forzada hacía ya tiempo a lanzarse por este camino. Por consiguiente, esta lucha económica pacífica para la conquista de un lugar al sol, solo podría desarrollarse mientras

Inglaterra contase con producir el hundimiento de la competencia alemana por medios puramente económicos, ya que en este caso nos quedaríamos en la sombra para siempre. Pero si Alemania lograba hacer retroceder a Inglaterra por el camino pacífico de la economía, era evidente que el fantasma de aquella conquista económica pacífica del mundo sería reemplazado por la resistencia de las bayonetas.

Sin duda, era una idea política permitir que el pueblo alemán aumentase en número mediante el incremento de la producción industrial y la venta en el mercado mundial internacional. Esta idea no era popular, pero correspondía a las ideas predominantes en el mundo burgués-nacional de aquella época.

Este camino se podía seguir, aunque planteaba a la política exterior alemana un deber rigurosamente definido, claramente delineado: al final de una política alemana de comercio mundial solo podía ser la guerra con Inglaterra. Pero entonces, la tarea de la política alemana era armarse, mediante alianzas de largo alcance, para un conflicto con un estado que, dada su experiencia de más de cien años, no dejaría de realizar una movilización general de estados aliados.

Si Alemania quería defender su política industrial y económica contra Inglaterra, primero tenía que tratar de cubrir sus espaldas con Rusia. Entonces Rusia era el único estado al que se podía considerar como aliado valioso, porque era también el único que no tenía necesidad alguna de oponerse realmente a Alemania, al menos por el momento. Era evidente que el precio de esta alianza rusa, tal como estaban las cosas, solo podía consistir en renunciar a la alianza con Austria. Pues entonces la alianza dual con Austria era una auténtica locura. Solo cuando la espalda de Alemania estuviese bien resguardada por Rusia, podría aquella dedicarse a una política marítima que deliberadamente tuviese a la vista el día del ajuste de cuentas; solo entonces podría Alemania acumular los enormes medios necesarios para la formación de una flota que no estaba al día en todos los detalles, sino que tenía un retraso de cinco años especialmente en velocidad y desplazamiento.

Pero la maraña de la alianza austríaca era tan grande, que ya no se podía encontrar ninguna solución, y Rusia, que había empezado a orientarse de

nuevo, después de la guerra ruso-japonesa, tuvo que ser rechazada definitivamente. Con esto, toda la política económica y colonial alemana tomaba un camino más que peligroso. El hecho fue que Alemania estuvo eludiendo año tras año el definitivo arreglo de cuentas con Inglaterra, lo que explica que su actitud estuviera determinada por el principio de no provocar al adversario. Esto condicionó todas las decisiones alemanas que habrían sido necesarias para la defensa de la política económica y colonial, hasta que el 4 de agosto de 1914 la declaración de guerra de los ingleses puso fin a ese desgraciado período de ceguera alemana.

Si la Alemania de aquel tiempo hubiese estado gobernada menos por opiniones burguesas-nacionales que por puntos de vista populares, solo se habría tomado en consideración el otro camino para resolver la miseria alemana, esto es, el de una política territorial en gran escala en la misma Europa.

La política colonial alemana, que necesariamente había de llevarnos a un conflicto con Inglaterra, conflicto en el que había que contar con que Francia estaría en el bando enemigo, era especialmente irrazonable para Alemania, ya que nuestra base europea era más débil que la de ningún otro pueblo colonial de importancia política mundial. Pues, en definitiva, estaba claro que el destino de las colonias se decidía en Europa. En consecuencia, toda la política exterior debió dirigirse principalmente a la consolidación y a la defensa de la posición militar de Alemania en Europa.

Poca ayuda decisiva podíamos esperar de nuestras colonias. A la inversa, cualquier ensanchamiento de nuestra base territorial europea habría producido automáticamente un fortalecimiento de nuestra posición. No es lo mismo que un pueblo tenga un espacio cerrado de asentamiento de 560 000 kilómetros cuadrados, que, por ejemplo, un millón. Dejando completamente aparte la dificultad de abastecimiento en caso de guerra, el cual debe permanecer lo más independientemente posible de los efectos de la acción enemiga, la protección militar reside ya en el tamaño del territorio, y, en ese aspecto, las operaciones que nos obligasen a empeñar guerras en nuestro propio suelo serían considerablemente más fáciles de soportar.

Así, pues, cierto aspecto de la defensa contra los ataques improvisados estriba en la extensión del suelo del estado. Pero, sobre todo, solo mediante una política territorial en Europa pueden los recursos humanos transferidos a nuevos terrenos ser conservados para el propio pueblo, incluyendo la utilización militar de los mismos. La adición de 500 000 kilómetros cuadrados en Europa puede proporcionar nuevos hogares para millones de campesinos alemanes y hacer que millones de soldados queden disponibles para la potencia del pueblo alemán en el momento decisivo.

El único suelo de Europa que podía considerarse apto para semejante política territorial era, por lo tanto, el de Rusia. Las regiones fronterizas del oeste ruso, escasamente pobladas y que ya en otros tiempos habían tenido colonos alemanes como portadores de cultura, pudieron ser igualmente tomadas en consideración para la nueva política territorial de la nación alemana. Por eso el objetivo de la política exterior alemana debió ser incondicionalmente el de dejar su espalda libre de preocupaciones para enfrentarse con Inglaterra, y aislar a Rusia todo lo posible. Entonces, con una lógica intrépida, habríamos tenido que renunciar a nuestra política económica y de comercio mundial, y, si era necesario, renunciar completamente a la flota, con objeto de concentrar toda la fuerza del país en el ejército de tierra, como ya se había hecho en otra ocasión. Nunca como en aquel momento habría sido preciso abandonar la alianza con Austria, porque nada podía ser un obstáculo mayor en el camino del aislamiento de Rusia que un estado cuya defensa estaba garantizada por Alemania y cuya división era deseada por muchas potencias europeas, las cuales solo podrían llevar a cabo esa división si se aliaban con Rusia. Como estos estados sabían que Alemania constituía la más poderosa defensa de la conservación de Austria, se veían forzados a manifestarse impetuosamente contra el aislamiento de Rusia, ya que el imperio zarista se les aparecía más que nunca como el único factor de fuerzas capaz de la destrucción final de Austria.

Era obvio que estos estados no podían desear que se fortaleciera Alemania, única defensora de Austria, a costa de Rusia, el mayor enemigo del estado habsurgués.

Pues, en este caso, también Francia se habría colocado del lado de los enemigos de Alemania, ya que estaba siempre al acecho de la posibilidad de

formar una coalición antialemana, a menos que nosotros nos hubiéramos decidido a liquidar la alianza con Austria a fines del pasado siglo, entregando el estado austríaco a su destino, con lo que se habrían salvado para el imperio las regiones alemanas.

Sucedió algo diferente. Alemania quiso la paz mundial. Por lo tanto, evitó una política territorial que, como tal, solo podría haberse disputado de manera agresiva y, en definitiva, se inclinó por una limitada política económica y comercial. Creímos poder conquistar el mundo con pacíficos medios económicos, y no nos apoyamos ni en una potencia ni en otra, sino que nos aferramos tanto más encarnizadamente al moribundo estado habsburgués cuando más resultaba de ello un aislamiento político general. Amplios círculos del interior de Alemania aplaudían esta conducta, en parte por incompetencia política, en parte por ideas patriótico-legitimistas mal entendidas y en parte también con la esperanza, viva aún, de que el odiado imperio Hohenzollern pudiera ser conducido algún día al colapso por tales procedimientos.

Cuando la Guerra Mundial hizo su estallido sangriento el 2 de agosto de 1914, la política de alianza de la preguerra había sufrido ya en verdad su completa derrota. Por ayudar a Austria, Alemania se había visto arrastrada a una guerra que iba a librarse tan solo en torno a su propia existencia. Sus enemigos eran los adversarios de su comercio mundial y de su grandeza en términos generales, así como los que estaban al acecho de la caída de Austria. Sus amigos, la imposible estructura estatal austrohúngara, por un lado, y la constantemente débil y achacosa Turquía, por el otro. Pero Italia dio el paso que forzosamente habría dado Alemania en el caso de que su destino hubiese tenido por guía el genio de un Bismarck y no superficiales filósofos y jactanciosos patriotas vitoreadores. El hecho de que, más adelante, Italia emprendiese, por fin, una ofensiva contra su antigua aliada, no hacía sino confirmar una vez más la profética intuición de Bismarck, cuando afirmó que entre Italia y Austria solo podían existir dos situaciones: la alianza o la guerra.

CAPÍTULO VIII

El 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio en el bosque de Compiègne. Para esto, el destino había elegido a un hombre que era uno de los mayores culpables del colapso de nuestro pueblo. Matthias Erzberger, diputado del centro y, según diversas afirmaciones, hijo bastardo de una sirvienta y de un patrono judío, fue el negociador alemán que dejó su nombre ligado a un documento que, comparado con los cuatro años y medio de heroísmo de nuestro pueblo, resulta incomprensible a menos que se le achaque la intención deliberada de llevar a cabo la destrucción de Alemania.

Matthias Erzberger había sido un anexionista burgués de poca monta, es decir, uno de aquellos hombres que, especialmente al comienzo de la guerra, habían tratado de justificar a su manera la carencia de un objetivo oficial de la contienda. Pues, aunque en agosto de 1914, todo el pueblo alemán comprendió instintivamente que aquella lucha implicaba su ser o no ser, una vez que se extinguieron las llamas de los primeros momentos de entusiasmo, el pueblo no vio con claridad ni la amenaza de no ser, ni la necesidad de seguir siendo.

La enormidad de la idea de una derrota con sus consecuencias se fue borrando lentamente mediante una propaganda que tenía rienda suelta en Alemania y que tergiversaba o negaba los fines reales de la Entente con una argumentación tan hábil como mendaz. En el segundo, y especialmente en el tercer año de la guerra, había logrado también, en cierta medida, apartar el miedo a la derrota del pueblo alemán, pues, gracias a esta propaganda, el pueblo dejó de creer en la voluntad aniquiladora del enemigo.

Esto era aún más terrible si se tiene en cuenta que no se permitía que se hiciera nada que pudiese informar al pueblo de lo que había que lograr como mínimo para su futura autoconservación y como recompensa para sus sacrificios sin precedentes. De aquí que la discusión sobre un posible objetivo de la guerra se desarrollase solamente en círculos más o menos

irresponsables y adquiriese la expresión del modo de pensar, así como de las ideas políticas generales, de los respectivos representantes de esos círculos. Mientras los astutos marxistas, que tenían un conocimiento exacto del efecto paralizador de la falta de un objetivo concreto de la guerra, se prohibían a sí mismos tener alguno en absoluto, y por eso hablaban solamente del restablecimiento de la paz sin anexiones ni reparaciones, algunos políticos burgueses trataron al menos de responder a la atrocidad del derramamiento de sangre y al sacrilegio del ataque con contrademandas definidas.

Todas estas propuestas burguesas eran puramente rectificaciones fronterizas y no tenían nada que ver en absoluto con ideas de política territorial. En el mejor de los casos, seguían pensando todavía en satisfacer las esperanzas de príncipes alemanes que estaban sin empleo por aquella época y aguardaban la formación de estados tapones. Así, incluso la fundación del estado polaco parecía una decisión prudente en términos político-nacionales al mundo burgués, salvo pocas excepciones. Había individuos que exponían en las candilejas opiniones económicas de acuerdo con las cuales debía formarse la frontera. Unos, por ejemplo, hablaban de la necesidad de quedarse con la cuenca minera de Longwy y Briey, mientras otros presentaban puntos de vista estratégicos: la necesidad de poseer las fortalezas belgas del río Mosa, etc.

Debió ser evidente que esto no era objetivo para un país empeñado en una guerra contra veintiséis estados, una guerra en la que aquel tenía que sufrir uno de los derramamientos de sangre más colosales de la historia, mientras que todo el pueblo estaba literalmente a merced de la inanición. La imposibilidad de justificar la necesidad de sostener la guerra contribuyó a producir su desgraciado final.

Y cuando el colapso se produjo en la patria, el conocimiento de los fines de la guerra existía todavía menos, ya que sus antiguos y débiles representantes se habían ido apartando mientras tanto de sus antiguas demandas. Y esto era totalmente comprensible. Porque sostener aquella guerra de extensión sin precedentes para que la frontera pasase por Lieja y no por Herbesthal, o para que en vez de un comisario o gobernador zarista pudiese instalarse como potentado algún principillo alemán en tal o cual provincia rusa, habría sido verdaderamente irresponsable y sacrílego.

La naturaleza de los objetivos de guerra alemanes explica que primero fueran objeto de toda clase de discusiones y más adelante totalmente denegados. Verdaderamente, por nimiedades semejantes, no debería permitirse que un pueblo permanezca ni una hora más en una guerra cuyos campos de batalla se habían convertido lentamente en un infierno.

El único objetivo de guerra que podría haber justificado aquel monstruoso derramamiento de sangre habría sido la conquista de algunos cientos de miles de kilómetros cuadrados, para entregarlos en propiedade a los combatientes de primera línea o ponerlos a disposición de una colonización general alemana. Con ello, la guerra habría perdido rápidamente el carácter de empresa imperial y se habría convertido en la causa del pueblo alemán. Porque, después de todo, los granaderos alemanes no habían derramado su sangre para que los polacos pudieran adquirir un Estado, ni para que un príncipe alemán pudiera sentarse en un trono cubierto de felpa.

Así, en 1918, estábamos al final de un despilfarro, completamente sin sentido y sin objeto, de la más preciosa sangre alemana.

Una vez más, nuestro pueblo había empeñado sin medida su heroísmo, su sacrificio valeroso, su desafío a la muerte y su alegría en la responsabilidad, y, sin embargo, se veía en el trance de dejar los campos de batalla debilitado y derrotado. Victorioso en mil batallas y escaramuzas, se vio, no obstante, al fin, derrotado por los mismos a los que había vencido. Esto quedaría como escrito en las paredes para la política exterior y la política interior alemana de la época de la preguerra y de los cuatro años y medio de sangrienta lucha.

Después del colapso surgió la inquieta pregunta de si nuestro pueblo alemán había aprendido algo de esta catástrofe, de si los que deliberadamente lo habían traicionado hasta entonces seguirían rigiendo su destino, de si los que tan lamentablemente habían fracasado iban a seguir dominando el futuro con sus frases vacías, o si, por fin, nuestro pueblo iba a ser educado en una nueva manera de pensar en política interior y en política exterior, y a cambiar su actuación consiguientemente.

Pues si un milagro no ocurre para nuestro pueblo, su camino será la ruina definitiva.

¿Cuál es la presente situación de Alemania, cuáles son las perspectivas de su futuro y qué clase de futuro será este?

El colapso que el pueblo alemán sufrió en 1918 estriba, como una vez más quiero dejar sentado aquí, no en el derrumbamiento de su organización militar, ni en la pérdida de sus armas, sino más bien en la decadencia interna que se reveló en aquel tiempo y que hoy se hace crecientemente visible. Esta decadencia interna se refiere tanto al empeoramiento de su valor racial como a la pérdida de todas esas virtudes que condicionan la grandeza de un pueblo, garantizan su existencia y promueven su futuro.

El valor de la sangre, la idea de la personalidad y el instinto de autoconservación amenazaban lentamente con perderse para el pueblo alemán. En su lugar triunfa el internacionalismo y destruye los valores de nuestro pueblo, la democracia se extiende ahogando la idea de la personalidad y, al final, un estiércol pacifista envenena la mentalidad, favoreciendo la insolente autoconservación. Vemos los efectos de este vicio de la humanidad aparecer en el conjunto de la vida de nuestro pueblo. No solo se pone de manifiesto en el campo de las cuestiones políticas, no, sino también en el de la economía y, no menos importante, en el de nuestra vida cultural, de forma tal que si no se produce un alto de una vez, nuestro pueblo quedará excluido del número de naciones que tienen un futuro prometedor.

La gran tarea de política interior del porvenir consiste en la eliminación de estos síntomas generales de decadencia de nuestro pueblo. Esta es la misión del movimiento socialista nacional. De este trabajo debe surgir un nuevo cuerpo del pueblo que supere incluso el peor mal del presente: la división de clases, de la que la burguesía y el marxismo son igualmente culpables.

El propósito de esta obra de reforma de política interna debe ser, finalmente, la recuperación de la fuerza de nuestro pueblo para la ejecución de su lucha por la vida y, por tanto, de la fuerza para representar sus intereses vitales en el extranjero.

A nuestra política exterior se le presenta también con ello una tarea que tiene que cumplir. Pues en la misma medida que la política interior debe suministrar el instrumento de fuerza constituido por el pueblo a la política

exterior, la política exterior debe, mediante los actos que realice y medidas que adopte, promover y apoyar la formación de tal instrumento.

Si la tarea de la política exterior del viejo estado burgués-nacional hubiese sido primariamente la unificación en Europa de los elementos pertenecientes a la nación alemana con objeto de desarrollar luego una elevada política territorial popular, la tarea de la política exterior del período de la posguerra debió ser, al principio, promover la forja del instrumento interno de poder.

Pues las aspiraciones de la política exterior del período de la preguerra tenían a su disposición un estado que quizá no era popular, pero que poseía una maravillosa organización militar. Incluso aunque la Alemania de aquel período hubiese dejado desde hacía tiempo de conceder importancia a lo militar —la importancia que le había concedido, por ejemplo, la vieja Prusia— y se viera rebasada, por tanto, por otros Estados, especialmente en la extensión de la organización del ejército, la calidad interna del viejo ejército habría sido incomparablemente superior al de otras instituciones similares. En aquel tiempo, este instrumento insuperable del arte de la guerra estaba a disposición de la jefatura de un estado que desplegase una intrépida política externa. Gracias a este instrumento, así como a la alta estima de que gozaba en general, la libertad de nuestro pueblo no era solo un resultado de nuestra fuerza probada con hechos, sino más bien del crédito general que poseíamos en virtud de este notable instrumento militar, así como, en parte, del resto que infundía el aparato estatal, ejemplarmente limpio.

El pueblo alemán no posee ya este instrumento importantísimo para la defensa de los intereses de una nación, o al menos, lo posee en extensión completamente insuficiente y muy alejado del cimiento que condicionaba su antigua fuerza.

El pueblo alemán ha recibido un ejército mercenario. En Alemania estos soldados mercenarios corren el peligro de descender al nivel de policías armados con armas técnicas especiales. La comparación del ejército mercenario alemán con el inglés resulta desfavorable para los alemanes. El ejército mercenario inglés fue siempre el portador de las ideas de defensa y agresión militar de Inglaterra, así como también de su tradición militar. En

sus tropas mercenarias y en el sistema de milicia que es peculiar en ella, Inglaterra poseía la organización militar que bastaba a su posición insular y que, en verdad, parecía adecuada para luchar hasta el fin por los intereses vitales de la nación. La idea de manifestar el poder de resistencia inglés en semejante forma no obedecía en modo alguno a la cobardía, al afán de ahorrar el derramamiento de sangre del pueblo inglés. Todo lo contrario. Inglaterra luchó con mercenarios mientras estos le bastaron para la defensa de los intereses de la nación. Llamó voluntarios cuando la lucha requirió una contribución mayor, e introdujo el servicio militar obligatorio cuando las necesidades del país así lo exigieron. Pues, sin importar el aspecto que tuviera la organización momentánea del poder inglés de resistencia, siempre estaba encaminado a una lucha sin miramientos por Inglaterra. La organización formal del ejército en Inglaterra fue siempre solamente un instrumento para la defensa de los intereses ingleses, defensa practicada con voluntad tal, que no vacilaba, si era necesario, en pedir la sangre de toda la nación. Dondequiera que los intereses de Inglaterra estuviesen decisivamente en juego, ella sabía cómo preservar una hegemonía que, considerada de una manera puramente técnica, llega tan lejos que solicita una relación de doble potencia [Nota: Two Power Standard, norma de la política naval inglesa por la que su flota debía ser más grande que la suma de la flota de las dos potencias marítimas más fuertes].

Si comparamos el cuidado infinitamente responsable que ello demuestra con la frivolidad con que Alemania, y la Alemania nacional burguesa además, descuidó la cuestión de sus armamentos en el período de la preguerra, todavía hoy hemos de sentirnos atenazados por una profunda tristeza. Lo mismo que Inglaterra sabía que su futuro, su existencia, dependía de la fuerza de su flota, así la Alemania burguesa nacional debió saber que la existencia y el futuro del Imperio alemán dependían de la fuerza de nuestro poder en tierra.

Alemania debería haber opuesto en Europa la norma de doble potencia en tierra a la norma inglesa de doble potencia en los martes. Y lo mismo que Inglaterra, con una resolución férrea, veía una razón para ir a la guerra en cualquier violación de esta norma, Alemania debió haber impedido cualquier intento de Francia y Rusia de superar a su ejército, recurriendo a

la acción militar, incluso aunque esta tuviera que precipitarse, para lo cual más de una oportunidad favorable se había presentado.

Incluso en esta cuestión, aquella burguesía interpretó una de las frases de Bismarck de la manera más insensata. La afirmación de Bismarck de que no tenía la intención de librar ninguna guerra preventiva fue gozosamente acogida por todos los políticos de poltrona, faltos de energía e irresponsables, como disculpa para las consecuencias desastrosas de la política de conformismo que ellos practicaban.

Olvidaron por completo que las tres guerras que Bismarck condujo fueron, por lo menos según los conceptos de aquellos filósofos pacifistas enemigos de la guerra preventiva, guerras que podían haberse evitado. Considerése, por ejemplo, la cantidad de insultos que Napoleón III tendría que haber acumulado en 1870 contra la república alemana de hoy para decidirla a solicitar de M. Benedetti que moderase algo su tono. Ni Napoleón ni todo el pueblo francés podrían incitar a la república alemana de hoy a un Sedán. ¿O es que se cree que si Bismarck no hubiese deseado una decisión, la guerra de 1866 no se podría haber evitado?

Ahora bien, se podrá objetar que estas guerras tenían objetivos bien definidos, y no guerras fundadas únicamente en el temor a un ataque enemigo. Pero, en realidad, esto es solo jugar con las palabras. Bismarck estaba convencido de que la lucha con Austria era inevitable. Por eso se preparó para ella y la llevó a cabo cuando convino a Prusia. La reforma del ejército francés por el mariscal Niel evidenció la intención de dar a la política francesa y al chauvinismo francés un arma poderosa para un ataque contra Alemania. Sin duda, le habría sido posible a Bismarck derivar el conflicto a cualquier forma de solución pacífica en 1870. Pero para él era más conveniente luchar a ultranza en una época en que la organización del ejército francés no había llegado aún a lograr toda su eficiencia.

Por otra parte, todas estas interpretaciones de frases bismarckianas adolecen de un defecto: confunden al Bismarck diplomático con un parlamentario republicano. El juicio que el mismo Bismarck tenía de tales frases se ve claramente en su réplica, antes del comienzo de la guerra prusiano-austríaca, a un interrogador deseoso de saber si Bismarck tenía realmente el propósito de atacar a Austria. Bismarck replicó, impasible:

—No, no tengo la menor intención de atacar a Austria, pero tampoco tendría la intención de decírselo a ellos en caso de que quisiera atacarla.

Además, la guerra más dura de Prusia fue una guerra preventiva. Cuando Federico el Grande recibió los últimos informes de las intenciones de sus viejos enemigos por medio de un pedante, no esperó, fundándose en la repulsa dogmática de una guerra preventiva, a que fueran los otros quienes atacaran, sino que inmediatamente se lanzó al ataque.

Para Alemania, cualquier violación de la norma de la doble potencia tendría que haber justificado una guerra preventiva. Porque ¿de qué habría sido más fácil responder ante la historia: de una guerra preventiva en 1904, en la que Francia podría haber sufrido una derrota cuando Rusia parecía estar enzarzada en el Asia oriental, o de la Guerra Mundial, que surgió de tal descuido, exigió muchísima más sangre y sumió a nuestro pueblo en le abismo de la derrota?

Inglaterra nunca tuvo tales escrúpulos. Su norma de la doble potencia en los mares pareció ser el requisito previo para la conservación de la independencia inglesa. Mientras tuvo fuerza para imponer esta norma, no permitió que se introdujera cambio alguno en la situación. Cuando renunció a la norma de la doble potencia, después de la Guerra Mundial, lo hizo solo bajo la presión de las circunstancias, que eran más fuertes que ninguna otra intención británica en contrario. Con la Unión Americana, ha surgido una nueva potencia, de tales dimensiones, que amenaza trastornar toda la potencialidad antigua y las categorías de los estados.

Comoquiera que sea, hasta ahora la flota inglesa ha sido siempre la prueba más sorprendente —sin tener en cuenta la forma que tuviera la organización del ejército de tierra— y clara de la voluntad de autoconservación de Inglaterra. Esta era la razón de que el ejército mercenario inglés nunca adquiriese las malas características de otras tropas mercenarias. Era un cuerpo militar combatiente de maravillosa instrucción individual, con excelentes armas y que consideraba el servicio como un deporte.

Así, lo que dotaba a este pequeño cuerpo de soldados de una importancia especial era el contacto directo con las manifestaciones visibles de vida del imperio mundial británico. Como este ejército mercenario había

combatido por la grandeza de Inglaterra en casi todas las partes del mundo, había llegado a conocer en igual medida la grandeza de la nación inglesa. Los hombres que, ora en África del Sur, ora en Egipto y a veces en la India, representaban los intereses de Inglaterra como poseedores del prestigio militar de esta nación, recibían una indeleble impresión de la inmensa grandeza del imperio británico.

Las tropas mercenarias alemanas de hoy carecen por completo de una oportunidad semejante. En realidad, cuanto más nos sentimos inducidos a hacer concesiones a este espíritu mercenario en las reducidas filas de su ejército, bajo la presión de mayorías parlamentarias pacifistas, que en realidad representan a traidores a su pueblo y a su país, más va dejando de ser un instrumento de guerra: se convierte en un cuerpo de policía para el mantenimiento de la paz y el orden, lo que quiere decir, en realidad, para el mantenimiento de la subyugación pacífica.

No se puede instruir un ejército para que tenga un alto valor interno si la preparación para la guerra no es el objetivo de su existencia. No hay ejércitos para el mantenimiento de la paz; todos son para acciones de guerra llevadas hasta un fin victorioso. En una palabra, cuanto más se pretenda desgonzar a la *Reichswehr* de las tradiciones del viejo ejército, tanto más se convertirá en una cosa sin tradición. Pues, para las tropas, el valor de la tradición no consiste en sofocar con éxito unas cuantas revueltas huelguísticas, o en impedir el saqueo de tiendas de comestibles, sino en la gloria conquistada con batallas victoriosas.

Pero la *Reichswehr* alemana se aparta de la tradición de esta gloria en la medida en que, de año en año, deja de ser una representante de la idea nacional. Cuanto más ahoga el espíritu conscientemente nacional y, por lo tanto, nacionalista, en sus propias filas, y destituye a sus representantes, con objeto de dar sus puestos a demócratas y a personas ordinarias y ambiciosas, tanto más se distancia del pueblo.

Que los astutos señores no se imaginen que pueden establecer contacto con el pueblo mediante concesiones a su parte pacifista-democrática. Cualquier organización militar es profundamente odiada por esa parte del pueblo alemán, en tanto que sea una organización realmente militar y no

una agencia de protección encargada de defender intereses de la Bolsa internacional pacifista.

La única parte con que un ejército puede tener una relación interna en un sentido militarmente valioso es ese núcleo nacionalmente consciente de nuestro pueblo que no solo piensa de una manera militar por tradición, sino que, por amor nacional, es también la única parte dispuesta a llevar el uniforme gris en defensa del honor y de la libertad. Pero es necesario que un cuerpo militar mantenga relaciones íntimas con aquellos que, en la hora de la necesidad, podrán incrementarlo, y no con aquellos que lo traicionan en toda ocasión. De aquí que los actuales dirigentes de nuestra llamada *Reichswehr* puedan actuar tan demócraticamente como les plazca; no por ello alcanzarán nunca una vinculación más estrecha con el pueblo alemán. Porque el pueblo alemán propicio a tal vinculación no está en el campo democrático. Como el antiguo jefe de la Reichswehr alemana, el general von Seeckt, no solo no opuso la menor resistencia a la expulsión de oficiales veteranos, de claros pensamientos nacionalistas, sino que más bien abogó por tal expulsión, otros, por fin, crearon con mucho gusto el instrumento que lo hizo caer.

Pero desde el retiro del general von Seeckt [Nota: el 8 de octubre de 1926], la influencia democrático-pacifista ha trabajado incansablemente con objeto de hacer de la *Reichswehr* lo que los actuales dirigentes del estado acarician en sus mentes como el más bello ideal: una guardia parlamentaria republicano-democrática.

Es evidente que la política exterior no puede conducirse con semejante instrumento.

De aquí que actualmente la primera tarea de la política interna alemana deba ser darle al pueblo alemán una organización militar adecuada a su fuerza nacional. Puesto que las formaciones de la actual *Reichswehr* no bastan en modo alguno para esta misión y se mueven a impulsos de la política exterior, es tarea de la política exterior alemana aprovechar todas las posibilidades que permitan la reorganización de un ejército nacional alemán. Porque este debe ser objetivo inamovible de todo liderazgo político en Alemania, de forma que un día el ejército mercenario pueda sustituirse de nuevo por un verdadero ejército popular alemán.

Pues si las cualidades puramente técnico-militares de la *Reichswehr* son superiores en la actualidad, sus cualidades generales habrán de perder en su desarrollo futuro. Lo primero hay que agradecérselo, sin duda, al general von Seeckt y a toda la oficialidad de la *Reichswehr*. En este aspecto, la *Reichswehr* alemana podría ser realmente el marco militar para el futuro ejército popular alemán. Lo mismo que, en general, la tarea de la *Reichswehr* debería ser, mediante la labor explicativa de los fines de la lucha nacional, instruir al conjunto de oficiales y sargentos para el posterior ejército popular.

Ningún alemán que verdaderamente tenga pensamientos nacionales puede discutir que este objetivo se debe tener siempre a la vista. Todavía es más irrefutable que su ejecución solo es posible si los dirigentes de la política exterior de la nación aseguran los requisitos previos necesarios.

Por lo tanto, la primera tarea de la política exterior alemana es primordialmente la creación de condiciones que hagan posible la resurrección del ejército alemán. Pues solamente entonces podrán encontrar las necesidades vitales de nuestro pueblo su representación práctica.

Fundamentalmente, sin embargo, debe observarse, además, que las acciones políticas que hayan de garantizar la resurrección del ejército alemán deben descansar en el marco de un desarrollo futuro necesario para Alemania.

De aquí, que no haya necesidad de recalcar que un cambio de la presente organización del ejército, por no hablar de la actual situación política interna, así como también por razones de política exterior, no puede materializarse mientras intereses puramente alemanes y opiniones alemanas sean los únicos que aboguen por tal cambio.

En la naturaleza de la Guerra Mundial y en la intención de los principales enemigos de Alemania estaba llevar a cabo la liquidación de esta, la mayor acción bélica de la Tierra, de tal modo que el mayor número de estados posible se viese interesado en la perpetuación del arreglo. Esto se logró por un sistema de distribución de territorios en el que muchos estados, incluso con deseos y miras muy divergentes, fueron mantenidos juntos en un sólido antagonismo contra Alemania por temor a sufrir pérdidas en manos de una Alemania que consiguiera ser un país fuerte una vez más.

Pues si, diez años después de la Guerra Mundial, es todavía posible, contra toda experiencia de la historia del mundo, mantener una especie de coalición de los estados triunfantes, el motivo estriba solamente en el hecho, verdaderamente glorioso para Alemania, del recuerdo de aquella lucha en la que nuestra patria mantuvo a raya a veintiséis estados coligados.

Esto durará mientras el miedo a sufrir pérdidas frente a un resucitado y poderoso Imperio alemán supere a las dificultades entre esos estados. Y es, además, obvio que durará mientras no exista en ninguna parte la voluntad de permitir al pueblo alemán un rearme que pueda considerarse como amenaza por los "estados victoriosos". Si tenemos en cuenta: primero, que una auténtica defensa de los intereses vitales alemanes en el futuro no puede lograrse mediante una inadecuada *Reichswehr* alemana, sino solo mediante un ejército popular alemán; segundo, que la formación de un ejército popular alemán es imposible mientras no se afloje la actual política exterior mundial de estrangulamiento de Alemania, y tercero, que un cambio en los obstáculos que pone esa política exterior a la organización de un ejército nacional parece posible tan solo si una nueva organización no se considera como una amenaza; si se tiene en cuenta todo esto, el siguiente hecho se evidencia respecto a una posible política exterior alemana en la época presente:

En ninguna circunstancia debe ver la Alemania de hoy su política exterior en términos de una política formal de fronteras. En cuanto exponga el principio de la restauración de las fronteras del año 1914 como la meta de su política exterior, Alemania se verá cercada por una cerrada falange de sus antiguos enemigos. Por otra parte, está excluida de toda posibilidad de crear otro ejército que sirva mejor nuestros intereses y que no sea aquel cuya forma definida quedó determinada en el tratado de paz. De aquí que el lema, en política exterior, de la restauración de las fronteras se haya convertido en una mera frase, ya que la falta de la fuerza necesaria para ello impedirá siempre su realización.

Es característico que sea precisamente la llamada burguesía alemana, encabezada una vez más por las ligas patrióticas, la que se haya aferrado a este objetivo de política exterior tan extremadamente estúpido. Saben que Alemania es impotente; saben que, además de nuestra decadencia interna, se necesitarían medios militares para la restauración de nuestras fronteras;

saben que no poseemos esos medios, como consecuencia del tratado de paz, y saben, en fin, que no podemos adquirirlos, a causa del sólido frente que forman nuestros enemigos. Sin embargo, proclaman una consigna de política exterior que precisamente por su carácter esencial aleja para siempre la posibilidad de lograr los medios que serían necesarios para llevar la consigna a la práctica.

Esto es lo que se llama arte de gobierno burgués. En los frutos que tenemos a la vista se exhibe el inconfundible espíritu que lo domina.

La Prusia de otros tiempos necesitó solo siete años, de 1806 a 1813, para su resurrección. En un plazo igual el arte de gobierno burgués, en unión con el marxismo, ha llevado a Alemania a Locarno. Esto es un gran éxito a los ojos del actual Bismarck burgués, el señor Stresemann, porque muestra lo que a este político le ha sido posible conseguir. Y la política es el arte de lo posible. Si Bismarck hubiese imaginado alguna vez que el destino lo condenaría a apoyar con esa frase las cualidades de estadista del señor Stresemann, seguramente habría omitido la expresión, o en una breve nota habría negado al señor Stresemann el derecho a referirse a ella.

Así, la consigna de la restauración de las fronteras alemanas, como objetivo para el futuro, es doblemente estúpida y peligrosa, porque, en realidad, no contiene ninguna aspiración útil por la que valga la pena luchar.

Las fronteras alemanas del año 1914 presentaban algo incompleto, exactamente igual que las fronteras de todos los pueblos fueron incompletas en todos los tiempos. La distribución territorial del mundo en un momento dado es el resultado momentáneo de una lucha y un desarrollo que de ninguna manera han llegado a su fin, sino que claramente continúan avanzando. Es estúpido tomar la frontera de cualquier año en la historia de una nación y fijarla, sin más ni más, como una aspiración política. Podemos escoger para este fin la frontera del año 1648 o la de 1312, etc., lo mismo que la de 1914. Y más si tenemos en cuenta que la frontera del año 1914 no era satisfactoria en un sentido nacional, militar ni geopolítico. Era solo una situación momentánea en la lucha de nuestro pueblo por la vida. Aunque la Guerra Mundial no se hubiese producido, esa lucha no habría terminado en 1914.

Si el pueblo alemán hubiese conseguido el restablecimiento de las fronteras del año 1914, no por eso habrían sido menos vanos los sacrificios de la Guerra Mundial. Pero, por otra parte, no habría la menor ganancia para el futuro de nuestro pueblo en semejante restauración. Esta política fronteriza puramente formal de nuestra burguesía nacional es tan insatisfactoria en su posible resultado definitivo, como inadmisible por lo peligrosa. En realidad, ni siquiera necesita ampararse en la cita del arte de lo posible, porque es, sobre todo, una frase teórica que parece apropiada para destruir toda posibilidad práctica.

En verdad, semejante aspiración en la política exterior tampoco puede resistir un auténtico examen crítico. De aquí que se hagan intentos para fundamentarla menos en razones lógicas que en razones de "honor nacional".

El honor nacional exige que restauremos las fronteras del año 1914. Este es el tenor de las discusiones en las veladas cerveceras que los representantes del honor nacional celebran por todas partes.

Ante todo, el honor nacional nada tiene que ver con la obligación de conducir una política exterior estúpida e irrealizable. Pues el resultado de una mala política exterior puede ser la pérdida de la libertad de un pueblo, cuya consecuencia es la esclavitud, lo que ciertamente no puede considerarse como un elemento del honor nacional. Desde luego, bajo la opresión puede conservarse cierto grado de dignidad nacional y de honor, pero eso no se manifiesta vociferando ni haciendo frases de exaltación nacional, sino que, por el contrario, la expresión se encuentra en el decoro con que un pueblo soporta su destino.

Que no se hable en la actual Alemania de honor nacional, que nadie trate de ganar prestigio defendiendo el honor nacional con ladridos retóricos. No; esto no puede hacerse por la sencilla razón de que ese honor no existe. Y no ha dejado de existir, en modo alguno, porque perdiéramos la guerra, o porque los franceses ocuparan Alsacia-Lorena, o los polacos robaran la Alta Silesia, o los italianos tomasen el Tirol del sur.

No, el honor nacional no existe ya porque el pueblo alemán, en la hora más difícil de su lucha por la vida, expuso una absoluta falta de carácter, un servilismo desvergonzado y una adulación tan canina y rastrera, que solo

puede calificarse de impúdica. No existe tal honor porque nosotros mismos nos sometimos miserablemente sin estar obligados a ello; porque los dirigentes de este pueblo, obrando contra la eterna verdad histórica y nuestro propio conocimiento, asumieron la culpa de la guerra y gravaron a nuestro pueblo con esa carga; porque no hubo ninguna opresión del enemigo que no encontrase entre nuestro pueblo miles de criaturas como ayudantes voluntarios; porque no faltaron los que desvergonzadamente envilecieron la época de las grandes hazañas de nuestro pueblo, escupieron a la bandera más gloriosa de todos los tiempos, la cubrieron de suciedad, arrancaron las escarapelas de los soldados que volvían a casa y ante los que había temblado el mundo, arrojaron a la bandera puñados de excremento, arrancaron cintas y bandas de honor y degradaron de mil maneras incluso el recuerdo del período más grandioso de Alemania.

Ningún enemigo ha envilecido tanto al ejército alemán como los representantes del crimen de noviembre. Ningún enemigo ha discutido y calumniado tanto la grandeza de los comandantes del ejército alemán como los canallescos representantes de la nueva idea de gobierno. Y ¿qué fue más deshonroso para nuestro pueblo: la ocupación de regiones alemanas por el enemigo o la cobardía con que nuestra burguesía entregó al Imperio alemán a una organización de proxenetas, rateros, desertores, traficantes del mercado negro y periodistas de alquiler? Que no hablen estos señores del honor alemán mientras están encorvados bajo el gobierno del deshonor. No tienen ningún derecho a querer conducir la política exterior en nombre del honor nacional cuando la política interior está caracterizada por la más antinacionalista desvergüenza que haya afligido nunca a un gran pueblo.

Quienquiera que desee actuar hoy en nombre del honor alemán debe declarar antes una guerra sin cuartel contra los infernales mancilladores del honor alemán, que no son los enemigos de antaño, sino los representantes del crimen de noviembre, esa colección de marxistas, pacifistas democráticos, traidores a su patria y destructores del país, que empujaron a nuestro pueblo a su actual estado de impotencia.

Despotricar contra los antiguos enemigos en nombre del honor nacional y reconocer a los desvergonzados aliados de tales enemigos como los gobernantes del país, es algo que cuadra con la dignidad de la llamada burguesía nacional de estos tiempos.

Confieso francamente que podría reconciliarme con cualquiera de los antiguos enemigos, pero que mi odio a los que traicionaron a nuestro propio pueblo dentro de nuestras filas es y sigue siendo irreconciliable.

Lo que el enemigo nos hizo es doloroso y profundamente humillante para nosotros, pero la injusticia cometida por los hombres del crimen de noviembre es la acción más baja, el crimen más deshonroso de todos los tiempos. Al esforzarme en producir una situación en la que semejantes criaturas sean algún día llamadas a rendir cuentas contribuyo a reparar el honor alemán.

Pero tengo que rechazar la idea de que cualquier móvil que no sea el de la responsabilidad de asegurar la libertad y el futuro de nuestro pueblo pueda ser una norma para el establecimiento de la política exterior.

Toda la insensatez de la política fronteriza de los burgueses patriótico-nacionales se muestra con el examen de la siguiente consideración:

Si la confesión de considerar el alemán como lengua madre se toma como base, la nación alemana comprende ...

[De esta cifra, ... millones están en la madre patria]. [Nota 1: Como en muchas otras partes del documento, la cifra debía añadirse más tarde. En 1928, era algo más de 63 millones. Nota 2: Estas son las últimas palabras de la página 124 del original: más de la mitad de la hoja está en blanco. Probablemente, Hitler continuó el dictado tras una breve interrupción y luego sustituyó las palabras entre corchetes en esta hoja por las primeras de la página 125 del original].

CAPÍTULO IX

Por consiguiente, de todos los alemanes que hay en el mundo, solo ... millones están dentro del actual territorio del Imperio, que representan el … por ciento del total de nuestro pueblo. De los alemanes no unidos con la madre patria, como consecuencia de las circunstancias, hay que considerar a los siguientes como camaradas nacionales condenados a una gradual pérdida, [Nota: En este punto se dejaron diez líneas en blanco en el original]

o sea, que aproximadamente un número total de … millones de alemanes se encuentran en una situación que, según todas las probabilidades humanas, causará un día su desgermanización. Pero en ningún caso podrán tomar parte en lo sucesivo en la lucha por el destino de la madre patria de un modo decisivo, y tampoco podrán participar en el desarrollo cultural de su pueblo. Nada de lo que el elemento alemán realice individualmente en Norteamérica redundará en beneficio del pueblo alemán, sino que se incluirá en la edificación cultural de la Unión Americana. De aquí que, bien mirado, los alemanes sean solamente los fertilizadores culturales de otros pueblos. En términos generales, no pocas veces ha de adscribirse la grandeza de estas naciones al alto porcentaje de contribuciones y logros alemanes. Puesto que tenemos a la vista el volumen de esta pérdida constante de gente, nos es fácil advertir la escasa importancia de la política de fronteras promovida por el mundo burgués.

Incluso en el caso de que la política exterior alemana restaurase las fronteras del año 1914, el porcentaje de alemanes que vivirían dentro del territorio del imperio, esto es, pertenecientes a nuestra nación, subiría a solo del … al … por ciento. Así, la posibilidad de aumentar este porcentaje considerablemente apenas merece tratarse.

No obstante, si el elemento alemán en el extranjero quiere permanecer fiel a la nación, esto al principio puede ser solamente una cuestión de lealtad cultural y de lenguaje, pero cuanto más se eleva a un sentimiento

conscientemente manifestado de pertenencia, más honra a la madre patria, eleva el honor de la nación alemana y realza el nombre alemán por la dignidad de sus representantes.

Así, cuanto más transmita Alemania como imperio un signo de la grandeza del pueblo alemán al mundo, más el elemento alemán, en definitiva perdido para el estado, recibirá —al menos— un estímulo para enorgullecerse de pertenecer espiritualmente a este pueblo. Por el contrario, cuanto más pobremente atienda la madre patria a sus propios intereses y, por consiguiente, transmita una mala impresión al extranjero, más débilmente se sentirá el orgullo de pertenecer a semejante pueblo.

Como el pueblo alemán no está formado por judíos, el elemento alemán, especialmente en los países anglosajones, a pesar de todo y desgraciadamente, se irá anglicizando cada vez más, y es de presumir que terminará por perderse para nuestro pueblo, tanto espiritual como ideológicamente, de la misma manera que ya se ha perdido su rendimiento laboral práctico para nuestro pueblo.

En lo concerniente al destino de aquellos alemanes que fueron arrancados de la nación alemana por los acontecimientos de la Guerra Mundial y el tratado de paz, no hay duda de que su suerte y su futuro dependen de la recuperación del poder político de la madre patria.

Los territorios perdidos no se recuperan mediante acciones de protesta, sino por una espada victoriosa. Por eso, quienquiera que hoy día desee la liberación de cualquier territorio en nombre del honor nacional, debe estar dispuesto a empeñarse, con hierro y sangre, en la liberación; de lo contrario, mejor será que tales charlatanes tengan la boca cerrada. En este caso, desde luego, se impone el deber de considerar también cuidadosamente si poseemos la fuerza necesaria para desarrollar semejante lucha; en segundo, si la sangre que se arriesgue puede conducir al éxito apetecido, y, en tercero, si el triunfo que se consiga compensará la sangre que se haya de derramar.

Protesto solemnemente contra la pretensión de que existe un deber de honor nacional que puede obligarnos a llevar a dos millones de hombres a morir en el campo de batalla con objeto de que, con el resultado más favorable, podamos añadir un total de un cuarto de millón de hombres, mujeres y niños a nuestros censos [Nota: Hitler se refiere aquí al Tirol del

Sur]. No es el honor nacional lo que se pone de manifiesto aquí, sino más bien una falta de principios o una locura. Y no es ningún honor nacional para un pueblo estar gobernado por locos.

Ciertamente, un gran pueblo debería proteger incluso a su último ciudadano con la acción colectiva. Pero es un error imputar este deber al sentimiento y al honor, más que, principalmente, a una penetración sagaz y a la experiencia humana. Cuando una nación tolera una injusticia que se perpetra contra alguno de sus ciudadanos, esa tolerancia, lenta pero crecientemente, va debilitando su propia posición, puesto que solo sirve para el fortalecimiento interno de un enemigo de ideas agresivas, lo mismo que va corroyendo la confianza en la fuerza del propio estado.

Todos sabemos sobradamente cuáles son las consecuencias históricas de una constante indulgencia en las cosas pequeñas; con mucho más motivo se sabe que hay que contar con las consecuencias forzosas en las cosas grandes. De aquí que la jefatura de un estado solícito prefiera con mucho atender a los intereses de sus ciudadanos en las cosas pequeñas, ya que, con ello, el riesgo de su propia gestión se reduce tanto como aumenta el riesgo del adversario.

Si hoy día se comete en cualquier estado una injusticia contra un ciudadano inglés, e Inglaterra decide defender a su ciudadano, el peligro de verse envuelta en una guerra a causa de este único inglés, no es mayor para Inglaterra que para el estado que perpetra la injusticia. De aquí que la acción firme de un gobierno respetado como tal, en defensa de una sola persona, no sea en modo alguno un riesgo insoportable, puesto que el otro estado también tendrá muy poco interés en iniciar una guerra solo por una insignificante injustica que pueda habérsele infligido a una única persona. Sobre la base de este conocimiento y la aplicación milenaria de este principio que induce a un estado poderoso a tomar bajo su protección a cualquier ciudadano y defenderlo con todas sus fuerzas, se ha establecido una concepción general del honor.

Por otra parte, a causa de la naturaleza de la hegemonía europea, en el curso del tiempo se ha adquirido cierta práctica para demostrar esta concepción del honor con ejemplos más o menos burdos, ya para elevar el prestigio de estados europeos, ya para dar a la cuestión cierta estabilidad.

Tan pronto como se alegaba, o se fingía, una injusticia cometida contra un francés o un inglés en ciertos países, débiles y menos poderosos militarmente que el ofendido, se emprendía la defensa de ese súbdito con la fuerza armada. Para ello, un par de barcos de guerra realizaban una demostración militar que, en el peor de los casos, eran prácticas de tiro con proyectiles reales, o se desembarcaban fuerzas expedicionarias de un género o de otro para dar una lección a la potencia que merecía el castigo. No pocas veces todo esto era producto del deseo de tener una excusa para la intervención.

Probablemente, nunca se les ocurriría a los ingleses ni siquiera cruzar una nota con Norteamérica a causa de un incidente trivial por el que tomarían, en cambio, sangrienta venganza contra Liberia.

Así, cuanto más se emprende en un estado fuerte la defensa de un ciudadano por motivos de puro trámite y apelando a todos los medios menos puede el Imperio alemán, completamente indefenso e impotente, esperar poder dar un paso en política exterior basándose en motivos del llamado honor nacional, paso que forzosamente tendría que conducir, después de todo, a la destrucción de sus últimas perspectivas para el futuro. Pues si el pueblo alemán justifica su presente política de fronteras, patrocinada por los llamados círculos nacionales, con la necesidad de defender el honor alemán, el resultado no será la redención del honor alemán, sino la perpetuación del deshonor alemán. Dicho de otro modo, no es ninguna deshonra haber perdido territorios, pero sí que lo es realizar una política que, necesariamente, tiene que conducir a la completa esclavización del propio pueblo. Y obran así, solo con objeto de poder entregarse a charlas jactanciosas para eludir la acción.

Porque en todo esto no hay sino hueca palabrería. Si realmente se desea establecer una política que tenga como meta el honor nacional, se debe, por lo menos, confiar esta política a personas dignas de estimación según todas las nociones comunes sobre el honor. Pero mientras la política interna alemana y la política exterior estén conducidas por fuerzas que, con cínicas sonrisas, proclaman en el Parlamento que para ellas no existe ninguna patria llamada Alemania, la primera tarea de estos héroes nacionales burgueses, traficantes de frases patrióticas, debería ser, sencillamente, asegurar el más simple reconocimiento de la idea de honor nacional en Alemania, mediante

su política interior. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué, por el contrario, se alían con traidores declarados del país, a expensas del llamado honor nacional? Porque de otra manera sería necesaria una lucha difícil cuyo resultado ven con poca confianza y que, en verdad, podría llevar a la destrucción de la propia existencia de estos burgueses. Ni que decir tiene que su vida es para ellos más sagrada que la defensa del honor nacional dentro del país. Sin embargo, arriesgan alegremente la existencia futura de la nación por un par de frases.

La política nacional de fronteras resulta más que insensta si miramos más allá de las aflicciones y tareas del presente y vemos la necesidad de ir formando una vida para nuestro pueblo en el futuro.

De aquí que la política de fronteras de los círculos de nuestra patria burgués-patriótica, que exige los mayores sacrificios de sangre y contiene, sin embargo, las más pequeñas perspectivas para el futuro de nuestro pueblo, sea especialmente insensata.

La nación alemana está hoy en una posición peor que en los años de la paz [Nota: Hitler se refiere a los años anteriores a 1914] para nutrirse a sí misma con el producto de su propio territorio. Ninguno de los intentos —intensificación del rendimiento de la tierra, cultivos de los últimos terrenos abandonados— encaminados a obtener un aumento en la producción alemana de comestibles ha permitido a nuestro pueblo alimentarse de su propio suelo. En verdad, la masa popular que vive ahora en Alemania no puede ya nutrirse con el rendimiento de nuestra tierra.

Por otra parte, los posteriores incrementos de esta producción no se aplicarían al crecimiento de nuestra población, sino que se emplearían íntegramente en satisfacer el aumento de las necesidades generales de vida de los individuos. Se ha creado aquí un modelo de nivel de vida que primordialmente está determinado por un conocimiento de las condiciones de vida reinantes en la Unión Americana.

Lo mismo que las necesidades vitales de los pueblos suben como resultado del lento despertar de la conciencia y de la influencia de la vida en las grandes ciudades, las necesidades vitales de naciones enteras aumentan bajo la influencia de la vida de naciones más ricas y mejor situadas. No pocas veces el nivel de vida de un pueblo que treinta años atrás habría

parecido máximo, se considera inadecuado simplemente por la razón de que en el curso de esos treinta años se ha tenido conocimiento del nivel de vida de otro pueblo. Del mismo modo la generalidad de los hombres, incluso los de las esferas más bajas, mira como naturales comodidades que hace ochenta años habrían parecido lujos inauditos incluso para las clases superiores.

Cuanto más se acorta el espacio por obra de la tecnología moderna y especialmente de los medios de comunicación, las naciones se unen más estrechamente, sus mutuas relaciones se hacen más intensas y las condiciones de vida de cada una de ellas van dejando sus huellas en las demás, de modo que tratan de nivelarse unas con otras. Es una opinión errónea la de que a un pueblo de determinada capacidad cultural, y, además, de verdadera importancia cultural, se le puede mantener mucho tiempo sujeto a un nivel de vida, aunque sea válido en general, mediante una apelación a hechos perceptibles o incluso a ideales.

Especialmente las grandes masas no muestran ninguna comprensión acerca de este punto. Perciben la carencia y gruñen contra los que, en su opinión, son responsables de ella —lo que es peligroso, al menos en los estados democráticos, puesto que así se alimenta el depósito para todos los intentos de subversión revolucionaria—, o bien tratan de llevar a cabo una rectificación como la conciben y brota de su discernimiento y con arreglo a las medidas tomadas por las propias masas. Entonces empieza la lucha contra el niño. Estas personas quieren vivir como los demás, y no pueden. Es natural que se responsabilice de la escasez el tener familias numerosas, para finalmente no solo dejar de sentir el gozo por tener niños, sino que se intenta limitarlos como un mal molesto.

Por eso es erróneo creer que el pueblo alemán podrá conseguir un aumento en su población mediante un aumento en su producción agrícola interna. En el más favorable de los casos, el resultado final de tal aumento es solo la satisfacción de las incrementadas exigencias de vida. Pero como el incremento de estas exigencias de vida depende del nivel de vida de otras naciones que se hallan en una relación mucho más favorable de la población con la tierra, estas otras naciones estarán también en el futuro mucho más adelantadas en su equipamiento vital. Consiguientemente, este estímulo no cesará nunca y, o bien un día surgirá una brecha entre el nivel

de vida de aquellos pueblos y el de los pobremente dotados de tierra, o los últimos se verán obligados, o creerán verse obligados a reducir su número aún más.

Las perspectivas del pueblo alemán son desoladoras. Ni el presente espacio vital ni el que se podría conseguir con la restauración de las fronteras de 1914 nos permitiría llevar una vida análoga a la del pueblo estadounidense. Para lograr esto, o bien el territorio de nuestro pueblo habrá de ensancharse considerablemente, o bien la economía alemana tendrá que lanzarse de nuevo por caminos que conoce desde el período de preguerra. El poder es necesario en ambos casos, ante todo para restaurar la fuerza interna de nuestro pueblo, y luego para montar militarmenta esta fuerza.

La Alemania nacional de nuestros días, que ve el coronamiento de su tarea nacional en su limitada política de fronteras, no puede engañarse a sí misma opinando que el problema de la alimentación de la nación se resolverá, ni remotamente, de ese modo. Pues incluso el más rotundo éxito de esta política de restauración de las fronteras de 1914 solo traería consigo una renovación de la situación económica de aquel año. En otras palabras, la cuestión de la alimentación que entonces, como ahora, estaba completamente sin resolver, nos empujará imperiosamente por los caminos de la economía mundial, es decir, de la exportación mundial.

A decir verdad, la burguesía alemana, y las llamadas ligas nacionales con ella, piensan solamente en términos económico-políticos. Producción, exportación e importación son las palabras mágicas con que hacen juegos de manos y de las que esperan la salvación del país en el futuro. Se espera elevar la capacidad de exportación mediante un incremento en la producción, y así poder surtirse debidamente de los artículos que hay que importar. Pero se olvida por completo que para Alemania este problema, como ya se ha dicho y repetido, no es en absoluto un problema de aumento de producción, sino más bien una cuestión de posibilidades de venta; y que las dificultades de exportación no se subsanarían en modo alguno mediante una reducción de los costes de la producción alemana como nuestros genios burgueses suponen.

Porque, además de que esto solo es posible parcialmente a consecuencia de nuestro limitado mercado interior, si para que las mercancías de

exportación alemanas puedan competir con otras se rebajan los costes de producción —por ejemplo, mediante el desmantelamiento de nuestra legislación social e impuestos y cargas que llegan aparejados— eso solo conseguiría llevarnos al punto en que llegamos el 4 de agosto de 1914. Es muy propio de la increíble ingenuidad del grupo burgués-nacional creer que Inglaterra podría tolerar una competencia alemana que fuera peligrosa para ella. Sin embargo, estas personas saben muy bien, y no cesan de repetirlo, que Alemania no quería la guerra en 1914, que se vio arrastrada a ella y que Inglaterra, por pura envidia, reunió a los antiguos enemigos de nuestro país y los lanzó contra nosotros.

Hoy, sin embargo, estos incorregibles soñadores económicos se imaginan que Inglaterra, después de haber arriesgado toda la existencia de su imperio mundial en una monstruosa guerra de cuatro años y medio, en la que, además, salió victoriosa, va ahora a adoptar ante la competencia alemana una actitud diferente a la que adoptó entonces. ¡Como si para Inglaterra fuera todo esto una competición deportiva! No. Antes de la guerra, Inglaterra había tratado durante decenios de romper la amenazadora competencia económica alemana, el creciente comercio marítimo alemán, etc., con contramedidas económicas. Solo cuando no pudo menos de comprender que tales contramedidas no tendrían éxito, y cuando, por el contrario, Alemania, al construir su marina de guerra, evidenció que estaba decidida a desarrollar su guerra económica hasta lograr la conquista pacífica del mundo, recurrió Inglaterra a la violencia. Y ahora, después de la victoria inglesa, los pacifistas creen que pueden repetir el juego, a pesar de que, para colmo de desdichas, Alemania no está hoy en absoluto en situación de arrojar ningún factor de poderío en la balanza, precisamente debido a su equivocada política interior y exterior.

El intento de restaurar el sostenimiento de nuestro pueblo y poder mantenerlo con el incremento de nuestra producción y la reducción del coste de los artículos, fracasará en definitiva, ya que no podemos afrontar la consecuencia final de esta lucha porque carecemos de potencia militar. Así, el final sería un colapso de la alimentación del pueblo alemán y de todas las esperanzas aparejadas a este.

Y eso dejando enteramente a un lado el hecho de que la Unión Americana está emergiendo en todos los campos como el más duro

competidor de las naciones europeas, y, como todos los países exportadores, lucha por la conquista de los mercados mundiales. La extensión y la riqueza de su mercado doméstico le permite alcanzar cifras de producción y por tanto instalaciones de producción que reducen el coste de manufactura hasta el extremo de que, a pesar de los crecidos salarios, no parece posible vender a precios más bajos que ella.

En este aspecto, el desarrollo de la industria automovilística puede considerarse un ejemplo aleccionador, no solo porque nosotros los alemanes, por ejemplo, a pesar de nuestros salarios irrisorios, no estamos en situación, ni siquiera parcialmente, de exportar con éxito frente a la competencia estadounidense, sino también porque tenemos que contemplar cómo los coches estadounidenses van invadiendo de un modo alarmante incluso nuestro propio país. Esto es solo posible porque en los Estados Unidos la extensión de su mercado doméstico, su gran poder de compra y su riqueza en materias primas garantizan a la industria automovilística estadounidense tales cifras de ventas en el interior, que por sí solas permiten métodos de fabricación que en Europa serían imposibles a causa de la falta de este potencial de ventas domésticas. Todo ello explica la enorme capacidad de exportación de la industria estadounidense del automóvil.

Así surge una cuestión de importancia inconmensurable para el futuro: la motorización general del mundo. Pues la sustitución de la potencia animal y humana por motores está solo en los comienzos de un desarrollo cuyo final no puede preverse en absoluto hoy día. De todas formas, para la Unión Americana, la moderna industria automovilística está en conjunto a la vanguardia de todas las demás industrias.

Sin embargo, en muchos otros ámbitos, aquel continente aparecerá cada vez más como factor económico de forma agresiva y, por tanto, contribuirá a endurecer la lucha por los mercados de venta. De un examen de todos los factores económicos, especialmente el de la limitación de nuestras materias primas y la consiguiente y peligrosa dependencia de otros países, el porvenir de Alemania tiene forzosamente que aparecer sombrío y triste en extremo.

Pero aunque llegase a superar todas sus dificultades económicas, Alemania seguiría en la misma situación en que se encontraba el 4 de

agosto de 1914. La decisión definitiva en la lucha por el mercado mundial radica en el poder y no en la economía.

Pero ha sido una maldición para nosotros que, incluso en tiempos de paz, gran parte de la burguesía nacional estuviera, precisamente, imbuida por la idea de que se puede renunciar al uso de la fuerza mediante una política económica. Hoy día también hay que buscar a los representantes principales de esa idea en los círculos más o menos pacifistas que, como adversarios y enemigos de todas las virtudes heroicas y populares, se alegrarían de ver en la economía una fuerza conservadora de un estado, e incluso una fuerza formadora de un estado.

Pero cuanto más acepte un pueblo la creencia de que puede mantener su vida solo mediante una pacífica actividad económica, más llamada al colapso estará su economía. Pues, en definitiva, la economía, como asunto puramente secundario en la vida de los pueblos, está ligada a la existencia primaria de un estado fuerte. La espada ha de posicionarse frente al arado, y el ejército frente a la economía.

Si se cree que Alemania puede renunciar a esto, la alimentación de nuestro pueblo naufragará.

Tan pronto como un pueblo impregna su vida del pensamiento de que puede hallar su subsistencia diaria exclusivamente mediante la actividad económica pacífica, piensa muy poco en recurrir a una solución violenta en el caso de que ese intento fracase. Por el contrario, pondrá mucho más empeño en tomar el camino más fácil para superar el fracaso de la economía sin tener que arriesgar su sangre. A decir verdad, Alemania se encuentra ya en esta situación. La emigración y el control de nacimientos son las medicinas que para la salvación de nuestro país nos recomiendan los representantes de la política económica pacifista y los de la concepción marxista del estado.

La consecuencia de seguir tales consejos será fatídica para Alemania como no lo sería para ningún otro país. Alemania está integrada racialmente por tantos elementos desiguales, que una emigración continua forzosamente habrá de apartar de nuestro pueblo a las personas que tienen mayor capacidad de resistencia, más intrepidez y más resolución. Estas, como los

vikingos en otros tiempos, serán hoy las portadoras de la sangre nórdica en sus venas.

Esta lenta disminución del elemento nórdico da lugar a una pérdida del valor general de nuestra raza y, por lo tanto, a una debilitación de nuestras fuerzas productivas técnicas, culturales y también cívico-políticas. Las consecuencias de semejante debilitación serán especialmente graves para el futuro, porque ha aparecido como actor dinámico en la historia del mundo un nuevo estado que, como es propio de las colonias europeas, ha recibido durante siglos las mejores fuerzas nórdicas de Europa por el camino de la emigración, y esas fuerzas, ayudadas por la comunidad de su sangre de origen, han construido una comunidad nueva y lozana del más alto valor racial.

No es ninguna casualidad que la Unión Americana sea el estado en que actualmente se llevan a cabo muchos más inventos que en ningún otro país, y algunos de ellos de una increíble audacia. Los estadounidenses, pueblo joven, racialmente selecto, rivalizan con una vieja Europa que no ha cesado de perder su mejor sangre en guerras y emigraciones. Del mismo modo que no se puede equiparar el trabajo de un millar de levantinos degenerados de Europa —de Creta, por ejemplo—, con el de un millar de alemanes o ingleses, más valiosos racialmente, no se puede comparar el rendimiento de un millar de europeos racialmente dudosos con la capacidad de un millar de estadounidenses de alto valor racial.

Solo una política racial y popular consciente podría salvar a las naciones europeas de perder la ley de la acción frente a los Estados Unidos por efecto del valor inferior de los pueblos europeos respecto al pueblo estadounidense. Pero si, en vez de adoptar tal política, el pueblo alemán bastardea sistemáticamente el material humano con elementos judíos que rebajan su valor racial y permite, además, que sus mejores portadores de sangre le sean arrebatados por continuas emigraciones de cientos y cientos de miles de individuos, lentamente descenderá al nivel de una raza inferior y después al de un pueblo incompetente y sin valor alguno.

El peligro es especialmente considerable desde que, a causa de nuestra completa indiferencia, la Unión Americana misma, inspirada por las enseñanzas de sus propios etnólogos, ha establecido normas especiales para

la inmigración. Al condicionar la entrada en el suelo estadounidense a determinados requisitos raciales, así como a una cierta salud física del individuo, en realidad, el desangramiento de Europa de su mejor gente se está regulando de manera legal. Esto es algo que nuestro mundo nacional burgués y sus políticos economistas, o no ven o no quieren ver, porque les resulta desagradable y porque es mucho más cómodo pasar por encima de todo esto como sobre ascuas con unas cuantas frases nacionales de tipo general.

A este descenso del valor general de nuestro pueblo, impuesto por la emigración forzosa como resultado de nuestra política económica, viene a sumarse el control de nacimientos como una segunda desventaja. Ya he descrito las consecuencias de la lucha contra los hijos. Tales consecuencias consisten en una reducción del número de individuos que se traen al mundo, de modo que no se puede efectuar una selección posterior. Por el contrario, las personas se esfuerzan en que todos los que nacen conserven la vida, sea cual fuere su valor. Pero como la capacidad, la energía y otros elementos similares no son cualidades necesariamente adscritas al primogénito, sino que se manifiestan en el curso de la lucha por la vida, la posibilidad de una selección de acuerdo con tales elementos es imposible. Así se empobrecen los pueblos en talentos y energías.

Por otra parte, esto resulta especialmente perjudicial en los países en que la desemejanza de elementos raciales básicos existe incluso dentro de las familias. Porque, de acuerdo con la teoría mendeliana de la herencia, en cada familia se produce una separación de los hijos que puede en parte atribuirse al elemento racial de la madre y en parte al del padre. Y si estos valores raciales son de importancia diferente para un pueblo, también el valor de los niños de una familia será distinto por motivos raciales. Puesto que el primogénito no tiene, en modo alguno, por qué crecer de acuerdo con las partes racialmente valiosas de ambos padres, a la nación le interesa que, por lo menos, la lucha por la vida escoja entre el total de hijos a los más valiosos y los conserve para el país y que así se beneficiará del rendimiento de esos individuos racialmente valiosos.

Pero si el hombre mismo impide la procreación de un número mayor de hijos y se limita al primogénito o, a lo sumo, al segundogénito, se empeñará en preservar especialmente estos elementos racialmente inferiores de la

nación, aunque no posean las características más valiosas. De esta manera, pone obstáculos artificialmente al proceso de selección de la naturaleza, lo impide, y con ello ayuda a empobrecer a una nación en personalidades poderosas; destruye el valor máximo de un pueblo.

El pueblo alemán, que, como tal, no tiene el valor medio, por ejemplo, del inglés, depende de un modo especial de los valores de la personalidad. Los extremos extraordinarios que podemos observar por doquier en nuestro pueblo, son solo las consecuencias de nuestra división sanguínea en elementos raciales individuales superiores e inferiores. En general, el inglés tiene un término medio mejor. Quizá nunca llegue a las nocivas bajezas de nuestro pueblo, pero tampoco llegará nunca a sus brillantes alturas. Por tanto, su vida se moverá a lo largo de una línea más intermedia y estará llena de una constancia mayor.

En contraste, la vida alemana es en todo infinitamente inestable y agitada y adquiere su importancia solamente con sus logros extraordinariamente elevados, logros con los que nos hacemos perdonar los aspectos criticables de nuestra nación. Pero una vez que los autores de estos logros hayan sido eliminados por procedimientos artificiales, tales consecuciones cesarán. Entonces, nuestro pueblo irá hacia una debilitación permanente de sus valores de personalidad y, por tanto, hacia una reducción de todas su importancia cultural y espiritual.

Si esta situación continuara durante varios cientos de años, el pueblo alemán se vería, por lo menos, tan debilitado en su importancia general, que ya no podría aspirar en modo alguno a que se le considerase como un pueblo de relevancia mundial. Desde luego, no estaría ya en situación de poder seguir el ritmo de las hazañas del pueblo estadounidense, conserablemente más sano y más joven. Entonces, por gran número de causas, nosotros mismos experimentaríamos lo que observamos en el desarrollo histórico de no pocos pueblos culturales de la antigüedad.

Por sus vicios y su insensatez, el portador de la sangre nórdica, el elemento más valioso racialmente de los portadores de cultura y fundadores de estados, fue desapareciendo lentamente y dejó a sus espaldas un batiburrillo humano de tan escasa importancia interna, que la ley de la acción les fue arrebatada y pasó a otros pueblos más sanos y jóvenes.

Todo el sudeste de Europa y especialmente las culturas todavía más antiguas del Asia Menor y de Persia, así como las de las tierras bajas de Mesopotamia, suministran ejemplos clásicos del curso de este proceso.

Así, lo mismo que aquí la historia fue formada lentamente por los pueblos occidentales, racialmente más valiosos, existe el peligro de que, al ser Europa racialmente inferior, dé lugar de modo paulatino a que el pueblo del continente norteamericano dé un nuevo rumbo al destino del mundo.

Que este peligro amenaza a toda Europa, ya lo han advertido algunas personas de nuestro tiempo, pero muy pocas de ellas quieren comprender lo que significa para Alemania. Nuestro pueblo, si vive con la misma despreocupación política en el porvenir que en el pasado, tendrá que renunciar definitivamente a sus pretensiones de ser un país de importancia mundial. En el aspecto racial, se irá atrofiando de un modo creciente hasta que, al fin, se hunda en la degeneración y se convierta en bestiales glotones que carecerán incluso del recuerdo de su pasada grandeza. Como estado en el orden mundial futuro de los estados, será, en el mejor de los casos, lo que Suiza y Holanda han sido en Europa hasta ahora.

Ese será el fin de la vida de un pueblo que ha protagonizado la historia del mundo durante 2000 años.

Este destino no se puede modificar con estúpidas frases del nacionalismo burgués cuya insensatez e inutilidad están ya demostradas por el éxito que han tenido hasta ahora. Solo un nuevo movimiento de reforma, que instaure un conocimiento consciente contra la despreocupación racial y extraiga todas las conclusiones debidas de este conocimiento, puede todavía apartar a nuestro pueblo del abismo.

Será tarea del movimiento socialista nacional llevar a ejecución, mediante una política aplicada a la práctica, el conocimiento y los descubrimientos científicos de una teoría de la raza, bien ya existente, bien en curso de desarrollo, así como elaborar una historia del mundo clarificada por esta teoría.

Como el destino económico de Alemania frente a Estados Unidos es también el destino de otras naciones de Europa, se ha producido un nuevo movimiento de crédulos seguidores, especialmente entre nuestro pueblo, que quieren oponer una unión europea a la Unión Americana, con el objeto

de impedir la amenazadora hegemonía mundial del continente norteamericano.

Para esta gente, el movimiento paneuropeo parece, al menos a primera vista, estar rodeado de grandes atractivos. En realidad, si pudiéramos juzgar la historia del mundo según puntos de vista económicos, ello podría ser incluso pertinente. Para la mecánica de la historia y, por lo tanto, para la mecánica política, dos son siempre más que uno. Pero son los valores, no los números, los que deciden la vida de los pueblos. Que la Unión Americana haya alcanzado la altura amenazadora a que se encuentra, no se basa en el hecho de que … millones de personas formen un estado en aquel territorio, sino en el hecho de que … kilómetros cuadrados del suelo más fértil y más rico esté habitado por … millones de personas del más alto valor racial. Que estas personas formen un estado a pesar de las grandes dimensiones de su área vital, tiene una importancia máxima para las otras partes del mundo, ya que con ello existe una organización abarcadora gracias a la cual el valor individual racialmente condicionado de esas personas puede encontrar un compacto despliegue de fuerzas colectivas para librar la lucha por la vida.

Si esto no fuera correcto, si la importancia de la Unión Americana consistiera solo en el número de habitantes, o en la extensión del territorio, o en la relación que guarda este territorio con la población, Rusia sería igualmente peligrosa para Europa. La Rusia de hoy alberga … millones de habitantes en … millones de kilómetros cuadrados. Estos habitantes están también comprendidos en una estructura estatal cuyo valor, considerado tradicionalmente, debería ser incluso más alto que el de la Unión Americana. Sin embargo, a nadie se le ocurrirá temer una hegemonía rusa sobre el mundo por esta razón. No se concede al número de rusos un valor esencial suficiente para que pueda convertirse en un peligro para la libertad del mundo. Al menos nunca en el sentido de un dominio económico y político-militar de otras partes del mundo, sino, todo lo más, en el sentido de una inundación de bacilos de una enfermedad que por el momento tiene su foco en Rusia.

Pero si la importancia de la amenazadora posición estadounidense de hegemonía parece estar condicionada principalmente por el espacio vital de que disfruta ese pueblo y la relación favorable entre población y suelo que

de ello resulta, esta hegemonía no será eliminada por una unificación formal puramente numérica de las naciones europeas, mientras el valor positivo de las mismas no sea más alto que el de la Unión Americana. De otro modo, la Rusia actual aparecería forzosamente como un peligro mayor que el de la Unión Americana, y aún lo parecería más China, que está habitada por más de 400 millones de personas.

Así, en primer lugar y esencialmente, el movimiento paneuropeo descansa sobre el error fundamental de que los valores humanos pueden reemplazarse por el número de hombres. Se trata de una concepción puramente mecánica de la historia, que evita explorar todas las fuerzas formativas de la vida y, en cambio, ve en las mayorías numéricas tanto las fuentes creativas de la cultura humana como los factores que forman la historia. Esta concepción se aviene con la insensatez de nuestra democracia occidental, así como con el cobarde pacifismo de nuestros altos círculos económicos. Es obvio que se trata del ideal de todos los bastardos de valor inferior y mestizos. Es lógico que el judío acoja con especial complacencia semejante concepción, lógicamente perseguida, ya que conduce a la confusión y al caos racial, a una bastardeamiento y negrificación de la humanidad creadora de cultura y, con ello, en fin, a un descenso tal de su valor racial, que el hebreo, que se ha mantenido al margen de ello, puede alzarse lentamente para la dominación del mundo. Por lo menos, él se imagina que en definitiva será capaz de ascender hasta convertirse en el cerebro de esta humanidad que se ha hecho que pierda su valor.

Aparte este error básico del movimiento paneuropeo, incluso la idea de una unificación de estados europeos forzada por una visión general que emerge de una amenaza de miseria, es una puerilidad fantástica e históricamente imposible. Con ello no quiero decir que tal unificación, bajo un protectorado judío y un impulso judío, no fuera posible desde el principio, sino solamente que los resultados no corresponderían a las esperanzas con que se montara todo el escenario de semejante payasada. Que nadie crea que esta coalición europea podría movilizar ninguna fuerza capaz de manifestarse externamente.

Una vieja experiencia nos dice que las unificaciones de pueblos solo pueden realizarse si se trata de pueblos racialmente equivalentes en valor y emparentados, y si, además, su unificación se efectúa mediante un lento

proceso de lucha por la hegemonía. De esta manera, Roma subyugó antiguamente a los estados latinos uno tras otro, hasta que, finalmente, su fuerza le bastó para convertirse en el punto de cristalización de un imperio mundial. Pero esta es igualmente la historia del nacimiento del imperio mundial inglés. Así, además, puso fin Prusia al desmembramiento de Alemania y solo de esta manera podría seguir un día una Europa capaz de atender a los intereses de su población mediante un gobierno unánime.

Pero esto solo sería el resultado de una lucha de siglos, puesto que habría que superar una cantidad infinita de viejas costumbres y tradiciones, y tendría que materializarse una asimilación de pueblos que son en extremo divergentes desde un punto de vista racial. La dificultad de dar un lenguaje estatal unitario a semejante estructura solo podría resolverse igualmente en un proceso de siglos.

Sin embargo, todo no sería la realización del curso presente de ideas paneuropeas, sino más bien el triunfo en la lucha por la vida de la nación más fuerte de Europa. Y lo que quedaría se parecería tan poco a una Pan-Europa como, por ejemplo, se pareció la unificación de los estados ladinos [Nota: Estados del Tirol, el Friul y la Engadina que hablaban el ladino], constituida antiguamente, a una Pan-Ladinia. El poder que en aquella época luchó en tal proceso de unificación, librando batallas que duraron siglos, dio su nombre definitivo a toda la estructura. El poder que creara una Pan-Europa empleando estos medios naturales la despojaría al mismo tiempo del nombre de Pan-Europa.

Pero ni siquiera en tal caso llegaría a materializarse el éxito apetecido.

Pues, una vez que cualquier gran potencia europea de hoy —naturalmente, ello solo podría aplicarse a una potencia valiosa desde el punto de vista de su población, esto es, que fuera racialmente importante— llevase a Europa a la unidad siguiendo estas líneas, la consecución final de esta unidad significaría el hundimiento racial de sus fundadores, y, por tanto, quitaría incluso el último valor a toda la estructura. Por tanto, nunca será posible crear una organización que pueda hacer frente a la Unión Americana.

En el futuro, solo el estado que mejor haya sabido elevar el valor de su pueblo y crear la forma estatal más conveniente para este, tanto con su vida

interna como con su política exterior, será capaz de enfrentarse con Norteamérica. Pero, admitiendo tal solución como posible, cierto número de estados podrían participar en esta empresa, lo que podría llevar y llevaría a un reforzamiento incrementado, aunque no fuera por otra cosa que por la competencia mutua.

Una tarea más del movimiento socialista nacional es la de fortalecer y preparar hasta el máximo a su propia patria para esta tarea.

Pero el intento de llevar a cabo la idea paneuropea mediante una unificación puramente formal de pueblos europeos, sin tener que haberse visto forzados a luchas de siglos por un poder rector europeo, conduciría a una estructura cuyas fuerzas y energías totales estarían absorbidas por las rivalidades y disputas internas, de la misma manera que antiguamente estaba absorbida la fuerza de los clanes germanos en la unión alemana. Solamente cuando la cuestión interna alemana fue resuelta al fin por la superioridad de Prusia, pudo actuar la fuerza unida de la nación más allá de sus fronteras.

Pero es una frivolidad creer que la contienda entre Europa y Estados Unidos será siempre tan solo de una naturaleza económica y pacífica si los motivos económicos llegan a desembocar en factores vitales determinantes. En general, radica en la naturaleza del nacimiento del estado norteamericano el hecho de que al principio pudiera mostrar poco interés por cuestiones de política exterior. No solo como resultado de la falta de una larga tradición gubernamental, sino más bien simplemente como consecuencia del hecho de que dentro del continente americano mismo, áreas extraordinariamente extensas estaban a disposición del deseo natural del ser humano de expandirse.

De aquí que la política de la Unión Americana, desde el momento de desgajarse de los estados madres europeos hasta los tiempos más recientes, haya sido primordialmente una política doméstica. En realidad, las luchas en pro de la libertad no eran en el fondo más que el deseo de despojarse de los compromisos de una política exterior y favorecer una vida considerada exclusivamente en términos de política doméstica. A medida que el pueblo estadounidense iba cumpliendo paulatinamente las tareas de colonización

interna, el aguijón natural y activista que es peculiar a los pueblos jóvenes se iba volviendo hacia el exterior.

Pero, a las sorpresas que el mundo podría tal vez experimentar todavía, no se le puede oponer seriamente el batiburrillo de un estado paneuropeo pacifista-democrático. Esta Pan-Europa, en opinión del vulgar bastardo Coudenhove, desempeñaría un día frente a la Unión Americana o a una China que hubiera despertado nacionalmente, el mismo papel que en otros tiempos desempeñó el viejo estado austríaco frente a Alemania o Rusia.

No hay necesidad de refutar la opinión de que por el hecho de que en la Unión Americana se haya realizado una fusión de pueblos de nacionalidades diferentes, esto haya de ser posible también en Europa. Es cierto que la Unión Americana ha reunido gente de distintas nacionalidades en una nación joven. Pero un escrutinio meticuloso revela que una abrumadora mayoría de estos grupos étnicos diferentes pertenece racialmente a elementos iguales o, al menos, emparentados en su origen. Pues, desde que el proceso de emigración en Europa fue una selección de los más capacitados, capacitación que en todos los pueblos europeos radica primordialmente en la mixtura nórdica, la Unión Americana, en realidad, ha atraído a los desperdigados elementos nórdicos de pueblos muy diferentes.

Si, además, tenemos en cuenta que ello afectaba a gente que no era portadora de ninguna clase de teoría de gobierno y, en consecuencia, no estaba lastrada con ninguna especie de tradición, y si consideramos por otra parte las dimensiones del impacto del nuevo mundo al que todos los seres humanos están más o menos sometidos, se comprende por qué una nación nueva, formada por pueblos de todos los países europeos, puede alzarse en menos de doscientos años.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que ya en el último siglo este proceso de fusión se hizo más difícil a medida que, bajo la presión de la necesidad, iban a Norteamérica europeos que, como miembros de estados nacionales de Europa, no solo se sentían unidos con ellos entrañablemente para el futuro, sino que en particular apreciaban más su tradición nacional que la ciudadanía en su nueva patria.

Además, ni siquiera la Unión Americana ha sido capaz de fundir a gente de sangre extraña marcada con su propio sentimiento nacional o su instinto

de raza. El poder de asimilación de la Unión Americana ha fracasado frente al elemento chino tanto como frente al elemento japonés. Ella se ha dado cuenta de esto, y por eso, preferiría excluir de la inmigración a tales cuerpos extraños. Pero con ello la misma política de inmigración estadounidense confirma que la fusión original presuponía pueblos de ciertos fundamentos de raza equiparables y que inmediatamente se malograba si se llevaba a cabo con gente fundamentalmente distinta.

Que la misma Unión Americana tiene la sensación de ser un estado nórdico-germano y de ninguna manera una amalgama internacional de gente, se deduce, por otra parte, de la forma en que concede cuotas de inmigración a las naciones europeas. Primero a los escandinavos (suecos y noruegos), luego a los daneses, a continuación a los ingleses y finalmente a los alemanes, son los países a que se otorgan los mayores contingentes. A los rumanos y a los eslavos la concesión es muy corta; a los japoneses y a los chinos preferirían excluirlos en absoluto.

Consiguientemente, es una utopía oponer una coalición europea o una Pan-Europa, consistente en mongoles, eslavos, germanos, latinos, etc., en la que dominarían todos menos los germanos, factor capaz de presentar resistencia a ese estado preponderantemente nórdico. Se trata de una utopía muy peligrosa, si consideramos que, una vez más, innumerables alemanes ven un futuro de color de rosa para el que no tienen que hacer grandes sacrificios. Que esta utopía proceda de Austria [Nota: El conde Coudenhove-Kalergi vivía en Viena] no deja de resultar un poco cómico. Porque evidentemente ese estado y su destino es el ejemplo más vivo de la fuerza enorme de las estructuras artificialmente trabadas, pero antinaturales en su esencia. El desarraigado espíritu de la vieja ciudad imperial de Viena, esa ciudad híbrida de Oriente y de Occidente, es buena prueba de ello.

CAPÍTULO X

En resumen, puede, pues, reiterarse que nuestra política nacional-burguesa, cuyo objetivo en política exterior es la restauración de las fronteras del año 1914, es insenstata e incluso verdaderamente catastrófica. Por fuerza nos ha de originar conflictos con todos los estados que tomaron parte en la Guerra Mundial. Así se garantiza la continuidad de la coalición de vencedores que lentamente nos está estrangulando, así se proporciona a Francia una opinión oficial favorable en otras partes del mundo en cuanto a su eterno proceder contra Alemania. Aunque ello tuviera éxito, no significaría nada en absoluto para el futuro de Alemania en sus resultados, y, no obstante, nos obligaría a luchar a sangre y fuego. Además, y especialmente, impide por completo toda estabilidad de la política exterior alemana.

Lo característico de nuestra política de la preguerra era que necesariamente daba a un observador exterior la imagen de decisiones a menudo tan vacilantes como incomprensibles. Si pasamos por alto la Triple Alianza, cuyo mantenimiento no podía ser un objetivo de política exterior, sino solamente un medio para tal objetivo, no podemos descubrir ninguna idea estable en los dirigentes de nuestro pueblo en el período de la preguerra. Naturalmente, esto es comprensible.

Desde el momento en que el objetivo de la política exterior dejó de ser la lucha por los intereses del pueblo alemán y se encaminó a la conservación de la paz mundial, perdimos pie. Desde luego, yo puedo delimitar los intereses de un pueblo, fijarlos, y, sin preocuparme de cuáles pueden ser las posibilidades de defenderlos, conservar, sin embargo, ininterrumpidamente a la vista, el gran objetivo. Gradualmente, el resto de la humanidad adquirirá también un conocimiento general de las ideas especiales, definidas y principales en la política exterior de un pueblo. Esto ofrece luego la posibilidad de regular relaciones mutuas de una manera permanente, ya en el sentido de una resistencia premeditada contra la operación conocida de tal potencia, ya un conocimiento razonable de esa

operación, o también en el sentido de un entendimiento, puesto que los propios intereses pueden quizás alcanzarse de forma común.

Esta estabilidad en política exterior puede establecerse con toda una serie de estados europeos. Durante largos períodos de su existencia, Rusia exhibió claros objetivos de política exterior que dominaron toda su actividad. En el curso de los siglos, Francia ha presentado siempre los mismos objetivos de política exterior, sin tener en cuenta a quienes de momento tenían el poder político en París. Podemos hablar de Inglaterra no solo como de un estado que posee una diplomacia tradicional, sino, sobre todo, como de un estado poseedor de una idea de política exterior convertida en tradición.

Con Alemania, una idea de esta índole solo puede discernirse periódicamente en el estado prusiano. Vemos a Prusia cumplir su misión alemana en el corto período de la rectoría estatal de Bismarck, pero a continuación todo objetivo de política exterior a largo plazo llegaba a su término. El nuevo Imperio alemán, especialmente después del retiro de Bismarck, no tenía ya semejante objetivo, debido a que la consigna de conservar la paz, esto es, de mantener una situación dada, no posee ninguna clase de contenido o carácter estables. Lo mismo que toda consigna pasiva, está condenada a ser juguete de una voluntad agresiva.

Solamente el que quiere actuar puede determinar también su acción conforme a su voluntad. De aquí que la Triple Entente, deseosa de actuar, tuviera todas las ventajas de la autodeterminación de la acción, mientras que la Triple Alianza, por su tendencia contemplativa a conservar la paz mundial, estuviera en desventaja en el mismo grado. De esta forma, el momento y la iniciación de la guerra las determinaron naciones que poseían un objetivo definido en política exterior, mientras que, a la inversa, las potencias de la Triple Alianza fueron sorprendidas en un momento en que todo les era desfavorable.

Si en Alemania también hubiésemos tenido siquiera la más pequeña intención belicosa, habría sido posible, con cierto número de medidas que podrían haberse ejecutado muy fácilmente, haber dado otra faz al comienzo de la guerra. Pero Alemania no tenía a la vista ningún objetivo definido en política exterior, nunca pensó en ningún género de pasos agresivos para la

realización de tal objetivo, y, consiguientemente, los acontecimientos la sorprendieron.

De Austria-Hungría no podíamos esperar otro objetivo de política exterior que el de sortear los peligros de la política europea, con la esperanza de que la carcomida estructura estatal no tropezara con nada, para que se pudiera ocultar ante el mundo que no era sino el monstruoso cadáver de un estado.

La burguesía nacional alemana, que es la única que discuto aquí —puesto que el marxismo internacional no conoce otro objetivo que la destrucción de Alemania—, ni siquiera hoy ha aprendido nada del pasado; ni siquiera hoy siente la necesidad de enarbolar para la nación un objetivo de política exterior que pueda considerarse como satisfactorio y dar, por tanto, a nuestros empeños en política exterior cierta estabilidad para un plazo más o menos largo. Porque solamente si tal meta posible de la política exterior es a largo plazo, podremos discutir con detalles las posibilidades susceptibles de lograr el triunfo. Solamente entonces entra la política en la etapa del arte de lo posible.

Pero mientras tanto, como en toda esta vida política no impera ninguna idea rectora, las acciones individuales no tienen la oportunidad de utilizar todas las posibilidades para el logro de un éxito determinado. En lugar de eso, no son más que estaciones individuales a lo largo del camino de un embrollo, sin meta y sin plan, que hace que vayamos tirando del día de hoy al de mañana. Sobre todo, se ha perdido esa firme persistencia que requiere siempre la ejecución de grandes aspiraciones. Uno tratará de conseguir hoy tal cosa, otro querrá mañana lograr otra, y al día siguiente perseguirá un tercero tal o cual posibilidad de política exterior y, de pronto, se inclinará ante una intención completamente opuesta, si es que esta visible confusión, como tal, no se adapta realmente al deseo de ese poder que rige hoy a Alemania y que en verdad no desea nunca la resurrección de nuestro pueblo.

Solamente a la judería internacional puede interesar realmente una política exterior alemana que, por sus continuas y súbitas transiciones, aparentemente irracionales, carece de todo plan claro y que, como única justificación, afirma en el mejor de los casos: “En realidad nosotros no

sabemos lo que debemos hacer, pero hacemos algo porque no se puede estar sin hacer nada”. No raras veces oímos decir que estos hombres están tan poco convencidos del sentido interno de su proceder en política exterior, que su máximo recurso es preguntar si hay alguien a quien se le ocurra algo mejor. Sobre estos cimientos descansa el arte de estado de Gustav Stresemann.

Sin embargo, precisamente hoy más que nunca, necesita el pueblo alemán fijarse una meta en política exterior que satisfaga sus verdaderas necesidades internas y, a la inversa, garantice una estabilidad incondicional a la actividad de su política exterior para el próximo período de tiempo humanamente previsible.

Pues solamente si nuestro pueblo fija firmemente sus intereses y lucha con persistencia por ellos, puede esperar inducir a este o a aquel estado cuyos intereses no sean opuestos a los nuestros, especificados al fin, y que, en realidad, pueden ser incluso confluyentes, a establecer una relación más estrecha con Alemania. Pues la idea de querer resolver la miseria de nuestro pueblo mediante la Sociedad de Naciones es exactamente tan injustificada como lo fue pretender que la cuestión alemana fuera resuelta por el Parlamento Federal de Fráncfort.

Las naciones satisfechas dominan en la Sociedad de Naciones. Esta es, en realidad, el instrumento de aquellas. No tienen, ni por pienso, el menor interés en permitir un cambio en la distribución territorial del mundo, a menos que ello convenga a sus intereses. Y mientras hablan de los derechos de las naciones pequeñas, en realidad lo único que tienen a la vista son los intereses de las naciones grandes.

Si Alemania quiere conseguir de nuevo una verdadera independencia de modo que bajo su bendición pueda dar al pueblo alemán su pan de cada día, debe tomar las medidas pertinentes fuera de la Sociedad de Naciones de Ginebra. Pero como carece de la fuerza suficiente, será necesario que encuentre aliados que juzguen que al unir fuerzas con Alemania también pueden servir a sus propios intereses. Pero una situación así nunca se producirá si el verdadero objetivo de la política exterior de Alemania no aparece con toda claridad a los ojos de esos pueblos. Y Alemania nunca adquirirá por sí sola la fuerza y el poder interno que le permitan actuar con

la persistencia indispensable, para barrer los obstáculos de la historia mundial. Porque no se acaba nunca de aprender a tener paciencia en los detalles y también a reunciar a ellos si es necesario, con objeto de poder alcanzar, al fin, plenamente el objetivo vitalmente necesario.

Pues incluso entre los aliados las relaciones no estarán nunca completamente libres de roces. Pueden surgir una y otra vez dificultades en las relaciones recíprocas y asumir formas amenazadoras si la fuerza para superar esas pequeñeces desagradables y esos obstáculos no radica en las dimensiones mismas del supremo objeto de la política exterior. En esto, el liderazgo estatal francés de los decenios de la preguerra puede servir de modelo. Ligeramente pasaba por alto asuntos pequeños e incluso permanecía silenciosa ante los acontecimientos más amargos con tal de no perder la posibilidad de organizar una guerra de desquite contra Alemania. Actitud que contrastaba con nuestros patriotas, que de continuo vitoreaban y vociferaban, lo que equivalía a ladrar a la luna.

El establecimiento de un claro objetivo de política exterior es importante, además, porque de no tenerlo, los representantes de otros intereses del mismo pueblo dispondrán siempre de un motivo para confundir a la opinión pública y forjar, y en parte incluso provocar, pequeños incidentes que se puedan convertir en causa de un cambio radical de la opinión sobre política exterior. Así, con las pequeñas disputas que resultan de las circunstancias mismas o que son elaboradas artificialmente, Francia tratará una y otra vez de producir malestar y desconfianza entre pueblos que, por la naturaleza conjunta de sus auténticos intereses vitales, tienen que depender unas de otras y que forzosamente han de adoptar de consuno una posición contra Francia. Pero estos intentos de discordia solo tendrán éxito contra aquellos que carezcan de un objetivo político inconmovible, pues esta carencia da lugar a que las acciones políticas estén desprovistas de estabilidad por falta de persistencia en la preparación de medidas útiles para el cumplimiento del objetivo político.

El pueblo alemán, que no posee ni tradición ni objetivo de política exterior, se mostrará siempre inclinado a rendir homenaje a ideales utópicos, descuidando así sus intereses realmente vitales. Porque ¿de qué no se ha entusiasmado nuestro pueblo en los últimos cien años? Unas veces han sido los griegos, a quienes hemos procurado salvar de los turcos; otras

veces han sido los turcos, a quienes hemos apoyado contra los rusos y los italianos; después, nuestro pueblo halló un placer en entusiasmarse por los luchadores polacos de la libertad, y luego los sentimientos se han desbordado a favor de los bóeres, etc. etc. Pero ¿qué le costaron a nuestro pueblo todas estas efusiones sentimentales, tan incompetentes políticamente como gárrulas?

Así, las relaciones con Austria, como se recalcaba con orgullo especial, no eran relaciones de entendimiento práctico, sino una verdadera alianza íntima del corazón. Si solo la razón, y no el corazón, hubiese hablado en aquel tiempo, y si solo hubiera decidido el entendimiento, Alemania estaría hoy a salvo.

Pero ya que somos un tipo de pueblo que permite que sus actos políticos se ajusten muy poco a una visión racial, auténticamente razonable —causa por la cual no podemos volver la mirada a ninguna gran tradición política —, debemos, al menos para el futuro, dar a nuestro pueblo un objetivo inconmovible en política exterior, objetivo que parezca adecuado para hacer comprensibles a las grandes masas los detalles de las medidas políticas de la dirección estatal. Solamente así será posible que millones de personas respalden con una fe premonitoria a un liderazgo estatal que lleva a cabo decisiones que quizás sean dolorosas. Esto es un requisito previo para lograr un entendimiento mutuo entre el pueblo y la dirección del estado, y también un requisito previo para anclar una cierta tradición en la propia dirección del estado.

Ello evitará que cada gobierno alemán tenga su propia meta en política exterior. Se podrá discutir sobre los medios, se podrá luchar a causa de ellos, pero la meta en sí debe establecerse invarible y para siempre. Entonces la política puede convertirse en el gran arte de lo posible, y quedar reservado al talento excepcional de los jefes de gobierno percibir, en los diversos casos, las posibilidades de llevar al pueblo y al imperio más cerca de su objetivo en política exterior.

Este establecimiento de una meta en política exterior es algo que no existe en absoluto en la Alemania actual. Ello hace comprensible la forma descarriada, vacilante e insegura de atender los intereses de nuestro pueblo, así como la confusión total de nuestra opinión pública. De aquí también las

increíbles cabriolas de nuestra política exterior, que acaban siempre, desgraciadamente, sin que el pueblo pueda, al menos, saber quiénes son los responsables para llamarlos a rendir cuentas. En verdad, uno no sabe qué hacer.

Naturalmente, hay no pocas personas que creen a pies juntillas que no deberíamos hacer nada. Reducen su opinión a la tónica de que Alemania debe proceder hoy con agudeza y reserva, no comprometerse en ninguna parte y no perder de vista el desarrollo de los acontecimientos, pero sin participar en ellos, con objeto de poder desempeñar un día el papel del tercero en discordia que recoge las ganancias mientras otros dos contienden.

Sí, nuestros actuales estadistas burgueses son así de astutos y sabios. Es un juicio político que no se ve turbado por ningún conocimiento de la historia. Hay no pocos proverbios que se han convertido en una verdadera maldición para nuestro pueblo. Por ejemplo: “El más sabio, cede”, “El vestido hace al hombre”, “Uno puede atravesar todo el país con el sombrero en la mano”, “Cuando dos pelean, el tercero se alegra”.

En la vida de los pueblos cuando menos, este último proverbio se aplica solo en un sentido condicional. Si dos luchan desesperadamente dentro de una nación, un tercero que esté fuera de ella puede ganar. Pero cuando los pueblos luchan unos contra otros, el triunfo final es para alguno de los estados que deliberadamente intervienen en disputas, ya que la posibilidad de aumentar su fuerza reside únicamente en una contienda. No hay en el mundo ningún acontecimiento histórico que no pueda juzgarse desde dos puntos de vista. Por una parte, los neutrales se oponen siempre a los intervencionistas que están en el lado contrario. Y, en general, los neutrales serán siempre los que saldrán perdiendo, mientras que los intervencionistas podrán reclamar para sí las ganancias, si el bando con que se han comprometido no es el que pierde.

En la vida de los pueblos, esto significa lo siguiente: cuando en esta Tierra dos grandes potencias luchan entre sí, los estados circundantes pequeños o grandes pueden, o tomar parte en la lucha, o mantenerse al margen de ella. En el primer caso, no está excluida la posibilidad de una ganancia, siempre que la participación se haga con el bando que consigue la

victoria. Pero, sin importar quien gane, a los neutrales no les quedará otro destino que el de la enemistad del estado que ha resultado vencedor.

Hasta ahora, ninguno de los grandes estados de la Tierra ha progresado adoptando la neutralidad como principio de acción política. Únicamente la lucha permite tal progreso. Si existen en la Tierra tales estados destacadamente poderosos, lo único que pueden hacer los estados pequeños es, o renunciar totalmente a su futuro, o combatir con la coalición más favorable y bajo su protección, con lo que aumentarán su propia fuerza.

Porque el papel del tercero que permanece a la expectativa con la sonrisa en los labios, presupone que este tercero tiene ya poder. Pero el que siempre permanece neutral, nunca logrará poder alguno. Pues hasta qué punto el poder de un pueblo estriba en su valor interno se evidencia sobre todo en la forma en que organiza las fuerzas combatientes en el campo de batalla, ya que estas fuerzas son creadas por voluntad de aquel valor interno. Pero estas fuerzas no se desarrollarán si no se ponen a prueba de cuando en cuando.

Solo bajo el martillo de forja de la historia mundial pueden convertirse los valores eternos de un pueblo en el acero y el hierro con que se hace la historia. Pero el que rehúye las batallas, nunca conseguirá la fuerza que exige el combate. Y el que nunca libra batallas, nunca será el heredero de aquellos que luchan entre sí en un conflicto militar. Pues los pasados sucesores de la historia mundial no fueron pueblos con cobardes conceptos de neutralidad, sino pueblos jóvenes y bien armados. Ni en la antigüedad, ni en la Edad Media, ni los tiempos modernos conocen un solo ejemplo de gran estado que haya llegado a serlo sino a costa de una lucha permanente. Hasta ahora, los herederos históricos han sido siempre estados fuertes.

Claro que en la vida de los pueblos también un tercero puede ser el sucesor cuando dos luchan. Pero es porque desde el principio mismo este tercero es ya la potencia que deliberadamente deja contender a las otras dos potencias con objeto de derrotarlas para siempre, sin un gran sacrificio por su parte. En este caso, la neutralidad pierde por completo el carácter de abstención pasiva y asume, por el contrario, el carácter de una consciente operación política.

Evidentemente, ninguna jefatura estatal sagaz iniciará una lucha sin sopesar la extensión de sus posibles riesgos y compararla con la grandeza

del adversario. Pero si ha percibido la imposibilidad de capacitarse para luchar contra cierta potencia, con más razón se verá obligada a luchar al lado de esa potencia. Pues entonces, la fuerza de la potencia débil puede crecer en esa lucha común y, si es necesario, luchar algún día por sus propios intereses vitales contra la gran potencia.

No se diga que entonces ninguna potencia entraría en alianza con un estado que algún día pudiera convertirse en un peligro. Las alianzas no constituyen objetivos políticos, sino solamente medios para conseguir esos objetivos. Debemos utilizarlas aunque sepamos sobradamente que el desarrollo posterior puede conducir a una situación opuesta. No hay ninguna alianza que dure eternamente. Felices las naciones que, a consecuencia de la absoluta divergencia de sus intereses, pueden establecer una alianza por tiempo definido sin que forzosamente se produzca un conflicto entre ellas cuando cese la alianza. Pero un estado débil que desee lograr poder y grandeza, debe tratar de tomar parte activa en los acontecimientos políticos generales de la historia del mundo.

Cuando Prusia inició su guerra silesiana, este hecho fue relativamente secundario comparado con la violenta disputa entre Inglaterra y Francia que en aquellos tiempos estaba ya en todo su apogeo. Quizá se le pudiera reprochar a Federico el Grande que le sacara las castañas del fuego a Inglaterra. Pero ¿habría surgido nunca la Prusia con que Bismarck pudo crear un nuevo Imperio alemán si hubiese ocupado el trono en aquella época un príncipe Hohenzollern que, con el conocimiento de los futuros acontecimientos de la historia mundial, acontecimientos de importancia superior, hubiera mantenido a su Prusia en un estado de piadosa neutralidad?

Las tres guerras silesianas le produjeron a Prusia más que Silesia. En aquellos campos de batalla crecieron los regimientos que en el porvenir habían de llevar las banderas alemanas desde Weissenburgo y Woerth hasta Sedán para, finalmente, saludar al nuevo emperador del Imperio alemán en la Sala de los Espejos del Palacio de Versalles. Cierto que por aquel tiempo Prusia era un pequeño estado, sin ninguna importancia, ni en población ni en superficie. Pero al saltar al campo de las grandes acciones de la historia mundial, ese pequeño estado adquirió la legitimación para el establecimiento del posterior Imperio alemán.

Una vez, incluso los neutralistas triunfaron en el estado prusiano. Esto sucedió en el período de Napoleón I. En aquel tiempo se creyó al principio que Prusia podría permanecer neutral, y por esta causa fue castigada más adelante con una terrible derrota. Ambas concepciones se enfrentaban duramente incluso en el año 1812: una a favor de la neutralidad, y la otra, encabezada por el barón von Stein, a favor de la intervención. El hecho de que los neutralistas ganaran en 1812 les costó a Prusia y a Alemania sangre y sufrimientos inmensos. El hecho de que al fin, en 1813, irrumpieran los intervencionistas, salvó a Prusia.

La Guerra Mundial dio la respuesta más clara a la opinión de que se puede conseguir el éxito político conservando con todo cuidado la neutralidad como tercera potencia. ¿Qué han conseguido prácticamente los neutrales de la Guerra Mundial? ¿Fueron ellos el tercero que ríe y se beneficia? ¿Supone alguien que en un acontecimiento similar Alemania desempeñaría otro papel?

Y no se crea que la razón de esto estriba solamente en la magnitud de la Guerra Mundial. No, en lo futuro, todas las guerras, siempre que intervengan en ellas grandes naciones, serán guerras de gigantescas dimensiones. Como un estado neutral en cualquier otro conflicto europeo, Alemania no poseería más importancia que Holanda o Suiza o Dinamarca en la Guerra Mundial. ¿Cree alguien realmente que después del acontecimiento podríamos sacar de la nada la fuerza necesaria para desempeñar, contra el que quedase victorioso, el papel que no nos atrevimos a representar unidos a uno de los dos combatientes?

De todas formas, la Guerra Mundial ha demostrado explícitamente una cosa: quienquiera que se comporte como neutral en grandes conflictos históricos mundiales, podrá tal vez al principio hacer algún negocio, pero en cuestiones de política influyente quedará definitivamente excluido de una codeterminación del destino del mundo.

Así, si la Unión Americana hubiese conservado su neutralidad en la Guerra Mundial, hoy día sería considerada como una potencia de segunda categoría, hubiese triunfado Inglaterra o hubiese vencido Alemania. Al entrar en la guerra, se alzó hasta la fuerza naval de Inglaterra, y en términos político-internacionales se dio a conocer como una potencia de decisiva

importancia. Desde su entrada en la Guerra Mundial, la Unión Americana es apreciada de una manera completamente distinta.

Es muy propio de la capacidad de olvido del género humano ignorar, al cabo de poco tiempo, el juicio general que ha tenido sobre determinadas situaciones. Lo mismo que hoy apreciamos una absoluta desatención acerca de la antigua grandeza de Alemania en los discursos de muchos estadistas extranjeros, nos resulta a nosotros difícil darnos cuenta de hasta qué punto ha aumentado en nuestro juicio el valor de la Unión Americana desde su entrada en la Guerra Mundial.

Una de las más convincentes demostraciones del arte de la política la constituye la entrada de Italia en la guerra contra sus antiguos aliados. Si Italia no hubiese dado este paso, compartiría ahora el papel de España, no importa cómo hubieran caído los dados. El hecho de que diese el tan criticado paso de tomar participación activa en la Guerra Mundial produjo un alza en su posición y un robustecimiento de ella, que ha hallado su expresión suprema en el fascismo. Sin la entrada de Italia en la guerra, el fascismo habría sido un fenómeno completamente inimaginable.

Los alemanes pueden ponderar esto con o sin amargura. Es importante aprender de la historia, especialmente si sus enseñanzas nos hablan de forma tan contundente.

Por eso la creencia de que con una neutralidad reservada y prudente ante los conflictos que se desarrollan en Europa y en otras partes del mundo se pueden ahora algún día cosechar los beneficios que se derivan de tales disputas es estúpida y falsa.

La libertad no se conserva ni con la mendicidad ni con el engaño, ni tampoco con el trabajo y la asiduidad, sino exclusivamente con la lucha, con la lucha llevada a cabo por uno mismo. Por eso es muy posible que la voluntad tenga más peso que la acción. No raras veces, en el marco de una sabia política de alianzas, han conseguido las naciones triunfos que no estaban en relación con los éxitos de sus armas.

Pero es que el destino no mide siempre a un pueblo que intrépidamente arriesga su vida, según las dimensiones de sus actos, sino más bien con arreglo a las dimensiones de su voluntad. La historia de la unificación italiana en el siglo XIX es un ejemplo digno de mención. Pero la Guerra

Mundial muestra también que muchos estados pueden conseguir extraordinarios éxitos políticos menos por sus hazañas militares que por la temeraria intrepidez con que se agruparon con un bando y la tenacidad con que resistieron al lado de este.

Si Alemania quiere poner fin al período de esclavización al que todos la tienen sometida, debe tratar activamente, cualesquiera que sean las circunstancias, de entrar en una combinación de potencias con objeto de participar en la formación futura de la vida europea en términos de política de poder.

La objeción de que tal participación contiene un riesgo grave es correcta. Pero ¿acaso se puede lograr la libertad sin correr ningún riesgo? ¿Acaso ha habido alguna acción en la historia del mundo que no haya estado ligada con un riesgo? ¿No fue arriesgada, por ejemplo, la decisión de Federico el Grande de participar en la primera guerra silesiana? ¿Estuvo libre de peligros la unificación de Alemania llevada a cabo por Bismarck? ¡No y mil veces no! Desde su nacimiento hasta su muerte, todo es incierto en la vida del hombre. Solo la muerte parece cierta. Pero por esta misma razón, el compromiso supremo no es lo peor, toda vez que algún día, de una manera u otra, se ha de cumplir.

Naturalmente, es una cuestión de sagacidad política elegir el riesgo de tal manera, que rinda la mayor ganancia posible. Pero no arriesgar nada en absoluto, como el que teme apostar por el caballo perdedor significa renunciar al futuro de un pueblo. La objeción de que tal conducta puede tener el carácter de un juego de azar se refuta fácilmente con una simple referencia a experiencias históricas. Juego de azar es aquel en que, desde el principio, las posibilidades de ganar están sujetas al capricho de la suerte. Esto nunca será así en la política. Porque, cuanto más se esfuma la decisión última en la oscuridad del futuro, más se funda la convicción de la posibilidad o imposibilidad de un triunfo en factores humanamente perceptibles. La tarea de la jefatura política de un pueblo es sopesar estos factores, y el resultado de este examen debe conducir a una decisión. Así, esta decisión está en consonancia con la propia visión sostenida por la fe en el éxito que según esta visión se juzgue posible.

De aquí que yo no pueda calificar una acción políticamente decisiva de juego de azar tan solo porque su resultado no sea seguro en un ciento por ciento, como no califico de juego de azar una operación emprendida por un cirujano y cuyo resultado tampoco ha de ser forzosamente un éxito completo. Desde tiempo inmemorial, ha sido característico de la naturaleza de los grandes hombres llevar a cabo con la mayor energía acciones cuyo éxito era dudoso e indefinido, si la necesidad de realizarlas se les planteaba y si, después de un maduro examen de todas las circunstancias, solamente tal acción podía tenerse en cuenta, con exclusión de cualquier otra.

La responsabilidad que se siente al tomar decisiones extraordinarias respecto a las luchas de pueblos será, por supuesto, tanto menos inquietante cuanto más los actores, conocedores de su pueblo, puedan tener la seguridad de que ni siquiera un fracaso podrá destruir la fuerza vital de la nación. Porque un pueblo de médula sana no puede ser nunca definitivamente eliminado por derrotas en el campo de batalla.

Así, mientras un pueblo posea el don de la salud y el requisito previo de una importancia racial suficiente, su valor para lanzarse a empresas difíciles puede ser mayor, puesto que ni siquiera el fracaso de ellas significaría, ni remotamente, el hundimiento. Clausewitz tiene razón cuando afirma en sus principios que con un pueblo sano una derrota puede facilitar el paso una y otra vez a una posterior resurrección, y que, a la inversa, solo la sumisión cobarde, esto es, una entrega al hado sin luchar, puede conducir a la definitiva destrucción.

Pero la neutralidad, que actualmente se recomienda a nuestro pueblo como la única actitud posible, no es en realidad sino una entrega abúlica a un destino determinado por potencias extranjeras. Y solo en eso radican el síntoma y la posibilidad de nuestra decadencia. Si, por el contrario, nuestro pueblo hubiese realizado tentativas frustradas por conseguir la libertad, en la manifestación misma de esta actitud existiría un factor que podría ser beneficioso para la fuerza de Alemania.

Porque no se diga que es la sagacidad política la que nos lleva a abstenernos de tales pasos: es una miserable cobardía y una falta de principios que en este caso, como sucede tan a menudo en la historia, se pretende confundir con la inteligencia. Evidentemente, un pueblo bajo el

yugo de potencias extranjeras puede verse forzado por las circunstancias a soportar años de opresión exterior. Pero cuanto menos pueda hacer un pueblo contra fuerzas extremas abrumadoras, con tanta más energía actuará en su vida interna para conseguir la libertad, y no dejará de probar ninguno de los medios que puedan modificar un día las circunstancias del momento, arriesgando con tal fin todas sus fuerzas.

Entonces se soportará el yugo de un conquistador extranjero pero con los puños apretados y rechinando los dientes, aguardando la hora que ofrezca la primera oportunidad para sacudirse la tiranía. Algo así puede suceder bajo la presión de las circunstancias.

Pero lo que hoy se presenta como sagacidad política es, en realidad, un espíritu de sumisión voluntaria, de renuncia sin principios a toda resistencia; la desvergonzada persecución de aquellos que se atreven a pensar en semejante resistencia y cuya actuación podría servir para la resurrección de su pueblo. Tal es el espíritu de autodesarme interno, de la destrucción de todos los factores morales que un día podrían servir para la resurrección de este pueblo y de este estado. Este espíritu no puede en modo alguno alardear de sagacidad política, pues no es realmente más que un deshonor que destruye al estado.

No cabe duda de que este espíritu odia todo intento de participación activa de nuestro pueblo en el futuro desenvolvimiento europeo, porque el mero intento de semejante participación implica la lucha contra él.

Pero si la jefatura de un estado parece estar afectada por este espíritu corruptor, es tarea de la oposición que percibe, representa y patrocina las fuerzas realmente vitales de un pueblo, inscribir en sus banderas la lucha en pro de una resurrección nacional y, con ella, del honor nacional. Y esas fuerzas deben dejarse intimidar por la afirmación de que la política exterior es tarea de la jefatura estatal responsable, pues no ha habido en mucho tiempo tal jefatura responsable.

Por el contrario, la oposición debe aferrarse a la idea de que, además de las leyes formales de los gobiernos momentáneos, existen obligaciones eternas que compelen a todo miembro de una nación a hacer lo que se percibe como necesario para la existencia de la comunidad popular, aunque

ello esté mil veces en contradicción con las intenciones de gobiernos malos e incompetentes.

De aquí precisamente que en la Alemania de hoy el más alto deber haya de recaer sobre la llamada oposición nacional, en vista de la incapacidad de la jefatura de nuestro país para establecer un claro objetivo de política exterior y preparar y educar a nuestro pueblo para la ejecución de estos planes. Ante todo, hay que entablar la más ruda guerra contra la esperanza, ampliamente extendida hoy, de que nuestro destino puede modificarse en cierto modo mediante una activa cooperación de la Sociedad de Naciones.

En general, la oposición debe procurar que nuestro pueblo se vaya dando cuenta gradualmente de que no debemos esperar una mejora de la situación alemana por obra de instituciones cuyos representantes son las partes interesadas en nuestra desgracia actual. Además, debe inculcar la convicción de que, mientras no se recupere la libertad alemana, todas las aspiraciones sociales son promesas utópicas desprovistas de valor real. También debe hacer comprender a nuestro pueblo que para el logro de esta libertad, solo puede tenerse en cuenta la puesta en juego de la propia fuerza popular, y que, por consiguiente, toda nuestra política, tanto la interior como la exterior, deben ser tales, que, en virtud de ellas, aumente la fuerza interna de nuestro pueblo para que comprenda que esta puesta en juego de nuestra fuerza debe realizarse en pro de un objetivo realmente valioso, y que para tal propósito, no podemos avanzar solos al encuentro de nuestro destino, sino que necesitamos aliados.

CAPÍTULO XI

La extensión del posible despliegue militar así como la relación de este instrumento de poder con los de los estados circundantes es de importancia decisiva para la formación futura de la política exterior alemana, aparte del poder interior de nuestro pueblo, la fuerza del mismo y el valor de su carácter.

No necesito seguir refiriéndome en esta obra a las debilidades morales internas del pueblo de nuestros días. Nuestras debilidades generales, que se fundan en parte en un asunto de sangre y en parte en la naturaleza de nuestra presente organización gubernamental, o que deben atribuirse a los efectos de nuestra pobre jefatura, son quizá menos conocidas del público alemán que, desgraciadamente, del resto del mundo, que las conoce perfectamente. La mayoría de las medidas de nuestros opresores nacen del conocimiento de esta debilidad. Pero, aun reconociendo todas estas circunstancias, no debe olvidarse nunca que el mismo pueblo de hoy realizaba hace apenas diez años hazañas inigualables en la historia [Nota: Importante para el año de origen del documento].

El pueblo alemán, que en estos momentos causa una impresión tan deprimente, ha probado más de una vez su valía extraordinaria en la historia del mundo. La misma Guerra Mundial es la evidencia más gloriosa del heroísmo y el espíritu de sacrificio de nuestro pueblo, de su disciplina capaz de desafiar la muerte y de su brillante capacidad en mil aspectos de su organización. Su caudillaje puramente militar ha logrado también triunfos inmortales. Solo la jefatura política fracasó. Fue la precursora de la jefatura de hoy, que es mucho peor.

Hoy, las cualidades internas de nuestro pueblo pueden parecer sumamente insatisfactorias, pero de súbito ofrecerán otra imagen tan pronto como otras manos tomen las riendas de los acontecimientos con objeto de sacar a nuestro pueblo de su actual decadencia.

En nuestra historia vemos cuán maravillosa es la capacidad de nuestro pueblo para la transformación. Comparemos la Prusia de 1806 con la Prusia de 1813. ¡Qué diferencia! En 1806, la situación se caracterizaba por la más abyecta y general capitulación, por una inaudita ruindad en la actitud cívica, en 1813 la característica era el odio más ardiente contra la dominación extranjera, un sentido de sacrificio patriótico y la más heroica voluntad de luchar por la libertad. ¿Qué era lo que había cambiado? ¿El pueblo? No, el pueblo, en su esencia interna, había sido siempre el mismo: solo su dirección había pasado a otras manos. Un nuevo espíritu siguió a la debilidad de la administración gubernamental prusiana y a la envejecida jefatura del período posterior a Federico el Grande. El barón von Stein y Gneisenau, Scharnhorst, Clausewitz y Blücher fueron los representantes de la nueva Prusia. Y el mundo, a los pocos meses, había ya olvidado que siete años antes esta Prusia había sufrido la experiencia de Jena.

¿Y qué pasó antes de la fundación del imperio? Apenas se necesitó un decenio para que el nuevo imperio, que a los ojos de muchos pareció ser la encarnación más poderosa de la potencia y el esplendor alemán, surgiera de la decadencia alemana, de la desunión alemana y del deshonor político general. Una sola cabeza, descollando sobre todas, había restaurado la libertad del desarrollo del genio alemán en una batalla contra la mediocridad de la mayoría. Suprimamos a Bismarck en nuestra historia, y solo una lamentable mediocridad llenaría el período que en muchos siglos ha sido el más glorioso para nuestro pueblo.

Lo mismo que el pueblo alemán pudo en pocos años perder su grandeza sin precedentes por obra de la mediocridad de su jefatura, que lo condujo al caos actual, puede ser elevado de nuevo por un puño de hierro. Su valor interno hará entonces su aparición de una manera tan visible ante el mundo entero, que simplemente la efectividad de su existencia obligará a concederle una mirada de aprobación.

Pero precisamente porque al principio este valor está dormido, es especialmente necesario dotar de claridad al valor intrínseco de Alemania que existe en todo momento.

Ya he tratado de esbozar un breve cuadro del momentáneo instrumento alemán de poder militar: la *Reichswehr*. Ahora voy a esbozar la situación

militar general de Alemania en relación con el mundo circundante. Alemania está rodeada en el momento presente por tres factores de poder o grupos de poder. Inglaterra, Rusia y Francia son en la actualidad, militarmente, los vecinos más amenazadores de Alemania. Al mismo tiempo, la potencia francesa aparece reforzada por un sistema de alianzas europeas que llegan desde París a Belgrado pasando por Varsovia y Praga.

Alemania yace encajonada entre estos estados con fronteras completamente abiertas. Lo más amenazador es que la frontera occidental del imperio corre a lo largo de la más extensa región industrial de Alemania. Esta frontera occidental, a consecuencia de su longitud y de la falta de auténticas barreras naturales, ofrece solo unas cuantas posibilidades para la defensa de un estado cuyos medios militares están extremadamente limitados. Ni siquiera el Rin puede considerarse como una línea totalmente efectiva de resistencia militar, no solo porque ello requiere unos preparativos técnicos que Alemania no puede llevar a cabo porque los tratados de paz le han arrebatado los medios indispensables, sino porque el río mismo ofrece menos obstáculos al paso de un ejército con equipo moderno que los menguados elementos de defensa que nuestro país podría dispersar sobre un frente demasiado largo. Por otra parte, este río corre por la mayor extensión industrial alemana y, por consiguiente, una lucha en sus orillas significaría ya desde el principio la destrucción de las zonas industriales y de las fábricas más importantes para la defensa nacional.

Pero si se produjera un conflicto franco-germano, y tuviera que considerarse a Checoslovaquia como un oponente más de Alemania, una segunda gran región industrial, Sajonia, que podría ser útil para el sostenimiento de la guerra, quedaría expuesta a los mayores peligros. También aquí la frontera carece de defensas naturales; baja hasta Baviera, tan abiertamente, que la perspectiva de una resistencia eficaz apenas puede tomarse en consideración. Si Polonia tomara también parte en la guerra contra Alemania, toda nuestra frontera oriental, solo provista de unas cuantas fortificaciones insuficientes, quedaría indefensa contra el ataque.

Mientras que por un lado las fronteras alemanas son militarmente indefendibles y están rodeadas en grandes y abiertas extensiones por enemigos, nuestra costa del mar del Norte es especialmente reducida. El poder naval para su defensa es risible y completamente inútil. La flota a la

que aspiramos hoy como ampliación de los llamados barcos de guerra que poseemos, es en el mejor de los casos un vistoso material de blanco para la práctica del fuego enemigo. Los dos barcos recién construidos, cruceros ligeros de tipo moderno, no tienen ningún valor decisivo y, en realidad, ninguna clase de valor. La flota que se nos permite poseer es insuficiente incluso para el mar Báltico. Bien mirado, el único valor de nuestra flota es el de una escuela de artillería flotante.

Así, en caso de conflicto con cualquier potencia naval, no solamente el comercio alemán quedaría interrumpido en el acto, sino que habríamos de afrontar también el peligro de los desembarcos.

La total desventaja de nuestra situación militar se desprende igualmente de estos hechos:

Berlín, la capital del imperio, está tan solo a 175 kilómetros de la frontera polaca, y escasamente a 190 de la frontera checa más próxima, justamente la distancia entre Wismar y la laguna Stettin en línea recta. Esto significa que con aviones modernos se puede llegar a Berlín en menos de una hora desde esas fronteras. Si trazamos una línea que se extienda a 60 kilómetros al este del Rin, dentro de ella quedará casi toda la región industrial alemana occidental. Desde Fráncfort hasta Dortmund apenas si hay una localidad industrial alemana de importancia que no se encuentre dentro de esta zona.

Mientras Francia ocupe una parte de la orilla izquierda del Rin, tiene la posibilidad de alcanzar con sus aviones el corazón de nuestra región industrial alemana occidental en 30 minutos escasos. Múnich está tan lejos de las fronteras checas como Berlín de las fronteras polacas y checas. La aviación militar checa necesitaría aproximadamente 60 minutos para llegar a Múnich, 40 minutos para alcanzar Núremberg, 30 minutos para llegar a Regensburgo. Augsburgo está solo a 200 kilómetros de la frontera checa; por consiguiente, podría ser alcanzado en una hora escasa con los aparatos actuales. Pero en línea recta, Augsburgo está casi tan distante de la frontera checa como de la frontera francesa. Desde Augsburgo hasta Estrasburgo, la línea de vuelo es de 230 kilómetros, pero solo hay 210 hasta la más próxima frontera francesa. Por lo tanto, también Augsburgo se halla dentro de una zona que puede alcanzar la aviación enemiga en una hora.

En realidad, si examinamos la frontera alemana desde este punto de vista, resulta que en una hora de vuelo pueden alcanzarse los siguientes puntos: toda la región industrial del oeste de Alemania, incluyendo Osnabrück, Bielefeld, Kassel, Wurzburgo, Stuttgart, Ulm, Augsburgo; y del este, Múnich, Augsburgo, Wurzburgo, Magdeburgo, Berlín, Stettin. En otras palabras, que dada la actual disposición de las fronteras alemanas, solo hay en el país una extensión de unos cuantos kilómetros cuadrados que no podría recibir la visita de la aviación hostil en la primera hora.

De aquí que Francia deba considerarse como nuestro enemigo más peligroso; ella es la única que, gracias a sus alianzas, puede amenazar con la aviación casi la totalidad de Alemania, a la hora siguiente de estallar un conflicto.

En el momento actual, las contramedidas que Alemania podría tomar contra el arma aérea enemiga son absolutamente nulas.

Esta sola observación basta para mostrarnos la situación sin esperanzas en que desembocaría inmediatamente una resistencia exclusivamente alemana contra Francia. Quienquiera que en campaña haya estado sometido con frecuencia a los efectos de un ataque aéreo enemigo sabrá apreciar en su justa medida los efectos morales de tales agresiones.

Tampoco Hamburgo ni Bremen, ni ninguna de nuestras ciudades costeras, se librarían de este destino, puesto que las grandes flotas tienen la posibilidad de traer aeródromos flotantes hasta muy cerca de la costa por medio de portaaviones.

Pero el mal de Alemania no es solo no tener ninguna arma técnicamente efectiva en cantidad suficiente para oponerse a los ataques aéreos, sino que también en otros aspectos, el equipo técnico de nuestra pequeña *Reichswehr* es desesperanzadoramente inferior al de nuestros enemigos. La falta de artillería pesada se podría suplir más fácilmente que la carencia de una posibilidad realmente prometedora de defensa contra los carros de combate. Si Alemania se viera hoy lanzada a una guerra contra Francia y sus aliados, sin estar por lo menos en situación de improvisar los preparativos más necesarios para su defensa, la cuestión quedaría decidida en pocos días a causa de la superioridad técnica de nuestros adversarios. Las medidas que

se requieren para la defensa contra semejante ataque no se podrían tomar durante la lucha.

Igualmente falsa es la opinión de que podríamos oponer una resistencia temporal por medios improvisados, ya que estas improvisaciones requieren también cierto lapso del que no se dispone cuando estalla una guerra. Pues los acontecimientos se sucederían con tal rapidez, que no tendríamos tiempo para organizar las oportunas contramedidas.

De aquí que por cualquier lado que consideremos las posibilidades de la política exterior, Alemania debe tener presente que nunca podremos actuar contra las fuerzas movilizadas en Europa confiando solamente en nuestros medios militares. Así, cualquier combinación que ponga a Alemania en conflicto con Francia, Inglaterra, Polonia y Checoslovaquia, etc., sin darle tiempo para realizar una preparación concienzuda, será inútil.

Comprender esto es de fundamental importancia porque hay todavía entre nosotros personas bien intencionadas y de opiniones nacionales que creen sinceramente que debemos asociarnos con Rusia.

Incluso considerada solo desde un punto de vista puramente militar, esta idea es indeseable y catastrófica para Alemania.

Lo mismo que antes del año 1914, hoy podemos dar por sentado, y podremos darlo siempre, que en cualquier conflicto que afecte a Alemania, Francia será nuestro adversario sin tener en cuenta para nada los motivos. Cualesquiera que sean las combinaciones europeas que puedan llevarse a cabo en el futuro, Francia tomará siempre parte en ellas en una actitud hostil a Alemania. Esto es algo implícito en la intención tradicional y arraigada de la política exterior francesa.

Es un error creer que el resultado de la guerra ha suavizado algo esta inquina. Por el contrario, la Guerra Mundial no proporcionó a Francia el logro completo del objetivo bélico que perseguía. Pues este objetivo no era exclusivamente, ni mucho menos, la recuperación de Alsacia y Lorena, las cuales representan únicamente un pequeño paso en dirección a la meta de su política exterior. Que la posesión de Alsacia y Lorena no abolió de ningún modo las tendencias de la política francesa, dirigidas agresivamente contra Alemania, está probado por el hecho de que cuando Francia poseía

Alsacia y Lorena la tendencia de la política exterior francesa dirigida contra Alemania existía ya.

El año 1870 mostró más claramente que el 1914 lo que Francia pretendía en definitiva. En 1870 no se sentía necesidad alguna de velar el carácter agresivo de la política exterior francesa; en 1914, quizás aleccionados por sus experiencias, quizás influidos por Inglaterra, los franceses consideraron más correcto profesar ideas generales de humanidad por una parte y limitar su objetivo a Alsacia y Lorena por la otra. Pero estas consideraciones técnicas no significaban ni mucho menos una desviación de las antiguas metas de la política francesa, sino solo un propósito de disfrazarlas. Después, como antes, la idea rectora de la política exterior francesa era la conquista de las fronteras del Rin, tras lo cual, la mutilación de Alemania en estados individuales, ligados unos a otros del modo más endeble posible, se consideraba como la mejor defensa de esa frontera. Que salvaguardia de Francia en Europa lograda de esta manera fuera la base de la realización de objetivos políticos de índole mundial no altera el hecho de que para Alemania estas intenciones francesas político-continentales eran una cuestión de vida o muerte.

También es evidente que Francia no ha tomado nunca parte en una coalición en la que se promovieran de alguna manera los intereses alemanes. En los trescientos años que precedieron al de 1870, Alemania había sido atacada por Francia veintinueve veces. Esto explica que Bismarck, la víspera de la batalla de Sedán, rechazara duramente las demandas del general francés Wimpffen, que trataba de conseguir una mitigación de las condiciones de rendición. Bismarck, en respuesta a la declaración de que Francia no olvidaría una concesión alemana, sino que la recordaría y lo agradecería siempre, se levantó inmediatamente y enfrentó al negociador francés con los duros y escuetos hechos de la historia. Bismarck recalcó que Francia había atacado a Alemania tan a menudo en los últimos trescientos años, sin importarle la forma existente de gobierno, que estaba convencido de que en el futuro, sin tener en cuenta para nada los términos de la capitulación, volvería a atacar inmediatamente a Alemania en cuanto se sintiera lo bastante fuerte para ello, ya por sus propios medios, ya por la ayuda de sus aliados.

Bismarck apreció así más correctamente la mentalidad francesa que los actuales dirigentes políticos de Alemania. Y pudo proceder de este modo porque además de tener a la vista un objetivo político, conocía, en su esencia, los objetivos políticos de los demás. Para Bismarck estaba claramente establecida la intención de la política exterior francesa. Pero para nuestros dirigentes de hoy es incomprensible, porque ellos mismos carecen de toda idea política clara.

Si, por otra parte, Francia, al entrar en la Guerra Mundial, hubiese tenido exclusiva y concretamente la intención de recuperar Alsacia y Lorena, la dirección bélica francesa no habría sido, ni con mucho, la que fue: no habría mostrado aquella energía que causó admiración general en muchas situaciones de la contienda.

Sin embargo, era natural que en aquella coalición bélica, la mayor de todos los tiempos, no fuera posible satisfacer los deseos de todos los aliados, y menos si se tiene en cuenta que entre ellos se habían exteriorizado divergencias importantes. La intención francesa de borrar a Alemania del mapa de Europa seguía siendo opuesta al deseo inglés de impedir una incondicional hegemonía francesa, del mismo modo que se oponía a la hegemonía alemana.

Fue importante para la limitación de las intenciones bélicas francesas que el colapso alemán se produjese de forma que, en un principio, no permitiese a la opinión pública tomar plena conciencia de toda la magnitud de la catástrofe. Los franceses habían llegado a conocer al granadero alemán de tal manera, que vacilaban al pensar en la posibilidad de que Francia se viera forzada a alcanzar ella sola su última meta política. Pero más adelante, cuando los franceses podrían haberse mostrado más resueltos para semejante acción al evidenciarse la derrota interna de Alemania, la psicosis de guerra en el resto del mundo había surgido ya a tal grado, que una acción unilateral por parte de Francia para un objetivo final de semejante magnitud no podría haberse llevado a cabo sin la oposición de sus antiguos aliados.

Con ello no queremos decir que Francia haya renunciado a su propósito. Por el contrario, tratará tan persistentemente como antes de lograr en el porvenir lo que se ha impedido en el presente. Francia tratará, pues, en el

futuro, tan pronto como se sienta capaz de ello por su propio poder o el de sus aliados, de disolver Alemania y ocupar la orilla del Rin con objeto de poder dedicar sus fuerzas a cualquier otro empeño sin ninguna amenaza a sus espaldas.

Que Francia no se sienta perturbada lo más mínimo en su intención por los cambios del gobierno alemán, es perfectamente comprensible, ya que el pueblo francés, sin importarle para nada su constitución del momento, se aferra siempre con la misma energía a sus ideas sobre política exterior. Un pueblo que va invariablemente en pos de una meta definida de política exterior, sin prestar atención alguna a si lo gobierna una república o una monarquía, una democracia burguesa o un terror jacobino, no comprenderá en modo alguno que otro pueblo tal vez solo por un cambio de su forma de gobierno pueda también llevar a cabo un cambio de sus propósitos en política exterior. Por lo tanto, nada modificará la actitud de Francia hacia Alemania, sea esta nación un imperio o una república, o incluso esté en manos del terror socialista.

Como es natural, Francia no mira con indiferencia los acontecimientos alemanes, pero, al mismo tiempo, su actitud está determinada tan solo por la probabilidad de un éxito mayor, esto es, de hallar facilidades para la actividad de su política exterior por una determinada forma de gobierno alemán. Francia deseará para nosotros la constitución que le permita esperar menos resistencia para la destrucción de Alemania. Por lo tanto, si la república alemana, como signo especial de su valía, trata de ganarse la amistad francesa, con ello demuestra hasta qué extremo llega su incapacidad, ya que si se acoge bien a París tal intento amistoso es porque Francia lo considera como una muestra de la pobreza de valores de Alemania. De ningún modo quiero decir con esto que Francia vaya a mirar a la república alemana de un modo distinto a como la miró en el pasado en los períodos en que nuestra debilidad gubernamental era análoga a la de ahora. Junto al Sena siempre gusta más la debilidad alemana que la fuerza alemana porque aquella parece garantizar a la actividad de la política exterior francesa un éxito más fácil.

Esta tendencia francesa no cambiará en modo alguno por el hecho de que el pueblo francés no adolezca de falta de territorio. Pues en Francia, desde hace siglos, la política ha obedecido muchísimo menos a necesidades

puramente económicas que a impulsos sentimentales. Francia es un ejemplo clásico del hecho de que el sentido de una política sana de ganancia territorial puede cambiarse fácilmente en lo contrario una vez que los principios populares dejan de ser los determinantes y ocupan su lugar los llamados principios gubernamental-nacionales.

El chauvinismo nacional francés se ha apartado de los puntos de vista populares en tal medida, que, por satisfacer una mera apariencia de poder, negrifica su propia sangre solo para mantener numéricamente el carácter de una "gran nación". De aquí que Francia tenga que ser una eterna perturbadora de la paz mundial, a menos que se le administre algún día una lección decisiva, que afecte sus cimientos. Por otra parte, nadie ha caracterizado mejor la naturaleza de la vanidad francesa que Schopenhauer cuando dijo: "África tiene sus monos, Europa tiene sus franceses".

La política exterior francesa ha recibido siempre su impulso interno de esta mezcla de vanidad y megalomanía. ¿Cómo es posible que algún alemán espere que, cuando Francia se aparta cada vez más de un claro pensamiento racional, como consecuencia de su general negrificación, pueda cambiar algún día de actitud e intenciones hacia Alemania?

No; sin tener en cuenta cómo transcurra el próximo desenvolvimiento en Europa, Francia, utilizando las momentáneas debilidades alemanas y todas las posibilidades diplomáticas y militares que tiene a su disposición, tratará siempre de perjudicarnos y dividir de tal manera a nuestro pueblo, que pueda llevarlo a una completa desintegración.

De aquí que para Alemania una coalición que no signifique atar a Francia sea inconcebible.

La creencia en un acuerdo germano-ruso es fantasiosa mientras gobierne en Rusia un régimen que esté dominado por un solo objetivo: llevar el veneno bolchevique a Alemania. Es natural, por tanto, que los elementos comunistas se agiten en pro de una alianza germano-rusa: saben que con ello podrían conducir a Alemania al bolchevismo. Pero es incomprensible que alemanes nacionales crean que es posible concertar un acuerdo con un estado cuyo mayor interés es la destrucción de la misma Alemania nacional. Indudablemente, si una alianza así llegara a realizarse algún día, su resultado sería el dominio completo de la judería en Alemania lo mismo que

domina en Rusia. Igualmente incomprensible es la opinión de que se podría librar una guerra contra el mundo capitalista occidental europeo yendo al lado de Rusia.

Pues, en primer lugar, la Rusia de hoy es cualquier cosa menos un estado anticapitalista. Desde luego, es un país que ha destruido su propia economía nacional, pero solo con objeto de dar al capital financiero internacional la posibilidad de un control absoluto. Si esto no fuese así, ¿cómo se explicaría que el mundo capitalista de Alemania estuviese a favor de semejante alianza?

Obsérvese que son los órganos de la prensa judía, es decir, los más descarados defensores de los intereses de la Bolsa, quienes patrocinan en nuestro país la causa de una alianza germano-rusa. ¿Puede alguien creer que el *Berliner Tageblatt* o el *Frankfurter Zeitung* y todas las revistas ilustradas de esa gente hablarían más o menos abiertamente a favor de la Rusia bolchevique si esta fuera un estado anticapitalista? En asuntos políticos es siempre una maldición que el deseo se convierta en padre del pensamiento.

Ni que decir tiene que en el bolchevismo ruso puede acaecer un cambio interno de tal envergadura, que el elemento judío sea expulsado por un elemento ruso más o menos nacional. En este caso no habría que excluir la posibilidad de que la actual Rusia bolchevique, en realidad capitalista judía, derivase hacia tendencias nacionales anticapitalistas. En semejante situación, que numerosos detalles parecen anunciar, sería concebible, desde luego, que el capitalismo europeo occidental tomase seriamente posiciones contra Rusia. Pero entonces una alianza de Alemania con esta Rusia sería también una completa locura. Pues la idea de que semejante alianza pudiera mantenerse en secreto están tan injustificada como la creencia de que podríamos armarnos y hacer toda clase de preparativos bélicos calladamente.

Entonces habría solo dos verdaderas posibilidades: O bien esta alianza sería considerada como un peligro por el mundo occidental europeo, que entonces actuaría contra Rusia, o no se la consideraría un peligro. En el primer caso, no comprendo cómo puede creerse en serio que tendríamos tiempo para armarnos de tal modo, que pudiéramos, por lo menos, impedir el colapso en las primeras veinticuatro horas. ¿O es que se cree que Francia

aguardará hasta que hayamos construido nuestra defensa aérea y nuestra defensa contra carros de combate? ¿No es menos cándido suponer que estos preparativos pueden hacerse secretamente en un país en el que la traición no se considera ya nada vergonzoso, sino más bien una hazaña valerosa digna de emulación?

No; si Alemania desea realmente concertar una alianza con Rusia contra la Europa occidental, se convertirá de nuevo el día de mañana en un campo de batalla histórico. Además de esto, se requiere una fantasía fuera de lo común para imaginarse que Rusia podría acudir de alguna manera —que yo no alcanzo a comprender— en ayuda de Alemania. El único éxito de semejante acción sería que Rusia podría librarse todavía durante cierto tiempo de una catástrofe, ya que esta se abatiría primero sobre Alemania. La incitación popular para semejante lucha contra Alemania sería sumamente fácil, especialmente en los estados occidentales.

Imaginémonos a Alemania aliada con una Rusia verdaderamente anticapitalista. La prensa prensa judía mundial democrática movilizaría todos los instintos de las demás naciones contra Alemania. Especialmente en Francia, se establecería inmediatamente una completa armonía entre el chauvinismo y la prensa judía de la Bolsa. Porque no se debe confundir semejante proceso con la lucha de los generales rusos blancos contra el bolchevismo de aquella época. En los años 19 y 20, la Rusia nacional blanca luchaba contra la revolución bolsista judía, que en verdad era una revolución roja internacional-capitalista, en el más alto sentido. Pero hoy el bolchevismo anticapitalista, convertido en nacional, entablaría una lucha contra la judería mundial. Quienquiera que comprenda la importancia de la propaganda de la prensa y sus infinitas posibilidades para incitar a las naciones y embarcar al pueblo, puede imaginarse hasta qué orgías de odio y de pasión contra Alemania podrían ser azuzadas las naciones occidentales europeas. Pues entonces Alemania no estaría según la prensa judía aliada con una Rusia de ideas grandes, notables, éticas e intrépidas, sino con los despojadores de la cultura de la humanidad.

Sobre todo, no podría presentarse mejor oportunidad al gobierno francés para dominar sus propias dificultades internas, que emprender en semejante caso una lucha absolutamente libre de riesgo contra Alemania. El chauvinismo francés podría sentirse profundamente satisfecho, puesto que

entonces, bajo la protección de una nueva coalición mundial, podría llegar mucho más cerca del coronamiento de su objetivo bélico. Porque, fuera cual fuere la naturaleza de la alianza entre Alemania y Rusia, militarmente, Alemania tendría que sufrir los golpes más terribles. Dejando completamente aparte el hecho de que Rusia no limita con Alemania y, por consiguiente, tendría primero que invadir el estado polaco —dando por supuesta la dominación de Polonia por Rusia, cosa sumamente improbable —, en las mejores circunstancias, la ayuda efectiva rusa llegaría al territorio alemán cuando Alemania ya no existiera. Pues la idea de un desembarco de divisiones rusas en cualquier parte de Alemania hay que excluirla por completo mientras que Inglaterra y Francia tengan el dominio total del mar Báltico. Por otra parte, el desembarco de tropas rusas en Alemania fracasaría a causa de incontables deficiencias técnicas.

Por eso, si algún día una alianza germano-rusa tuviese que soportar la prueba de la realidad —y no existe ninguna alianza sin miras a la guerra—, Alemania se vería expuesta a los ataques concentrados de toda la Europa occidental sin la posibilidad de disponer eficazmente su defensa.

Pero ahora queda la cuestión de qué sentido tendría en general una alianza germano-rusa. ¿Solo el preservar a Rusia de la destrucción a costa del sacrificio de Alemania? Sin tener en cuenta el posible resultado final de esta alianza, lo cierto es que Alemania no podría llegar a establecer una meta decisiva en política exterior. Pues nada habría cambiado en la cuestión más vital, en las necesidades vitales de nuestro pueblo. Por el contrario, Alemania se vería apartada de la única política territorial sensata, para llenar su futuro con disputas sobre insignificantes regulaciones fronterizas. Pues la cuestión de espacio para nuestro pueblo no puede resolverse ni en el oeste ni en el sur de Europa.

La esperanza en una alianza germano-rusa, que obsesiona incluso a las mentes de muchos políticos nacionales alemanes, es más discutible todavía por otra razón.

En general, parece evidente en los círculos nacionales que no podemos aliarnos con una Rusia judío-bolchevique, puesto que el resultado sería con toda probabilidad la bolchevización de Alemania. Indudablemente, no es esto lo que queremos. Pero nos basamos en la esperanza de que algún día el

carácter judío —y con ello el rasgo más fundamentalmente internacional capitalista del bolchevismo en Rusia— desaparezca y ceda su puesto a un comunismo nacional, anticapitalista, de alcance mundial. Entonces, esa Rusia, penetrada una vez más por tendencias nacionales, podría muy bien ser tomada en consideración por Alemania.

Esto es un error grandísimo. Descansa en una extraordinaria ignorancia de la psicología del alma del pueblo eslavo. Tal ignorancia no asombrará a nadie que reflexione sobre el escaso conocimiento que incluso la Alemania políticamente instruida tenía de las condiciones espirituales de sus aliados en otros tiempos. De otro modo, nunca habríamos caído tan bajo. Por lo tanto, si hoy los políticos nacionales que se muestran partidarios de la amistad con Rusia tratan de fundar su política haciendo referencia a actitudes análogas de Bismarck, es porque pasan por alto toda una multitud de factores importanes que en aquel tiempo, pero no hoy, abogaban en pro de la amistad con Rusia.

La Rusia que Bismarck conoció no era un típico estado eslavo, por lo menos en lo referente a la jefatura política de la nación. El eslavismo carece, por lo general, de capacidad de formación de estados. Especialmente en Rusia, la construcción del estado siempre ha sido realizada por elementos extranjeros. Desde la época de Pedro el Grande, sobre todo, gran número de alemanes (¡bálticos!) formaron el esqueleto y el cerebro del estado ruso. En el curso de los siglos, miles y miles de estos alemanes han sido rusificados, pero solo en el mismo sentido en que nuestra propia burguesía, nuestra burguesía nacional, querría alemanizar o germanizar a los polacos y a los checos. Así como en este caso el flamante "alemán" sería únicamente un polaco o un checo que hablaría alemán, los rusos artificiales siguen siendo alemanes o, mejor dicho, germanos, de acuerdo con su sangre y, por lo tanto, con sus capacidades. Rusia debe su existencia estatal, así como los pocos valores culturales existentes, a este estrato superior germánico. Nunca habría surgido una gran Rusia, ni habría podido conservarse, sin este estrato superior e intelectual en realidad alemán.

Mientras Rusia fue un estado con una forma autocrática de gobierno, este estrato superior, que en verdad no tenía nada de ruso, influyó también decisivamente en la vida política del gigantesco imperio. Bismarck conoció

todavía a esta Rusia, al menos en parte. Con esta Rusia sostuvo sus tratos políticos el maestro del arte de la política de estado alemana. Pero aun en vida de Bismarck, la estabilidad y el grado de confianza que merecían la política rusa, tanto en su aspecto doméstico como en el exterior, se habían vuelto precariamente inestables y en parte imprevisibles. Ello se debía a la supresión gradual del estrato superior germano.

Este proceso de la transformación de la intelectualidad rusa se debió en parte a un desangramiento del pueblo ruso como consecuencia de innumerables guerras, que, como ya se ha dicho en este libro, diezman las fuerzas más valiosas en el aspecto racial. Efectivamente, la oficialidad era en su mayor parte de ascendencia no eslava, y, desde luego, no de sangre rusa. Frente a esto, existía el insignificante aumento poblacional del estrato superior de la intelectualidad rusa y, finalmente, la artificial instrucción en las escuelas partidarias de un auténtico rusismo de sangre. El ligero valor preservador del estado de la nueva intelectualidad rusa se fundaba en la sangre y se revelaba tal vez especialmente en el nihilismo de las universidades rusas. Pero, fundamentalmente, este nihilismo no era más que la oposición del verdadero rusismo, oposición determinada por la sangre, al estrato superior, racialmente extranjero.

La idea paneslava se fue oponiendo a la idea rusa del estado a medida que el estrato superior y germánico, formador del estado en Rusia, fue siendo reemplazado por una clase burguesa rusa racialmente pura, que desde el momento de nacer fue popular, eslava y antialemana. La disposición antialemana del rusismo recién nacido, especialmente en los estratos de la llamada intelectualidad, no era, sin embargo, solamente una acción refleja contra la antigua clase superior extranjera autocrática de Rusia, acción que podría estar fundada en las nuevas ideas políticas de cuño liberal, sino en el sentido más interno la protesta del carácter eslavo contra el alemán.

Las almas de estos dos pueblos tienen muy pocas cosas en común, por lo que primero debe establecerse si estos escasos puntos comunes hallan su causa en los elementos de raza individuales confusamente amalgamados, de los que tanto el pueblo ruso como el alemán parecen estar formados.

Así, lo que es común a nosotros y a los rusos está escasamente relacionado con el carácter alemán y con el ruso, ya que ha de atribuirse tan solo a la mezcla de sangres que trajo tantos elementos orientales eslavos a Alemania como alemanes nórdicos llevó a Rusia. Pero si, para probar las dotes espirituales de ambos colocamos a un puro alemán nórdico, por ejemplo de Westfalia, frente a un puro ruso eslavo, veremos que un profundo abismo se abre entre estos representantes de los dos pueblos.

En realidad, el pueblo ruso-eslavo siempre ha comprendido esto, y por eso siempre ha sentido una antipatía instintiva hacia el alemán. La rigurosa minuciosidad, la fría lógica y la sobriedad del pensamiento alemán es algo que para el verdadero ruso resulta interiormente antipático y en parte incluso incomprensible. Nuestro sentido del orden no solo no halla en él ningún eco recíproco, sino que le produce verdadera aversión. Lo que para nosotros es algo evidente por sí mismo, constituye para el ruso un motivo de pesar, ya que representa una restricción de su vida natural, de estructura diferente a la nuestra: tanto en espíritu como en instinto.

De aquí que la Rusia eslava se sienta cada vez más atraída por Francia, a medida que el elemento nórdico-franco va desapareciendo del pueblo francés. La vida francesa fácil, superficial, más o menos afeminada, podía fascinar más al eslavo porque internamente está más cerca de él que las severidades de nuestra lucha alemana por la existencia. De aquí que no sea ninguna casualidad que la Rusia paneslava se vuelque con entusiasmo sobre Francia, exactamente como la intelectualidad rusa de sangre eslava hallaba en París la Meca de sus propias necesidades de civilización.

El proceso del encumbramiento de la burguesía nacional rusa causó al mismo tiempo una enajenación esencial de esta nueva Rusia respecto a Alemania, que ya no podía seguir haciendo una labor constructiva sobre un estrato superior ruso racialmente emparentado.

A decir verdad, ya que en los últimos años del siglo, la orientación antialemana de los representantes de la idea popular paneslava era tan fuerte y su influencia sobre la política rusa se había extendido de tal modo, que incluso la actitud más que honesta de Alemania respecto a Rusia con ocasión de la guerra ruso-japonesa, no pudo evitar el posterior distanciamiento de los dos estados. Después vino la Guerra Mundial, en

buena parte producida también por la agitación paneslavista. La Rusia verdaderamente gubernamental, que había estado representada por el estrato superior de otros tiempos, ya apenas pudo oponer ninguna objeción.

La Guerra Mundial produjo un posterior desangramiento de los elementos alemanes nórdicos de Rusia, y los últimos restos fueron finalmente extirpados por la revolución y el bolchevismo. No es que el instinto de la raza eslava llevara deliberadamente a cabo la lucha por la exterminación del antiguo estrato superior no ruso. No, ese instinto había adquirido mientras tanto nuevos dirigentes en la judería.

La judería, presionando hacia los estratos superiores y, por lo tanto, hacia la dirección suprema, había exterminado la antigua clase superior extranjera con la ayuda del instinto racial eslavo. Así, es un proceso totalmente comprensible que la judería haya tomado la dirección de todas las zonas de la vida rusa mediante la revolución bolchevique, ya que de por sí el eslavismo carece totalmente de habilidad organizadora y, en consecuencia, de capacidad para formar un estado y conservarlo. Quítese del eslavismo todos los elementos que no sean puramente eslavos, e inmediatamente sucumbirá a la desintegración como tal estado.

Sin embargo, en principio, toda formación de estados puede tener su causa más íntima en la reunión de pueblos de orden superior e inferior, por lo que los portadores del valor sanguíneo superior —por razones de autoconservación— desarrollan un cierto espíritu comunitario que les permite la posibilidad de organizar y gobernar a los inferiores.

Solo la realización de tareas comunes induce a la adopción de formas organizadoras. Pero la diferencia entre los elementos formadores y no formadores de estados consiste precisamente en que formar una organización para conservar la subsistencia de tales elementos frente a otros tipos de organización solo es posible para los primeros, mientras que los incompetentes para la formación de un estado son incapaces de hallar por sí mismas esas formas organizadores que garantizarían su existencia frente a otras.

Así, la Rusia actual o, mejor dicho, el eslavismo actual de nacionalidad rusa, ha recibido como dueño al judío, que primero eliminó el antiguo estrato superior y ahora tiene que demostrar su propia capacidad para la

formación de un estado. Dadas sus características, la judería, que, después de todo, solo es destructiva, operará también aquí únicamente como "fermento histórico de descomposición". La judería ha convocado en su ayuda a espíritus de los que ya no puede desprenderse, y la lucha de la idea paneslava, internamente antiestatal, contra la idea estatal judío-bolchevique acabará con la destrucción de la judería. Lo que quedará entonces será una Rusia tan insignificante en poder gubernamental como enraizada profundamente en actitud antialemana. Como este estado no poseerá ya ningún estrato superior conservador del estado fijo en ninguna parte, se convertirá en una fuente de eterna inquietud y de eterna inseguridad. Una inmensa extensión de terreno quedará entregada así a la suerte más diversa, y en lugar de una estabilización de las relaciones entre los estados de la Tierra, se producirá un período de cambios y de inquietud.

Así, en la primera fase de este desarrollo, las más distintas naciones del mundo tratarán de entrar en relaciones con tan enorme complejo de estados, con objeto de llevar a cabo un reforzamiento de sus propias posiciones e intenciones. Pero semejante intento estará siempre ligado al esfuerzo por ejercer al mismo tiempo la propia influencia intelectual y organizadora sobre Rusia.

Alemania no puede esperar de ningún modo que se la tenga en consideración durante este desarrollo. Toda la mentalidad de la Rusia actual y de la Rusia futura se opone a esto. Una alianza de Alemania con Rusia con vistas al porvenir no tiene ningún sentido para Alemania ni desde el punto de vista de la mera conveniencia, ni desde el de la comunidad humana. Por el contrario, es una buena suerte para el futuro que tal desarrollo se haya producido de esta manera, porque así se ha roto un encantamiento que nos habría impedido buscar la meta de la política exterior alemana donde sola y exclusivamente puede hallarse: en los territorios del este.

CAPÍTULO XII

En vista de la situación militar sin esperanzas de Alemania, hay que tener en cuenta lo siguiente para la formación de una futura política exterior alemana:

1.) Alemania no puede llevar a cabo por sí misma un cambio en su situación actual, mientras este cambio tenga que lograrse por medio de la fuerza militar.

2.) Alemania no puede esperar que se produzca un cambio en su situación por medidas adoptadas por la Sociedad de Naciones, mientras los representantes que determinan esta institución sean al mismo tiempo las partes interesadas en que Alemania quede destruida.

3.) Alemania no puede esperar cambiar su situación actual mediante una combinación de potencias que la ponga en conflicto con el sistema francés de alianzas que rodea a Alemania, sin adquirir primero la posibilidad de eliminar su absoluta impotencia militar de modo que, en el caso de que los compromisos de la alianza alemana entren en acción, pueda avanzar inmediatamente con la perspectiva de un éxito militar.

4.) Alemania no puede esperar encontrar semejante combinación de potencias mientras su objetivo definitivo en política exterior no esté establecido claramente y, que este no vaya en contra de los intereses de aquellos estados que puedan tenerse en cuenta para una alianza con Alemania, sino que tales estados lo juzguen incluso conveniente.

5.) Alemania no puede esperar encontrar a estos estados fuera de la Sociedad de Naciones. Su única esperanza debe cifrarse en conseguir que cierto número de países se separen de la coalición de naciones victoriosas y construir con ellos un nuevo grupo de partes interesadas con objetivos nuevos y que no puedan lograrse mediante la Sociedad de Naciones a causa de la naturaleza de esta agrupación.

6.) Alemania solo puede esperar tener éxito de esta manera si renuncia a su política vacilante y se decide finalmente a ir en una sola dirección, al

mismo tiempo que asume y soporta todas las consecuencias.

7.) Alemania no debe esperar influir en la historia universal mediante alianzas con pueblos cuyo valor militar parece suficientemente caracterizado por sus antiguas derrotas, o cuya importancia racial es inferior. Pues la lucha para la recuperación de la libertad alemana elevará de nuevo la historia de Alemania al nivel de la historia mundial.

8.) Alemania no debería olvidar un solo momento que, independientemente de cómo y por qué caminos piense cambiar su destino, Francia será siempre su enemiga y figurará desde el principio en cualquier combinación de potencias que se dirija contra Alemania.

CAPÍTULO XIII

No podemos examinar las posibilidades de la política exterior de Alemania sin saber primero claramente lo que queremos los alemanes, esto es, cómo los alemanes pensamos moldear nuestro futuro. Además, debemos también tratar de determinar claramente las metas en política exterior de aquellas potencias de Europa que, como miembros de la coalición de vencedores, han adquirido importancia mundial.

Ya he tratado en este libro de las diversas posibilidades de la política exterior de Alemania. Sin embargo, quiero presentar una vez más brevemente las finalidades posibles en política exterior, de forma que puedan ofrecer una base para el examen crítico de la relación de estos objetivos con los de otros estados europeos.

1.) Alemania puede renunciar totalmente a establecer una finalidad en política exterior. Dicho en otras palabras, puede decidirse por todo y no necesita en modo alguno comprometerse a nada.

En el futuro debe continuar la política de los últimos treinta años, pero en otras condiciones. Si ahora el mundo estuviera formado por estados con una similar ausencia de objetivos políticos, Alemania podría al menos soportar esta situación, aunque difícilmente se pudiera justificar. Pero este no es en absoluto el caso.

En la vida ordinaria, un hombre con un propósito fijo y que trate de conseguir a toda costa, es siempre superior a otros que viven sin plan alguno; en la vida de los pueblos sucede exactamente lo mismo. Pero, sobre todo, no es cierto que un estado sin objetivo político esté en posición de evitar los peligros que semejante objetivo podría acarrearle. Porque, precisamente por parecer que se halla exento de una función activa, a consecuencia de su falta de objetivo político, por su misma pasividad, puede convertirse fácilmente en víctima de los objetivos políticos de otros estados.

La acción de un estado no está determinada solamente por su propia voluntad, sino también por la voluntad de los otros. La única diferencia es que, en el primer caso, es el mismo estado quien puede fijar su línea de acción, mientras que, en el segundo, esa línea de acción se la imponen. No querer una guerra porque se tienen sentimientos pacíficos, no es lo mismo que evitar la guerra. Y evitar una guerra a toda costa no significa ni muchísimo menos, salvar la vida.

La situación de Alemania en Europa es hoy tal, que está muy lejos de poder permitirse esperar conseguir una situación de paz contemplativa con su propia carencia de objetivo político. No puede existir posibilidad semejante para un pueblo situado en el corazón de Europa. O la misma Alemania trata de tomar parte activa en la formación de vida, o será un objeto pasivo de la actividad formadora de vida de otros pueblos.

Toda la sagacidad que se ha atribuido hasta ahora al intento de apartar a los pueblos de peligros históricos mediante declaraciones de un desinterés general, ha resultado ser un error tan cobarde como estúpido. Quien en la historia no quiera ser martillo, será yunque. Esta ha sido la alternativa del pueblo alemán en todo el proceso de su desarrollo. Cuando quiso hacer historia y por consiguiente lo arriesgó todo con alegre intrepidez fue todavía martillo. Cuando creyó que podía renunciar a las obligaciones de la lucha por la existencia pasó a ser —y sigue siéndolo— el yunque sobre el que otros libraron su lucha por la vida o Alemania misma sirvió de alimento a los extranjeros.

De aquí que Alemania, si quiere vivir, tendrá que emprender la defensa de su vida, teniendo en cuenta que incluso en este caso, la mejor parada es una acometida. Sin duda alguna, Alemania no puede esperar en absoluto hacer nada para formar su propia vida si no realiza un fuerte esfuerzo a fin de establecer un claro objetivo de política exterior, objetivo que parezca adecuado para poner nuestra lucha por la existencia en una relación inteligente con los intereses de otras naciones.

Pero si no hacemos esto, la falta de amplios objetivos causará la falta de planes detallados, y esta falta de planes nos convertirá gradualmente en una segunda Polonia en Europa. En la misma proporción en que dejemos que nuestras fuerzas se vayan haciendo más débiles, por obra de nuestro

derrotismo político general, y consintamos que la única actividad de nuestra vida se consuma en una mera política doméstica, nos hundiremos. Así llegará Alemania a ser un pelele de los acontecimientos históricos motivados por la lucha por la existencia y sus propios intereses empeñada por otros pueblos.

Además, los países que no son capaces de adoptar decisiones claras sobre su propio futuro y, por consiguiente, prefieren no participar en absoluto en el juego del desarrollo mundial, serán considerados por todas las demás naciones como objetos de despojo y del odio general. Realmente, puede incluso suceder que, al contrario de lo que se pretende, la falta de planes en acciones políticas individuales, falta fundada en la carencia general de un objetivo de política exterior, sea considerada como un juego astuto e impenetrable, y se responda a ello en consecuencia. Así se labró nuestra desgracia en el período de la preguerra. Cuanto más impenetrables, por lo incomprensibles, eran las decisiones políticas de los gobiernos alemanes de aquel tiempo, más sospechosas parecían. Y tanto más, en consecuencia, se estimaban como peligrosas las ideas que se creían ver tras las medidas más estúpidas.

Así, si hoy Alemania no hace un esfuerzo para llegar a una clara meta política, esto equivaldrá a renunciar a todas las posibilidades de una revisión de nuestro actual destino, lo que inevitablemente acarrea peligros futuros.

2.) Alemania desea seguir alimentando al pueblo alemán por medios económico-pacíficos, como ha hecho hasta ahora.

Consiguientemente, también en el porvenir participará de la manera más decisiva en la industria, exportación y comercio mundiales. Así, pues, necesitará de nuevo una gran flota mercante, estaciones de carboneo y bases en otras partes del mundo, y, finalmente, no solo mercados internacionales de venta, sino también sus propias fuentes de materias primas, si es posible en forma de colonias. En el porvenir, semejante desenvolvimiento tendrá que protegerse en especial con potencia marítima.

Toda esta aspiración política para el futuro es una utopía, a menos que se considere a Inglaterra derrotada de antemano. Tales propósitos establecen de nuevo todas las causas que en 1914 desembocaron en la Guerra Mundial.

Cualquier intento por parte de Alemania de renovar su pasado a lo largo de este camino tendrá que acabar por atraerse la mortal enemistad de Inglaterra, y se puede contar con que Francia se asociará a ella desde el principio.

Desde un punto de vista popular, el establecimiento de este objetivo de política exterior es lamentable; desde el punto de vista de una política de poder es sencillamente una locura.

3.) Alemania establece la restauración de las fronteras del año 1914 como objetivo de su política exterior.

Este objetivo es insuficiente desde un punto de vista nacional, insatisfactoria desde un punto de vista militar, imposible desde un punto de vista popular, que mira al futuro, e insensata si se tienen en cuenta sus consecuencias. Con tal objetivo, Alemania tendría en el porvenir toda la coalición de los antiguos vencedores alineada contra ella en un frente compacto. En vista de nuestra actual posición militar, que, si continúa la situación presente, empeorará de año en año, la forma en que vamos a restaurar las viejas fronteras es el secreto impenetrable de nuestros políticos nacionales-burgueses y patrióticos.

4.) Alemania se decide a embarcarse en una clara política territorial de largas miras. En consecuencia, abandona todos los intentos de industria mundial y de comercio mundial y, en lugar de eso, concentra todas sus fuerzas en asignar a nuestro pueblo suficiente espacio vital para los próximos cien años, lo que supone señalarle también un rumbo de vida. Puesto que este espacio solo puede estar en el este, la obligación de ser una potencial naval retrocede asimismo a un segundo término. Alemania trata nuevamente de defender sus intereses mediante la formación de un poder decisivo en tierra.

Este objetivo se adapta tanto a las más altas exigencias nacionales como a las necesidades populares. Requiere igualmente grandes medio militares para su ejecución, pero no pone forzosamente a Alemania en conflicto con todas las grandes potencias europeas. Con toda seguridad, Francia seguiría siendo, no obstante, enemiga de Alemania, pero la naturaleza de semejante objetivo político no contendría motivo alguno para que Inglaterra, y especialmente Italia, mantuvieran la enemistad de la Guerra Mundial.

CAPÍTULO XIV

Es conveniente pasar revista a los grandes objetivos de política exterior de las potencias europeas para mejor comprensión de las posibilidades anteriormente aducidas. En parte, estos objetivos son reconocibles en la actividad y eficacia previas de estos estados, en parte están expuestos programáticamente y, en parte, descansan en necesidades vitales tan claramente identificables, que incluso si los estados se lanzan momentáneamente por otros caminos, al chocar con una realidad más dura tomarán de nuevo el camino de esos fines.

Que Inglaterra tiene una finalidad clara en política exterior queda probado por el hecho de la existencia y consiguiente engrandecimiento de este imperio gigante. Que nadie se imagine que un imperio mundial puede forjarse sin la resuelta voluntad de hacerlo. Indudablemente, no todo miembro aislado de semejante pueblo va al trabajo diariamente con la idea de consolidar un gran objetivo de política exterior, pero de una forma completamente natural, todo un pueblo puede sentirse ligado a semejante objetivo, de modo que incluso los actos inconscientes de los individuos se proyecten hacia la meta fijada y la beneficien eficazmente. En realidad, el objetivo político general se va estampando lentamente en el carácter mismo de tales pueblos; por eso el orgullo del inglés actual no es diferente del orgullo de los antiguos romanos.

La opinión de que los imperios mundiales deben su encumbramiento al azar o que, al menos, los sucesos que permitieron su establecimiento fueron procesos históricos accidentales que siempre resultaron ser afortunados para un pueblo, es falsa. La antigua Roma debió su grandeza, exactamente como la debe la Inglaterra actual, a la solidez de la afirmación de Moltke de que, a la larga, la suerte se alía con la capacidad. La capacidad de un pueblo no descansa de ninguna manera solamente en el valor racial, sino también en la habilidad y fortaleza con que estos valores se aplican. Un imperio mundial de la extensión de la antigua Roma, o de la actual Gran Bretaña, es siempre el resultado de un matrimonio entre el más alto valor racial y el más claro

objetivo político. Tan pronto como empieza a faltar uno de estos dos factores, se produce primero la debilitación y después, quizás, incluso la decadencia.

El objetivo de la Inglaterra actual está condicionado por el valor del pueblo del anglosajón y por la posición insular que ocupa. Una de las características del valor del pueblo anglosajón es su esfuerzo por lograr espacio territorial. No quiere decir esto que los ingleses no hayan intentado de cuando en cuando apoderarse también de tierra europea para satisfacer sus ansias expansionistas. Pero todas las empresas de esta índole fracasaron por el hecho de que Inglaterra tropezaba con estados que en aquel tiempo tenían una capacidad racial no inferior a la suya. Más adelante, la expansión inglesa en las llamadas colonias condujo a un extraordinario incremento de la vida marítima inglesa.

Es interesante ver cómo Inglaterra, que al principio exportaba hombres, se dedicó al final a la exportación de mercancías, con lo que debilitó su propia agricultura. Aunque ahora gran parte del pueblo inglés, la mitad aproximadamente, es inferior al valor máximo alemán, la tradición de siglos de este pueblo ha llegado a ser algo tan consubstancial con su carne y su sangre, que posee considerables ventajas políticas sobre nuestro pueblo. Hoy nuestro globo tiene un imperio mundial inglés, y la verdad es que, en los tiempos que corren, no hay ningún pueblo más capacitado para ello, por sus características generales cívico-políticas y por su sagacidad política media.

La idea fundamental que dominó la política colonial inglesa fue por una parte la de encontrar un mercado territorial para el material humano inglés y mantener a este último en relación gubernamental con la madre patria; y por otra, asegurar los mercados y las fuentes de materias primas de la economía inglesa.

Es comprensible que el inglés esté convencido de que los alemanes no saben colonizar, lo mismo que es comprensible que el alemán crea otro tanto del inglés. Ambos pueblos adoptan diferentes puntos de vista al juzgar sus capacidades colonizadoras. El punto de vista inglés es infinitamente más práctico y sobrio, y el punto de vista alemán, más romántico.

Cuando Alemania luchó por sus primeras colonias, era ya un estado militar en Europa y, por consiguiente, una potencia de primera categoría. Había conquistado el título de potencia mundial con éxitos imperecederos en todos los campos de la cultura humana, así como en el de la capacidad militar. Es digno de mención que especialmente en el siglo XIX se apoderara de los pueblos un impulso general hacia la conquista de colonias, a pesar de que la idea rectora original se había adulterado ya completamente. Por ejemplo, Alemania basaba su derecho a colonias en su capacidad y en su deseo de propagar la cultura alemana. Esto era una tontería, pues la cultura, que es la expresión general de vida de un pueblo determinado, no puede transmitirse a otro pueblo de condiciones psíquicas totalmente distintas. En el mejor de los casos, esto puede conducir a una de esas civilizaciones internacionales que tienen la misma relación con la cultura que la música de jazz con una sinfonía de Beethoven.

Pero, esto aparte, nunca se le habría ocurrido a un inglés, en la época en que fueron fundadas las colonias de Inglaterra, basar sus acciones en otra cosa que en las ventajas reales y específicas que podía conseguir con ellas. Si más adelante Inglaterra abogó por la libertad de los mares o de las naciones oprimidas, no lo hizo con el propósito de justificar su actividad colonial, sino con el de suprimir competencias peligrosas. El éxito de la actividad colonial inglesa se debía en buena parte a las razones más naturales. Porque cuando menos pensaba el inglés en imponer la cultura inglesa o la educación inglesa a los salvajes, más simpático tenía que parecer semejante gobierno a unos seres selváticos que no tenían el más mínimo anhelo de cultura. Además, hay que tener presente el látigo, que se podía usar sin contemplaciones, ya que no se corría el peligro de desviarse de una inexistente misión cultural.

Inglaterra necesitaba fuentes de materias primas y mercados para sus mercancías, y se aseguraba estos mercados mediante una política de poder. Este es el sentido de la política colonial inglesa. Si más tarde, Inglaterra pronunció con énfasis la palabra “cultura”, lo hizo tan solo desde un punto de vista propagandístico: únicamente pretendía revestir de cierta moralidad sus acciones excesivamente interesadas.

En realidad, las condiciones de vida de los salvajes eran un asunto que no importaba lo más mínimo a los ingleses mientras no afectara a las

condiciones de vida de los propios ingleses. Que más adelante se vinculasen otras ideas de prestigio político a colonias de la extensión de la India, es comprensible. Pero nadie puede discutir que, por ejemplo, los intereses indios nunca determinaron las condiciones de vida de los ingleses, sino que, por el contrario, los intereses de los ingleses determinaron las condiciones de vida de la India. Tampoco puede discutirse que ni siquiera en la India establecen los ingleses instituciones culturales de ninguna clase para que los nativos puedan compartir la cultura inglesa, sino más bien para que, en el mejor de los casos, los ingleses puedan extraer más beneficios de sus colonias. ¿O es que alguien cree que Inglaterra llevó ferrocarriles a la India solo para que los indios tuvieran transportes europeos y no para poder explotar mejor la colonia y ejercer su dominio más fácilmente?

Si actualmente en Egipto, Inglaterra sigue de nuevo los pasos de los faraones y almacena el agua del Nilo por medio de presas gigantescas, desde luego no procede así con objeto de conseguir que sea más fácil la vida terreneal de los pobres fellahs, sino únicamente para lograr independizar el algodón inglés del monopolio estadounidense. Pero estos son unos puntos de vista en los que Alemania nunca se atrevió a pensar abiertamente en relación con su política colonial. Los ingleses educaron a los nativos con arreglo a los intereses de Inglaterra, mientras que los alemanes serían sus maestros. Para el inglés corriente, el hecho de que los nativos se sintieran mejor con nosotros que con ellos, no hablará en favor de nuestra política de colonización, sino por el contrario, en favor de la inglesa.

Esta política de conquista gradual del mundo, en la que el poder económico y la fuerza política fueron siempre de la mano, condicionó la posición de Inglaterra respecto a otros estados. Cuanto más se extendía Inglaterra en su política colonial, más necesitaba el dominio de los mares, y cuanto más lograba el dominio de los mares, más incitada se sentía a acrecentar su poderío colonial. Pero entonces, también más celosamente empezó a vigilar para que nadie compitiera con ella en el dominio de los mares ni en las posesiones coloniales.

Está muy extendido, especialmente en Alemania, el error de creer que Inglaterra lucharía sin vacilar contra cualquier hegemonía europea. Sin duda alguna, esto no es cierto. En realidad, a Inglaterra le importan muy

poco las condiciones europeas mientras no surja de ellas la amenaza de algún competidor mundial, ya que ella estimó siempre que tal amenaza radicaba en una potencia en desarrollo que pudiera un día interceptar su dominio sobre los mares y las colonias.

No ha habido ningún conflicto de Inglaterra con Europa en el que aquella no haya tenido que proteger su comercio y sus intereses de ultramar. Las luchas contra España, Holanda y más tarde Francia no tuvieron su fundamento en la potencia militar amenazadora de tales estados, sino solo en cómo estaba fundada esa potencia y en sus efectos.

Si España no hubiese sido una potencia ultramarina y, por lo tanto, un poder que competía con Inglaterra, esta última, con toda seguridad, apenas se habría fijado en España. Lo mismo puede decirse de Holanda. E incluso la lucha gigantesca que mantuvo posteriormente Inglaterra contra Francia no se dirigió nunca contra la Francia continental de Napoleón, sino más bien contra una Francia napoleónica que consideraba su propia política continental tan solo como un trampolín y una base para fines más amplios que nada tenían de continentales.

Francia, dada su posición geográfica, será siempre la potencia más amenazadora para Inglaterra. Fue quizás el único estado en el que incluso un limitado desarrollo continental podía contener peligros para el porvenir de Inglaterra. Sin embargo, Inglaterra decidió entrar en la Guerra Mundial al lado de Francia, hecho sumamente instructivo para nosotros. Instructivo porque demuestra que en Inglaterra, a pesar de la firme adhesión a las grandes ideas fundamentales de la política exterior, se tienen en cuenta las posibilidades del momento y no se renuncia a ellas simplemente porque pueda surgir de una de esas posibilidades una amenaza para Inglaterra en un futuro próximo o lejano.

Los políticos alemanes de “Dios castigue a Inglaterra” opinan invariablemente que las relaciones con Inglaterra en el porvenir deben fracasar en la convicción de que Inglaterra nunca pensará seriamente promover los intereses de Alemania mediante una alianza con esta para luego ver alzarse a Alemania ante ella como un poder peligroso y amenazador. Indudablemente, Inglaterra no concertará una alianza para fomentar los intereses de Alemania, sino tan solo para fomentar los

intereses británicos. Pero hasta ahora Inglaterra ha suministrado numerosos ejemplos de que puede emparejar la defensa de sus propios intereses con la defensa de los intereses de otros pueblos, y que recurre a las alianzas, aunque, de acuerdo con la predicción humana, estas alianzas estén destinadas a trocarse posteriormente en enemistad. Pues, más tarde o más temprano, son los divorcios los que sostienen a los matrimonios políticos desde el momento en que, realmente, estos no están al servicio de la defensa de los intereses de ambas partes, sino que se proponen solamente promover o salvaguardar con medios comunes los intereses de dos estados que son diferentes pero que por el momento no están en oposición.

Las relaciones de Inglaterra con Prusia demuestran que los ingleses no oponen ninguna resistencia fundamental a que exista una gran potencia europea de importancia militar superior mientras los objetivos en política exterior de esta potencia sean manifiestamente de un puro carácter continental. ¿O es que alguien puede discutir que en tiempos de Federico el Grande la potencia militar prusiana era sin ninguna clase de dudas la más fuerte con mucho en toda Europa?

Que nadie crea que Inglaterra no luchó contra la Prusia de aquel tiempo solamente por la razón de que, a pesar de su hegemonía militar, había de incluirse entre los estados de menor extensión de Europa. De ninguna manera fue así. Porque cuando Inglaterra había librado sus guerras contra los holandeses, el territorio holandés en Europa era todavía considerablemente más pequeño que el de la Prusia de finales del período frederiano. Y no se podía hablar de una hegemonía amenazadora o de una posición de fuerza dominante por parte de Holanda. Si Inglaterra, no obstante, presionó a Holanda duramente a lo largo de decenios de lucha, la razón estribó tanto en los impedimentos que Holanda ponía a Inglaterra en el dominio del mar y del comercio, como en la actividad colonial que desplegaban los holandeses.

Así, pues, no nos engañemos: si el estado prusiano no se hubiese dedicado tan exclusivamente a fines puramente continentales, habría tenido en todo momento a Inglaterra como su más duro enemigo, sin que importaran para nada los medios puramente militares de Prusia ni el peligro de una hegemonía europea por parte de Prusia. Nuestros políticos patrióticos nacionales, poco inclinados a pensar, han reprochado más de una

vez con amargura a los sucesores del Gran Elector que descuidara las posesiones ultramarinas nacidas por obra del mismo Gran Elector; que en realidad las abandonase y perdiera con ello todo interés en el mantenimiento y posterior construcción de una flota brandenburguesa-prusiana. Fue una suerte para Prusia, y más tarde para Alemania, que las cosas sucedieran así.

Nada dice tanto a favor de la sobresaliente cualidad de estadista de Federico Guillermo I, como el hecho de que con los escasos medios, infinitamente limitados, del pequeño estado prusiano, se concentrara exclusivamente en el desarrollo del ejército de tierra. No solo por la razón de que con ello ese pequeño estado pudo mantener una posición superior en un arma, sino también porque así se salvó de la enemistad de Inglaterra.

Una Prusia que hubiera seguido los pasos de Holanda, no habría podido librar las tres guerras silesianas, con Inglaterra como enemiga a sus espaldas. Eso sin contar con que cualquier logro de una posición verdaderamente naval por el pequeño estado prusiano habría tenido que fracasar a la larga a consecuencia de la base territorial, excesivamente limitada, de la madre patria y de su desfavorable situación estratégica. Incluso en aquel tiempo, habría sido un juego de niños para los ingleses desembarazarse de un competidor peligroso en Europa mediante una vasta coalición bélica. En general, el hecho de que el pequeño Brandemburgo pudiera llegar a convertirse en lo que luego sería Prusia y esta en un nuevo Imperio alemán, se debió tan solo al sagaz conocimiento de sus relaciones de verdaderas potencias, así como a las posibilidades de la Prusia de aquel tiempo que motivaron que los Hohenzollern se limitaran casi exclusivamente, hasta la época de Bismarck, a reforzar el poder terrestre. Fue la única política clara y consecuente.

Si la Prusia alemana, y más tarde Alemania, querían labrarse un porvenir, solo podían haberlo logrado con una supremacía en tierra que correspondiese a la supremacía inglesa en los mares. La desgracia de Alemania fue que nos apartáramos lentamente de esta comprensión y edificáramos nuestro poder terrestre insuficientemente, dedicándonos a una política naval cuyo resultado no podía ser satisfactorio. Ni siquiera la Alemania del período posbismarckiano podía permitirse el lujo de crear y mantener un armamento superior en tierra y mar simultáneamente.

Ha sido uno de los más importante principios de todos los tiempos que los pueblos reconozcan qué armas son más indispensables para la conservación de su existencia y que las fomenten luego hasta el límite dedicando a ello todos sus medios. Inglaterra reconoció y siguió este principio. Para Inglaterra, el dominio de los mares era realmente la sustancia de su existencia. Ni siquiera los más brillantes períodos militares en el continente, las guerras más gloriosas, las más incomparables decisiones militares pudieron mover a los ingleses a ver en el poderío terrestre de Inglaterra algo que no estuviera subordinado al dominio de los mares, en cuyo mantenimiento concentraron toda la fuerza de la nación.

En Alemania nos dejamos arrastrar por las grandes oleadas coloniales del siglo XIX, reforzadas quizá por los románticos recuerdos de la vieja Hansa e impulsadas por la política económica de paz, hasta arrinconar el fomento exclusivo del ejército de tierra y emprender la construcción de una flota. Esta política adquirió su expresión final en la proposición, tan absurda como calamitosa, de "Nuestro futuro está en el agua". No, es exactamente todo lo contrario: nuestro futuro está en Europa, en tierra. Esto es tan exacto como que las causas de nuestra decadencia serán siempre de un carácter puramente continental, ya que consisten en nuestra desgraciada posición territorial y militar-geográfica.

Mientras Prusia se limitó a perseguir objetivos puramente europeos en sus aspiraciones de política exterior, no tuvo que temer ningún peligro serio por parte de Inglaterra. La objeción de que, sin embargo, en la Inglaterra de los años 1870-71 prevalecía ya un estado de ánimo pro francés, no tiene importancia en ningún caso. Pues en aquel tiempo también prevalecía en la misma proporción una actitud pro alemana en Inglaterra; en realidad, la acción de Francia fue estigmatizada como un sacrilegio desde los púlpitos de las iglesias inglesas. Pero lo más decisivo fue la actitud oficial.

Es obvio que Francia contará siempre con verdaderas simpatías en un estado de la importancia de Inglaterra, y más si tenemos en cuenta que la influencia de la prensa de un país se ejerce en más de un caso a impulsos de capital extranjero. Francia ha mostrado siempre una especial habilidad para movilizar en su favor las simpatías; siempre ha sabido utilizar a París como su arma auxiliar más notable. Pero esto no ha sucedido solamente en Inglaterra, sino incluso en Alemania. En plena guerra del 70-71 figuraba en

la sociedad berlinesa, es decir, en la corte de Berlín, una numerosa camarilla que no ocultaba sus simpatías por los franceses. Y no hay duda de que supieron aplazar por mucho tiempo el bombardeo de París. Es humanamente comprensible que los círculos ingleses contemplasen los triunfos militares con dudosa alegría: sin embargo, no pudieron inclinar la actitud oficial del gobierno británico hacia una intervención. La opinión de que esto ha de atribuirse solo al hecho de que la retaguardia estaba cubierta por Rusia, cosa que Bismarck se había asegurado, no modifica la cuestión. Pues esta cobertura de la retaguardia iba dirigida principalmente contra Austria. Si Inglaterra hubiese abandonado su actitud neutral en aquel tiempo, ni siquiera la cobertura de la retaguardia por Rusia habría podido impedir una conflagración de inmensas proporciones. Pues en este caso Austria se habría visto comprometida y, por una y otra razón, los triunfos del año 1871 no es fácil que se hubieran producido. A decir verdad, Bismarck temía en secreto a una interferencia por otros estados no solo en la guerra, sino incluso en las negociaciones de paz. Pues lo que sucedió varios años después a Rusia —la intervención de otras potencias— podría haber ocurrido igualmente a Alemania por obra de Inglaterra [Nota: Se refiere a la revisión del Tratado de San Stefano en el Congreso de Berlín de 1878].

El curso de la actitud antialemana de los ingleses puede seguirse con exactitud. Corre paralelo a nuestro desarrollo en los mares, se trueca en franca antipatía a causa de nuestra actividad colonial y, finalmente, llega al verdadero odio con motivo de nuestra polítiva naval. No se puede pasar por alto el hecho de que en Inglaterra una jefatura estatal realmente solícita percibía un peligro amenazador para el porvenir en el desarrollo de un pueblo tan eficiente como los alemanes. Nunca deberíamos utilizar nuestros pecados de omisión como medida para juzgar las acciones de otros. La frivolidad con que la Alemania posbismarckiana permitió que su posición en términos de política de poder fuese amenazada en Europa por Francia y por Rusia sin tomar ninguna contramedida importante, no es razón para que imputemos un descuido similar a otras potencias, ni lanzar contra ella acusaciones hijas de la indignación porque sepan atender mejor las necesidades vitales de sus pueblos.

Si la Alemania de la preguerra se hubiese decidido por una continuación de la antigua política continental prusiana en vez de seguir su política mundial pacífica y económica de tan fatídicas repercusiones, ante todo, habría podido elevar su poder terrestre a a la brillante altura que tuvo antiguamente el estado prusiano y, en segundo lugar, no habría tenido por qué temer una enemistad incondicional de Inglaterra.

Porque no cabe duda de que si Alemania hubiese utilizado todos los enormes medios que malgastó en la flota, para reforzar su ejército de tierra, habría podido combatir por sus intereses de una manera muy distinta, al menos en los decisivos campos de batalla europeos. Y la nación no habría tenido que presenciar el espectáculo de un ejército terrestre armado peor que inadecuadamente, ir desangrándose hasta la muerte frente a una abrumadora coalición mundial, mientras que la armada, por lo menos sus principales unidades de combate, se oxidaba en los puertos y terminaba su existencia con una entrega ignominiosa hasta el colmo. No hay excusa para los dirigentes, pero tengamos el valor de reconocer que todo esto se explica por la naturaleza misma del arma naval. Pues al mismo tiempo, al ejército de tierra se le sacaba de una batalla y se le arrojaba a otra, sin atender para nada a las bajas ni a otras penurias.

El ejército de tierra era la verdadera arma alemana, desarrollada en un siglo memorable, mientras que nuestra flota era solo un juguete romántico, una ostentación que había sido construida por su propio gusto y que por su propio deseo no podía utilizarse. Todo el beneficio que nos trajo está en desproporción con la terrible enemistad que levantó contra nosotros.

Si Alemania hubiese emprendido ese camino, a principios de siglo todavía podríamos haber alcanzado un entendimiento con Inglaterra que por aquella época estaba madura para ello. Ni que decir tiene que semejante entendimiento únicamente habría durado si hubiese ido acompañado de un cambio fundamental en el objetivo de nuestra política exterior. Incluso a principios de siglo, Alemania podría haber decidido asumir nuevamente la antigua política continental prusiana. Así, unida a Inglaterra, habría podido dirigir el posterior desarrollo de la historia mundial. La objeción de nuestros eternos vacilantes y escépticos de que nada de esto habría sido seguro, solo se basa en opiniones personales. La historia inglesa refuta estas opiniones en todos los casos. ¿Con qué derecho pueden semejantes escépticos suponer

que Alemania no podría haber desempeñado el mismo papel que el Japón? La estúpida opinión de que Alemania procediendo así le habría sacado a Inglaterra las castañas del fuego, como se dice vulgarmente, podría aplicarse también a Federico el Grande, que, al fin y al cabo, ayudó sobre los campos de batalla europeos a facilitar los conflictos de Inglaterra con Francia fuera de Europa.

La otra objeción, la de que Inglaterra habría ido algún día contra Alemania a pesar de todo, ni siquiera merece citarse. Porque, incluso en tal caso, la posición de Alemania en Europa después de una victoria sobre Rusia habría sido mejor que la que tenía en los comienzos de la Guerra Mundial. Por el contrario, si la guerra ruso-japonesa se hubiese librado en Europa entre Alemania y Rusia, el poder moral de Alemania habría aumentado de tal modo que en los treinta años siguientes cualquier otra potencia europea lo habría pensado mucho antes de quebrantar la paz y dejarse llevar a una coalición contra Alemania. Todas esas objeciones nacen de la mentalidad de la Alemania de la preguerra, que lo sabía todo, pero nunca hizo nada.

Lo cierto es que por aquel tiempo Inglaterra realizó un intento de aproximación con Alemania. Además, hay que tener en cuenta el hecho complementario de que Alemania no pudo decidirse a emerger de la mentalidad de esta eterna duda y vacilación para llegar a una actitud clara. Lo que Alemania rehusó en aquel tiempo fue atendido solícitamente por el Japón, que con ello adquirió la fama de potencia mundial a un precio relativamente módico.

Ya que en Alemania nadie quiso proceder así en ninguna circunstancia, debimos unirnos al otro bando. Entonces podíamos haber aprovechado el año 1904 o 1905 para un conflicto con Francia teniendo la retaguardia cubierta por Rusia. Pero estos vacilantes y amigos de la dilación tampoco querían tal cosa. Por cautela y vacilación, no eran nunca capaces de decir lo que querían realmente en un momento dado.

De aquí se deriva tan solo la superioridad de la política inglesa, pues este país no está gobernado por sabihondos incapaces de lanzarse a la acción, sino por hombres que piensan de un modo natural y para quienes la política

no deja de ser un arte de lo posible, pero que también saben coger por los pelos todas las posibilidades y utilizarlas enérgicamente.

Cuando Alemania rehuyó un entendimiento fundamental con Inglaterra, que, como ya hemos dicho, solo habría tenido duración si en Berlín se hubiese llegado a un claro objetivo de política continental territorial, Inglaterra empezó a organizar la resistencia del mundo contra el país que amenazaba los intereses británicos relacionados con su dominio en los mares.

La Guerra Mundial no se desarrolló como se había creído al principio, a causa de la eficacia militar de nuestro pueblo, que ni siquiera en Inglaterra se presumía que fuera como resultó ser. Desde luego, Alemania fue derrotada al fin, pero solo después de que la Unión Americana hubiese hecho su aparición en el campo de batalla y de que Alemania hubiese perdido el apoyo de su retaguardia como consecuencia del colapso de la nación. Sin embargo, el verdadero propósito inglés no se había logrado. En verdad, la amenaza alemana de la supremacía inglesa en los mares quedó eliminada, pero la amenaza estadounidense, con una base considerablemente más fuerte, ocupó su lugar.

En el futuro, el mayor peligro para Inglaterra no estará ya en Europa en modo alguno, sino en Norteamérica. En la Europa de hoy, Francia es el estado más peligroso para Inglaterra. Su hegemonía militar tiene una significación especialmente amenazadora para la Gran Bretaña a consecuencia de la posición geográfica de Francia respecto a Inglaterra. No se trata solo de que un gran número de centros ingleses vitalmente importantes está expuesto casi sin defensa a los ataques aéreos franceses, sino también de que, mediante el fuego de la artillería, determinadas ciudades inglesas pueden ser alcanzadas desde la costa francesa. Realmente, si la tecnología moderna consigue dar un considerable incremento a la potencia de fuego de la artillería pesada, un bombardeo de Londres desde las costas francesas no está más allá de los límites de lo posible. Pero es todavía mucho más importante el hecho de que una guerra submarina de Francia contra Inglaterra poseería una base muy diferente a la que tuvo la acción submarina alemana durante la contienda mundial. La amplia situación de Francia sobre dos mares haría muy difícil llevar a cabo

medidas de aniquilamiento que tuvieron éxito fácilmente en el limitado triángulo de agua.

Quienquiera que en la Europa actual trate de hallar enemigos naturales contra Inglaterra, tropezará siempre con Francia y Rusia. Francia es una potencia con objetivos políticos continentales que, sin embargo, solamente son en verdad una tapadera para intenciones de gran amplitud y de un carácter político internacional. Rusia es un temible enemigo para la India y posee yacimientos de petróleo que hoy día tienen la misma importancia que tuvieron en los siglos pasados las minas de hierro y carbón.

Si Inglaterra permanece fiel a sus grandes objetivos políticos mundiales, sus oponentes potenciales en Europa serán Francia y Rusia y, en el porvenir, en las otras partes del mundo, especialmente la Unión Americana.

En contraste, no existe ningún motivo para que sea eterna la enemistad de Inglaterra con Alemania. De lo contrario la política exterior inglesa estaría determinada por motivos que radican más allá de toda lógica real y que, por lo tanto, solo en la cabeza de un catedrático alemán podrían tener una influencia decisiva para la determinación de las relaciones políticas entre los pueblos. No, en el porvenir Inglaterra adoptará sus posiciones de acuerdo con puntos de vista de pura conveniencia, tan sobriamente como viene haciéndolo desde hace trescientos años. Y así como en estos trescientos años ciertos aliados de Inglaterra pudieron convertirse en sus enemigos, y sus enemigos nuevamente en aliados, este será también el caso en el futuro mientras así lo reclamen necesidades generales y particulares.

Pero si Alemania llega a una orientación política fundamentalmente nueva que deje de oponerse a los intereses comerciales y marítimos de Inglaterra y se encauce por caminos continentales, dejaría de existir un motivo lógico para la enemistad de Inglaterra, que sería, si continuase, la hostilidad por la hostilidad. Pues incluso el equilibrio de poderes europeos le interesa a Inglaterra tan solo mientras ese mismo equilibrio pone obstáculos al desarrollo de una potencia marítima y comercial de alcance mundial que pueda constituir una amenaza para Inglaterra. No hay dirección alguna de política exterior menos determinada por doctrinas irreales que la dirección de la política exterior inglesa. Un imperio mundial

no llega a formarse por medio de una política sentimental o puramente teórica.

De aquí que la sobria percepción de los intereses británicos haya de ser también en el futuro la determinante de la política exterior inglesa. Por lo tanto, todo aquel que hiera esos intereses será el futuro enemigo de Inglaterra. En cambio, Inglaterra ni siquiera rozará la existencia de quien no roce esos intereses. Y todo el que pueda serle útil será invitado por ella, de vez en cuando, sin tener en cuenta si ha sido un enemigo en el pasado o si puede serlo en el porvenir.

Solo un político alemán burgués-nacional puede atreverse a rehusar una alianza útil por la razón de que más adelante pueda acabar en enemistad. Imputar semejante idea a un inglés es un insulto al instinto político de este pueblo.

Naturalmente, si Alemania no establece ninguna meta política, si rebullimos sin plan alguno, sin ningún pensamiento que nos guíe, un día y otro, como hemos hecho hasta ahora, o si nuestro objetivo consiste en la restauración de las fronteras y condiciones territoriales del año 1914 y, por lo tanto, desemboca en una política de comercio mundial, de colonización y de potencia naval, podemos dar por segura la futura enemistad de Inglaterra hacia nosotros. Entonces, Alemania se asfixiará económicamente bajo sus cargas de Dawes, decaerá políticamente bajo sus tratados de Locarno, y se debilitará cada vez más en el aspecto racial, para terminar su vida como una segunda Holanda o una segunda Suiza en Europa.

Esto, ciertamente, pueden lograrlo nuestros políticos de poltrona patrióticos y burgués-nacionales. Para ello les bastará continuar por su actual camino de frases jactanciosas, vociferando protestas, haciendo la guerra a toda Europa y luego arrastrándose cobardemente hacia el primer agujero antes que realizar acto alguno. A esto se le denomina política nacional-burgués-patriótica para la resurrección de Alemania. Así, nuestra burguesía lo mismo que, en el curso de sesenta años escasos, ha degradado y comprometido el concepto nacional, en su decadencia destruye el hermoso concepto de la patria reduciéndolo también a una mera fraseología de sus ligas.

Huelga decir que todavía hay que tener en cuenta otro factor importante respecto a la actitud de Inglaterra hacia Alemania: la decisiva influencia mundial de que la judería goza también en la Gran Bretaña. Así como el elemento anglosajón puede superar su psicosis de guerra respecto a Alemania, la judería mundial, en cambio, no descuidará nada por mantener vivas las viejas enemistades a fin de impedir que se logre la pacificación de Europa, ya que en estas circunstancias no podrían poner en acción sus tendencias destructivas bolcheviques, lo que requiere la confusión de una inquietud general.

No podemos hablar de política mundial sin tener en cuenta este poder terrible. Por tanto, me ocuparé de este problema de una manera especial en otra parte de este libro.

CAPÍTULO XV

No cabe duda de que si Inglaterra no tiene razón alguna para mantener eternamente su enemistad de los tiempos de la guerra hacia Alemania, por cuestión de principios, en Italia estaría todavía menos justificada esta actitud. Italia es el segundo estado de Europa que no tiene motivos fundamentales para ser hostil a Alemania. En realidad, sus objetivos de política exterior no necesitan cruzarse lo más mínimo con los de Alemania. Con ningún otro estado tenemos tal vez más intereses en común que con Italia, y a la inversa.

Al mismo tiempo que Alemania trataba de lograr una nueva unificación nacional, el mismo proceso se desarrollaba en Italia. Los italianos carecían de un poder central de crecimiento paulatino y tan definitivo y descollante en su importancia como el que Alemania poseía en Prusia; pero ello no fue obstáculo para que Francia y Austria, que se oponían a la unificación alemana como verdaderos enemigos, obraran del mismo modo con el movimiento de unificación italiana.

La causa principal, por supuesto, radicaba en el estado habsburgués, que debía tener y tenía un interés vital en la continuidad de un desmembramiento interno de Italia. Un estado de las dimensiones de Austria-Hungría es inconcebible sin un acceso directo al mar, y el único territorio que podía tomarse en consideración para esto —al menos respecto a sus ciudades— estaba habitado por italianos. Por lo tanto, tenía que desaprobar y oponerse a la formación de un estado italiano unido, ya que podía perder aquellos territorios si se fundaba un estado nacional italiano. Esto condicionaba también forzosamente la actitud de la política exterior. De aquí que, cuando la unificación italiana fue tomando forma lentamente, Cavour, el brillante y gran estadista que fue su autor, utilizara todas las posibilidades susceptibles de servir a este objetivo particular.

Italia debe la posibilidad de su unificación a una política de alianza elegida con extraordinaria inteligencia. Su objetivo era primordialmente

producir la parálisis del principal enemigo de la unificación, Austria-Hungría, para, finalmente, inducir a este estado a abandonar las provincias del norte de Italia. Con todo, incluso cuando hubo terminado la unificación provisional de Italia, había más de 800 000 italianos en Austria-Hungría. El objetivo nacional de la unificación posterior del pueblo de nacionalidad italiana se vio al principio forzado a soportar un aplazamiento cuando empezaron a surgir los peligros de una tirantez italo-francesa. Italia decidió ingresar en la Triple Alianza, principalmente con objeto de ganar tiempo para su consolidación interna.

La Guerra Mundial terminó por llevar a Italia al campo de la Entente por las razones que ya he expuesto. Con ello, la unidad italiana dio un importante paso hacia delante. Pero ni siquiera hoy está completamente unificada. Sin embargo, para el estado italiano, el gran acontecimiento fue la eliminación del odiado imperio de los Habsburgo. Cierto que su lugar fue ocupado por una estructura eslava meridional que presentaba para Italia un peligro casi tan grande desde determinados puntos de vista nacionales de índole general.

Pues así como la concepción de la burguesía nacional y la política puramente de fronteras, a la larga apenas podía satisfacer las necesidades vitales de nuestro pueblo, poco podía satisfacer al pueblo italiano la política puramente burguesa-nacional de unificación.

Lo mismo que el pueblo alemán, el pueblo italiano vive en una pequeña extensión de terreno escasamente fértil en parte. Durante siglos —muchos siglos— esta superpoblación ha obligado a Italia a una emigración continua. Como gran parte de estos emigrantes, trabajadores temporales, regresan a Italia con objeto de vivir en su patria de sus ahorros, esto agrava considerablemente la situación, es decir, que el problema de la población no solo no se resuelve, sino que se agudiza. Alemania, a causa de su exportación de mercancías, cayó en un estado de dependencia de la capacidad, potencialidad y beneplácito de las potencias y países receptores de tales mercancías; exactamente lo mismo le ocurría a Italia con su exportación de gente. En ambos casos, un cierre del mercado habría de producir consecuencias catastróficas al país exportador.

Por otra parte, el intento de Italia de resolver el problema de su alimentación mediante un aumento de su actividad industrial no puede conducir a ningún éxito definitivo, porque la carencia de materias primas naturales en la patria italiana la despoja en gran medida y desde el primer momento de la capacidad que se requiere para competir.

En Italia, las concepciones de la política burguesa-nacional van siendo rebasadas y reemplazadas por un sentimiento popular de responsabilidad; del mismo modo se verá obligada esta nación a desviarse de sus antiguas concepciones políticas y a entregarse a una política territorial en gran escala.

La cuenca costera del mar Mediterráneo constituye y ha sido siempre el espacio natural de expansión italiana. Cuanto más se aleje la Italia actual de su antigua política de unificación nacional y vuelva a una política imperialista, más se internará por los caminos de la antigua Roma, no por orgullo de potencia, sino por profundas necesidades internas. Si Alemania busca hoy suelo en el este de Europa, ello no es signo de un hambre insaciable de poder, sino solo la consecuencia de su necesidad de suelo. Y si actualmente Italia trata de ensanchar su influencia en las costas de la cuenca mediterránea y, en definitiva, aspira a establecer colonias, esto obedece también a una simple necesidad, a una natural defensa de intereses.

Si la política alemana de la preguerra no hubiese padecido de ceguera total, sin duda habría apoyado y fomentado este desarrollo por todos los medios. No solo porque así habría reforzado —cosa natural— a su aliada, sino porque quizá podría haber ofrecido la única posibilidad de apartar los intereses italianos del mar Adriático y, de este modo, disminuir los motivos de fricción con Austria-Hungría. Tal política, además, habría endurecido la enemistad entre Italia y Francia, la más lógica que ha existido jamás y cuyas repercusiones habrían podido reforzar la Triple Alianza en un sentido favorable.

La desgracia de Alemania fue que, por aquel tiempo, no solamente fracasó de una manera rotunda la jefatura del imperio en este aspecto, sino —esto sobre todo— que la opinión pública, conducida por dementes patriotas alemanes-nacionales y soñadores de política exterior, adoptó una posición contra Italia, especialmente porque Austria descubrió algo

inamistoso en las operaciones italianas en Trípoli. Entonces tuvo ocasión nuestra burguesía nacional de demostrar su sabiduría política ocultando toda estupidez y toda bajeza de la diplomacia de Viena, incluso asumiendo ella misma tales actos estúpidos y bajos con objeto de mostrar la armonía interna y la solidaridad de esta cordial alianza a los ojos del mundo.

Ahora Austria-Hungría ha desaparecido del mapa; pero Alemania tiene aún menos motivos que antes para lamentar un desenvolvimiento de Italia que algún día tendrá que realizarse forzosamente a expensas de Francia. Pues, cuanto más descubra la Italia actual sus altas tareas en pro del pueblo y más, por consiguiente, se dedique a una política territorial de tipo romano, tanto más tendrá que oponerse a Francia, que es su principal competidora en el Mediterráneo.

Francia nunca tolerará que Italia se convierta en la potencia rectora del Mediterráneo. Tratará de impedirlo, ya por su propia fuerza, ya por medio de alianzas. Francia pondrá obstáculos en el camino del desarrollo de Italia dondequiera que le sea posible, y al fin, no vacilará en recurrir a la violencia. Ni siquiera el parentesco de estas dos naciones latinas cambiará en nada semejante situación, porque este parentesco no es más estrecho que el de Inglaterra con Alemania.

[Nota: En este punto comienza la página 240 del original. Las páginas 240-324 son copias al carbón]

Por encima de todo esto está el hecho de que Francia, a medida que declina en su poder popular, procede a la apertura de su depósito de gente negra. Por lo tanto, un peligro de proporciones inimaginables amenaza a Europa. La idea de que negros franceses que pueden envenenar la sangre blanca se sitúen en el Rin como centinelas culturales contra Alemania es tan escandalosa, que se habría considerado totalmente imposible hace solo unas décadas. Seguramente será la misma Francia la que sufra el mayor daño por esta afrentosa contaminación pestilente de su sangre, pero esto solo ocurrirá si las demás naciones europeas siguen siendo conscientes del valor de su raza blanca.

Visto en términos puramente militares, Francia puede muy bien aumentar sus formaciones europeas y, como la Guerra Mundial ha evidenciado, manejarlas de un modo eficaz. Finalmente, este ejército negro

que nada tiene de francés, constituye cierta defensa contra demostraciones comunistas, ya que la absoluta subordinación en todas las situaciones será más fácil de conservar en un ejército que no esté vinculado por la sangre con el pueblo francés. Estos hechos encierran un grave peligro especialmente para Italia.

Si el pueblo italiano quiere modelar su porvenir de acuerdo con sus propios intereses, tendrá en definitiva como enemigos ejércitos negros movilizados por Francia. Por eso no puede interesarle a Italia lo más mínimo hallarse en un estado de enemistad con Alemania: esto es algo que ni siquiera en el mejor de los casos podría ser una contribución provechosa a la formación de vida italiana en el futuro. Por el contrario, si hay alguna nación que puede enterrar, al fin, la enemistad bélica, esta nación es Italia. Italia no puede tener ningún interés en que continúe la opresión de Alemania si ambos estados quieren atender en el porvenir sus tareas más naturales.

Bismarck había percibido ya esta afortunada circunstancia. Más de una vez confirmó el completo paralelismo entre los intereses alemanes e italianos. Incluso afirmó que la Italia del porvenir debería buscar su desarrollo en las costas del mar Mediterráneo. Y también se refirió a la armonía de los intereses alemanes e italianos, recalcando que solamente a Francia podía ocurrírsele perturbar la formación de la vida italiana, y que Alemania estaba obligada a concederle una buena acogida desde su punto de vista. En realidad, Bismarck no veía en el porvenir causa alguna para una tirantez y mucho menos para una enemistad entre Italia y Alemania. Si hubiese sido Bismarck, y no Bethmann-Hollweg el guía del destino de Alemania antes de la Guerra Mundial, esta terrible enemistad, en la que se cayó solo por culpa de Austria, no habría existido.

Por otra parte, para Italia, lo mismo que para Inglaterra, es un hecho positivo que una expansión continental de Alemania en el norte de Europa no constituye ninguna amenaza y, por tanto, no puede dar motivo a una tirantez entre Italia y Alemania. En cambio, para Italia, los intereses más naturales son contrarios a cualquier incremento posterior de la hegemonía francesa en Europa.

De aquí que la posibilidad de que Italia concierte una alianza con Alemania sea muy digna de tenerse en cuenta.

La enemistad de Italia con Francia se ha hecho evidente desde que el fascismo ofreció al pueblo italiano una nueva idea del estado y, con ella, un nuevo propósito de vida. Por eso Francia, mediante todo un sistema de alianzas, está tratando, no solo de reforzarse ella misma para un posible conflicto con Italia, sino que procura también poner trabas y separar a los posibles amigos de Italia. El objetivo francés está claro; pretende construir un sistema de estados que llegue desde París a Belgrado pasando por Varsovia, Praga y Viena. El intento de atraer a Austria a este sistema no es de ningún modo tan ilusorio como podría parecer a primera vista.

Teniendo en cuenta el carácter dominante de la influencia que Viena, con sus dos millones de habitantes, ejerce sobre el resto de Austria, que solo cuenta con seis millones, la política de este país estará determinada siempre principalmente por Viena. El hecho de que una alianza con París sea mucho más probable que una alianza con Italia se explica por el carácter cosmopolita de Viena, que se ha agudizado en el último decenio. Además, hay que contar con la propaganda ejercida en la opinión pública por la prensa vienesa. Esta actividad amenaza ser especialmente efectiva desde que dicha prensa, con ayuda del clamor levantado sobre el Tirol del Sur, ha conseguido también excitar a la provincia burguesa-nacional, carente en absoluto de instinto, contra Italia. De esta forma, se avecina un peligro de dimensiones inconmensurables. Pues los alemanes pueden ser arrastrados, más que ningún otro pueblo, a las más increíbles decisiones, en realidad verdaderamente suicidas, por una campaña agitadora de prensa sostenida firmemente durante muchos años.

Pero si Francia tiene éxito y eslabona a Austria en la cadena de su "amistad", Italia se verá algún día forzada a sostener una guerra en dos frentes o tendrá que renunciar una vez más a una defensa auténtica de los intereses del pueblo italiano. En ambos casos existe para Alemania el peligro de que un posible aliado alemán se vea finalmente excluido por un período de tiempo imprevisible, con lo que Francia adquirirá un creciente dominio del destino de Europa.

Que nadie se haga ilusiones sobre lo que significaría esto para Alemania. Nuestros políticos burgueses-nacionales propugnadores de la política de fronteras y nuestros eternos descontentos de las ligas patrióticas tendrán multitud de nuevas ocasiones de eliminar, en nombre del honor nacional, las huellas de los malos tratos que tendrían que sufrir por parte de Francia gracias a la clarividente política por ellos preconizada.

Como el movimiento socialista nacional se preocupa de la política exterior, he tratado de educarlo de modo que se convierta en el portador de un claro objetivo de tal política mediante la consideración de todos los argumentos que entran en juego. El reproche de que esto es la tarea primordial del gobierno no tiene fundamento en un estado cuyos gobernantes proceden de partidos que ni tienen el menor conocimiento de Alemania, ni desean un porvenir feliz para ella.

Puesto que los que fueron responsables de la perpetración del crimen de noviembre han sido considerados aptos para gobernar, ya no son los intereses de la nación alemana los que están representados, sino los intereses de los partidos que actúan sin ningún acierto. En general, no podemos esperar confiadamente la solución de las necesidades vitales de Alemania, de unos hombres para los que la patria y la nación no son sino medios para un fin y que, si es necesario, los sacrifican desvergonzadamente por sus propios intereses.

En realidad, el instinto de autoconservación de estos hombres y de estos partidos, instinto que tan a menudo se evidencia, habla por sí mismo contra cualquier resurrección de la nación alemana, puesto que la lucha por la libertad y el honor alemán movilizaría irremisiblemente fuerzas que provocarían la caída y destrucción de los que mancillaron el honor alemán.

No puede producirse nada parecido a una lucha por la libertad sin que la acompañe una resurrección nacional general. Pero una resurrección de la conciencia y del honor nacionales es inconcebible sin llevar primero ante la justicia a los responsables de la degradación anterior. El mero instinto de autoconservación forzará a esos elementos degenerados y a sus partidos a entorpecer todos los pasos que pudieran conducir a una resurrección auténtica de nuestro pueblo. Y la aparente insania de muchos actos de estos Eróstratos de nuestro pueblo se convierte, una vez que se calibran

adecuadamente los motivos internos, en una acción planeada y hábil, aunque infame y despreciable.

En una época como la presente, en que la vida pública adquiere su forma por la acción de partidos de esta índole y está representada tan solo por hombres de carácter mediocre, es deber de un movimiento de reforma nacional seguir su propio camino incluso en política exterior, camino que, según todo el poder de predicción del hombre y de la razón humana, tiene que conducir al triunfo y a la felicidad de la patria. De aquí que el reproche de que abogamos por una política que no corresponde a la política exterior oficial, reproche procedente del lado marxista-democrático-centrista, pueda rechazarse con el desprecio que se merece. Pero si son los círculos burgueses nacionales y los llamados patrióticos los que lanzan tal acusación, ello obedece tan solo al estado mental de los miembros de unas corporaciones que solo se dedican a protestar y que no pueden comprender que otro movimiento posea la voluntad indestructible de convertirse al fin en una potencia y que, en previsión de este hecho, emprenda la educación necesaria para el desempeño de este poder.

Desde el año 1920, he tratado por todos los medios y con la mayor persistencia de familiarizar el movimiento socialista nacional con la idea de una alianza entre Alemania, Italia e Inglaterra. Esto fue muy difícil, especialmente en los primeros años después de la guerra, ya que el punto de vista de “Dios castigue a Inglaterra” seguía ocupando el primer plano y privando a nuestro pueblo, que era prisionero de semejante concepción, de tener ideas claras y sobrias en la esfera de la política exterior.

Al principio, la situación del movimiento fue extraordinariamente difícil incluso respecto a Italia, especialmente desde que una reorganización sin precedentes del pueblo italiano realizada bajo el caudillaje del brillante estadista Benito Mussolini, suscitó la protesta de todos los estados dirigidos por la francmasonería. Pues los fabricantes de la opinión oficial alemana, que hasta el año 1922 no se habían preocupado lo más mínimo de los sufrimientos de las regiones de nuestro pueblo desgajadas de Alemania por los crímenes de ellos mismos, empezaron ahora, de pronto, a honrar con su atención al Tirol del Sur.

Con todos los medios de un periodismo astuto y de una dialéctica mendaz, el problema del Tirol del Sur fue aireado y convertido en una cuestión de extraordinaria importancia, de modo que, al fin, Italia cayó, por parte de Alemania y de Austria, en un ostracismo que no se impuso a ningún otro de lo estados vencedores. Si el movimiento socialista nacional quería defender honradamente su misión de política exterior, llevado por la convicción de su absoluta necesidad, entonces no podía retroceder en la lucha contra este sistema de mentiras y confusión. Al no poder contar con ningún aliado, hubo de guiarse por la idea de que se debe renunciar a una popularidad barata antes que actuar contra una verdad que se percibe, una necesidad que está ante nuestros ojos y contra la voz de la propia conciencia. Aunque esto significara ser derrotado, seguiría siendo más honroso que participar en un crimen que había quedado al descubierto.

Cuando en el año 1920 aludí a la posibilidad de una posterior asociación con Italia, todos los requisitos previos para ello, al menos en principio, parecían faltar efectivamente. Italia estaba en el círculo de los estados victoriosos y compartía las ventajas efectivas, o meramente supuestas, de semejante situación. En los años 1919 y 1920, parecía no existir ni la menor perspectiva de que la estructura interna de la Entente se aflojara en un tiempo previsible. La poderosa coalición mundial concedía todavía gran valor a demostrar que se bastaba para garantizar la victoria y, por lo tanto, también la paz. Las dificultades que ya se habían exteriorizado con motivo de la redacción de los tratados de paz apenas llegaban a conocimiento de la mayor parte de la opinión pública, pues los dirigentes de una campaña hábilmente montada sabían cómo mantener la apariencia de una completa unidad. Esta acción común se fundaba, tanto en la opinión pública creada por una propaganda de guerra generalmente homogénea, como en el temor, basado en la inseguridad, que el gigante alemán inspiraba todavía. El mundo exterior iba vislumbrando con gran lentitud las dimensiones de la decadencia interior de Alemania.

Otra razón contribuía a la solidaridad aparentemente casi indisoluble de los estados vencedores: la esperanza de ciertos estados de que, manteniendo la unión, no se les pasaría por alto cuando llegase el momento de repartirse los despojos. Por último, existía el temor de que si en aquel tiempo se hubiera retirado algún estado, el destino de Alemania no habría seguido otro

curso y que entonces quizá Francia sería la única beneficiaria de nuestro colapso. Pues en París, naturalmente, no se pensó nunca en realizar un cambio en la actitud que la guerra había puesto en movimiento contra Alemania. “Para mí, la paz es la continuación de la guerra”. Con esta declaración, el viejo Clemenceau de blancos cabellos expresaba las verdaderas intenciones del pueblo francés.

La absoluta falta de persistencia de los propósitos alemanes contrastaba con la solidez, por lo menos aparente, de la coalición vencedora, cuyo objetivo permanente, inspirado por Francia, era la aniquilación completa de Alemania incluso después de la derrota. Al lado de la despreciable villanía de aquellos que en su propio país, contra toda verdad y contra su propia conciencia, achacaban la culpa de la guerra a Alemania y deducían de ahí insolentemente una justificación de los despojos realizados por el enemigo, había una masa nacional, en parte intimidada, en parte indecisa, que creía que ahora, después del colapso, podrían arreglarse las cosas por medio de la más penosa reconstrucción del pasado del país.

Perdimos la guerra a consecuencia de la falta de pasión nacional contra nuestros enemigos. En los círculos nacionales cundía la opinión de que debíamos despojarnos de esta nociva actitud y anclar en la paz el odio contra los antiguos enemigos. Al mismo tiempo, era digno de mención el hecho de que desde el principio este odio se concentrara en primer lugar contra Inglaterra, luego contra Italia y menos contra Francia. Contra Inglaterra porque, gracias a la soporífera política de Bethmann Hollweg, nadie había creído en una guerra con este país hasta el último momento. Por eso se consideró su entrada en la guerra como un crimen imperdonable contra la buena fe. En el caso de Italia, el odio era todavía más comprensible, en vista de la insensatez política de nuestro pueblo, tan sumido en la niebla de la Triple Alianza por obra de los círculos oficiales, que incluso la no intervención de Italia en beneficio de Austria-Hungría y Alemanía le pareció una ruptura de la lealtad. Y luego consideró como una perfidia sin límites la incorporación del pueblo italiano a nuestros enemigos. Este odio acumulado estalló en la fulminación típicamente burguesa nacional y en el grito bélico “¡Dios castigue a Inglaterra!”. Como Dios prefiere el bando de los más fuertes y resueltos, y también el de los más sagaces, se negó claramente a infligir este castigo.

Sin embargo, al menos durante la guerra, avivar nuestra pasión nacional por todos los medios no solo estaba permitido, sino que se alentaba evidentemente. En esto solo había el inconveniente de que nos cegábamos para los hechos auténticos, sin que, por otra parte, la pasión llegara a ondear demasiado alta entre nosotros. En política no hay puntos de vista que surjan de un impulso de mal humor; por lo tanto, incluso durante la guerra fue un error no extraer otras consecuencias, especialmente de la entrada de Italia en la coalición mundial, que las de una cólera llameante. Por el contrario, debimos ante todo haber asumido la obligación de seguir examinando las posibilidades de la situación con objeto de adoptar las decisiones que merecieran ser tenidas en cuenta para salvar a la amenazada nación alemana.

Pues, con la entrada de Italia en las fuerzas de la Entente, era inevitable una extraordinaria agravación de la situación bélica, no solo como resultado del aumento que adquiría la Entente en cuestión de armas, sino, y mucho más, debido al refuerzo moral que necesariamente iba aparejado al hecho de colocarse esa potencia en el bando de una coalición mundial en la que destacaba Francia. En el aspecto del deber, los dirigentes políticos de la nación en aquel tiempo tendrían que haber decidido, costase lo que costase, poner fin a la guerra de tres frentes, e incluso de dos. Alemania no era responsable de preservar el corrupto y chapucero estado austriaco. Ni el soldado alemán luchaba por la política de poder familiar de la hereditaria casa de los Habsburgo. Esto, en el mejor de los casos, podía ser el propósito de los no combatientes vociferadores de hurras; nunca el de los hombres que estaban derramando su sangre en el frente.

Los sufrimientos y penalidades de los fusileros alemanes eran ya inconmensurables en el año 1915. Estos sufrimientos podían pedirse por el porvenir y la conservación de nuestro pueblo alemán, pero no por la salvación de la megalomanía de poder de los Habsburgo. Era escandaloso permitir que millones de soldados alemanes se desangraran en una guerra sin esperanzas solo para que una dinastía pudiera conservar un estado cuyos más privados intereses dinásticos habían sido habían sido antialemanes durante siglos. Esta locura será completamente comprensible para nosotros en su conjunto tan solo si no perdemos de vista que la mejor sangre alemana había de derramarse para que, en el caso más favorable, los

Habsburgo pudieran tener de nuevo la oportunidad de desnacionalizar al pueblo alemán en tiempo de paz. No solo teníamos que llevar a cabo el más horrible derramamiento de sangre en dos frentes por aquella locura que clamaba al cielo: teníamos, además, el deber de rellenar una vez y otra con carne y sangre alemanas los huecos que la traición y la corrupción abrían en el frente de nuestro aliado.

Y hacíamos este sacrificio para favorecer a una dinastía que, por su parte, estaba dispuesta a dejar a su martirizado aliado en la estacada en la primera oportunidad que se le ofreciese. Y realmente esto fue lo que hizo más tarde. Ni que decir tiene que nuestros patriotas burgueses nacionales hablan tan poco de la traición como silencian las continuas traiciones de las tropas austríacas de sangre eslava, aliadas con nosotros, pero que se pasaban al bando enemigo por regimientos enteros y brigadas, con objeto de incorporarse, en sus propias legiones, a la lucha contra aquellos que su propio país, por intereses de estado, había arrastrado a una lucha espantosa.

Además, Austria-Hungría nunca habría participado voluntariamente en una guerra que pudiera haber comprometido a Alemania. Que aquí o allá hubiese algunos alemanes que creyesen que iban a obtener protección de la Triple Alianza sobre una base de reciprocidad, solo puede atribuirse a la general ignorancia sin límites que prevalecía en Alemania sobre las condiciones austríacas. Alemania habría recibido su mayor desengaño si la Guerra Mundial hubiese estallado por culpa de ella. El estado austríaco, con su mayoría eslava y la casa Habsburgo en su gobierno, fundamentalmente antialemán y hostil al Imperio alemán, no habría empuñado nunca las armas para defender y asistir a Alemania contra todo el resto del mundo, como Alemania hizo estúpidamente. A decir verdad, respecto a Austria-Hungría, Alemania solo tenía un deber que cumplir: salvar el elemento alemán de este estado por todos los medios y eliminar a la dinastía más degenerada y cargada de culpas que haya tenido que soportar el pueblo alemán.

Alemania tenía el deber de aprovechar la oportunidad de la entrada de Italia en la Guerra Mundial p ara emprender una revisión a fondo de su actitud respecto a Austria-Hungría. No es un acto político, y muchísimo menos una expresión de sagacidad y competencia en los dirigentes políticos, no encontrar en tal caso otra respuesta que la sombría indignación

y la rabia impotente. Estas reacciones suelen ser perjudiciales incluso en la vida privada; en la vida política son algo peor que un crimen: una estupidez.

Aunque este intento de cambiar la anterior actitud alemana no hubiese tenido ningún éxito, por lo menos habría absuelto a la jefatura política de la nación de la culpa de no haberlo intentado. Desde luego, después de la entrada de Italia en la Guerra Mundial, Alemania debería haber tratado de poner fin a la guerra en dos frentes. Para ello debió haber procurado conseguir una paz separada con Rusia, no solamente sobre la base de una renuncia a utilizar cualesquiera de los triunfos ya logrados en el este por las armas alemanas, sino incluso, si era necesario, mediante el sacrificio de Austria-Hungría. Solo la completa disociación de la política alemana de la labor de salvar al estado austríaco y su concentración exclusiva en la tarea de ayudar al pueblo alemán podrían haber proporcionado aún una posibilidad de victoria, de acuerdo con las apreciaciones humanas.

Por otra parte, con la demolición de Austria-Hungría, la incorporación de nueve millones de austríacos alemanes al imperio habría sido ante la historia y para el futuro de nuestro pueblo un triunfo más útil que la ganancia, dudosa en sus consecuencias, de unas cuantas minas francesas de hierro y carbón. Pero hay que recalcar una y otra vez que la tarea —incluso la de una política exterior alemana solo burguesa-nacional— no debería haber sido la conservación del estado habsburgués, sino exclusivamente la salvación de la nación alemana, incluyendo a los nueve millones de alemanes existentes en Austria. Y absolutamente nada más.

Como es sabido, la reacción de los dirigentes del Imperio alemán ante la situación creada por la entrada de Italia en la Guerra Mundial fue completamente distinta. Trataron más que nunca de salvar al estado austríaco con sus hermanos eslavos desertores de la alianza, poniendo a contribución la sangre alemana en una medida todavía mayor y reclamando en la patria la venganza del cielo contra el infiel aliado de otros tiempos.

Con objeto de perder toda posibilidad de acabar con la guerra en dos frentes, dejaron que la artera y astuta diplomacia vienesa los indujese a fundar el estado polaco. Así, los Habsburgo acabaron hábilmente con toda esperanza de llegar a un entendimiento con Rusia, entendimiento que, naturalmente, podría haberse obtenido a costa de Austra-Hungría. De esta

manera, el soldado alemán de Pomerania, Westfalia, Turingia, Baviera y Prusia Oriental, de Brandenburgo, Sajonia y el Rin, tuvo el alto honor de sacrificar cientos de miles de vidas en las más terribles y sangrientas batallas de la historia mundial, no por la salvación de la nación alemana, sino por la formación de un estado polaco en el que, en caso de un resultado favorable de la Guerra Mundial, los Habsburgo habrían puesto un representante, por lo que luego habría sido un eterno enemigo de Alemania.

Esta es la política de estado burgués-nacional. Pero si esta reacción al paso italiano fue ya un verdadero absurdo durante la guerra, la continuidad de esta reacción emotiva después de la guerra fue una soberana estupidez.

Ni que decir tiene que Italia estuvo en la coalición de estados vencedores, incluso después de la guerra, y, por lo tanto, al lado de Francia. Pero esto era natural, porque Italia, indudablemente, no había entrado en la guerra por sentimientos pro-franceses. La fuerza determinante que empujó al pueblo italiano a los campos de batalla fue exclusivamente el odio contra Austria y la posibilidad de beneficiarse en sus propios intereses italianos. Esta fue la razón del accionar italiano y no un sentimiento emotivo hacia Francia creado por la fantasía. Como alemán, uno puede sentirse profundamente apenado por el hecho de que Italia diera pasos decisivos cuando el colapso de su odiado enemigo de siglos se había consumado, pero nadie debía permitir que eso prive a su mente de razonar con lucidez. El destino había cambiado. En otros tiempos, Austria tuvo bajo su férula más de 800 000 italianos, y ahora 200 000 austriacos se hallan bajo el gobierno de Italia. Lo que nos duele es que estos 200 000 sean de nacionalidad alemana.

Tampoco los objetivos futuros de una política italiana concebida nacional o popularmente se han cumplido con la eliminación del eterno conflicto austríaco-italiano. Por el contrario, el enorme aumento de la conciencia de ser y de poder del pueblo italiano por efecto de la guerra y especialmente del fascismo, acrecentará la fuerza que le permitirá perseguir grandes objetivos.

Así, los conflictos naturales de intereses entre Italia y Francia irán apareciendo en forma creciente. Nosotros debíamos haber contado con esto, pues lo pudimos prever en el año 1920. Los primeros signos de desarmonía

interna entre los dos estados eran ya perceptibles en aquellas fechas. Mientras la instintiva tendencia de los eslavos del sur a una mayor reducción del elemento alemán austriaco podía contar con la incondicional simpatía de Francia, la actitud italiana, ya en la época de la liberación de Carintia de los eslavos, estaba cuando menos muy bien dispuesta hacia el elemento alemán. Este profundo cambio respecto a Alemania se demostró también, y más claramente, en la actitud de las comisiones italianas en nuestro país con ocasión de las luchas en la Alta Silesia.

Sea como fuere, en aquel tiempo se podía ya discernir el comienzo de una tirantez mutua, aunque débil al principio, entre las dos naciones latinas. De acuerdo con la lógica y la razón humanas y según todas las experiencias de la historia hasta el presente, esta tirantez se irá profundizando cada vez más y acabará un día en lucha abierta. Lo quiera o no, Italia tendrá que luchar por la existencia de su estado y por su futuro contra Francia, igual que la misma Alemania. No es necesario para esto que Francia esté siempre en la primera línea de operaciones, sino que tirará de los hilos de aquellos a quienes sagazmente ha colocado en una situación de dependencia financiera y militar respecto a ella, o con los que parece estar vinculada por intereses paralelos. El conflicto italo-francés puede empezar en los Balcanes, del mismo modo que puede terminar en las tierras bajas de Lombardía.

Ante esta lógica probabilidad de una enemistad posterior de Italia con Francia, ya en el año 1920 debió considerar Alemania a aquel país como un posible aliado futuro. La probabilidad aumentó hasta la certidumbre cuando, con la victoria del fascismo, el débil gobierno italiano, que últimamente había estado sometido a influencias internacionales, quedó eliminado y ocupó su lugar un régimen que ha prendido como consigna en sus banderas la defensa exclusiva de los intereses italianos. Un gobierno italiano débil, de factura democrático-burguesa, al descuidar las verdaderas tareas futuras de Italia, podría tal vez haber mantenido una relación artificial con Francia. Pero no así un régimen italiano consciente y responsable en un sentido nacional. La lucha de la Tercera Roma por el futuro del pueblo italiano se condensa en la declaración histórica publicada el día en que el haz de lictores se convirtió en símbolo del estado italiano. Así, una de las dos citadas naciones latinas tendrá que abandonar su puesto

en el mar Mediterráneo, mientras que la otra adquirirá la supremacía al precio de esta lucha.

Como alemán nacionalmente consciente y con pensamiento racional, tengo la firme esperanza y el vivo deseo de que este estado sea Italia y no Francia.

Por eso mi actitud hacia Italia obedecerá motivos de posibilidades futuras y no a estériles reminiscencias de la guerra.

El punto de vista "Se aceptan declaraciones de guerra", inscripción que figuraba en los transportes de tropas, era un buen signo de la victoriosa confianza del viejo ejército sin par. Pero como proclamación política es una locura y una estupidez. Hoy día, es todavía mucho más insensato adoptar la posición de que para Alemania ningún aliado puede merecer consideración si estuvo en el bando del enemigo durante la Guerra Mundial y compartió a nuestras expensas los despojos de la guerra. Si los marxistas, los demócratas y los centristas hacen de semejante pensamiento un leitmotiv de su actividad política, ello se debe sin duda alguna a que esta coalición degenerada hasta el máximo no desea nunca la resurrección de la nación alemana. Pero que los círculos patrióticos y nacionales-burgueses admitan semejantes ideas, es el colmo. Porque cítese una sola potencia susceptible de ser una aliada en Europa y que no se haya enriquecido territorialmente a nuestras expensas o a expensas de nuestros aliados de aquel tiempo.

Según este punto de vista, Francia está excluida desde el principio porque robó Alsacia-Lorena y quiere robar Renania; Bélgica, porque posee Eupen y Malmedy; Inglaterra, porque, aunque no posee nuestras colonias, por lo menos las administra en gran parte; hasta un niño sabe lo que esto significa en la vida de los pueblos. Dinamarca está excluida porque se posesionó de Schleswig del norte; Polonia, porque está en posesión de Prusia Occidental, Alta Silesia y regiones de Prusia Oriental; Checoslovaquia, porque oprime a cerca de cuatro millones de alemanes; Rumania, porque igualmente se ha adueñado de más de un millón de alemanes; Yugoslavia, porque tiene cerca de 600 000, e Italia porque considera de su propiedad el Tirol del Sur.

Así, pues, para nuestros círculos nacionales-burgueses y patrióticos, las posibilidades de alianza son totalmente nulas. Verdad es que ellos no las

necesitan en absoluto. Pues con el diluvio de sus protestas y el clamor de sus hurras quieren debilitar en parte la resistencia de los demás países del mundo, y en parte derribarla. Y luego, sin ningún aliado, sin ninguna clase de armas, apoyados solo por el griterío de su palabrería, recuperarían los territorios robados, dejarían que Inglaterra fuese castigada por Dios, y darían una lección a Italia, entregándola al desprecio del mundo, a no ser que antes les hubiesen colgado de los faroles sus propios aliados momentáneos en política exterior: los bolcheviques y judíos marxistas.

Es asombroso que nuestros círculos nacionales de origen burgués y patriótico no se den cuenta en absoluto de que la prueba más decisiva de la falacia de su actitud en política exterior estriba en la aprobación de los marxistas, demócratas y centristas, y, especialmente, en la de la judería. Pero el que conoce a fondo a nuestra burguesía alemana sabe perfectamente por qué esto es así.

Todos son infinitamente felices por haber hallado al menos una cuestión en que la cacareada unidad del pueblo alemán parece haberse realizado. No importa que se trate de una estupidez. A pesar de esto, es infinitamente confortador para un burgués animoso y un político patriota poder hablar en tonos de lucha nacional sin recibir un puñetazo en la mandíbula propinado por el comunista más próximo. Se les perdona solo porque su concepción política es tan estéril en términos nacionales como valiosa en términos judío-marxistas. Y esto, o no lo ven nuestros políticos o lo esconden en los recovecos más profundos de su ser. El grado de corrupción en que se ha llegado con tanta falsedad y tanta cobardía es algo inaudito.

Cuando en el año 1920 me propuse orientar la dirección de la política exterior con un movimiento hacia Italia, choqué al principio con la completa incomprensión por parte de los círculos nacionales y de los llamados círculos patrióticos. A estos hombres les resultaba sencillamente incomprensible que, en contra del deber habitual de protestas continuas, se formulase una idea política que —tomada prácticamente— significaba la liquidación íntegra de una de las enemistades de la Guerra Mundial.

En general, para los círculos nacionales estaba más allá de su comprensión que yo no volcara el peso principal de la actividad nacional en protestas trompeteadas a los cielos en frente de las Feldherrenhale de

Múnich, o en algún otro sitio, y ahora contra París, luego contra Londres, y también contra Roma, sino que abogara por la eliminación, ante todo dentro de Alemania, de los reponsables del colapso. Con ocasión del dictado de París, se efectuó en Múnich una inflamada manifestación de protesta, la cual, por supuesto, debió de preocupar muy poco al señor Clemenceau. Esto me indujo a elaborar con todo vigor la actitud socialista nacional, en oposición a semejante manía de protestas. Francia solo había hecho lo que todo alemán podía y debía haber sabido. Si yo fuera francés, habría apoyado a Clemenceau y ello me habría parecido lo más natural del mundo.

Ladrar permanentemente a un adversario abrumadoramente superior y mantenerse a distancia es tan poco digno como idiota. Por el contrario, la oposición nacional de los círculos patrióticos debería haber aguzado sus dientes contra los que estaban en Berlín y eran responsables de la terrible catástrofe de nuestro derrumbamiento. Naturalmente, era más cómodo gritar contra París maldiciones que no podían llevarse a la práctica, dadas las condiciones reinantes, que alzarse contra Berlín con actos.

Esto es aplicable también, y especialmente, a los representantes de la política gubernamental bávara, quienes, desde luego, exhiben suficientemente la naturaleza de su brillantez en la futilidad de los éxitos que han cosechado hasta ahora.

Pues los mismos hombres que continuamente afirmaban el deseo de preservar la soberanía de Baviera y que, al mismo tiempo, tenían a la vista la conservación del derecho a conducir la política exterior, debieron ante todo haberse obligado a elaborar una política exterior de tal índole, que, con ella, Baviera hubiese obtenido necesariamente en Alemania la jefatura de una oposición realmente nacional y concebida en sus aspectos más grandiosos. En vista de la completa inconsistencia de la política del Imperio alemán o de la deliberada intención de ignorar todas las avenidas auténticas del triunfo, el estado bávaro debió haber asumido el papel de portavoz de una política exterior que, de acuerdo con la predicción humana, podría haber puesto fin algún día a la espantosa desolación de Alemania.

Pero incluso en estos círculos se recibía la concepción de política exterior de una asociación con Italia sustentada por mí, con una completa y estúpida despreocupación. En vez de alzarse intrépidamente hasta el papel

de portavoces y guardianes de los más altos intereses alemanes para el porvenir, preferían guiñar un ojo a París de vez en cuando, mientras levantaban el otro al cielo, y aseverar su lealtad al Imperio alemán por un lado, mientras por el otro, sin embargo, afirmaban su determinación de salvar a Baviera dejando que las hogueras del bolchevismo ardiesen en el norte. En verdad, el estado bávaro había confiado la representación de sus derechos soberanos a caracteres intelectuales de una grandeza especialísima.

En vista de semejante concepción general, nadie debería sorprenderse de que mis ideas sobre política exterior encontrasen, desde el mismo primer día, si no una repulsa directa, por lo menos una falta total de comprensión. Hablando francamente, yo no esperaba otra cosa en aquel tiempo. Aún tenía en cuenta la psicosis general de guerra y me esforzaba tan solo por inculcar en mi movimiento una sobria filosofía de política exterior.

En aquella época, todavía no tuve que sufrir ninguna clase de ataques declarados con cargo a mi política italiana. La razón de esto estriba probablemente, por una parte, en el hecho de que, por el momento, aquello se consideraba completamente desprovisto de todo peligro y, por otra, en que la misma Italia tenía igualmente un gobierno sometido a influencias internacionales. En el fondo tal vez se esperaba incluso que Italia pudiera sucumbir a la peste bolchevista, con lo que habría sido bien acogida como aliada, al menos por nuestros círculos izquierdistas.

Además, por aquel tiempo, en la izquierda no era fácil adoptar una posición contra la eliminación de la enemistad bélica, ya que en este campo estaban haciendo en cierto modo esfuerzos constantes para extirpar el odioso, humillante y —para Alemania— injustificado sentimiento de odio nacido de la guerra. No habría sido fácil proyectar contra mí una crítica elaborada en tales círculos sobre una concepción de política exterior que, como requisito previo para su cumplimiento, tendría que producir, como mínimo, la supresión del odio bélico entre Alemania e Italia.

Pero debo recalcar una vez más que quizá la razón principal de que yo encontrara tan poca resistencia positiva estribaba en la inocuidad que le atribuían mis enemigos, en la imposibilidad de llevar mis ideas a la práctica y, por lo tanto, en el carácter inofensivo de mi acción.

Esta situación cambió súbitamente cuando Mussolini inició la Marcha sobre Roma. Como obedeciendo a una palabra mágica, en el acto prendió el fuego venenoso de la calumnia contra Italia en toda la prensa judía. Y solo después del año 1922 fue la cuestión del Tirol del Sur aireada y convertida, en un punto decisivo de las relaciones alemano-italianas, lo quisieran o no los tiroleses meridionales. No transcurrió mucho tiempo sin que incluso los marxistas se convirtieran en representantes de una oposición nacional.

Y ahora podemos contemplar el espectáculo inigualable de judíos y alemanes de pura cepa, social-demócratas y miembros de las ligas patrióticas, comunistas y burgueses nacionales, cogidos del brazo, marchando espiritualmente a través del Brennero, con objeto de llevar a cabo la reconquista de este territorio en poderosas batallas, pero, desde luego, sin derramamiento de sangre.

A este intrépido frente nacional se añadió un encanto de un carácter completamente especial: el de que incluso aquellos *urbajuwarischen* representantes de los derechos soberanos bávaros, cuyos antepasados espirituales habían entregado cien años antes al buen Andreas Hofer a los franceses y permitido que lo fusilaran, se interesaban también ardorosamente en la lucha por la independencia del país de Andreas Hofer.

Puesto que la influencia de la cuadrilla de la prensa judía y de los badulaques que corren tras ellos, ha conseguido hinchar el problema del Tirol del Sur hasta darle dimensiones de una cuestión vital para la nación alemana, me creo obligado a adoptar ante la cuestión una actitud explicada detalladamente.

Como ya se ha dicho y repetido, el viejo estado austríaco tenía dentro de sus fronteras más de 850 000 italianos. Hay que decir, de paso, que los datos sobre nacionalidades, tal como exhibía el centro austríaco, no eran exactos del todo. El cálculo no se hacía de acuerdo con la nacionalidad del individuo, sino según la lengua que este hablaba. Evidentemente, esto no podía ofrecer un cuadro completamente claro, pero es muy propio de la debilidad de la burguesía nacional engañarse alegremente sobre la verdadera situación. Para ellos, no enterarse de un asunto o, al menos, no hablar de él francamente, equivale a que tal asunto no exista.

Calculados por semejante procedimiento, los italianos, o dicho más exactamente, los que hablaban italiano, vivían en su mayor parte en el Tirol. Según las cifras del censo del año 1910, el Tirol tenía … habitantes, de los cuales el … por ciento era de habla italiana, y al resto se les consideraba alemanes y también, en parte, ladinos. Por consiguiente, en el archiducado del Tirol había unos … italianos. Puesto que todo este número se ha asignado al territorio ocupado hoy por gente italiana, la proporción de alemanes a italianos en toda la parte del territorio del Tirol ocupado por Italia es, por lo tanto, de … alemanes contra … italianos.

Es necesario insistir sobre esto porque no poca gente en Alemania, gracias a la mendacidad de nuestra prensa, no tiene la menor idea de que en el espacio que se conoce con el nombre de Tirol del Sur, dos tercios de los habitantes que viven allí son, en realidad, italianos y un tercio alemán. Por lo tanto, quienquiera que abogue seriamente por la reconquista del Tirol del Sur, llevaría a cabo un cambio en la situación para conseguir únicamente que en vez de haber 200 000 alemanes bajo gobierno italiano, hubiera 400 000 italianos bajo gobierno alemán [Nota: Hitler aporta aquí las cifras que dejó pendientes en el párrafo anterior. Dado que en los párrafos siguientes también se proporciona material estadístico, cabe suponer que Hitler tomó las cifras necesarias de un libro de referencia durante una interrupción del dictado].

El elemento alemán en el Tirol del Sur está concentrado principalmente en la parte norte, mientras que el elemento italiano habita la parte sur. Por eso, el que desee hallar una solución justa en un sentido nacional tendrá que empezar por excluir enteramente de la discusión general el concepto de Tirol del Sur. No se puede guerrear contra los italianos alegando razones morales porque Italia haya ocupado una región en la que 200 000 alemanes conviven con 400 000 italianos. Si nosotros tratásemos de recuperar ese territorio para reparar una injusticia, cometeríamos una injusticia todavía mayor contra Italia.

Así, la invocación para una reconquista del Tirol del Sur tendrá los mismos defectos morales que nosotros achacamos al gobierno italiano en el Tirol del Sur. De aquí que esta invocación pierda también su justificación moral. Hay que mencionar todavía otros puntos de vista cuando se habla de una recuperación de todo el Tirol del Sur. Basándonos en sentimientos

moralmente justificados, podemos, a lo sumo, abogar por la recuperación de la parte efectivamente habitada por una abrumadora mayoría de alemanes. Esta limitada zona tiene … kilómetros cuadrados. Pero incluso en ella hay unos 190 000 alemanes, 64 000 italianos y ladinos y 24 000 otras almas de otras nacionalidades, y en el territorio íntegramente alemán, apenas 160 000 alemanes.

En la época actual, apenas si hay una frontera que no separe a alemanes de la madre patria, como ocurre con la del Tirol del Sur. Solo en Europa hay no menos de … millones de alemanes, en conjunto, separados del imperio. De estos, … millones viven bajo gobiernos enteramente extranjeros y solo … millones en la Austria alemana y en Suiza en condiciones que, al menos por el momento, no constituyen ninguna amenaza a su nacionalidad alemana. Al mismo tiempo hay toda una serie de casos que afectan a agregados de un carácter numérico completamente distinto si se los compara con el del Tirol del Sur.

Por duro que sea este hecho para nuestro pueblo, los culpables de tal situación son precisamente los mismos que hoy gritan y claman al cielo por el Tirol del Sur. No podemos hacer que el destino de todo el imperio se desprenda de los intereses de los territorios perdidos, y menos, de los deseos de uno solo de ellos, ni siquiera embarcándonos en una política burguesa puramente de fronteras.

Pues una cosa hay que rechazar ante todo con la máxima dureza: no existe ningún pueblo sagrado alemán en el Tirol del Sur, como los elementos de las ligas patrióticas cacarean alocadamente, sino que todos los que pertenecen al pueblo alemán deben ser igualmente sagrados. No hay por qué apreciar más a un tirolés del sur que a un silesiano, a un prusiano oriental o a un prusiano occidental esclavizado por el gobierno polaco. Tampoco hay por qué considerar a un alemán de Checoslovaquia más digno que un alemán del territorio del Sarre o de Alsacia-Lorena. El derecho a graduar el elemento alemán de los territorios amputados con arreglo a valores especiales, en el mejor de los casos podría derivarse de un examen analítico de sus específicos valores raciales fundamentales, dominantes y decisivos. Pero esta es precisamente la medida que los grupos de protesta contra Italia aplican menos. Para los tiroleses residentes en los

territorios ahora separados, no se puede aducir ningún factor de mayor mérito que, por ejemplo, para un prusiano oriental u occidental.

La política exterior del pueblo alemán no puede estar determinada por los intereses de las regiones desgajadas del imperio. Además, estos intereses no resultarían favorecidos con ello, ya que la ayuda práctica presupone, en realidad, la recuperación del poder de la madre patria. De aquí que el único punto de vista que merezca consideración respecto a la actitud de la política exterior sea el de la restauración más rápida posible de la independencia, unida bajo un gobierno, de la parte desgajada de la nación.

Es decir, que incluso si la política exterior alemana no reconociera otro objetivo que la salvación del "sagrado pueblo del Tirol del Sur", esto es, de los 190 000 alemanes que en verdad pueden tomarse en consideración, el primer requisito previo para ello sería el logro de la independencia política de Alemania, así como el de los medios de poder militar. Porque, después de todo, ya está bastante claro que la actitud de protesta austríaca no arrebatará a los italianos el Tirol del Sur. Pero no es menos evidente que incluso si la política exterior alemana no conociera otro objetivo que la liberación del Tirol del Sur, sus acciones deberían estar especialmente determinadas por los puntos de vista y los factores que garantizan la recuperación de los medios de poder militar y político.

Así, pues, no deberíamos colocar al Tirol del Sur en el punto focal de las consideraciones de política exterior, sino, por el contrario, entregarnos en cuerpo y alma a aquellas ideas que de una manera efectiva nos permitan romper a la coalición mundial dirigida contra Alemania. Pues, al fin y a la postre, ni siquiera con el apoyo de Alemania será restituido el Tirol del Sur al elemento alemán por el zumbido de un molino de oraciones tibetano hecho de palabras de indignación y de protesta, sino mediante el empleo de la espada.

Por eso, si Alemania tuviese este propósito, debería, ante todo, buscar con empeño un aliado que se prestara a proporcionarle ayuda a Alemania para conseguir fuerza. Alguien dirá tal vez que se podría pensar en Francia para esto. Pero, como socialista nacional, me opongo a ello con todas mis fuerzas.

Es posible que Francia se declarase dispuesta a consentir que Alemania se aliara con ella contra Italia. E incluso podría ocurrir que, reconociendo nuestro sacrificio de sangre y como endeble vendaje para nuestras heridas, nos concedieran el Tirol del Sur. Pero ¿qué significaría una victoria de esta índole para Alemania? ¿Podría vivir nuestra nación porque poseyera 200 000 tiroleses del sur? ¿Puede alguien creer que Francia, después de haber derrotado a su competidora latina en el mediterráneo con ayuda militar alemana, no se volvería una vez más contra Alemania, que no continuaría en su antiguo empeño de liquidar a nuestro país?

No, si Alemania ha de elegir entre Francia e Italia, de acuerdo con todas las razones humanas, solo Italia merece que se la tenga en cuenta en nuestro país. Pues una victoria con Francia sobre Italia nos traería el Tirol del Sur y una Francia más fuerte que utilizaría su aumento de fuerza contra nosotros. Una victoria sobre Francia con la ayuda de Italia, nos traería, por lo menos, Alsacia-Lorena, y, sobre todo, la libertad para llevar a cabo una genuina política territorial a gran escala [Nota: Hitler se refiere aquí evidentemente a que una victoria sobre Francia, combatida junto a Italia, liberaría a Alemania para un posterior ataque en el este].

A la larga, solo gracias a esta política podrá vivir Alemania en el futuro y no merced al Tirol del Sur. No hay razón para que Alemania solo se preocupe de uno entre todos los territorios amputados, y realmente del menos importante para nosotros en un sentido vital, arriesgando en ello los intereses totales de una nación de 70 000 000 de personas. Esto equivaldría a renunciar al futuro de la nación solamente para que unos miserables y fantásticos patriotas vociferadores de hurras puedan obtener un momentáneo beneficio. Y todo por una simple alucinación, pues, en realidad, el Tirol del Sur tendría tan poca ayuda entonces como la tiene ahora.

El movimiento socialista nacional debe educar al pueblo alemán de modo que no se amilane ante el peligro de dar su sangre por la formación de su vida. Y también debemos educarle para que no vuelva a derramar su sangre por causas imaginarias.

Dejemos que nuestros patriotias, especialistas de la protesta, y los elementos de las ligas patrióticas digan por una vez cómo se proponen

realizar la reconquista del Tirol del Sur sin recurrir a la violencia militar. Intimémoslos a que, por una vez, tengan la sinceridad de confesar si creen seriamente que Italia, aplacada por el simple efecto de su verborrea y sus airadas protestas, se decidirá algún día a devolver Tirol del Sur, y si no están convencidos de que un estado con un mínimo de conciencia nacional, solo bajo la presión de una decisión militar entregará un territorio por el que ha estado luchando durante cuatro largos años. Que no cotorreen en todo momento sobre si nosotros, o yo, hemos renunciado al Tirol del Sur.

Estos infames embusteros saben muy bien que, por lo menos en lo que concierne a mi propia persona, estuve luchando en el frente cuando se decidía el destino del Tirol del Sur, cosa que no pocos de los eternos protestantes mitinescos se olvidaron de hacer. Y también saben que en la misma época, las fuerzas con que nuestros elementos de las ligas patrióticas y nuestra burguesía nacional hacen ahora causa común en política exterior y en la agitación contra Italia, sabotearon la victoria por todos los medios; y que el marxismo internacional, la democracia y el centro, ni siquiera en tiempos de paz renunciaron a nada que pudiera debilitar y paralizar al poder militar de nuestro pueblo; y que finalmente organizaron una revolución en plena guerra que condujo inevitablemente al colapso de la patria alemana y, con el de ella, al del ejército alemán.

El Tirol del Sur se perdió también para el pueblo alemán a causa de la actividad de estas gentes y de la maldita debilidad e impotencia de nuestros actuales burgueses afectados de la manía de protestar. Es una despreciable falsedad de los llamados patriotas nacionales hablar de la renuncia al Tirol del Sur. No, queridos señores; no sean tan cobardes que afirmen que hoy solo puede existir la cuestión de la conquista del Tirol del Sur. Pues la renuncia, caballeros de las ligas nacionales, fue obra de los dignos aliados que tienen ustedes hoy, los marxistas que en un tiempo fueron traidores a su país con todas las fórmulas legales de gobierno.

Los únicos que tuvieron el valor de adoptar una posición franca contra ese crimen en aquel tiempo no fueron ustedes, estimados señores de las ligas nacionales y diplomáticos burgueses, sino el pequeño movimiento socialista nacional y, en primer lugar, yo mismo. En los años 1919 y 1920, cuando ustedes estaban tan quietos y tan encogidos en el fondo de sus madrigueras, que nadie en Alemania tenía la menor idea de que existían, yo

me declaré contrario a la vergüenza de firmar los tratados de paz, y no en secreto, entre cuatro paredes, sino pregonándolo públicamente. Pero en aquel tiempo eran ustedes todavía tan cobardes, que nunca se atrevieron a venir una sola vez a uno de nuestros mitines, por temor a ser apaleados por sus actuales aliados en política exterior: los vagabundos marxistas.

Los hombres que firmaron el tratado de paz de St. Germain eran tan poco socialistas nacionales como los firmantes del tratado de paz de Versalles. Los firmantes fueron los miembros de los partidos que coronaron con aquella firma la traición infligida durante decenios a su país. Quienquiera que hoy desee cambiar el destino del Tirol del Sur no debe renunciar a nada de lo que ya ha merecido la renuncia, con todas las formalidades, de los actuales especialistas en protestas. Lo único que debe hacer es reconquistarlo.

No necesito decir que yo me opongo a ello fanáticamente. Proclamo la más extremada resistencia a ese empeño, y lucharé con todas mis fuerzas contra los hombres que tratan de empujar a nuestro pueblo a esta aventura, tan sangrienta como insensata. Yo no aprendí lo que era la guerra en una mesa de restaurante reservada para clientes habituales. Ni fue en esa guerra de los que daban órdenes o tenían algún mando. Fui un simple soldado que estuvo recibiendo órdenes durante cuatro años y medio y que cumplió su deber honorable y fielmente. Pero con ello tuve la fortuna de aprender cómo es realmente la guerra y no la vi como a uno le gustaría que fuese. Como simple soldado, que conoce solo los aspectos sombríos de la guerra, fui partidario de ella hasta el último minuto, porque estaba convencido de que nuestro pueblo solo podía hallar la salvación en la victoria. Pero como ahora hay una paz establecida por otros, lucho enconadamente contra una guerra que no beneficiaría al pueblo alemán, sino tan solo a aquellos que anteriormente han explotado sacrílegamente el sacrificio de sangre de nuestro pueblo en beneficio de sus torpes intereses.

Tengo la convicción de que algún día no me faltará valor para correr la responsabilidad de poner en juego la sangre del pueblo alemán. Pero me opongo a que un solo alemán sea arrastrado a los campos de batalla por locos y criminales que quieren nutrir sus planes con la sangre de nuestros hombres. Cualquiera que reflexione en el horror sin precedentes, en la calamidad espantosa que supone una guerra moderna, o que considere las

ilimitadas proporciones de la entereza nerviosa que exige al pueblo, se horrorizará ante la idea de que se pueda pedir semejante sacrificio por un éxito que, en el caso más favorable, nunca estaría en consonancia con la enormidad del esfuerzo. Y sé también que si el pueblo del Tirol del Sur, por lo menos el que piense exclusivamente en términos alemanes, fuera reunido y ante estos espectadores aparecieran los cientos y cientos de miles de muertos que nuestra nación tendría que entregar en una lucha por causa de ellos, 300 000 manos se alzarían hacia el cielo protestando, y la política exterior de los socialistas nacionales quedaría justificada.

Lo más terrible de todo esto es que juegan con tan espantosa posibilidad sin el más mínimo deseo de ayudar a los tiroleses del sur. Pues la lucha por el Tirol del Sur la están librando los mismos que entregaron a Alemania a la ruina, e incluso el Tirol del Sur es para ellos solamente un medio para un fin, medio que usan con la más fría falta de escrúpulos para poder satisfacer sus infames instintos antialemanes en toda la extensión de la palabra. Es el odio contra la Italia actual, nacionalmente consciente; más aún, el odio a la nueva idea política de ese país, y todavía más el odio contra el descollante estadista italiano, lo que los induce a agitar a la opinión pública alemana valiéndose del Tirol del Sur.

Porque, en realidad, cuánta es la indiferencia de esos hombres hacia el pueblo alemán. Mientras se lamentan del destino del Tirol del Sur con lágrimas de cocodrilo, empujan a toda Alemania hacia un destino que es peor que el de los territorios escindidos.

Mientras protestan contra Italia en nombre de la cultura nacional, mancillan la cultura de la nación alemana, destrozan toda nuestra sensibilidad cultural, envenenan el instinto de nuestro pueblo e incluso aniquilan los logros de las épocas anteriores. ¿Acaso una época que ha hecho descender nuestro teatro, nuestra literatura, nuestras artes plásticas al nivel de los cerdos, tiene derecho a dar un paso contra la Italia actual o a proteger de su influencia a la cultura alemana en nombre de la cultura? Los señores del partido populista bávaro, los nacionalistas alemanes e incluso los marxistas adulteradores de la cultura, se preocupan de preservar la cultura alemana del Tirol del Sur, mientras consienten, sin inmutarse, que la cultura de la patria reciba afrenta de las obras más torpes y mezquinas y entregan la escena alemana a la denigración racial de un *Jonny spielt auf*

[Nota: *Jonny spielt auf* es una ópera del compositor Ernst Krenek. Se representó en 1927-1928 bajo repetidos ataques de los socialistas nacionales y otros grupos populares. El protagonista es un donjuán negro que seduce mujeres blancas y la música contiene elementos de jazz].

Hipócritamente, lamentan la opresión de la vida cultural alemana en el Tirol del Sur, cuando ellos mismos persiguen con la mayor crueldad en el interior del país a quienes desean proteger la cultura alemana contra una deliberada destrucción. El partido populista bávaro incita al poder estatal contra los que protestan del infame agravio que se infiere a la cultura de nuestro pueblo. ¿Qué hacen los solícitos protectores de la cultura alemana del Tirol del Sur para la defensa de la cultura alemana en Alemania misma? Han permitido que el teatro se hunda hasta el plano del burdel, que se convierta en un lugar de premeditada afrenta de la raza, y han destruido todos los cimientos de nuestra vida popular con películas que ponen en ridículo la honestidad y la moral. Patrocinan el amartelamiento cubista y dadaísta de nuestras artes plásticas, protegen a los fabricantes de este bajo engaño o de esta locura, permiten que la literatura alemana se hunda en el cieno y entregan toda la vida intelectual de nuestro pueblo a la judería internacional. Y esa misma despreciable jauría tiene la desfachatez de alzarse en pro de la cultura alemana en el Tirol del Sur, siendo así que el único propósito que abrigan es azuzar a dos pueblos cultos el uno contra el otro para poder reducirlos más fácilmente al nivel de su propia miseria cultural.

Pero esto es lo que sucede en todo. Se quejan de la persecución que sufren los alemanes en el Tirol del Sur, y en Alemania persiguen cruelmente a todo el que opina que ser nacionalista no es entregar sin defensa su pueblo a la sifilización introducida por negros y judíos. Los mismos que reclaman libertad de conciencia para los alemanes del Tirol del Sur impiden ruinmente esa libertad en Alemania.

La libertad de expresión de ideas de tipo nacional nunca se había visto tan entorpecida en Alemania como bajo el gobierno de esta mísera y embustera mezcla de partidos que presume de romper una lanza por los derechos de la conciencia y de las libertades nacionales en el Tirol del Sur, como si esta región fuera todo el mundo. Ponen el grito en el cielo por cualquier injusticia infligida a un alemán en el Tirol del Sur, pero guardan

silencio sobre los crímenes que los vagabundos marxistas cometen de continuo en Alemania contra elementos nacionales. Y su silencio es compartido por toda la fina burguesía nacional, incluyendo a los vociferantes patrioteros.

En un solo año —mejor dicho, solo en los cincos meses que han transcurrido de este año—, nueve hombres de las filas del movimiento socialista nacional han sido asesinados en circunstancias que tienen algo de bestial, y más de seiscientos han resultado heridos. La mendaz ralea de nuestros políticos guarda silencio sobre esto, pero ¡cómo rugirían si solo uno de estos actos fuera cometido por el fascismo contra los elementos alemanes en el Tirol del Sur! ¡Cómo invitarían a levantarse al mundo entero si solo un alemán en el Tirol del Sur fuese asesinado por los fascistas en condiciones similares a las que emplea la criminal canalla marxista en Alemania sin que esto suscite la indignación de la magnífica falange creada para la salvación del pueblo alemán! ¡Y cómo estos mismos que protestan solemnemente contra la persecución gubernamental del elemento alemán en el Tirol del Sur, persiguen a los alemanes que los molestan en la misma Alemania! Tanto a los héroes submarinistas como a los salvadores de la Alta Silesia —los hombres que primero arriesgaron su sangre por Alemania —, ¡cómo los condujeron encadenados ante los tribunales, y cómo finalmente los condenaron a la cárcel, todo porque habían expuesto sus vidas centenares y centenares de veces por un ferviente amor a la patria, mientras esa despreciable gentuza que solo sabe protestar a gritos estaba tan escondida en sus agujeros, que no se la podía encontrar! Que sumen las sentencias que se han dictado en Alemania por actos que en un estado donde no falte la conciencia nacional serían recompensados con las más altas decoraciones. Si hoy Italia lleva a la cárcel a un alemán en el Tirol del Sur, toda la jauría de periódicos alemanes nacionales y marxistas considera el hecho como un crímen feroz. Pero esos mismos no hablan para nada de que en Alemania se puede ir a la cárcel por unos cuantos meses solo por una denuncia, que los registros domiciliarios, la violación de la correspondencia, la intervención de los teléfonos, esto es, la pura privación anticonstitucional de las libertades personales garantizadas por los derechos civiles de este estado, están a la orden del día.

Y que no digan nuestros llamados partidos nacionales que esto es solo posible en la Prusia marxista. En primer lugar, fraternizan y van del brazo con estos mismos marxistas en cuestión de política exterior, y en segundo, toman la misma parte en la opresión de un verdadero nacionalismo consciente. En la "Baviera nacional" colocaron al moribundo Dietrich Eckart bajo la llamada custodia protectora, a pesar del certificado médico que acreditaba su enfermedad mortal, sin que hubiera ni rastro de infracción alguna por su parte, salvo, a lo sumo, sus incorruptibles opiniones nacionalistas. Y fue mantenido bajo tal custodia durante tanto tiempo que, finalmente, se derrumbó y murió dos días después de su liberación. Además, era el mejor poeta de Baviera. Naturalmente, era un alemán nacionalista y no había escrito ningún engendro como *Jonny spielt auf*, y, en consecuencia, no existía para los "defensores" de la cultura nacional. Estos patriotas nacionales lo asesinaron primero, silenciosamente; después mataron su obra con el mismo silencio. Y es que era un alemán y además un buen bávaro y no un judío internacional mancillador de Alemania. De serlo, habría sido sagrado para la liga de patriotas, pero como no lo era, se procedió con él de acuerdo con la opinión nacional-burguesa que tienen tales patriotas y con arreglo a la insolente frase que se pronuncia en la administración de policía de Múnich: "¡Gruñe, cerdo nacional!". Pero estos son los mismos elementos conscientes alemanes que movilizan la indignación del mundo cuando alguien en Italia, en un simple acto de estupidez, encierra a un alemán en la cárcel.

Cuando unos cuantos alemanes fueron expulsados del Tirol del Sur, esa gente invitó de nuevo al pueblo alemán a que mostrara una indignación llameante. Pero se olvidaron de decir que se estaba procediendo aún peor contra los alemanes en la misma Alemania. Bajo un gobierno burgués-nacional, la "Baviera nacional" ha expulsado a docenas y docenas de alemanes, solo porque políticamente no se adaptaban al corrompido estrato burgués gobernante a causa de su nacionalismo sin claudicaciones. De pronto, se dejaba de ver la hermandad de clan con la Austria germana, y solo se veía al extranjero.

Pero la campaña no se limitó, ni mucho menos, a la expulsión de los llamados alemanes extranjeros. Los mismos hipócritas burgueses-nacionales que lanzan encendidas protestas contra Italia porque un alemán

es expulsado del Tirol del Sur y enviado a otra provincia, han expulsado de Baviera a docenas y docenas de alemanes con ciudadanía alemana, que lucharon por Alemania en el ejército alemán durante cuatro años y medio y que fueron gravemente heridos y ganaron las más altas condecoraciones. Así es como piensan esos hipócritas burgueses-nacionales que ahora braman indignados contra Italia, mientras ellos mismos se han cargado de vergüenza en su propio pueblo.

Se lamentan de la desnacionalización en Italia, y, al mismo tiempo, desnacionalizan al pueblo alemán en su propia patria. Luchan contra cualquiera que se oponga a la adulteración de la sangre de nuestro pueblo y persiguen a todo alemán que combata contra la desalemanización, negrificación y judaización de nuestro pueblo en las grandes ciudades, procesos que ellos mismos instigan y patrocinan. La persecución de estos oponentes es tan desvergonzada como implacable. Y, utilizando la alegación mendaz de que estos oponentes constituyen un peligro para los establecimientos religiosos, procuran enviarlos a la cárcel.

Cuando un italiano perdiendo el dominio de sus nervios produjo ciertos desperfectos en el monumento erigido en Merano a la emperatriz Isabel, alzaron un clamor salvaje y no se tranquilizaron ni aun después de que un tribunal italiano castigó al culpable con dos meses de prisión. Que los monumentos y reliquias de la pasada grandeza de nuestro pueblo sean ininterrumpidamente mancillados en la misma Alemania, no les importa en absoluto. Que Francia haya destruido casi por completo todos los monumentos que recuerdan a Alemania en Alsacia-Lorena, es un asunto que los deja indiferentes. Tampoco les irrita que los polacos arruinen sistemáticamente todo lo que les recuerde el nombre de Alemania. Ni siquiera les ha molestado el hecho de que este mismo mes, en Bromberg, la torre de Bismarck haya sido oficialmente demolida por el gobierno polaco. Todo esto deja fríos a los campeones del honor nacional de nuestro pueblo. Pero ¡ay si ocurre algo parecido en el Tirol del Sur! Porque esta región se ha convertido de pronto una tierra santa para ellos. El país propio, la patria, puede irse al infierno.

Ciertamente, los italianos han cometido más de una torpeza en el Tirol del Sur. El propósito de desnacionalizar sistemáticamente al elemento alemán es tan impolítico como discutible en sus posibles resultados. Pero

quienes en parte tienen la culpa de estos hechos, y no saben nada del honor nacional de su pueblo, no tienen derecho alguno a protestar. Este derecho pertenece exclusivamente a quienes hasta ahora han luchado por los verdaderos intereses alemanes y por el honor alemán. Y esto lo ha hecho exclusivamente el movimiento socialista nacional.

La gran farsa de la agitación contra Italia se evidencia si se comparan los actos de los italianos con las campañas de los franceses, los polacos, los belgas, los checos, los rumanos y los eslavos del sur contra el elemento alemán. Que Francia haya expulsado a un total de más de un cuarto de millón de alemanes de Alsacia-Lorena, cifra que supera a la de toda la población del Tirol del Sur, no importa lo más mínimo a nuestros gobernantes. Y que los franceses estén hoy día tratando de extirpar todo rastro de nacionalidad alemana en Alsacia y Lorena no les impide fraternizar con Francia, aunque París responda con continuos golpes en la mandíbula. Que los belgas persigan al elemento alemán con ciego fanatismo; que los polacos hayan realizado una verdadera carnicería con más de 17 000 alemanes en circunstancias a veces bestiales, no les causa indignación alguna; que los polacos, en fin, expulsaran decenas de miles de alemanes de sus hogares, dejándoles poco menos que sin camisa que ponerse, y los arrojaran al otro lado de la frontera, son cosas que no pueden dar lugar a que nuestros burgueses y nuestros patrióticos y fanfarrones amigos de la protesta tengan un arranque de pasión.

Quien quiera conocer la verdadera actitud de esta jauría solo habrá de recordar cómo recibieron a los refugiados. Sus corazones sangraron tan poco entonces como ahora, cuando esas decenas de miles de infelices expulsados vuelven a hallarse en el suelo de su patria querida, muchos de ellos en verdaderos campos de concentración, y se les transporta de un sitio a otro como si fueran gitanos. Todavía puedo recordar la época en que los primeros refugiados del Ruhr llegaron a Alemania y fueron conducidos de comisaría en comisaría como si fuesen criminales auténticos.

No, no sangraron entonces los corazones de estos representantes y defensores del elemento nacional en el Tirol del Sur. Pero si un solo alemán en el Tirol del Sur es expulsado por los italianos o sufre alguna otra injusticia, tiemblan con virtuoso resentimiento e indignación por lo que llaman crimen inaudito contra la cultura y consideran como la barbarie

mayor que se ha vitso en el mundo. Entonces exclaman: “¡Nunca y en ningún otro lugar se ha visto el elemento alemán tan oprimido y con métodos tan terribles y tiránicos como en este país!”. Esto es verdad, pero con una excepción: la de la tiranía de ustedes sobre la misma Alemania.

El Tirol del Sur. Mejor dicho, el elemento alemán del Tirol del Sur, debe conservarse para el pueblo alemán, pero en Alemania misma, por obra de la insana política y el deshonor antinacional, de la corrupción general y la obsequiosidad a los señores financieros internacionales, están asesinando a un número de personas que dobla el de la población alemana del Tirol del Sur. Guardan silencio sobre los 17 000 a 22 000 seres empujados al suicidio en los recientes años como resultado de su política catastrófica, cifra que, niños incluidos, sumaría, solo en diez años, más que el total de la población alemana del Tirol del Sur. Fomentan la emigración, y la burguesía nacional del señor Stresemann cita el aumento de los contingentes de emigrantes como un éxito extraordinario de su política exterior. Sin embargo, esto significa que cada cuatro años Alemania pierde más gente que la población de nacionalidad alemana que habita en el Tirol del Sur. Y entre abortos y control de nacimientos asesinan al año casi el doble del número total de individuos de nacionalidad alemana que residen en el Tirol del Sur. Y esta jauría se arroga el derecho moral de hablar de los intereses del elemento alemán en el extranjero.

Además, nuestro elemento oficial se queja de la desnacionalización de la lengua alemana en el Tirol del Sur, mientras desde la misma Alemania desalemaniza los nombres alemanes en Checoslovaquia, Alsacia-Lorena, etc., por todos los procedimientos gubernamentales. Es más, se publican guías oficiales de viajes en las que incluso los nombres alemanes de ciudades de Alemania se checoslovenizan en obsequio a los checos. Esto les parece muy bien. Solo cuando los italianos cambiaron el nombre sagrado de Brenner por el de Brennero, vieron en ello una ocasión para pedir la más ardorosa resistencia.

Es un espectáculo digno de verse el de estos patriotas burgueses inflamados de indignación cuando uno sabe muy bien que todo es una farsa. Simular una pasión nacional le sienta tan bien a nuestra desapasionada y corrompida burguesía como a una vieja ramera la mímica del amor. Todo es ficción en ellos, cosa que queda plenamente demostrada si semejante

excitación tiene su cuna en Austria. El elemento legitimista negro-oro al que antes le tenía completamente sin cuidado el elemento alemano del Tirol, se alza ahora con sagrada indignación nacional.

Algo de este tipo electrifica a todas las pequeñas asociaciones burguesas, especialmente si se enteran de que los judíos están también cooperando. Esto significa que ellos protestan porque saben que esta vez, excepcionalmente, se les permite proclamar a voz en grito sus sentimientos nacionales sin ser vapuleados por la prensa judía, sino todo lo contrario. A un virtuoso burgués nacional le resulta agradable invocar una lucha nacional y, al mismo tiempo, ser alabado por Itzig Veitel Abrahamson. Es algo que le encanta. Las gacetas judías vociferan con ellos; así, por primera vez, el verdadero frente de la unidad burguesa nacional alemana se establece desde Krotoschin hasta Innsbruck, pasando por Viena, y nuestro pueblo alemán, tan estúpido políticamente, se deja atrapar por este despliegue exactamente como la diplomacia alemana y nuestro pueblo alemán se dejaron engañar y extraviar por los Habsburgo.

Antes ya había consentido Alemania que su política exterior estuviese determinada exclusivamente por intereses austríacos. El castigo fue terrible. Desgraciado el joven nacionalismo alemán si deja que su política futura sea fijada por los charlatanes histriónicos de los pútridos elementos burgueses o por los enemigos marxistas de Alemania. Y desgraciado si, al mismo tiempo, con una completa falta de comprensión de las verdaderas fuerzas propulsoras del estado austríaco en Viena, vuelve a recibir de allí sus directrices. Será tarea del movimiento socialista nacional poner fin a este histriónico griterío y elegir la sobria razón como rectora de la futura política exterior alemana.

Claro es que también Italia tiene su parte de culpa en esta complicación. Yo consideraría estúpido y políticamente infantil reprender al estado italiano por el hecho de que avanzara sus fronteras más allá del Brennero, aprovechando la ocasión del colapso del estado austríaco. Los motivos que lo impulsaron a ello en aquel tiempo no tenían más base que los motivos que una vez indujeron a los políticos anexionistas burgueses, incluyendo al Sr. Stresemann y al Sr. Erzberger, a adelantar las fronteras alemanas hacia las fortalezas belgas del Mosa.

En todos los tiempos, un gobierno responsable que piensa y actúa hará un esfuerzo para encontrar fronteras seguras y estratégicamente naturales. Sin duda alguna, Italia no se anexionó el Tirol del Sur con objeto de adueñarse de un par de cientos de miles de alemanes, y también es indudable que los italianos habrían preferido que solo viviesen italianos en aquel territorio. Pues, a decir verdad, no fueron nunca consideraciones estratégicas, sino humanas, las que principalmente les indujeron a rebasar el Brennero con sus fronteras. Pero ningún estado habría actuado de manera distinta en una situación similar.

De aquí que no tenga objeto criticar esta disposición de las fronteras, puesto que, en definitiva, todo estado tiene que fijar sus fronteras naturales de acuerdo con sus propios intereses y no de acuerdo con los de otros. Para el grado en que la posesión del Brennero pueda servir intereses militares y propósitos estratégicos, carece de importancia el detalle de que 200 000 alemanes vivan dentro de esta frontera estratégicamente establecida y asegurada, siendo así que la población del país es de 42 000 000 de almas y no existe ningún adversario militarmente efectivo en esta frontera.

Habría sido más prudente evitar la reacción de estos 200 000 alemanes que tratar de imponerles por la fuerza un punto de vista, proceder cuyo resultado, según la experiencia, carece generalmente de valor. Un pueblo no se puede extirpar en veinte o treinta años, por mucho que se desee y cualesquiera que sean los métodos que se pongan en juego. Por parte italiana se podría contestar con cierta apariencia de razón que no era esta la intención que se tenía en un principio y que se produjo necesariamente por sí misma a consecuencia de la actitud provocativa y la continua interferencia en los asuntos domésticos italianos por parte de fuerzas externas austríacas y alemanas, así como por las repercusiones que ello tuvo en los tiroleses del sur.

Esto es verdad, pues, ciertamente, los italianos acogieron en un principio al elemento alemán del Tirol del Sur con gran honradez y lealtad. Pero, tan pronto como el fascismo surgió en Italia, empezó la agitación contra este estado en Alemania y en Austria por razones de principios y condujo a una creciente irritabilidad mutua que en el Tirol del Sur había de producir por fin las consecuencias que hoy tenemos a la vista. En este aspecto fue en extremo desafortunada la influencia de la liga de Andreas Hofer, que, en

vez de recomendar enérgicamente una actitud sagaz a los alemanes del Tirol del Sur y hacerles ver claro que su misión consistía en construir un puente entre Alemania e Italia, despertó en los tiroleses del sur esperanzas que iban más allá de toda posibilidad de realización, pero que, sin embargo, era inevitable que produjeran incitaciones y, por consiguiente, medidas duras.

El hecho de que las condiciones se extremaran se debió principalmente a la actuación de dicha liga. Quien como yo haya tenido incontables oportunidades de conocer personalmente a miembros importantes de esta asociación, se asombrará de que un grupo de tan escasa fuerza pueda hacer tanto daño y tan irresponsablemente. Porque cuando veo con los ojos de mi imaginación las figuras conductoras y pienso sobre todo en una de ellas que tenía su despacho en las oficinas de la policía de Múnich, me irrito al pensar que hombres que nunca arriesgarían la piel ocasionaron una complicación que tenía que acabar en un sangriento conflicto.

Es también cierto que no puede existir en absoluto un entendimiento sobre el Tirol del Sur entre los verdaderos manipuladores de esta agitación contra Italia, ya que a estos elementos el Tirol del Sur les tiene tan sin cuidado como la nación alemana en general. En realidad, es solo una cuestión de utilización de medios aprovechables para sembrar la confusión y agitar la opinión pública, especialmente en Alemania, contra Italia. Porque esto es lo que importa a esos caballeros.

De aquí, que exista cierta justificación en la objeción italiana de que, sin que importe el tratamiento que reciben los alemanes en el Tirol del Sur, esa gente hallará siempre algo aprovechable para su agitación, porque eso es precisamente lo que desean. Pero por la misma razón de que hoy en Alemania, exactamente lo mismo que en Italia, ciertos elementos tienen interés en poner trabas por todos los medios a un entendimiento entre ambas naciones, sería un deber y una medida de prudencia quitarles esos medios, aunque no se evitara el peligro de que continuaran en sus intentos.

Lo contrario solo tendría sentido si no hubiera absolutamente nadie en Alemania que tuviese el valor de hablar en pro de semejante entendimiento y en contra de tal agitación. Pero no es este el caso. Por el contrario, cuanto más trate la Italia actual de evitar por sí misma incidentes impolíticos, más fácil será para los amigos de Italia en Alemania denunciar a los incitadores

del odio, desenmascarar la santurronería de sus razonamientos y poner fin a su actividad envenenadora del pueblo. Pero si en Italia creen realmente que no pueden llegar a un compromiso de alguna manera, en vista del clamor y las demandas de organizaciones extranjeras, sin que esto pareciese más bien una capitulación y posiblemente aumentase la arrogancia de tales elementos, podrían hallarse soluciones. En realidad, tal actitud de complacencia solo podría concederse fundamentalmente a aquellos que no solo no están comprometidos en esta agitación, sino que, por el contrario, son los amigos de un acuerdo entre Italia y Alemania y llevan la lucha más reñida contra los emponzoñadores de la opinión pública en Alemania.

El objetivo en política exterior del movimiento socialista nacional no tiene nada que ver con la política económica o burguesa de fronteras. Nuestro objetivo popular de espacio asignará al pueblo alemán, también en el futuro, un desenvolvimiento que nunca lo pondrá en conflicto con Italia. Tampoco sacrificaremos jamás la sangre de nuestro pueblo para llevar a cabo pequeñas rectificaciones fronterizas, sino solo para ganar espacio para una futura expansión y alimentación de nuestro pueblo. Este propósito nos impulsa hacia el este.

Las costas orientales del mar Báltico son para Alemania lo que es el Mediterráneo para Italia. El enemigo mortal de Alemania para toda posibilidad de desarrollo futuro, e incluso para el simple mantenimiento de la unidad de nuestro imperio, es Francia, exactamente como lo es para Italia. El movimiento socialista nacional no caerá nunca en un griterío superficial y vacuo de vítores. No estará nombrando a cada momento las armas. Sus dirigentes, casi sin excepción, han aprendido cómo es la guerra en realidad. Por lo tanto, este movimiento nunca derramará sangre por otros objetivos que aquellos que sean útiles para el desarrollo general de nuestro pueblo.

De aquí que se niegue a provocar una guerra con Italia en aras de una rectificación de fronteras que resulta risible comparada con la fragmentación alemana en Europa. Por el contrario, quiere poner fin para siempre a las infortunadas marchas germanas hacia el sur y desea que la llamada de nuestros intereses tome una dirección que permita a nuestro pueblo remediar su falta de espacio. Libraremos, pues, a Alemania de su

presente esclavitud y servidumbre. Lucharemos sobre todo por su restauración y, por lo tanto, en interés del honor alemán.

Si la Italia actual cree que un cambio en algunas de sus medidas en el Tirol del Sur se consideraría como una capitulación ante la interferencia extranjera, sin que, a fin de cuentas, ello condujese al deseado acuerdo, que realice tales modificaciones exclusivamente en aras de los que en Alemania propugnan un entendimiento con los italianos —con lo cual justificaría su actitud— y que no solo se oponen a mezclarse con los agitadores contra Italia, sino que, en verdad, han librado la más dura lucha contra estos elementos durante años y reconocen como cosa natural los derechos soberanos que tiene el estado italiano de existir.

Lo mismo que para Alemania no es indiferente ganar a Italia como amiga, tampoco puede serlo para Italia. Del mismo modo que el fascismo ha dado al pueblo italiano un nuevo valor, el valor del pueblo alemán no debe estimarse para el futuro sobre la base de su actual expresión de vida, sino de acuerdo con las fuerzas que tan a menudo ha mostrado en épocas anteriores y que tal vez podrá mostrar de nuevo mañana.

Por lo tanto, así como la amistad de Italia es digna de un sacrificio por parte de Alemania, la amistad alemana es digna de que Italia haga otro tanto. Sería una gran fortuna para ambos pueblos que las fuerzas que en uno y otro son representantes de este conocimiento pudieran llegar a entenderse.

Del mismo modo que la agitación contra Italia en Alemania es reponsable de la desgraciada enemistad entre ambos países, Italia será culpable si, después de advertir el hecho de que en la misma Alemania se lucha contra esa agitación, no hace todo lo posible para quitarles de las manos todas sus armas a los agitadores.

Si la sagacidad del régimen fascista consigue un día que 65 000 000 de alemanes se conviertan en amigos de Italia, esto será más provechoso para ella que si se empeña en educar a 200 000 alemanes para que se conviertan en malos italianos.

La misma falta de solidez tuvo la actitud de Italia cuando se opuso a la unión de Austria con Alemania. El hecho mismo de que Francia patrocinara con empeño esta oposición debió haber conducido a Roma a adoptar una actitud contraria. Pues Francia no dio este paso con objeto de beneficiar a

Italia, sino con la esperanza de poderla perjudicar. Hay dos razones principales que indujeron a Francia a poner el veto a la unión: primera, impedir el aumento de fuerza que ello suponía para Alemania; la segunda, fue el convencimiento de que algún día podría lograr que el estado austríaco ingresara en la alianza franco-europea. Roma no debió dejar de ver que la influencia francesa en Viena era considerablemente más decisiva que la alemana, por no hablar de la italiana. La tentativa francesa de trasladar la Sociedad de Naciones a Viena obedece solamente al deseo de reforzar el carácter cosmopolita de esta ciudad y ponerla en contacto con un país cuyo carácter y cultura halla una respuesta más intensa en la atmósfera vienesa actual que en la del Imperio alemán.

Por muy en serio que en las provincias austríacas se mantengan las tendencias hacia una unión, poco eco encuentran en Viena. Por el contrario, si en Viena manipulan con la idea de una unión es siempre tan solo para salvarse de alguna dificultad financiera, puesto que Francia está siempre más dispuesta a acudir al estado prestamista. Pero gradualmente esta idea de una unión se irá marchitando a medida que se produzca una consolidación interna de la federación austríaca, y Viena recupere su posición todopoderosa. Además, el desenvolvimiento político de Viena asume un carácter crecientemente antiitaliano y especialmente antifascista, mientras que el marxismo austríaco nunca ha disimulado sus vivas simpatías por Francia.

Así, el hecho de que en aquella época se lograra impedir la unión, en parte con la ayuda italiana, conducirá algún día a la inserción del eslabón que faltaba en el sistema francés de alianzas, entre Praga y Yugoslavia.

Pero que Italia pusiera impedimentos a la unión austríaca con Alemania fue un error incluso por motivos psicológicos. Cuanto más pequeño permaneciera el fragmentado estado austríaco, más limitados, naturalmente, serían sus objetivos de política exterior. No puede esperarse un objetivo de política exterior concebido en gran escala, de una estructura estatal que tiene apenas …. Kilómetros cuadrados de territorio y apenas … millones de habitantes.

Si la Austria alemana hubiese quedado anexionada a Alemania en 1919-1920, la tendencia de su pensamiento político habría sido determinada

gradualmente por los grandes objetivos políticos de Alemania, objetivos posibles para una nación de casi 70 000 000 de habitantes. Impedir esto en aquella época impidió que la política exterior pudiera concebir grandes propósitos y la limitó a pequeñas ideas de reconstrucción de la vieja Austria.

Solo así fue posible que la cuestión del Tirol del Sur creciese hasta adquirir una importancia tan extraordinaria. Pues el estado austríaco, pese a sus reducidas dimensiones, era lo bastante grande para representar una idea de política exterior que estaba en consonancia con su pequeñez, lo mismo que, a la inversa, podría envenenar lentamente el pensamiento político de toda Alemania. Cuanto más se reducían las ideas políticas del estado austríaco a consecuencia de su limitación territorial, más se transformaban en problemas que, sin duda, podían tener importancia para este estado, pero que no podían considerarse como decisivos para la formación de una política exterior alemana digna de la nación alemana.

Italia debió apoyar una unión de Austria con Alemania, aunque solo fuera por contrariar el sistema francés de alianzas en Europa. Debió hacerlo también para presentar otras tareas a la política alemana de fronteras, otros pensamientos que habrían germinado a consecuencia de la incorporación de Austria a un gran Imperio alemán.

Por otra parte, las razones que indujeron tiempo atrás a Italia a adoptar una actitud contra la unión, no están del todo claras. Ni la Austria actual, ni la Alemania actual pueden considerarse como adversarios militares por Italia en el momento presente. Pero si Francia lograra formar una alianza general en Europa contra Italia, alianza en que participasen Austria y Alemania, la situación militar no cambiaría lo más mínimo si Austria fuera independiente o estuviera con Alemania. Además, no se puede hablar de una independencia real y efectiva en un país de tan escaso territorio.

Austria siempre penderá de las cuerdas de una gran potencia de una clase u otra. Suiza no puede en modo alguno demostrar lo contrario, puesto que, como estado, posee sus propias posibilidades de existencia, aunque estas se basen en el movimiento turístico. Para Austria esto es imposible a causa de la desproporción entre el número de habitantes de la capital y el del total del país. Pero sin tener en cuenta para nada la actitud que Austria

pudiera asumir hacia Italia, el hecho mismo de su existencia constituye un alivio para la posición militar estratégica de Checoslovaquia, lo que algún día, de una manera u otra, puede ponerse de manifiesto frente a Hungría, que es aliado natural de Italia.

Los italianos, por razones militares y políticas deberían considerar el veto a la unión como algo sin importancia, si no es que incluso como algo que los perjudica.

No puedo concluir este capítulo sin fijar detalladamente quiénes son los verdaderos culpables de que exista la cuestión del Tirol del Sur.

Para nosotros, los socialistas nacionales, políticamente ha llegado la hora de la decisión. Por lo menos yo —que me opongo con la máxima energía a que millones de alemanes sean arrastrados a un campo de batalla donde se los haga desangrarse hasta la muerte por los intereses de Francia sin conseguir una ganancia que engrandezca a Alemania y que, en cierto modo, está en consonancia con el sacrificio de sangre—, me niego también a reconocer el punto de vista de que la cuestión del honor nacional es decisiva aquí. Pues si he de basarme en ese punto de vista, antes tendría que marchar contra Francia, que con su conducta ha herido el honor alemán de modo muy distinto a como lo ha herido Italia.

Ya he hablado ampliamente en la introducción de este libro sobre la posibilidad de formular una política exterior sobre la base del honor nacional [Nota: Si realmente hubo una "introducción", no se ha conservado. Dado que todas las páginas del presente documento están numeradas consecutivamente, podría tratarse del "Prefacio". Por otra parte, hay que señalar que el prefacio no menciona el tema que aquí se trata; las explicaciones pertinentes se encuentran más bien en las páginas 121-130 del original]. Por lo tanto, no hay necesidad de insistir en la posición que hay que adoptar sobre esto. Si ahora se realiza en nuestros grupos de protesta el intento de presentar esta actitud como una traición o una renuncia al Tirol del Sur, esto solo puede ser correcto si, de no existir nuestra actitud, o no se hubiera perdido el Tirol del Sur o esta zona estuviera a punto de volver al otro Tirol en un futuro previsible.

Por eso me veo obligado a establecer una vez más en esta exposición de una manera precisa quiénes fueron los que traicionaron al Tirol del Sur y

por las medidas de quiénes llegó a perderse para Alemania.

1. El Tirol del Sur fue traicionado y perdido por la actividad de aquellos partidos que en un largo trabajo por la paz privaron al pueblo alemán del armamento que necesitaba para afirmarse en Europa y, al hacer esto, arrebataron a Alemania el poder necesario para la victoria y, con ello, para la conservación del Tirol del Sur en la hora crítica.

2. Aquellos partidos que en su largo trabajo pro paz socavaron los cimientos morales y éticos de nuestro pueblo y, sobre todo, destruyeron la fe en el derecho a la autodefensa.

3. Así, el Tirol del Sur fue traicionado por aquellos partidos que, como los llamados partidos nacionales y conservadores del estado, contemplaron esta actividad con indiferencia o, al menos, sin oponer una verdadera resistencia. Aunque indirectamente, también ellos son causantes de la debilitación del armamento de nuestro pueblo.

4. Tirol del Sur fue traicionado y vendido por la actividad de los partidos políticos que redujeron al pueblo alemán al papel de servidor de los sueños de gran poder de los Habsburgo, y que, en vez de encabezar la política exterior alemana con el objetivo de una unificación nacional de nuestro pueblo, consideraron que la conservación del estado austríaco era misión nuestra; de esos partidos que en tiempos de paz se limitaron a contemplar durante decenios cómo los Habsburgo llevaban a cabo sistemáticamente su obra de desalemanización, lo que equivalía a ayudarles. Esos partidos son, pues, corresponsables de que se haya descuidado la solución del problema austríaco por Alemania o, al menos, por la decisiva cooperación de Alemania. En tal caso, el Tirol del Sur se podría haber conservado para el pueblo alemán.

5. El Tirol del Sur se perdió a consecuencia de la falta general de propósito y de plan de la política exterior alemana, que, en el año 1914, se extendió también a la falta de fijación de objetivos de guerra razonables o impidió esto último.

6. El Tirol del Sur fue traicionado por todos aquellos que durante el curso de la guerra no cooperaron hasta el máximo en el deber de reforzar la resistencia y el poder agresivo alemán; así por los partidos que paralizaron

deliberadamente nuestro poder de resistencia, y por aquellos que toleraron esta parálisis.

7. El Tirol del Sur se perdió a consecuencia de la incapacidad, incluso durante la guerra, de dar una nueva orientación a la política exterior alemana y salvar al elemento alemán del estado austríaco, renunciando al mantenimiento de los Habsburgo como gran potencia estatal.

8. El Tirol del Sur fue perdido y traicionado por la actividad de los que, durante la guerra, al despertar la vergonzosa esperanza de una paz sin victoria, quebrantaron la capacidad de resistencia moral del pueblo alemán y, en vez de manifestar la voluntad de seguir la guerra, adoptaron una actitud de paz que fue catastrófica para Alemania.

9. El Tirol del Sur se perdió a causa de la traición de aquellos partidos y aquellos hombres que incluso durante la guerra mintieron al pueblo alemán, hablándole de la inexistencia de objetivos imperialistas de la Entente, engaño que lo desvió de la necesidad incondicional de resistencia, y finalmente lo indujeron a creer más en la Entente que en aquellos que dentro de la patria alzaban sus voces admonitorias.

10. El Tirol del Sur se perdió, además, por el derrumbamiento del frente, esperado en el interior del país, y por la infección del pensamiento alemán debida a las declaraciones fraudulentas de Woodrow Wilson.

11. El Tirol del Sur fue traicionado y perdido por la actividad de los partidos y de los hombres que, empezando por hacer objeciones de conciencia al servicio militar y llegando hasta la organización de huelgas en el aprovisionamiento de las tropas, despojaron al ejército del sentimiento de la incontestable necesidad de luchar y vencer.

12. El Tirol del Sur fue traicionado y perdido por la organización y la ejecución del crimen de noviembre, así como por la despreciable y cobarde tolerancia de esta ignominia por las llamadas fuerzas nacionales conservadoras del estado.

13. El Tirol del Sur fue perdido y traicionado por los actos desvergonzados de los hombres y de los partidos que, después del colapso, mancharon el honor de Alemania, destrozaron la estima de que nuestro pueblo gozaba en el mundo y, con ello, alentaron a nuestros adversarios a desmesurar sus

demandas. Se perdió, además, por la despreciable cobardía de los partidos nacionales-burgueses y de las ligas patrióticas que deshonrosamente capitularon en todas partes llevados del terror, la bajeza y la villanía.

14. Finalmente, el Tirol del Sur fue perdido y traicionado por la firma de los tratados de paz, lo que implicaba el reconocimiento legal de la pérdida de este territorio.

Todos los partidos alemanes son culpables. Algunos han destruido a Alemania intencionadamente y con conocimiento de causa, y otros, con su proverbial incapacidad y su cobardía que claman al cielo, no solo no hicieron nada por detener a los destructores del porvenir de Alemania, sino que, por el contrario, actuaron como juguetes en las manos de estos enemigos de nuestro pueblo, por la incapacidad de su dirección en la política interior y exterior. Nunca se había llevado a la ruina ningún pueblo como se ha llevado al alemán por semejante maridaje de bajeza, villanía, cobardía y estupidez.

En estos días se nos ha proporcionado una vislumbre de las actividades y eficiencia de aquella vieja Alemania en el campo de la política exterior, gracias a la publicación de las Memorias de Guerra de Mr. Flynn, jefe del Servicio de Información en Norteamérica [Nota: El artículo citado apareció el 26 de junio de 1928, lo que demuestra con certeza que el libro se dictó entre finales de junio y principios de julio de 1928. Se trata de un artículo de William J. Flynn, "Tapped Wires", que se publicó en el semanario Liberty el 2 de junio de 1928 (pp. 19-22). El artículo informa sobre las conversaciones telefónicas de la embajada alemana en Washington que fueron interceptadas por el servicio secreto estadounidense].

Dejo hablar a un órgano burgués-democrático para la mejor comprensión del asunto [Nota: El texto del artículo no aparece en el original, pero debía insertarse posteriormente; el resto de la página se dejó en blanco. Este texto fue insertado aquí por el editor respetando el sentido del manuscrito]:

Cómo entró Estados Unidos en la guerra

FLYNN ESCRIBE ACERCA DEL SERVICIO DIPLOMÁTICO SECRETO

Por F. W. Elven, corresponsal del Münchener Neuesten Nachrichten

(Cincinnati, mediados de junio)

William J. Flynn ha publicado una parte de sus Memorias de Guerra en el semanario Liberty, muy leído en nuestro país. Durante la guerra, Flynn fue el jefe del Servicio Secreto de los Estados Unidos. Este servicio abarca a todo el país y está brillantemente organizado. En tiempos de paz, se encarga principalmente de la seguridad personal del Presidente. También dedica su atención a todo aquello que en la capital de la nación necesite protección o crea que la necesita. Mantiene bajo vigilancia a todos los elementos dudosos de los que se sospeche que tienen alguna conexión con tendencias políticas hostiles al gobierno y a sus portavoces. Durante la guerra, su tarea principal fue no perder de vista a aquellos que, más o menos abiertamente, se habían destacado por su oposición a la guerra, ni a los simplemente sospechosos de no estar de acuerdo con la política bélica de Wilson. Los alemanes también gozaban de su especial atención. En aquella época muchos cayeron en las trampas que les tendía por todas partes el Servicio Secreto Federal.

Por las Memorias de Flynn nos enteramos de que a este servicio se le asignó una misión importante incluso antes de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. En el año 1915, dos años enteros antes de la declaración de guerra de los Estados Unidos, el más experto técnico en teléfonos fue requerido desde Washington y se le encargó la tarea de conectar los cables telefónicos de las embajadas alemana y austríaca de modo que los funcionarios del Servicio Secreto pudieran registrar todas las conversaciones de cualquier origen que sostuvieran los embajadores con su personal, así como cuantos diálogos se mantuvieran con las oficinas de las embajadas. Se dispuso una habitación en la que todos los cables estaban enlazados de forma tan ingeniosa, que no podía perderse una sola conversación. Los hombres del Servicio Secreto permanecían en aquella cámara día y noche, dictando las conversaciones que oían, a los mecanógrafos sentados junto a ellos. Todas las noches, el jefe de las oficinas del Servicio Secreto, esto es, el autor del artículo insertado en Liberty, recibía un informe escrito a máquina de cuantas conversaciones se habían mantenido en las veinticuatro horas precedentes, de modo que por

la noche podía comunicar al departamento de Estado y al presidente Wilson cualquier noticia importante registrada durante el día.

Tengamos en cuenta que esta instalación se montó a principios del año 1915, esto es, en los momentos en que los Estados Unidos todavía vivían en paz con Alemania y Austria-Hungría, y Wilson no se cansaba de dar seguridades de que no acariciaba ninguna intención hostil hacia Alemania. Era también la época en que el conde Bernstorff, embajador alemán en Washington, no desperdiciaba ninguna oportunidad de mostrar el aprecio en que se tenían los amistosos sentimientos y excelente disposición de Wilson hacia Alemania y el pueblo alemán. Era igualmente la época en que Wilson le daba a su confidente, Baruch, instrucciones para empezar la movilización gradual de la industria bélica; la época en que se hizo cada vez más evidente, como el historiador estadounidense Harry Elmer Barnes asevera en su libro sobre los orígenes de la Gran Guerra, que Wilson estaba firmemente decidido a entrar en la conflagración y aplazaba la ejecución de sus planes belicosos solo porque antes había que atraerse a la opinión pública para estos proyectos.

Las memorias de Flynn quitan finalmente toda base a la insensata cháchara de que Wilson fue llevado contra su voluntad a la guerra por la acción submarina alemana. El registro de las conversaciones telefónicas de la embajada alemana se realizó con su conocimiento. También de esto nos enteramos por las Memorias de Flynn. El autor añade que el material así reunido contra Alemania contribuyó considerablemente a la ruptura final. Esto demuestra que puso en manos de Wilson los medios necesarios para convencer a la opinión pública de que el paso hacia la guerra que hacía tiempo tenía planeado era inevitable. Ciertamente, este material era en conjunto ideal para tal propósito. Las memorias confirman plenamente lo que por desgracia tiene que decirse aún: que Alemania estaba representada en aquel tiempo en Washington de la forma más increíblemente incompetente e indigna. En un pasaje, Flynn escribe que los informes mecanográficos que le presentaban diariamente contenían material de sobra para mantener ocupado durante meses a un abogado especialista en divorcios. Con ello podremos formarnos una idea de la situación.

El Servicio Secreto tenía en Washington y en Nueva York agentes femeninos cuya tarea era sondear a los miembros de la embajada alemana, Bernstorff

inclusive, siempre que sucedía algo importante. Una de estas agentes femeninas tenía un piso magnífico en Washington donde los caballeros se encontraban con sus señoras y adonde, de cuando en cuando, incluso Lansing, el secretario de Estado, iba a enterarse de las novedades. El día de Año Nuevo de 1916, cuando en la capital de los Estados Unidos se conoció la noticia del hundimiento del transatlántico Persia, Bernstorff telefoneó a cinco mujeres sucesivamente para dirigirles amables cumplidos y recibir respuestas no menos amables, aunque, teniendo en cuenta el estado de ánimo que las noticias del hundimiento del Persia habían creado en el departamento de Estado y en la Casa Blanca, era evidente que no le faltaban preocupaciones más serias.

Una de las señoras dijo a Bernstorff que era el perfecto enamorado y siempre lo sería, aunque tuviese cien años. Los demás caballeros de la Embajada no eran diferentes. Uno, al que Flynn califica de "el mejor ayudante diplomático de la Embajada", tenía una amiga en Nueva York, mujer casada, con la que sostenía diariamente una conversación telefónica que costaba al Imperio alemán veinte dólares, y a la que visitaba con frecuencia. Él le contaba todo lo que sucedía, y ella se cuidaba de llevar los informes adonde debía llevarlos. Incluso comentarios completamente vulgares acerca de Wilson y su consorte se hacían en las conversaciones telefónicas, de donde se deduce que la actitud de la Casa Blanca respecto a Alemania no tenía un cariz precisamente amistoso.

Por una conversación sostenida a principios de marzo de 1916, nos enteramos de lo poco que sabía la Embajada de los Estados Unidos y su pueblo, y los planes infantiles en que se ocupaba. Por aquel tiempo, el senador Gore presentó un proyecto de ley al Congreso para que se ordenase al pueblo estadounidense que no usara navíos comerciales armados. El presidente Wilson combatió enconadamente la propuesta. Necesitaba la pérdida de vidas estadounidenses para poder azuzar los sentimientos contra Alemania. El personal de la Embajada alemana sabía que las perspectivas del proyecto de ley no eran favorables, por lo cual forjaron con toda seriedad planes para comprar al Congreso. Lo malo era que al principio no sabían cómo conseguir el dinero. El 3 de marzo el Senado decidió aplazar provisionalmente el proyecto de ley Gore. Se suponía que en el Congreso se celebraría la votación días después. Así es

que el proyecto de comprar al Congreso no se mantuvo con firmeza, pero, al menos en este caso, Bernstorff se mostró lo bastante razonable para oponerse al plan de una manera decisiva. La lectura del artículo de Flynn debe suscitar un sentimiento de profunda indignación en todo hombre de sana sangre alemana, no solo por la traicionera política de Wilson, sino especialmente por la increíble estupidez con que la embajada alemana sirvió de juguete a esta política. Wilson engañaba sin cesar a Bernstorff día tras día. Cuando el coronel House, consejero del Presidente, regresó de su viaje por Europa en mayo de 1916, Bernstorff se trasladó a Nueva York para reunirse con él. Pero Wilson, que ante Bernstorff había procedido como si no tuviera objeción alguna que hacer a aquel encuentro, dijo secretamente a House que no tuviera el menor contacto con el conde y lo eludiera a toda costa. Así sucedió. Bernstorff aguardó en Nueva York inútilmente. Luego se fue a una playa cercana y se dejó fotografiar en traje de baño con dos amigas en una postura llena de intimidad. La fotografía ilustra el artículo de Flynn. Por aquel tiempo, la foto cayó en manos de Bakhmateff, el embajador ruso, que la hizo ampliar y la envió a Londres, donde fue publicada en los periódicos bajo el título "El digno embajador", y prestó un servicio capital a la propaganda aliada.

Tal es el artículo publicado por el *Münchener Neuesten Nachrichten*. El hombre de que en él se habla era un representante típico de la política exterior alemana antes de la guerra, y ahora lo es de la política exterior alemana de la República. Este individuo, que habría sido sentenciado a la horca por un tribunal político en cualquier otro estado, es el representante alemán en Ginebra de la Sociedad de Naciones.

Estos hombres son los culpables del colapso de Alemania y, por consiguiente, de la pérdida del Tirol del Sur. La culpa recae también sobre todos los partidos y hombres que, o causaron tales condiciones de vida, o las encubrieron, o las sostuvieron tácitamente, o no lucharon contra ellas con la mayor energía.

Esos hombres que hoy tratan desvergonzadamente de engañar de nuevo a la opinión pública y a quienes les gusta afirmar que son otros los culpables de la pérdida del Tirol del Sur, deben empezar por rendir cuentas detalladas de lo que han hecho para la conservación de este territorio.

Por lo menos en lo que a mí concierne, puedo declarar orgullosamente que desde que soy hombre he estado siempre al lado del fortalecimiento de mi pueblo. Cuando vino la guerra, luché en el frente alemán del oeste durante cuatro años y medio, y desde que terminó, he estado luchando contra las criaturas corrompidas a las que Alemania ha de agradecer este desastre. Desde entonces, no he contraído ningún compromiso con los traidores de nuestra patria, ni en asuntos de política interna, ni en cuestiones de política exterior, sino que, inconmovible, proclamo la resolución de destruir algún día a esos traidores. Este es el objetivo de mi vida y la misión del movimiento socialista nacional.

Puedo soportar con perfecta calma los ladridos de los cobardes perros burgueses de mala ralea y de los elementos de la liga patriótica, pues sé muy bien cuál es la cobardía media de estas criaturas a las que considero como los seres más despreciables del mundo. También ellos me conocen y este es el motivo de sus gritos y de sus clamores.

CAPÍTULO XVI

Como socialista nacional, veo en Italia al primer aliado posible de Alemania, al primer país que puede salir del campo de la vieja coalición de enemigos sin que esta alianza signifique para Alemania una guerra inmediata para la que no estamos preparados militarmente.

Estoy seguro de que esta alianza sería grandemente beneficiosa tanto para Alemania como para Italia. Incluso si sus beneficios directos no llegasen a existir en definitiva, nunca sería una alianza perjudicial mientras ambas naciones conciban sus intereses en el sentido más alto de la palabra. Mientras Alemania considere el mantenimiento de la libertad e independencia de nuestro pueblo como el objetivo supremo de su política exterior y quiera asegurar a este pueblo los requisitos indispensables para su vida diaria, el pensamiento en política exterior estará determinado por la necesidad territorial de nuestro pueblo. Y mientras así suceda, no podremos tener ningún motivo interno ni externo que nos induzca a granjearnos la enemistad de un estado que de ninguna manera se alza como un obstáculo en nuestro camino.

Y en tanto que Italia quiera servir a sus necesidades realmente vitales como un estado verdaderamente nacional, tendrá de la misma forma que atender a sus necesidades territoriales y basar su pensamiento y su acción políticos en la ampliación del suelo italiano. Cuanto más orgulloso e independiente y más nacional consiga ser el pueblo italiano, menos entrará en conflicto en su desarrollo con el pueblo alemán.

Las zonas de interés de estos dos países están, afortunadamente, tan distantes una de otra, que no existen áreas naturales de discordia.

Una Alemania nacionalmente consciente y una Italia en iguales condiciones, podrán, en definitiva, cerrar las heridas que dejó la Guerra Mundial en sus mutuos sentimientos amistosos basados en su comunidad de intereses.

El Tirol del Sur tendrá así algún día que cumplir una elevada misión al servicio de ambos pueblos. Si los italianos y los alemanes de este territorio, una vez penetrados de la responsabilidad de sus respectivos pueblos, perciben y comprenden las grandes tareas que Italia y Alemania han de emprender, las pequeñas disputas del día retrocederán frente a la misión superior de construir un puente de entendimieno franco y recíproco en las antiguas fronteras de Alemania e Italia.

Yo sé que bajo los regímenes corrientes en Alemania esto es tan imposible como lo sería en Italia bajo un régimen no fascista. Pues las fuerzas que terminan hoy la política alemana no desean la resurrección alemana en ningún aspecto, sino nuestra destrucción. Igualmente quieren la destrucción del actual estado fascista italiano, y por eso no dejarán de probar nada que pueda hundir a ambas naciones en el odio y la hostilidad. Francia se aprovechará de cualquier manifestación de este género, aunque se haga en un momento de irreflexión, y lo usará en su propio beneficio con infinita alegría.

Solo una Alemania socialista nacional hallará el camino para llegar a un entendimiento con la Italia fascista y terminará eliminando el peligro de una guerra entre los dos pueblos. Pues esta vieja Europa fue siempre un territorio dominado por sistemas políticos, y no será de otra manera, al menos en un futuro previsible. La democracia general europea, o será reemplazada por un sistema de bolchevismo judío-marxista al que irán sucumbiendo todos los estados uno tras otro, o por un sistema de estados nacionales libres y destrabados que, en el libre juego de las fuerzas, colocarán su sello sobre Europa de acuerdo con el número y la importancia de su respectivo pueblo.

Tampoco es bueno que el fascismo exista en Europa como idea aislada. O el mundo de las ideas del que procede se generaliza, o Italia sucumbirá de nuevo un día a las ideas generales de otra Europa.

Así, si sometemos a un detallado examen las posibilidades de Alemania en política exterior, solo vemos dos posibles aliados valiosos para el futuro: Italia e Inglaterra. Las relaciones de Italia con Inglaterra son hoy amistosas, por razones que ya he analizado en otro pasaje de este libro, y es difícil que se enturbien en un futuro inmediato. Tampoco esto tiene nada que ver con

las simpatías mutuas, sino que descansa, sobre todo por la parte italiana, en una apreciación racional de la efectiva relación de poder. Así, la aversión a una hegemonía ilimitada y absoluta de Francia en Europa es común a ambos estados. Para Italia, porque sus intereses europeos más vitales están amenazados; para Inglaterra, porque una Francia todopoderosa en Europa puede significar una nueva amenaza para la presente supremacía mundial y naval de Inglaterra, supremacía que ya no es del todo cuestionable.

Que hoy, probablemente, también España y Hungría pueden incluirse en esta comunidad de intereses, aunque sea solo de una manera tácita, se funda en la aversión de España a la actividad colonial francesa en el norte de África, y, en Hungría, en su hostilidad a Yugoslavia, que está apoyada por Francia.

Si Alemania lograra tomar parte en una nueva coalición de estados en Europa —lo que debería conducir a un cambio importante en la Sociedad de Naciones, o permitir que factores de potencia decisiva, todos ellos ajenos a la Sociedad de Naciones, se desarrollasen—, el primer requisito político interior para una posterior política exterior activa sería realizable. La falta de armas y, por tanto, la indefensión práctica que nos impuso el Tratado de Versalles, podría terminar entonces, aunque lentamente. Esto solo es posible si la coalición misma de vencedores no se pone de acuerdo sobre este asunto, pero nunca mediante una alianza con Rusia y muchísimo menos mediante una unión con otras naciones de las llamadas oprimidas contra el frente de la coalición de los antiguos estados victoriosos que nos cercan.

Luego, en un futuro lejano, se puede pensar en una nueva asociación de naciones, consistente en estados individuales de un alto valor nacional, asociación que podría enfrentarse con el dominio amenazador del mundo por la Unión Americana. Porque a mí me parece que la existencia del dominio mundial inglés inflige menos dificultades a las naciones de hoy que la posibilidad de un dominio mundial estadounidense.

No puede invocarse la idea de una Pan-Europa como solución de este problema, sino solamente una Europa con estados nacionales libres e independientes cuyas zonas de intereses sean divergentes y estés delimitadas con precisión.

Solo entonces existirá la oportunidad para que Alemania, asegurada por una Francia que ha sido puesta a raya, y con la ayuda de su ejército resucitado, inicie el camino hacia la remediación de su falta de territorio. Pero una vez que nuestro pueblo haya logrado este gran objetivo geopolítico en el este, la consecuencia no será solo tener una política exterior más clara, sino también más estable, al menos por todo el tiempo humanamente previsible, lo que hará posible evitar locuras políticas como las que últimamente arrastraron a nuestro pueblo a la Guerra Mundial. Y entonces, por fin, también habremos superado el período del mezquino clamor diario y de una política económica y de fronteras completamente estéril.

Entonces, Alemania tendrá que dar, en su vida doméstica, los pasos que conduzcan a fortalecer la concentración de sus medios de poder. Tendrá que darse cuenta de que los ejércitos y las armadas se montan y se organizan, no según líneas románticas de conducta, sino de acuerdo con necesidades prácticas. Entonces, automáticamente, seleccionará como nuestra mayor tarea la formación de un fuerte ejército de tierra de calidad superior, ya que nuestro futuro, evidentemente, no está en el mar, sino en el suelo de Europa.

Solo cuando hayamos percibido completamente el sentido de esta proposición y puesto fin a la necesidad territorial de nuestro pueblo en el este y en gran escala, a lo largo de las líneas de esta concepción la economía alemana dejará de ser también un factor de inquietud mundial que atrae mil peligros sobre nosotros. Será entonces cuando esa economía servirá para satisfacer nuestras necesidades domésticas en sus aspectos principales. Un pueblo que no necesita ya empujar a sus crecientes generaciones rurales a las grandes ciudades como obreros de fábrica, sino que puede asentarlos como campesinos libres sobre su propio suelo, abrirá mercados interiores para los productos de la industria alemana que podrá apartarse y liberarse gradualmente de la frenética lucha por un “lugar al sol”, como suele decirse, fuera del país.

Es tarea de la política exterior del movimiento socialista nacional preparar y, llegado el momento, llevar a cabo este desenvolvimiento. Además, nuestra política exterior debe ponerse al servicio de la reorganización de nuestros valores populares sobre la base de la categoría filosófica de las ideas. Incluso aquí debe anclar el principio de que no

luchamos por sistemas, sino por carne y por sangre, es decir, por un pueblo vivo que debe conservarse y cuyo pan diario no debe faltar, ya que, teniendo salud física, podrá estar también espiritualmente sano.

Del mismo modo que debe superar los mil obstáculos, equívocos y malevolencias que hallará en su lucha por la reforma de la política interior, en política exterior debe barrer no solo la traición consciente al país realizada por el marxismo, sino también el necio aluvión de frases e ideas inútiles y, en realidad, dañosas, de nuestro mundo nacional burgués. Cuanta menos comprensión haya por el momento para el sentido de nuestra lucha, tanto más decisivo será su éxito algún día.

El hecho de que Italia pueda considerarse hoy, antes que ninguna otra nación, como una aliada para Alemania está relacionado con la circunstancia de que ese país es el único cuya política interior y exterior está determinada por intereses nacionales puramente italianos. Estos intereses son los únicos que no están en contradicción con los intereses alemanes y, a la inversa, los intereses alemanes no van contra ellos.

Ello es importante, no solo a causa de lo dicho, sino también por lo siguiente:

Alemania hubo de sostenerse en la guerra frente a una abrumadora coalición mundial en la que solo una parte de los estados podían tener un interés directo en la destrucción de Alemania. En no pocos países, la incorporación a la guerra se obtuvo mediante influencias que de ningún modo nacían de los genuinos intereses domésticos de estas naciones ni de nada que pudiera beneficiarlas. Una monstruosa propaganda bélica enmarañó la opinión pública de estos pueblos y despertó su entusiasmo por una guerra que, en cierto modo, no podía reportarles ganancia alguna y que, en realidad, iba a veces directamente contra sus intereses verdaderos.

La judería mundial internacional fue el poder que instigó esa enorme propaganda bélica. Pues, por insensata que fuese la participación en la guerra de muchas de estas naciones, tal petición era lógica y perfectamente razonable desde el punto de vista de los intereses de la judería mundial.

No es oportuno desarrollar en estas páginas un debate sobre la cuestión judía. Esto no cabe en el marco de una exposición necesariamente breve y

comprimida. Solamente en aras de una mejor comprensión del asunto expongo lo siguiente:

La judería forma un pueblo con un núcelo racial que no es completamente uniforme. Sin embargo, como pueblo, tiene especiales características intrínsecas que lo separan de todos los demás pueblos que viven en la Tierra. La judería no es una comunidad religiosa, sino que el vínculo religioso que existe entre los judíos es en realidad el sistema gubernamental momentáneo del pueblo judío. El judío no ha tenido nunca un estado propio y territorialmente delimitado a la manera de los estados arios. Sin embargo, su comunidad religiosa es un estado auténtico, ya que garantiza la conservación, el aumento y el porvenir del pueblo judío. Pero esta es precisamente la tarea del estado. Que el estado judío no esté sometido a ninguna limitación territorial, como los estados arios, tiene su explicación en el carácter del pueblo judío, que carece de fuerzas productoras para la construcción y conservación de un estado territorial.

Todo pueblo tiene, como tendencia básica de todas sus acciones terrenales, la fuerza propulsora del instinto de autoconservación. También el judío posee esa fuerza. Sin embargo, la lucha por la vida de los pueblos arios y de la judería, de acuerdo con sus respectivas capacidades, específicamente distintas, es también diferente en sus formas. El fundamento de la lucha aria por la vida es el suelo, que el ario cultiva y el cual le suministra la base general para una economía que satisface primordialmente sus necesidades dentro de su propia órbita mediante las fuerzas productoras de su propio pueblo.

A causa de la falta de capacidades productivas que le es característica, el pueblo judío no puede llevar a cabo la construcción de un estado considerado en sentido territorial, sino que, como soporte de su propia existencia, necesita el trabajo y las actividades creadoras de otras naciones. Así, pues, la existencia del judío es una existencia parasitaria dentro de las vidas de los otros pueblos. De aquí que la meta suprema de la lucha judía por la vida sea esclavizar pueblos productivamente activos. Con objeto de alcanzar esta meta, que en realidad ha constituido la lucha por la vida de la judería en todos los tiempos, el judío hace uso de todas las armas que están en consonancia con el complejo total de su carácter.

Por eso, en la política interior de los pueblos individuales, lucha primero por conseguir la igualdad de derechos, y más tarde por conseguir superderechos. Como armas utiliza sus arraigadas características de habilidad, inteligencia, astucia, picardía, disimulo, etc. En su lucha por la vida emplea tantas estrategemas como otros pueblos en los campos de batalla.

En política exterior, trata de llevar a los pueblos a un estado de inquietud, desviarlos de sus intereses auténticos y enzarzarlos en guerras a unos con otros. De esta manera, la judería puede alzarse gradualmente hasta dominar a los estados con ayuda del poder del dinero y de la propaganda.

Su objetivo final es la desnacionalización, el bastardeamiento y la mezcolanza de los pueblos, el rebajamiento del nivel racial de los países que lo poseen en más alto grado, así como la dominación de este conglomerado de razas mezcladas mediante la extirpación de la intelectualidad de entraña popular y la sustitución por elementos de su propio pueblo.

El final de la lucha mundial judía será siempre, por tanto, una bolchevización sangrienta. Esto significa la destrucción de todas las clases intelectuales superiores ligadas a sus respectivos pueblos, para que el judío pueda alzarse y convertirse en el dueño de una humanidad que se ha quedado sin jefes.

Por esta razón la estupidez, la cobardía y la bajeza son juguetes en sus manos. Con los bastardos, se asegura las primeras brechas para penetrar en un pueblo extranjero.

De aquí que el resultado de la dominación judía sea siempre la ruina de toda cultura y, finalmente, el fracaso del judío mismo. Pues estos seres son parásitos de los pueblos, y su victoria supone su propio fin tanto como el de sus víctimas.

Cuando se produjo el colapso del mundo antiguo, los judíos tropezaron con pueblos jóvenes, en parte completamente intactos, pueblos afirmados en un certero instinto racial que los protegía contra cualquier infiltración. El judío era un extranjero, y todas sus mentiras y disimulos le sirvieron de poco durante cerca de mil quinientos años.

La dominación feudal y el gobierno de los príncipes fueron los primeros en crear una situación general que le permitió unirse a la lucha de una clase social oprimida y hacer suya esa lucha en poco tiempo. La Revolución Francesa le otorgó la igualdad civil. Así quedó tendido el puente por el que pudo avanzar a la conquista del poder político en los diversos países.

El siglo XIX le dio una posición dominante en la economía de las naciones mediante la formación de un capital de préstamo basado en ideas relacionadas con el interés. Finalmente, mediante el subterfugio de la adquisición de acciones, se posesionó de gran parte de los centros productores, y, con ayuda de la Bolsa, se fue transformando gradualmente, no solo en el rector de la vida pública económica, sino también de la vida política. Apuntaló a este gobierno por medio de la contaminación intelectual de las naciones con el apoyo de la francmasonería y consiguió que la prensa dependiera de él. Para la destrucción del régimen burgués intelectual le proporcionó la fuerza el recién nacido cuarto estamento de los artesanos, así como antes la burguesía había sido el medio para la demolición de la dominación feudal. Al mismo tiempo, la estupidez burguesa y la indecorosa falta de principios, la avaricia y la cobardía, ponían armas en sus manos. Formó el estamento de los artesanos de vocación y lo convirtió en una clase especial a la que permitió iniciar la lucha contra la intelectualidad nacional. El marxismo se erigió en padre espiritual de la revolución bolchevique, y ahora es el arma de terror que el judío utiliza brutal e implacablemente.

La conquista económica de Europa por los judíos se había consumado ya en los comienzos de siglo, y entonces empezaron a salvaguardarla políticamente. Para ello se realizaron en forma de revoluciones los primeros intentos de extirpación de la intelectualidad nacional.

La judería se aprovechó de las tensiones entre ciertas naciones europeas, tensiones que en gran parte hay que atribuir a la falta de territorio y a las consecuencias que de ello derivan. Utilizó tales tensiones en provecho propio, incitando sistemáticamente a los países a la Guerra Mundial.

La finalidad era la destrucción de la Rusia antisemítica, y también la del Imperio alemán, cuya administración y cuyo ejército seguían ofreciendo resistencia a los judíos. El objetivo siguiente era la destrucción de aquellas

dinastías que aún no se habían sometido a una democracia dependiente de ellos y por ellos dirigida.

Este propósito bélico judío se ha logrado, al menos en parte. El zarismo, y en Alemania el kaiserismo, fueron eliminados. Con ayuda de la revolución bolchevique, las clases superiores rusas y la intelectualidad rusa, fueron asesinadas y anuladas entre agonías e inhumanas atrocidades. El número total de muertos que esta lucha de los judíos por la hegemonía causó al pueblo ruso fue de veintiocho a treina millones, es decir, quince veces más de lo que la Guerra Mundial le costó a Alemania. Después del triunfo de la revolución, la judería rompió enteramente los lazos del orden, de la moralidad, de las costumbres, etc., abolió la alta institución del matrimonio y, en su lugar, introdujo el amor libre con el propósito de engendrar un batiburrillo humano de calidad inferior. Este bastardeamiento caótico ha dado origen a una masa incapaz de ejercer ningún cargo rector y, en definitiva, ya no podrá hacer nada sin contar con los judíos como único elemento intelectual.

El porvenir nos dirá hasta qué punto tienen éxito estos planes y en qué medida las fuerzas de una reacción natural pueden poner término al crimen más terrible que se ha cometido en todos los tiempos contra la humanidad.

Por el momento, los judíos se esfuerzan en conducir a los demás estados a la misma situación. Para ello, cuentan con el apoyo y la protección, tanto en sus propósitos como en sus actos de los partidos burgueses nacionales y las llamadas ligas nacionales patrióticas, mientras que el marxismo, la democracia y el denominado centro cristiano surgen como tropas agresivas de choque.

Actualmente, la lucha más enconada por la victoria de la judería se mantiene en Alemania. Entre nosotros solo el movimiento socialista nacional ha echado sobre sus hombros la carga de oponerse al execrable crimen que se está cometiendo contra el género humano.

Hoy, en todos los estados europeos se está librando una batalla silenciosa, violenta y a veces disimulada, por el poder político.

Después de Rusia, esta lucha se ha decidido en Francia. Allí, los judíos, favorecidos por cierto número de circunstancias, establecieron una comunidad de intereses con el chauvinismo nacional francés y, desde

entonces, los valores judíos de Bolsa y las bayonetas francesas están aliados.

Esta lucha no se ha decidido todavía en Inglaterra. Allí, la invasión judía tropieza con una vieja tradición británica. Los instintos de los anglosajones son todavía tan fuertes y vivos, que no se puede hablar de verdaderos éxitos de la judería, ya que los judíos se ven obligados a ajustar sus intereses a los de Inglaterra.

Si el mundo judío llegara a triunfar en Inglaterra, los intereses británicos retrocederían a un segundo término, lo mismo que en Alemania hoy no están en primer lugar los intereses alemanes, sino los intereses de la judería. Y, por otra parte, si triunfan los ingleses, podría producirse un cambio en la actitud de Inglaterra respecto a Alemania.

La lucha de la judería por la hegemonía está ya decidida también en Italia. Con la victoria del fascismo, el pueblo italiano ha ganado la batalla. Los judíos tratan de acomodarse al régimen de la Italia de hoy, pero su actitud ante el fascismo fuera de Italia revela lo que opina en el fondo sobre él. Para el destino de Italia, solo su propio interés nacional es decisivo y puede determinar el futuro desde el día memorable en que las legiones fascistas marcharon sobre Roma.

Por esta razón no hay ningún estado que esté en mejores condiciones que Italia para aliarse con Alemania. Solo la insondable estupidez y la hipócrita bajeza de nuestros llamados representantes populares, puede explicar que se rechace al único estado que hoy es gobernado con arreglo a normas nacionales, y que, en cambio, esos hombres que se consideran como auténticos partidarios del pueblo, prefieran ingresar en una coalición mundial con los judíos. Es una fortuna que el tiempo de estos locos esté agotándose ya en Alemania [Nota: Los nacionales alemanes no habían obtenido ningún mandato en las elecciones al Parlamento del 20 de mayo de 1928]. Así, el concepto popular alemán se verá libre del abrazo de estas criaturas, tan ruines como lastimosas, con lo que ganará extraordinariamente.

[Nota: La redacción de las últimas páginas y la línea final justifican la suposición de que este debe ser el final del libro y que no falta ninguna hoja].

ANEXO

MÚNICH

Editorial central del NSDAP   Objetivo n.º: 589

Thierschstr. 11   Prioridad: 3

Observaciones:

1. Este es un informe complementario. Joseph Berg, quien vive en el número 35 de la Scheubner Richter Strasse, en Múnich, y que fue director técnico de esta editorial, nos entregó un manuscrito de una supuesta obra inédita de Adolf Hitler. Fue escrita hace más de 15 años y guardada en una caja fuerte. El señor Berg tenía órdenes estrictas de que el manuscrito no se imprimiera ni se mostrara a nadie. Se puede obtener más información al respecto a través del señor Berg.

2. El señor Berg también nos informó de que hay un lugar de evacuación para los libros de la editorial en Willibalds Burg nr. Eichstaedt.

Capt. Paul M. Leake

Cuerpo de transmisiones